

Con el cielo en la mirada

Mónica López Auñón



CON EL CIELO EN LA MIRADA

Mónica López Auñón

© Mónica López Auñón
1ª edición, noviembre de 2018
Imagen de portada: Fotolia.
Diseño de portada: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para todas las personas que, como Lis,
se han sentido rotas alguna vez.*

*«El mundo nos rompe a todos, mas, después,
algunos se vuelven fuertes en los lugares rotos».*
Ernest Hemingway

ÍNDICE

Sinopsis

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

35

36

37

38

39

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Sobre la autora...

Sinopsis

Cuando tu vida está llena de sombras, aprendes a no fiarte de la luz.

Lis tiene miedo. Al dolor, a la pérdida, a sentir. Se tiene miedo a sí misma.

Ha renunciado al amor, ha amurallado su corazón y ha dedicado su vida al trabajo para evitar pensar en nada más. Ese es el motivo por el que, a pesar de que odia el frío y es de naturaleza escéptica, no tiene más remedio que aceptar ir a las Highlands para encargarse de tasar la colección de arte de la familia McLean.

Lo que Lis no esperaba al llegar allí era encontrar amistad en una casa llena de desconocidos, un broche con su destino grabado en plata y, sobre todo, nunca contó con la sonrisa torcida de un escocés que amenaza con desatar el caos en su pequeño mundo.

Pero... ¿puede un corazón roto volver a latir?

1

De entre todos los lugares del planeta, Lis jamás habría imaginado que acabaría aterrizando en Escocia. No es que tuviese nada en contra del país de los *kilts* y el *whisky*; simplemente, no era lugar para ella. Le parecía frío, húmedo y lluvioso. Sin embargo, ahí estaba, parada junto a la interminable cinta de equipajes, tiritando sin remedio y esperando a ver si por fin asomaba su enorme y muy amarilla maleta. Ella no habría escogido nunca un color tan llamativo, pero su hermana había insistido, apoyada en la tendencia de Lis a perderlo todo con la misma facilidad con que se hunde un cuchillo en mermelada.

Con un suspiro rebuscó en la mochila hasta encontrar la última barrita de Kinder. Se deshizo con rapidez del envoltorio, deseosa de notar el sabor dulce del chocolate derretírsele en la lengua. Satisfecha, apuró la chocolatina hasta lamerse los restos de los dedos y sacó el móvil para escribir a Víctor.

Él sabía que odiaba volar, y apostaría la barrita que ya no tenía a que estaba preocupado por ella. Tecléo un mensaje para avisarlo de que, a pesar de la tormenta, las turbulencias y un aterrizaje desastroso, seguía viva. Sonrió al recordar el gesto orgulloso de Víctor cuando anunció en casa que, aunque fuese una estancia temporal, se iba a Escocia a trabajar.

Víctor había sido el único padre que había conocido y le había demostrado que la familia no la daba la sangre; que era mucho más. Cuando Charlotte, su madre, llegó a España con una maleta de mano casi vacía, sin un empleo y embarazada de cuatro meses, él fue quien le mostró que aquello no era ningún final, que ella era capaz de todo. Y vaya si lo era.

Se mordió el labio para evitar una carcajada al recordarlos embarrados en harina de freír boquerones, ahogados entre risas una tarde cualquiera en que Víctor insistía en probar recetas nuevas. Porque se hicieron reír, tanto que la risa abierta y sincera de su madre era una de las pocas cosas que Lis recordaba con nitidez de ella.

Sin embargo, las cosas no solían ser siempre sencillas y para ellos se complicaron. Tras unos pocos años de felicidad, se desató el huracán que arrasó con todo. Lis recordaba el sol filtrándose a través de las estrechas rendijas de la persiana para incidir sobre el rostro de Charlotte, demacrado por la enfermedad. Como desde los pies de la cama, contemplaba el brillo

apagarse en los alegres ojos de su madre hasta verlos convertidos en una sombra borrosa de lo que habían sido. A su lado, Víctor se agitaba en un sueño intranquilo, pendiente del mínimo movimiento que hacía Charlotte en cada espasmo de dolor y le acariciaba la frágil piel de la muñeca, dibujándole trazos con suavidad hasta que ella volvía a calmarse.

Él no soltó su mano en ningún momento, ni en el diagnóstico ni en los interminables días que le siguieron. Habló con decenas de médicos y buscó incontables soluciones, pero no sirvió de nada. La enfermedad fue imparable y devoró toda la energía de su cuerpo hasta dejarla tan consumida que se le podían distinguir los huesos con facilidad. Lis se acordaba de acostarse junto a su madre y contar las suaves respiraciones en su pecho, temerosa de que, en algún momento, dejara de hincharse. Hasta que un día lo hizo. Se despidió tranquila y, en un suspiro, el corazón de Charlotte se detuvo. Ella por fin había dejado de sufrir, pero dejaba tras de sí las almas deshechas de su familia y la tierna sonrisa que teñía los recuerdos más felices de la infancia de Lis. Incluso en la muerte fue una mujer extraordinaria.

Sola en el aeropuerto, arrastrando la maleta, sintió como un escalofrío la recorría de arriba abajo al pensar en ella, y las lágrimas pugnaban por escapar. Pestañeó con rapidez para evitar la cascada. Su hermana, Amy, era muy pequeña y apenas tenía recuerdos de lo que había pasado, pero el corazón de Lis se encogía un poco cada vez que pensaba en su madre. Y sabía que el de Víctor también, porque aún se sorprendía al vislumbrar un brillo ausente en sus pupilas, sumergido en su propio abismo de recuerdos, desaparecido durante un rato, incluso estando en la misma habitación.

Por ese y otros motivos, rechazaba de pleno el amor en su vida. Porque ya conocía el alcance del dolor y la angustia que podía generar un sentimiento tan intenso. Ella no estaba preparada para enfrentar ese golpe de nuevo, no si podía evitarlo.

El sonido de una gaita la devolvió de golpe a la realidad. Sacudió la cabeza para librarse de la angustia y se sorprendió al descubrir que el estridente sonido provenía del fondo de su mochila. Se la descolgó con rapidez y hurgó en ella hasta rescatar el teléfono, que no paraba de sonar. Cuando lo logró, una sonrisa acudió a sus labios al leer el nombre en la pantalla. Tomó aire para evitar que la voz se le rompiera al empezar a hablar y descolgó.

—¡Hola, holita, escocesita! —la recibió la efusiva voz de su mejor amigo a través del auricular.

—¡Hola, Nick! ¿Cuándo has puesto las gaitas en mi móvil?

—¡Ah! ¿Eso? El otro día estabas tan ocupada con la maleta que no te diste cuenta de que casi me desnudo en tu habitación, mucho menos ibas a fijarte en que te cambié el tono de llamada... —replicó distraído.

—¿Desnudo? ¿Cuándo has estado tú desnudo en mi habitación y por qué yo me he perdido semejante acontecimiento?

—Me ofende que no te dieras cuenta que me manché de ketchup y tuve que quitarme la camisa y lucir mis firmes y trabajados abdominales por tu cuarto.

—¡Quitarse la camisa no es estar desnudo, idiota!

—Tienes razón, casi desnudo, entonces. —Lis lo imaginó encogiéndose un hombro y sonriendo de medio lado, el gesto de modestia de Nick por excelencia—. Bueno, ¿cómo ha ido el vuelo?

—Fatal. El momento turbulencias casi acaba conmigo. Creo que las marcas de mis uñas habrán quedado grabadas en el asiento para toda la eternidad.

—¿¡Es Lis!?! —interrumpió una voz chillona que provocó que Lis tuviese que alejar el móvil de la oreja riendo entre dientes—. ¿A qué esperas a poner el altavoz? Vamos, Nicolás. ¡Deprisa! No me puedo creer que aproveches para llamarla cuando me voy a pasear a la gata... ¡Eres... eres... argh! —exclamó Amy.

Su hermana pequeña solía gritar todo el tiempo. Era escandalosa y estridente, con ese timbre de voz que te perfora los tímpanos, te taladra la cabeza y, por mucho que te esfuerces, eres incapaz de sacarte, como la típica cancioncilla de anuncio que tararea todo el día con solo escuchar unos segundos de pasada en la televisión.

—Creo que la palabra que buscas es «especial», o «único», quizá «alucinante» o, mejor, «incomparable» —enumeró él con naturalidad y una sonrisa traviesa.

—¡Oh, cállate! ¿Todo bien, Lis?

—Todo lo bien que puede ir un vuelo, supongo. Casi no me dejan pasar el control de seguridad, ¿sabéis? Tuve que quitarme las zapatillas, el cinturón y casi las horquillas del pelo, porque el arquito hacía más ruido que tú al llegar a casa un sábado por la noche y, claro, todos me miraban impacientes, como si estuviese haciendo que el arco de las narices no dejase de pitar aposta.

—Yo no hago ruido —protestó Amy.

—Claro que no, cariño... Por eso la gata huye de tu habitación y se refugia en mi cama cuando llegas de madrugada —bromeó Lis al tiempo que subía al tranvía—. Y encima, justo antes de embarcar, me derramé el café sobre la

blusa y, en la puerta del avión, con todo el pecho manchado y el pelo pegajoso, le dije al guapísimo azafato que si trabajaba en una aerolínea era porque sus ojos eran del color de un cielo despejado. Casi nada.

Las risas de ambos resonaron a través de la línea, reconfortando a Lis y llenándola de la cálida sensación de hogar a pesar de estar lejos.

De repente, escuchó un maullido lastimero y como Nick le pedía amablemente a la gata, *Pimienta*, que dejase de enredársele entre las piernas.

—¡No me puedo creer que le dijese eso, Lis!

Y no podía creerlo, de verdad.

Lis había dejado de hacer ese tipo de cosas hacía un par de años, sin que nadie supiera por qué. Donde antes bromeaba con facilidad y reía sin miedo, ahora se quedaba al margen, limitándose a ser espectadora de la vida pasando frente a ella. Era curioso cómo se echa de menos a una persona sin haberla perdido de forma física.

—Bueno, ¿viste que te dejé un par de películas descargadas en Netflix? —recondujo Amy el tema.

—Sí, pero ¿en serio pensaste que iba a elegir *Aterriza como puedas*?

—No lo sé. Tal vez. Creí que te serviría para relajarte. Pero, por si acaso, también descargué *Enredados*. Era una apuesta segura.

—Pues yo apuesto a que todos te han mirado los pies en el control cuando te has quitado esas deportivas destrozadas y zarrapastrosas que te niegas a tirar —aventuró Nick regresando a la conversación, una vez dejó de discutir con la gata.

—¡Por supuesto que me han mirado los pies, panoli! Me he puesto el calcetín de margaritas con dedos con los que conseguí este maldito trabajo que me ha traído al culo del mundo...

—Técnicamente, el culo del mundo es el sur, podría decirse que donde estás en realidad es... —argumentó Nick.

—... y el tuyo de helados con ojitos de cuando aprobaste el carnet de conducir. Todos se me han quedado mirando como si tuviese setas en lugar de... —continuó ella, sin dejarse interrumpir y sonriendo ante el recuerdo que la asaltó de Nick y ella con siete años, jugando en la orilla de la playa y calzándose a todo correr porque llegaban tarde a merendar. No se dieron cuenta de que llevaban los calcetines del otro hasta pasado un rato, cuando Charlotte le preguntó a Lis por qué llevaba un calcetín con la cara del pato Donald. Desde ese día, Nick y ella habían estado intercambiándose los para desearse buena suerte. De repente, el sonido de algo estrellándose contra el

suelo la hizo pararse en mitad de la frase.

—¡Mierda!

—¡Joder, Nick, has roto el vaso! —le reclamó Amy.

Este maldijo y salió corriendo a por el cepillo y el recogedor, gritando una breve despedida al teléfono mientras cogía a la gata en brazos para echarla del salón y evitar que pisase ningún cristalito.

Lis puso los ojos en blanco, porque sabía que no era el primer vaso que Nick rompía. Ni el último. Y quien dice vaso, dice botella, lámpara o hasta una mesa. Nick era torpe. Sin más. De esas personas que tropiezan con sus propios pies y que lo último que deberían hacer en la vida es practicar tiro con arco, si no querían provocar una tragedia. Arramblaba con todo a su paso cada vez que llevaba la mochila a la espalda y prefería mojarse a tener que llevar un paraguas y poner en peligro las vidas de los demás transeúntes. El problema era que lo hacía de manera tan inocente que no podías enfadarte, no te quedaba más remedio que aceptar que formaba parte de él.

—Hay cosas que nunca cambian.

—Supongo —concedió Amy sin hacer mucho caso, acostumbrada a los desastres domésticos de Nick—. ¿Sabes? Si papá te oyese diría que, con ese comienzo, tu viaje iba a ser inolvidable.

—Estoy convencida de que sí, ya que esa no ha sido la única situación surrealista del día. Un grupo de japoneses inmortalizó el momento en que me derramé el café y seguro que ahora mi cara de pasmo será viral en las redes sociales japonesas.

—¡No se te puede dejar sola! —exclamó su hermana.

—Ja, ja —dijo Lis con sarcasmo y, antes de dar opción a réplica, se despidió—, voy a bajar del tranvía, ¡intentad sobrevivir en mi ausencia!

—No te prometo nada.

—Pero lo vamos a intentar —añadió Nick desde la lejanía mientras terminaba de recoger los restos del vaso del suelo.

Lis meneó la cabeza y se apeó en el centro de Edimburgo. Alzó los ojos grises al cielo y lo descubrió encapotado hasta el extremo de no dejar ver un claro azul. Si eso era el verano escocés, no quería ni pensar en el invierno. Apuró al máximo la cremallera de la cazadora hasta el cuello y suspiró con resignación. Cuanto antes acabase el trabajo, antes podría regresar a España a tumbarse al sol sin cuatro capas de ropa.

Deseando que no lloviese hasta llegar al hotel, se cuestionó la inexplicable razón por la que Nick y Amy tenían tendencia a discutir siempre que estaban

en la misma habitación. Eran excepcionales en encontrar la forma perfecta de irritar al otro y solían lograrlo de manera tan natural como respirar. Casi con más frecuencia.

No había hecho más que guardar el móvil en el bolsillo de la cazadora cuando volvió a sonar. Era una foto en la que aparecía Víctor con la ropa de trabajo, *Pimienta* en brazos y Nick haciendo muecas por detrás. Lis sintió que se le formaba un nudo de añoranza en la boca del estómago al imaginar a Amy colocando a cada uno en la foto para que luego Nick pusiera cara de bobo y se la estropease. De verdad que esperaba encontrarlos vivos al volver al final del verano.

Serpenteaba por la capital escocesa en busca del hotel en el que iba a quedarse a descansar esa noche, antes de embarcarse en el proyecto que la había llevado hasta el país más lluvioso que había visitado alguna vez. O, al menos, eso le parecía a ella mientras las gruesas gotas le calaban la cazadora. Porque, por supuesto, había empezado a diluviar al poco tiempo de echar a andar. Con las prisas y las dos manos ocupadas con el equipaje, no había podido sacar el paraguas de la prisión en que se encontraba al fondo de la maleta y estaba empapándose hasta las pestañas.

Apuró el paso fijándose en los nombres de todos los hoteles y casi se le escapa un grito de alegría al divisar el que su jefe le había reservado. Corrió hasta la puerta y sonrió con timidez al hombre de recepción, que la observaba ceñudo; a ella y el charco que estaba creándose a sus pies.

Quiso que la Tierra abriese un agujerito allí mismo por el que colarse hasta reaparecer al otro extremo del planeta; una soleada playa de arena blanca en Hawaii no le sonaba mal.

Con las mejillas rojas por el frío y un poco abochornada, se disculpó entrecortadamente con el recepcionista y, con dedos temblorosos, cogió la tarjeta que le tendía. Cuando al fin llegó, estaba exhausta, como si llevase cuatro días caminando y no quince minutos. Tiritaba con tanta fuerza que podría haberse comunicado en morse con el castañeteo de sus dientes. Encendió el grifo de la reluciente bañera que presidía el baño y trató de deshacerse de la ropa empapada, la blusa manchada y los calcetines húmedos que se le habían adherido a la piel, porque Nick tenía razón: las zapatillas estaban rotas y le habían calado el agua de los charcos hasta provocar que le doliesen los pies por el frío.

A pesar de que su cuerpo le pedía a gritos llenar la bañera y sumergirse durante horas, se obligó a darse una ducha rápida para entrar en calor,

cambiarse de ropa y salir a hacer unas cuantas fotografías de la ciudad y visitar la Galería Nacional. Tras ese día, no tenía pensado volver a pisar Edimburgo más que para ir al aeropuerto y regresar a casa.

Estaba terminando de vestirse, con el pelo ya seco y recogido, el gorro hundido hasta las cejas y el paraguas rescatado de su escondite, cuando recibió un correo de su jefe, interesándose por si había llegado bien. No la sorprendió el mensaje; David Blanco era un buen hombre que se preocupaba por todos los empleados de la galería. La había apoyado desde que había acabado el máster, le había entregado proyectos de gran importancia para la galería de arte y la oportunidad de afianzar su carrera cuando le dijo que ella sería la encargada de tasar la colección de arte de una escocesa rica y excéntrica.

Recordaba la sensación de incertidumbre que la asaltó al recibir la noticia. Sabía mejor que nadie que la vida podía dar un giro radical en cuestión de segundos y no sería ella la que desaprovechase la oportunidad que le brindaban, aunque implicase tener que viajar a Escocia.

Escribió una rápida respuesta asegurándole que estaba sana y salva, que el hotel era magnífico y que tomaría el tren de la mañana en dirección a Stirling. Convencida de salir a dar un paseo, cogió la cámara de fotos y abandonó la habitación, decidida a no volver la vista hacia la majestuosa cama que parecía llamarla a gritos.

No se arrepintió. Deambuló por los rincones menos turísticos de Edimburgo y tuvo que reconocer que no estaba tan mal como había pensado en un principio. Si quitaba la lluvia, era espectacular. Impregnada del aroma de sus calles, se rindió al encanto de los monumentos que habitaban la capital hasta verse atrapada por el influjo mágico de un lugar de cuento.

Escuchó algunas de las leyendas que un guía turístico contaba a un expectante grupo de españoles y que flotaban en el aire hasta alcanzar los oídos de Lis. Bebió cerveza artesana en un *pub* mientras escuchaba a un grupo de música celta en directo, curioseó entre los puestos del Mercado Central y visitó el emblemático castillo de Edimburgo. La Galería Nacional le tomó más tiempo del que disponía antes de volver al hotel, pero la visión de las obras de Van Gogh, Cézanne o Tiziano la había absorbido, sin percatarse de que las horas pasaban y en Escocia anocheecía temprano.

Cuando quiso darse cuenta, el cielo volvía a estar plagado de espesos nubarrones negros y su estómago rugió para recordarle que no había comido nada en todo el día excepto un Kinder y una cerveza. Agotada después del vuelo, la caminata turística y varios chaparrones, puso rumbo al hotel con la clarísima imagen mental de la bañera rebosante de agua casi hirviendo y una montaña de espuma tras la que esconderse del mundo.

Caminaba deprisa con el paraguas preparado por si volvía a llover cuando se paró en seco, con la vista clavada en la fachada de una tienda diminuta que anunciaba antigüedades. No supo si fue la pared de piedra gris o la destacable puerta azul, pero sintió la necesidad de acercarse.

A cada paso que daba, la extraña sensación se intensificaba. Si no fuese porque jamás había estado en Escocia, se habría planteado la posibilidad de haber entrado en esa tiendecita con anterioridad. Con paso vacilante, se asomó a través de la cristalera empañada y vislumbró un interior apenas iluminado, con la probable intención de remarcar el intenso colorido predominante en las paredes. Dudosa, tragó saliva. A pesar de lo inquietante, algo había en el pequeño local que la invitaba a entrar. Sin embargo, se convenció a sí misma de que fue la tonelada de agua que estaba cayendo e inutilizaba su paraguas lo que la hizo empujar la puerta.

Un escocés de madera, con el *kilt* enmarcándole las piernas y el *sporrán* al

costado, le dio la bienvenida. Le recordó a los *highlanders* que había visto en las series y películas, al famoso Jamie Fraser por el que suspiraba Amy. En el momento que iba a hacerse una foto con él para enviársela sintió como un escalofrío le subió por la espalda directo a la nuca. Percibió que el aire se espesaba a su alrededor hasta detener las diminutas partículas de polvo que en él flotaban. Era como si hasta el tiempo transcurriese más despacio y un reloj de arena se hubiese tumbado, expectante, sin intención ninguna de dejar caer un solo grano más. Incluso el olor a madera, cuero y algodón adquiría otros matices, nuevas cualidades, más intensas.

Lis nunca había creído demasiado en todo eso de la magia; por eso se sorprendió cuando una ráfaga de calor la recorrió erizándole la piel, como un aviso de que algo estaba a punto de ocurrir. Más nerviosa, pensó en salir de la tienda y olvidar lo sucedido, pero su lado más racional la obligó a permanecer allí y actuar con normalidad.

Permaneció alerta mientras dejaba vagar la mirada por los estantes, abarrotados de todo tipo de objetos: pequeñas figuritas antiguas, telas con estampado de tartán y un rincón de *souvenirs* donde encontró miniaturas de *highlanders*, peluches de *Nessie*, gaitas, camisetas, relicarios y colgantes celtas.

Al ver estos últimos, Lis recordó que, a diferencia de ella, su madre adoraba la cultura celta, entre otras muchas. Pero la celta era especial para ella, pues era la que le corría por las venas. Lis no podía recordar ni un solo instante en que su madre no luciese el trisquel colgado al cuello. Amy, que era como ella, firme creyente en la magia y el destino, había heredado la pasión de Charlotte por la simbología, hasta el punto de que no descansó hasta verla reflejada en su piel en forma de espiral celta, la representación del tiempo y la vida eterna. No contenta con eso, le regaló a Lis un vale del estudio de tatuajes para que la imitase.

Gracias a ella, un *awen* adornaba la muñeca izquierda de Lis. Siempre que estaba nerviosa lo acariciaba con los dedos para calmarse, dibujando su contorno, trazando con mimo cada línea, coronando cada punto, como Víctor hacía con su madre durante la enfermedad. Le parecía increíble no habérselo borrado ya de tanto rozarlo.

Caminaba entre las estanterías cuando divisó varios libros y *oatcakes*, las típicas galletas de avena que se elaboraban en Escocia. De repente, un objeto en el vasar más alto de la vitrina del fondo brilló, captando la mirada clara de Lis.

Dentro del expositor había collares de perlas, pendientes de esmeraldas, un enorme anillo de rubíes y una hermosa tiara que reposaba en un cojín de felpa azul. En el último estante, el objeto que había llamado su atención mostraba un tenue fulgor que parpadeaba según le incidiera la escasa luz artificial que iluminaba la vitrina.

Despertó su curiosidad que todas esas joyas antiguas, que bien podrían considerarse un tesoro, estuvieran desprotegidas, pues la llave estaba puesta en la cerradura. Hasta que se acercó y reparó en los utensilios de limpieza que había en una escalera junto a la vitrina y una mesita sobre la que reposaba, bajo una lupa, un brazalete bañado en oro que estaba siendo limpiado por alguien a quien Lis todavía no había visto.

En el instante en que sus ojos regresaron al objeto que parecía brillar para ella, observó con fascinación que era un hermoso broche. Medía alrededor de tres centímetros de alto y cinco de ancho, entero de plata, a excepción de la pequeña espiral de topacios en un lateral y de las dos perlas blancas que lo coronaban al otro extremo, una más pequeña que la otra. Una fina trenza unía las perlas con la espiral, creando el equilibrio perfecto de elegancia y sobriedad.

No sabía explicar que tenía el broche para parecerle diferente, tan especial. Los dedos comenzaron a hormiguarle, guiados por la necesidad de tocarlo. Una sensación de familiaridad se le asentó en el estómago al extender la mano para cogerlo del pequeño soporte que lo protegía y verlo más de cerca. Sin previo aviso, una suave corriente la atravesó desde la raíz del cabello y Lis se vio golpeada por la imagen difuminada y borrosa de lo que parecían las ruinas de una casa majestuosa, alzada entre el brezo y escondida tras la bruma matinal del paisaje más hermoso que hubiera visto. El asalto de la visión la dejó clavada en el sitio, como si las piernas no recordasen su función y sus músculos estuvieran anclados al suelo, mientras que el resto de su cuerpo se mantuvo en tensión, con la frente perlada de sudor. Quiso gritar, pero hasta sus cuerdas vocales parecían haber olvidado cómo hacerlo. ¿Qué quería decir aquello?

Sobresaltada, retiró la mano. Estas cosas no le pasaban a ella; de hecho, no pasaban. Sin más. Segura de que había una explicación lógica para el cúmulo de emociones que se agolpaban dentro de ella, enumeró las posibilidades: el estrés del vuelo, el ambiente de la tienda o el cansancio del día estaban empezando a hacer mella en su cordura, sin duda.

—¿Puedo ayudarla en algo, *lass*?

—¡Joder!

Tan absorta estaba que no pudo reprimir un grito de sorpresa al escuchar a su espalda una voz rasgada por el paso de los años, pero con un fuerte acento escocés. Se giró, con la mano en el pecho y el corazón desbocado, para dar con la sonrisa amable de una anciana.

—La verdad es que... entré por... bueno, estoy mirando —murmuró Lis en voz baja. No supo por qué no le decía la verdad acerca de la poderosa atracción que había experimentado, pero prefirió guardárselo para sí después del susto, optando por lo más sencillo—. En realidad, creo que me gustaría comprar algún pequeño detalle para mi familia.

—Queda descartada la gaita, entonces.

—Queda descartada —confirmó, al tiempo que se giraba de nuevo hacia la entrañable sonrisa que le dedicaba la señora y que la ponía un pelín nerviosa.

—Lleva usted un símbolo muy bonito en la muñeca, *lass*. ¿Sabe lo que significa? —preguntó la mujer mientras rebuscaba entre los objetos de un estante abarrotado.

En ese momento, Lis reparó en que no había dejado de dibujarse el tatuaje con los dedos. Se bajó la manga en un intento de protegerlo de la mirada de la anciana, que parecía verlo todo con esos ojillos del color del *whisky*, y tragó saliva antes de responder:

—Sí. Una fuerza inspiradora, el equilibrio con el cosmos, la armonía con la naturaleza —afirmó dubitativa, con la vista fija en las candorosas pupilas de la señora, que apenas parpadeaba. Lis constató que las arrugas de los ojos de la anciana se le acentuaban al sonreír, una media sonrisa que parecía haber sido testigo de la historia del mundo y cuyas palabras mostraban que tenía la capacidad para contarla.

—Así es, querida niña, así es. Pero no es solo eso, ¿lo sabías? ¿Conoces la leyenda de Ceridwen? Se cuenta que la diosa druida preparaba un caldero para su hijo. Este nació tan feo que ella intentó compensarlo con sabiduría e inspiración. El contenido del caldero era el *awen*. Las tres primeras gotas del líquido aportaban el don y el resto de la poción era veneno. Ceridwen dejó a cargo de la supervisión del caldero a dos sirvientes, que tenían terminantemente prohibido tocar la mezcla. Un día, por accidente, mientras uno de ellos removía la poción, tres gotitas de líquido le cayeron sobre la mano. Al lamerlas, obtuvo los dones que estaban destinados al feo hijo de Ceridwen, quien, presa de la furia, persiguió al sirviente hasta los confines del mundo. Iniciaron una larga lucha de voluntades, hasta que Ceridwen,

convertida en gallina, se lo comió, pues el sirviente, asustado de lo que pudiera hacerle si ella lo alcanzaba y tratando de evitarlo, pensó que lo mejor era convertirse en un grano de trigo. Al recuperar su forma humana, el grano de trigo se había transformado con ella. Ceridwen estaba embarazada. La leyenda nos habla de inspiración y cambio, pero también de transformación, de evolucionar, de renacer... —divagaba la mujer.

El matiz ronco de su voz y la cadencia escocesa de arrastrar las palabras se filtraba a través de cada grieta de la conciencia de Lis, haciendo que penetrasen en sus sentidos hasta fijarse en lo más profundo y enraizársele en el alma.

—No tengas miedo a la verdad, *lass*. Algún día, encontrarás tu *awen*, tu motor de cambio. No temas cuando ocurra —concluyó.

Un estremecimiento nació en la parte baja de la espalda de Lis hasta provocar que las manos le temblasen. Tratando de calmar la inquietante sensación de vulnerabilidad que la había dominado, volvió a llevarse la mano al tatuaje de la muñeca y desvió la vista a las estanterías, incapaz de sondear en la mirada de la anciana, que parecía poder ver a través de ella hasta desgranar todos sus secretos. Definitivamente, necesitaba dormir y recobrar la sensatez.

Se reprendió a sí misma por ser tan ingenua, no obstante, tuvo que reconocer que, desde que había entrado en la tienda, no percibía las cosas de manera natural, empezando por la inexplicable fascinación que la había seducido para internarse en el local.

Con dificultad, se recompuso y ofreció una débil sonrisa a la mujer.

—Bueno, seguro que todo es una casualidad, ¿verdad? —dijo con voz trémula pero firme en su intención de restar importancia.

La anciana esbozó un gesto cariñoso con el que daba a entender que podía pensar lo que quisiera, pero que, al final, al destino nunca se le puede engañar. Con el mismo sigilo con el que había llegado, se sentó en la mesa de trabajo y tomó el brazalete entre sus dedos, con sumo cuidado y una sonrisa traviesa.

—Avísame si necesitas cualquier cosa, *lass*.

Lis respiró hondo, llenando los pulmones del oxígeno que habían perdido en los últimos minutos, y obligó a sus piernas a caminar para buscar regalos a su familia. Paseó entre los artículos de regalo que se apiñaban en un rincón mientras intentaba dejar la mente en blanco, no queriendo registrar un solo detalle más en su ya demasiado reactiva imaginación. Lis se sentía observada, como si esa mujer estuviera esperando que el broche la reclamase a ella y no

al revés, como si todo hubiera sido una prueba.

Cuando por fin había logrado restablecer su respiración a un ritmo normal, acabó por elegir un libro de recetas escocesas para Víctor, que adoraba experimentar en la cocina a costa de las papilas gustativas de los demás; y también un par de calcetines para Nick. No pudo resistirse, el estampado de tartán casi le había gritado lo suaves y calentitos que eran. Decidió combinarlos con otro par lleno de jarras de cerveza.

Yendo hacia la caja no pudo evitar que su mirada regresase al pequeño broche que destacaba en la vitrina del fondo.

La voz ronca a su espalda hizo que diese un respingo. Quizá es que ya estaba obsesionada con todo lo sucedido, pero le parecía que esa mujer flotaba en el aire por el poco ruido que hacía al andar.

—¿Le gustaría llevárselo, *lass*? —preguntó la anciana desde detrás—. Las perlas son originarias de las Highlands y las lágrimas de topacio fueron halladas cerca de aquí. Está labrado a mano y conservado casi a la perfección para tener más de doscientos años, ¿no cree?

—Sí, si es cierto que es precioso, pero... no, gracias —dudó Lis, mordiéndose el labio inferior, a la vez que recordaba la perturbadora visión que había aparecido en su cabeza al rozarlo y como no quería volver a experimentar nada similar.

—Claro que sí. Debería usted llevárselo. De hecho, pienso que es la única persona que debería tenerlo —expresó la señora con firmeza, corroborándolo con un claro asentimiento de cabeza. Ese gesto hizo sospechar a Lis que tal vez sabía de la singular conexión que había notado con esa alhaja sin ella haberlo mencionado, lo que le provocó un leve estremecimiento.

—No estoy yo tan segura... —dudó al sentir como la punta de los dedos le vibraba ante la expectación de rozar la joya de nuevo—. Además, no puedo permitírmelo.

La señora meneó la cabeza y suspiró, visiblemente decepcionada mientras tomaba los regalos para cobrarlos. Sin saber por qué, Lis se sentía culpable por no hacer realidad los deseos de la anciana, como si estuviera dejando escapar algo que estaba destinado a ella. Fatídicas consecuencias se dibujaron en su cabeza a raíz de sus dudas. ¿Y si era importante que ella lo tuviera?, ¿todo el mundo habría tenido visiones?, ¿habría algo que querría decirle toda esa situación?

Las manos no dejaban de temblarle y el sudor que le bajaba por la espalda se había congelado hasta erizarle la piel. Forzándolas a detenerse y ante la

mirada ilusionada de la mujer, tomó la decisión. Antes de arrepentirse, asintió y la anciana le correspondió con una sonrisa abierta y pura que creó más surcos en su arrugado rostro, llenándolo de calidez.

Con un pellizco en el pecho, sacó el monedero de nuevo para añadir el broche a su cuenta de gastos. Al menos iba a poder tener tiempo de descifrar sus secretos y averiguar si las visiones seguían sucediéndose una vez que ya fuese suyo, se dijo insegura.

Con una agilidad impropia de su edad, la anciana agarró un taburete y se subió a él, impresionando a Lis, que no tuvo tiempo ni de temer que se cayese antes de volver a tener a la mujer frente a ella con el broche en la mano. Tomó un estuche cuadrado de debajo del mostrador, colocó la joya dentro y cerró el estuche. Una vez estuvo todo pagado, lo envolvió con primoroso cuidado y lo depositó dentro de la bolsa con el libro y los calcetines.

—Vuelva por aquí, *lass*. Hágalo cuando esté preparada.

Sin embargo, a Lis no le dio tiempo a procesar la verdad que encerraban sus palabras, pues, en ese mismo instante, resonó un trueno inesperado, que avisaba de la tormenta que se cernía sobre ellos. No vio el rayo de luz, pero Lis decidió darse prisa en salir. Se permitió antes de irse un último leve vistazo a la mujer, que lucía una enigmática sonrisa. Con la bolsa agarrada con firmeza, abandonó la tiendecita y salió corriendo hacia su hotel, hasta que notó el fuego en los pulmones.

Eran casi las nueve de la noche y no había llegado al hotel. Hacía rato que había oscurecido y que las tiendas habían empezado a cerrar. Apretó el paso, con las gotas de agua cayéndole en picado desde el pelo húmedo, colándosele por la camiseta y resbalando por la espalda, debido a que, con las prisas, el paraguas se le había olvidado en la tiendecita de la anciana. El estómago le rugía, seguía sin parar de llover y sentía como se le dormían los dedos de los pies.

Cuando vio el cartel que anunciaba un restaurante y la persiana levantada, no lo pensó. Cruzó con la intención de resguardarse de la tormenta y comer algo, deseando con todas sus fuerzas que la famosa hospitalidad escocesa fuese cierta y no le dieran con la puerta en las narices. Con toda su ilusión puesta en la imagen de un par de sándwiches calientes, entró en el restaurante.

En el amplio salón, las mesas estaban recogidas y un camarero limpiaba y colocaba copas sobre la barra, de espaldas a ella. A paso lento y tiritando, se acercó hasta él, con la vista fija en el rítmico movimiento de su espalda al coger una copa y estirarse para colgarla sobre su cabeza. Vestía camisa blanca, que dejaba entrever con meridiana claridad la tensión de los músculos y el movimiento de sus hombros. Lis nunca se había fijado en los omóplatos de nadie que no fuera de mármol, pero ahora veía la belleza que poseían en un hombre de carne y hueso. Le parecieron bastante mejores que los de cualquier escultura.

Hipnotizada en imaginar esa espalda contraerse mientras hacía otro tipo de actividades que implicaban desgarrarle la camisa, no se dio cuenta de que el muchacho se había girado y la miraba con el ceño fruncido y un brillo enfadado en los relucientes ojos verdes. Con toda probabilidad, llevaba varios minutos hablándole, pero ella había estado tan aturdida que no había oído una sola palabra. Enrojeció hasta las orejas y dirigió la mirada al suelo.

—¿Pero es que está sorda? —repitió el hombre con un cerrado acento escocés, marcando con fuerza las palabras. Al ver que ella no parecía entender nada, negó con la cabeza y reanudó su tarea con las copas.

—Lo siento, pero está diluviando y no tengo paraguas. ¿Sería mucha molestia pedir un sándwich o una ensalada? —farfulló Lis intimidada, toqueteándose el pelo empapado.

—Vaya, veo que hablas inglés. Entonces no lo entiendo, ¿qué parte no te ha quedado clara de la palabra «cerrado»? —insistió él sin siquiera mirarla a la cara al hablar.

La vergüenza dio paso al enfado, que fue tomando forma dentro de Lis, cuya boca se abrió atónita tras escucharlo. Quizá el hombre podía pensar que era tonta por haberse quedado muda al entrar, pero eso no le daba derecho a ser tan engreído y menos a hablarle de ese modo. Con la ira burbujeando en su interior, no pudo refrenarse y saltó:

—¿Perdona? No hay necesidad ninguna de ser un imbécil.

Él se giró en su dirección y quedó cara a cara con ella. Lis podía leer en su rostro que tenía una respuesta preparada, pero no supo por qué, él calló y sonrió, travieso, como un niño cuando ve el tarro de galletas abierto sobre la mesa y se da prisa en coger una antes de que vuelva su madre del salón. Respiró hondo y lo desafió con la mirada, a pesar de estar temblando, aunque ahora tenía sus dudas de si era de frío o enfado. Él fue quien rompió el silencio, por lo que Lis se apuntó el tanto en una batalla de la que solo ella era consciente.

—Vamos a ver, *encanto*. —Para su sorpresa, susurró la última palabra en castellano, provocando que se le erizase el vello—. Me encantaría invitarte a cenar, salir a bailar contigo o dar un maldito paseo a la luz de la luna, pero te vuelvo a repetir que ya está cerrado y yo, como puedes ver con esos preciosos ojos grises, estoy ocupado.

El camarero volvió a darle la espalda con intención de seguir su tarea con las copas, no sin antes añadir sobre su hombro con sonrisa pícaro:

—Abrimos a las seis y media. Ven antes mañana y podrás probar la «especialidad de la casa».

Lis deseó borrarle la sonrisa ensayada de un puñetazo. También deseó que las copas no estuviesen ya limpias para poder vaciarle una en la cara. No podía creerse lo que ese cretino estaba insinuándole, porque no era tonta y entendía a la perfección a que se refería con su «especialidad», así es que, con el rostro teñido de rojo por la indignación, se colocó tras él, tocó su espalda, la que antes había admirado como una idiota, e hizo que se diera la vuelta.

—Eres un maldito escocés arrogante y el último hombre con quien yo saldría a cenar o pasear a la luz de la luna —lo imitó con sorna y una calma que no sentía.

Recuperó sus cosas de un taburete, le dirigió una última mirada incendiaria, de esas que podrían arrasar un pueblo entero sin inmutarse, y se

dio la vuelta, dejándolo con la palabra en la boca.

Su único error fue hacerlo con tanta fuerza. Dominada por la indignación, se giró demasiado deprisa, perdiendo el equilibrio hasta tropezar con una silla y caerse al suelo. Brillante.

—¡Joder! —maldijo en castellano, levantándose con rapidez para evitar que el camarero se acercase en su auxilio. No lo necesitaba para nada, podía incorporarse ella solita y salir del restaurante antes de que la situación fuese todavía más ridícula. Se sacudió la ropa y se recolocó los mechones de pelo húmedo que se le habían pegado a la cara.

—¿Estás bien? —preguntó él, con genuino rostro de preocupación.

—Perfectamente —masculló, con los dientes apretados mientras se frotaba el costado dolorido.

Estaba convencida que a la mañana siguiente amanecería con un enorme cardenal donde se había golpeado con la mesa, pero no estaba dispuesta a darle la satisfacción de hacerse el héroe. Él había sido un auténtico capullo y eso no iba a cambiar solo por que ella hubiese tropezado y caído como un saco de patatas.

—¿Estás segura? Podría darte una bolsa con hielo, para el golpe.

—Ni lo sueñes. Quédatela junto con el sándwich.

Dirigió sus pasos hacia la salida con toda la dignidad que pudo reunir tras la aparatosa caída y salió dando un portazo, dejando la réplica del escocés en el aire. Él no pudo más que observarla a través de la ventana mientras corría por medio de la calzada hasta la otra acera para cobijarse de la lluvia.

Al cabo de siete minutos, Lis llegó a su habitación. Abrió el grifo de la bañera y puso el tapón, deseosa de sumergirse en agua caliente que le reconfortase los huesos calados. Había pedido que le subieran la cena del servicio de habitaciones. De haber caído antes en esa idea, ni se le habría ocurrido entrar al restaurante y podría haberse ahorrado el cabreo y una bochornosa caída.

Estaba mirándose el costado en el espejo, donde ya podía apreciarse una leve sombra de lo que por la mañana sería un bonito moratón cuando tocaron a la puerta. Su cena había llegado. Una ensalada César de la que no quedó una gota de salsa y una enorme porción de tarta Selva Negra que le supo a gloria. Puso música en el móvil y se metió en la bañera, rebosante de espuma, con un suspiro de placer. No había sido consciente de necesitarlo con tanta intensidad hasta que sus pies rozaron la superficie del agua. Tan a gusto estaba que casi se quedó dormida, por lo que salió antes de ahogarse y acabar el viaje sin

haberlo empezado. Además, el agua estaba ya enfriándose y los mullidos almohadones de la cama parecían atraerla como el canto de una sirena.

Una vez refugiada bajo la inmensa fortaleza de mantas y cojines, reflexionó con perspectiva acerca de los acontecimientos del día, que no habían sido pocos. Que el escocés había sido un gilipollas era innegable, pero no tendría que volver a verlo. Lo que todavía le producía escalofríos era el broche que ahora descansaba encerrado en su estuche y envuelto en un par de calcetines debajo de la pila de jerséis. Se reprochó a sí misma haber sido tan tonta. La anciana estaría harta de turistas curiosos y había querido gastarle una broma al verle el tatuaje. Seguro que era solo eso. Uno más de los cuentos y leyendas que poblaban esas tierras. Tenía que serlo, ¿no?

Lluvia. De día y de noche. Intermitente, constante. Bendito fuera el clima escocés. Lis recogió sus pertenencias mientras veía las gotas caer con fuerza a través del cristal y echó de menos el calor, pero tampoco podía estar lloviendo todo el tiempo. Pronto tendría que acabar por salir el sol; después de todo, estaban en julio.

Comprobó por última vez que llevaba todo el equipaje y abandonó la habitación para ir a la estación de tren. Siempre había sido friolera, pero la humedad escocesa la tenía en jaque permanente; era la única transeúnte que iba con el gorro calado hasta las cejas y un pañuelo tapándole la nariz en pleno verano, y ni así podía dejar de tiritar. A pesar de todo, no podía negar la belleza etérea de la ciudad; quizá hasta se plantease volver en algún momento con su hermana. A ella le encantaría.

Como si la hubiese invocado, la voz de Ed Sheeran sonó en su móvil, indicando que la llamada era de Amy.

—*Scottish girl!* —la recibió, haciéndole olvidarse del clima por un momento. Amy podía ser muchas cosas (escandalosa, terca, exasperante, había adjetivos donde elegir), pero sí que poseía el don de aportar luz al día más oscuro.

—¡Amanda del Amor!

—De verdad, nunca entenderé en qué pensaban para colocarme el nombre más feo de todos... pero no vamos a volver sobre ese tema, que ya está muy visto, ¿qué tal la visita a Edimburgo?

—Lluvioso, mojado, húmedo, pero he de reconocer que... mágico.

Procedió a relatarle, con todo lujo de detalles, el día que había pasado explorando la ciudad. Le habló del castillo, del ambiente y de la singular tienda que había encontrado vagando por callejuelas. Narró la leyenda de Ceridwen que la propietaria le había contado, pero omitió lo sucedido con el broche.

—¿Estás de coña? Oh, Lis, ¡es increíble! Estoy segura de que no estás en Escocia solo para tasar una aburrida colección de arte. Mamá estaría de acuerdo conmigo. Tenías que ir.

—Amy, no todas las leyendas e historias pueden ser ciertas —expuso Lis, sacando a relucir su vena lógica, reforzada tras haber comido y dormido.

—¡No me jodas, Elizabeth! Estás en la tierra de la superstición, donde todo es posible. Estoy convencida de que algo va a pasar y no vas a conseguir que cambie de opinión —afirmó con rotundidad.

Lis sabía que no iba a darse por vencida, pero no estaba dispuesta a dar alas a la imaginación de Amy con cuentos y fantasías. Y eso que no le había contado siquiera los inexplicables efectos que el broche parecía tener sobre ella. Cambió de tema para aliviar la tensión que se estaba originando en su pecho.

—Bueno y, encima, disfrutar de todo eso rodeada de hombretones escoceses —suspiró Amy de forma teatral—. No sabes la suerte que tienes, hermanita. Encontrarse con un *highlander* con un mínimo parecido a Jamie Fraser tiene que ser una fantasía, no digamos ya acostarte con él. ¡Un sueño!

—Calla, calla. Déjate de *highlanders*. Anoche conocí a uno y resultó ser un auténtico gilipollas. Me pilló una tormenta sin paraguas, caía agua como si no fuese a llover nunca más. Entré a un restaurante, calada hasta los huesos y hambrienta, para encontrarme con el tío más estúpido de Escocia. ¡Qué digo de Escocia! ¡De todo el Reino Unido! —acabó la frase gritando, haciendo que varias cabezas se girasen en su dirección.

Al otro lado de la línea, el eco de la fuerte risa de Amy lo llenaba todo. La notó inspirar hondo para recuperar el aliento y hablar, pero el tren hizo su entrada a la estación y se despidió de su hermana, que aún estaba riendo.

—¡Relájate y date una alegría, Lizzie! —alcanzó a escuchar que decía Amy antes del pitido que indicaba el fin de la llamada.

Lis sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco mientras montaba en el tren. Sin apenas haberla conocido, Amy era demasiado parecida a su madre en muchos aspectos. Sabía que tenía razón, que ella también pensaría que ir hasta las Highlands era su destino, pero Lis estaba harta de engaños y trataba de ser más práctica, se encontraba en Escocia para trabajar. Ni más, ni menos.

No era mucho el trayecto hasta su destino, pero el suficiente para empaparse del sobrecogedor paisaje escocés. Tanta lluvia daba sus frutos en forma de interminables prados verdes que se extendían hasta fundirse con el horizonte.

Aprovechó el viaje para repasar la lista de cosas que iba a necesitar comprar y que no había podido facturar por falta de espacio, como el secador de pelo. Le encantaba viajar, pero ella prefería el tren al avión, o una caravana. No volaban y no tenías que pesar hasta el último gramo de equipaje. Puede que el avión fuese más rápido, pero no permitía disfrutar del paisaje,

tan solo de la vasta e inabarcable extensión de cielo, que, al final, era el mismo que se veía desde el suelo. Los transportes terrestres eran todo ventajas.

La voz mecánica de megafonía la alertó de que se acercaban a la última parada. Con gesto cansado, Lis se levantó para reunir sus pertenencias y bajó del vagón.

Cargó con sus maletas por el andén a la par que buscaba un cartelito en el que pusiera su nombre. La habían avisado de que enviarían a alguien a recogerla, pero no veía a nadie por ninguna parte. Empezaba a angustiarse un poco hasta que, en una esquina, casi escondidas, encontró a una mujer con una niña pequeña, quien daba vueltas a una carpeta con un folio en el que ponía Elizabeth Brown.

Al verlas allí, sintió miedo. La mujer tenía el gesto serio y consultaba el reloj cada pocos segundos, impaciente. No le parecía el tipo de persona que da la bienvenida en su casa a una extraña que viene a instalarse durante semanas. No sería la primera vez que no se sentía parte de un lugar, pero si nadie toleraba su presencia todo iba a ser mucho más difícil.

Con una sonrisa tímida, Lis se acercó hasta donde estaban y se presentó casi entre susurros. Tuvo que decir su nombre dos veces para lograr llamar su atención. Fue la niña la que se dio cuenta de que estaba ahí cuando tiró de la manga de su madre, que seguía mirando la hora. Enseguida, la actitud de la mujer cambió.

—¡Elizabeth! Estamos encantadas de conocerte. Yo soy Isobel y esta es...

—¡Hola! —la interrumpió la niña pelirroja—. Me llamo Megara, pero todos me llaman Meg, salvo mi madre cuando se enfada.

—¡Megara! —La niña alzó las manos, como queriéndole decir «¿lo ves?»—. Lis rio y notó como se relajaban músculos que no sabía que había tenido en tensión—. Sabes que debes dejar hablar a los mayores, *bonnie*. Temía que no nos vieras entre todo el barullo de gente.

Mientras hablaba, Meg se revolvió para soltarse de la mano de su madre y corretear entre la gente hasta pararse en la puerta de la estación, con los brazos cruzados a la espalda.

—Ven, dame eso —dijo Isobel, cogiendo la maleta de mano de Lis, que entre esa, la de facturación, la mochila y el chaquetón, necesitaba un brazo extra para poder llevarlo todo.

Lis se lo agradeció con una sonrisa y asintió, avergonzada.

—He de reconocer que no sabíamos qué esperar de tu estancia en Gealach

—dijo Isobel mientras guiaba a Lis hasta el coche.

—Muchas gracias por darme alojamiento, de verdad. Espero no molestar.

—Por supuesto que no. La tía Gwen tenía razón. Necesitábamos conocer de qué se compone la colección de arte y este verano es tan bueno como cualquier otro para averiguarlo.

—Estoy encantada de poder ayudar. Me informaron de que había numerosos óleos y esculturas —explicó Lis con entusiasmo.

—Nadie sabe muy bien qué forma parte de la colección y qué no. Por eso la tía Gwen contactó con vosotros y estás aquí.

El miedo tomó forma en la garganta de Lis. David la había avisado de que era un trabajo amplio, pero si ni la propia familia sabía qué había entre las obras, iba a necesitar más tiempo del que había previsto en un principio. A pesar de que contaba con el apoyo de un taller muy competente al que enviar obras que requiriesen un estudio minucioso y exhaustivo, sabía que a ella le quedaba un largo trabajo por delante.

«Lis, no empieces. Has venido a esto, a trabajar», se dijo, firme, tragándose todas las dudas y arrepentimientos. Ya había pasado por situaciones difíciles antes, algunas más que otras, pero difíciles al fin y al cabo, como la vez que, con nueve años ella y Nick jugaban en el tejado y se quedaron atrapados en la chimenea, de donde tuvieron que sacarlos los bomberos. «Lo importante es mantener la calma», le habían repetido esa tarde hasta la saciedad. Él no tenía medio cuerpo atrancado en una chimenea con un Nick histérico que no dejaba de gritar, pero no se lo dijo, por si el bombero se arrepentía y la dejaba a ella ahí.

Cabeceó para deshacerse del recuerdo y vio que Isobel y Meg subían a bordo de un Mini Cooper de color verde botella. Si supiese conducir, elegiría un coche como aquel, pequeño y fácil de aparcar.

—¿A cuánta distancia está la casa de aquí, Isobel?

—A la suficiente para que dé tiempo de conocernos un poquito —replicó con una sonrisa cómplice.

Lis soltó una carcajada y se relajó en el asiento del copiloto. Quizá no todo fuese a ser tan malo ese verano.

El estado de relajación duró lo que tardaron en salir del estacionamiento. Cada vehículo que aparecía de frente parecía venir en su contra, provocando que Lis diese un chillido y las escocesas se echasen a reír. La manía que tenían los británicos de conducir por la izquierda nunca podría entenderla. Superado el miedo inicial, logró encontrar algo parecido a la tranquilidad cuando dejaron atrás la ciudad para internarse en carreteras vacías, donde lo único que se encontraban eran las pobres vacas que pastaban inocentes en la hierba. Meg cantaba a voz en grito una canción infantil que fluía a través de los altavoces del coche acompañándola de un gracioso bailecillo.

—La casa te va a encantar. ¡Es enorme! —dijo Meg al tiempo que abría los brazos, intentando mostrar a Lis el tamaño de la vivienda—, ¿verdad, mamá?

—Así es, cariño. Es una casa muy grande.

—Eso suena fabuloso, Meg.

—¡Lo es! Y si me porto bien, me dejan dar un paseo con *Danno*, el caballo de mamá. Es ya un abuelito, pero es muy tranquilo y yo lo quiero mucho.

Lis sonrió a Isobel, siendo incapaz de no ver el amor con que miraba a su hija, que no tendría más de cinco o seis años. Pensó en lo extraordinario de los niños. Curiosos por naturaleza, se dedicaban únicamente a ser felices, formulaban las preguntas más disparatadas y poseían esa hermosa y entrañable capacidad de sorprenderse con cada detalle de lo que veían, hasta el más insignificante.

—Lis, ¿a ti te gustan los enanitos de jardín? —La desconcertante pregunta de Meg le dio la razón a sus pensamientos.

—Bueno, sí, supongo que sí. Sobre todo los que llevan gorrito.

—¡Menos mal! En casa hay un montón. Tío Evan y yo jugamos mucho con ellos, él los esconde para que yo los encuentre y es súper guay. —Los ojillos de Meg se encendieron de ilusión.

—Parece muy divertido.

—Sí... lo es —suspiró la niña—. Además, me gusta mucho porque así vemos más al tío Evan. Es el mejor escondiéndolos. He intentado jugar con Colin, pero no es tan bueno.

—Tu tío Evan parece un hombre muy inteligente.

—¿Qué significa «inteligente», mamá?

—Muy listo, cielo.

—¡Ah, sí! ¡Es la persona más lista de todas las personas del mundo! —gritó la niña alzando los brazos al techo.

—¿Más que tu papá? —aventuró Lis.

—Sí, porque mi papá es el más listo del cielo, que es otro sitio muy lejos, ¿verdad, mami?

—Claro que sí, cariño —murmuró su madre con la vista fija en el camino.

«Joder. He vuelto a cagarla». Fue lo único que pensó al percibir que el ambiente distendido del vehículo se espesaba como si fuese niebla, densa y asfixiante.

Lis sintió el instante en que una de las múltiples grietas de la coraza que protegía su alma se resquebrajó, recordándole que ella estuvo, y seguía estando, en una situación parecida. Nunca supo quién era su padre biológico, y su madre había muerto muy pronto. Ella solo le había dicho que él también era escocés, que se llamaba Andrew, de supuesto buen carácter, pero que las abandonó en cuanto supo que estaba embarazada. Solía afirmar que si ella no volvía a pisar suelo británico era porque la isla se había convertido en un cementerio sin él. Dejó atrás demasiado dolor para volver a ser feliz allí.

A Lis le habría gustado saber algo más, pero era pequeña cuando su madre falleció y se llevó con ella las respuestas; no tuvo tiempo de insistir en conocer la verdad. Imaginaba que Víctor sabría más detalles acerca del pasado de Charlotte, pero jamás se había atrevido a preguntarle, por miedo a que él tampoco supiera nada y verse condenada a la ignorancia eterna.

Tal vez ahora, tras conocer el país que vio nacer a su madre y cuya tierra corría también por sus venas, diera el paso de preguntar a Víctor a su vuelta. Tal vez.

Se había perdido tanto en su propia historia que había olvidado la que transcurría ante sus ojos, provocada por una de sus frecuentes meteduras de pata.

—Mierda. Lo siento, de veras. Yo... —titubeó Lis sin mucho sentido.

—No te preocupes, está bien. No lo sabías. —Isobel se enjugó con la mano un par de lágrimas que le resbalaban veloces por las mejillas y recuperó una frágil sonrisa.

—Aun así, no debí haber preguntado. Ha estado fuera de lugar.

—No, no. Sé que yo he perdido al que con toda seguridad fuese el hombre de mi vida, pero Meg ha perdido a su padre, y necesito que acepte la muerte como parte de la vida. No voy a negar que la pérdida es un golpe duro y

certero, como un puñetazo inesperado una vez que crees que la pelea ha acabado. Devastadora.

—Nunca se está preparado para ese golpe —coincidió Lis con un nudo en la garganta, presionándola como una enorme losa de mármol.

—Es posible. Pero es inevitable. Un ciclo natural, donde nada permanece más que en el recuerdo, eterno para los que nos quedamos aquí. Porque el amor es más grande que la muerte.

—Algún día, Meg estará muy orgullosa de ti, Isobel. Créeme, sé de lo que hablo.

Y no podía ser más cierto. Echar de menos era otra de las consecuencias más desagradables del amor, y ella la sufría cada día, aún más cuando era niña.

La ausencia dolía como un pellizco permanente apretando en el pecho. De no ser por la extraordinaria fuerza de Víctor, que solo se permitía derrumbarse si estaba solo para no preocuparlas, no sabía que podría haber sido de ella. Aunque Lis se acordaba de escucharlo llorar en su habitación y del brillo acuoso que humedecía sus ojos a cada rato, él siempre estaba ahí, como una roca sólida pero blandita a la que podías abrazar cada vez que lo necesitabas.

La inocencia y dulzura de Amy fueron su otra ancla. Con once años, haberse perdido en el océano de sensaciones que amenazaban con sobrepasarla hubiera sido muy sencillo, las posibilidades eran tan amplias como problemáticas, y sin embargo, había logrado no entrar en una espiral de catástrofes. Porque hubiese sido más fácil y menos doloroso dejarse llevar, pero la idea de dejar sola a Amy la aterrorizaba. No podía permitir que su hermana también sufriese el abandono, aunque Amy tenía a su padre, Lis conocía ese sentimiento y sentía que era su responsabilidad evitárselo a ella si podía.

Isobel le dedicó una sonrisa de agradecimiento y devolvió la vista a la carretera con gesto ausente. Para relajar el ambiente y evitar romper a llorar, pues ya sentía las lágrimas amenazadoras, se giró hacia Meg, que seguía canturreando mientras miraba por la ventanilla y le dijo:

—¿Sabes qué? Yo no he montado nunca a caballo. ¿Crees que podría aprender?

—¡Claro que sí! Puedo prestarte a *Danno* para que aprendas —chilló la niña entusiasmada.

Para alivio de Lis, Isobel se unió a ellas en la conversación, para ponerla al corriente, bastante por encima, de la situación de la familia McLean. Ella y

su padre, Patrick, se hallaban al frente de Glenperk, una de las destilerías de *whisky* más importantes del país. Mientras, su madre se dedicaba al mundo de la moda a golpe de hilo y aguja, considerada una de las diseñadoras de moda infantil más reputadas del continente, lo que la llevaba a viajar con muchísima frecuencia entre desfiles y eventos.

—¿Y el famoso tío Evan? —inquirió Lis sin poder reprimirse.

La curiosidad por él la tenía en vilo. Le gustaban los niños y los animales, decían que era amable y tierno. Y era un *highlander*. Si además era pelirrojo, tal vez había encontrado al hombre ideal para Amy.

—Mi hermano no quiere saber nada de la destilería —respondió en tono seco.

Lis advirtió el instante en que la mujer cambió de actitud de golpe, replegándose hacia sí misma y evitando el contacto visual, otra vez. Su ilusión se desinfló un poquito, pero no lo suficiente para perder la esperanza. El verano iba a ser muy largo y supuso que él tendría que aparecer alguna vez por la casa y, como ella no pensaba salir más que lo indispensable, podría verlo con sus propios ojos. Incluso podría tener la oportunidad de conocerlo y comprobar si tan fabuloso era. Como no deseaba hacer sentir violenta a Isobel, derivó la conversación hacia terreno neutral preguntando acerca de la casa.

El nombre de la vivienda era Gealach, y solía tener más movimiento en las épocas de verano e invierno, pero estaba habitada por Rhona y Colin durante todo el año; ellos se encargaban del mantenimiento constante y las reparaciones necesarias.

Isobel la informó de que durante las últimas semanas no habían hecho más que llegar cajas de embalar con algunas de las obras que se conservaban en la residencia de Edimburgo, aparte de las que ya guardaban ellos en Gealach. Además, una vez terminase su tarea ahí, tendría que trasladarse a la vivienda habitual de la tía Gwen para completar el trabajo.

Tenía por delante una ardua tarea, pero estaba tan nerviosa y excitada como un niño frente al puesto de helados, con tantos donde escoger que le costaba decidirse por un solo sabor.

El entusiasmo que se había apoderado de ella la condujo a revelar parte de su propia historia. Le habló de Amy, de Víctor y de Nick, así como de su trabajo en el universo del arte. Lo que más la sorprendió fue que Isobel realmente la escuchaba, haciendo preguntas y con interés sincero en su historia, más allá de la simple cortesía que solía mostrar la gente cuando

empezaba a irse por las ramas. Envalentonada por la atención inesperada, concluyó su relato confesando lo mucho que la había maravillado Edimburgo.

—Nosotras vamos mucho para visitar al tío Evan y a la tía Cait —añadió Meg, con la ilusión iluminándole las pupilas.

«La tía Cait. Mi gozo en un pozo. El alucinante y magnífico tío Evan está casado. Supongo que es lógico, si era tan perfecto». No se lamentó por su hermana, ya que, en realidad, Lis estaba segura de que el mejor hombre posible ya lo tenía en casa; solo hacía falta que Amy se diese cuenta de lo fantástico que era Nick y lo loco que él estaba por ella.

—¡Hemos llegado! —gritó Meg, desabrochándose el cinturón y corriendo a los brazos de la mujer que la esperaba en la puerta de la casa.

Y menuda casa, se maravilló Lis al bajarse del coche. El aroma fue lo primero que se le quedó grabado. Aire puro con un fuerte olor a hierba fresca, entremezclado con la suave fragancia de madera y caballos. La mansión, porque eso era como una mansión, estaba sumida en el interior de una espesa arboleda de tejos y abetos. Parecía sacada de un cuento de hadas.

Dio vueltas sobre sí misma, fascinada por la exuberante y salvaje belleza que la rodeaba. El entorno transmitía toda la calma y serenidad que Lis no había sabido que necesitaba con desesperación. La sensación de libertad era abrumadora, los campos y árboles se extendían sin fin hasta difuminarse a lo lejos y perderse con el cielo, despejado por primera vez desde que había llegado a Reino Unido. Eso tenía que ser un buen presagio.

El caserón poseía un aire antiguo pero elegante. Lis supuso, por la forma y estructura, que al menos dataría del siglo XIX. Sonrió para sí al contar las tres chimeneas que sobresalían por el tejado. Adoraba las chimeneas, siempre que no se veía atrapada en una.

Una pérgola acristalada dominaba el lateral izquierdo de la casa. Su sola visión dejó a Lis con la boca abierta, e imaginó que las vistas desde allí debían de ser imponentes. Se descubrió deseosa de poder admirarlas al atardecer, con una taza de chocolate caliente entre las manos y resguardada de la lluvia. Eso sí era un sueño.

Caminó hasta la entrada y, para su asombro, se sintió como en casa en ese pequeño rincón del mundo.

Todas sus dudas y temores habían resultado infundados. En la casa todos la hicieron sentir bienvenida nada más poner un pie en el vestíbulo. Rhona, la encargada de llevar la casa en ausencia de la familia, era una señora de pelo corto y canoso, con expresión amable y mirada limpia que cayó bien a Lis desde el primer momento.

Por su parte, Colin, un escocés gigante de aparente gesto adusto y firme, dirigió una sonrisa tan entrañable a Lis que esta quedó cautivada al instante. Cargó con su equipaje y encabezó el camino hacia los dormitorios superiores.

—Meg, cielo, Colin ha dejado un plato con galletas de chocolate y pasas en la cocina. Si no te das prisa, Sam e Iain se habrán comido hasta las migajas —alentó Rhona a la niña, que no necesitó terminar de oír la frase antes de salir disparada entre chillidos de emoción en la dirección que le habían indicado.

Rhona sacudía la cabeza con cariño mientras la veía desaparecer por la puerta más alejada de la entrada. Se volvió hacia Lis y le indicó que la acompañase escaleras arriba.

—Te hemos preparado el cuarto verde. Es uno de los más confortables de la casa. Ofrece unas vistas maravillosas —señaló con un guiño, mientras abría una puerta al fondo del enésimo pasillo que habían recorrido.

—No tenían que molestarse, me habría conformado con cualquier habitación. Muchas gracias.

—¡Tonterías! Los dormitorios están para utilizarse. —Indicó a Lis que pasara mientras descorría las pesadas cortinas—. Espero que todo sea de tu agrado. Voy a subirte una bandeja con té helado mientras te acomodas. La comida se sirve a la una, descansa un rato —aconsejó la mujer. Al pasar por su lado, le palmeó el brazo con afecto y abandonó la estancia.

—Gracias —susurró Lis, aunque ya no hubiese nadie en el dormitorio para escucharla.

La pintura era de un suave color verde que contrastaba con el blanco níveo del mobiliario. Una enorme ventana ocupaba gran parte de la pared del fondo y el sofá justo debajo estaba repleto de cojines que invitaban a zambullirse entre ellos con un buen libro y un poco de ese té helado que Rhona subiría de un momento a otro.

Se agarró a uno de los cuatro postes de la cama para descalzarse, exhalando un suspiro de placer cuando la mullida moqueta rozó con delicadeza sus dedos doloridos. Se arrodilló para abrir con cuidado el macizo arcón de madera que había a los pies de la cama y sacó un par de toallas. No se había dado cuenta de lo mucho que deseaba sentir el cabello limpio y seco más de tres horas seguidas hasta que había visto la enorme bañera reluciente.

Fue al abrir la maleta grande para sacar ropa limpia, que encontró un paquete entre dos jerséis que no recordaba haber metido ella. Impaciente, rasgaba el envoltorio de renos que habían comprado para la Navidad anterior cuando una tarjetita cayó de entre las múltiples capas que protegían el regalo. Nada más ver la caja, sus ojos se abrieron atónitos de par en par, iguales que los de un chiquillo que entra por primera vez a Disneyland. El rubor coloreó sus mejillas hasta ponerlas de un intenso color escarlata.

—¡Dios mío, Amy!

De súbito, una risita histérica se apoderó de ella. Porque eso solo podía ser obra de su querida hermanita. Sin reprimirlas por más tiempo, las carcajadas se le escaparon sin control. Escondido bajo toneladas de renos de nariz roja, se escondía un vibrador rotador con diferentes posiciones, varias velocidades y estimulador añadido para el clítoris.

Agarró la nota que había dejado olvidada en el suelo y leyó con avidez.

«¡SORPRESA! Casi no llego a colarlo en la maleta porque no parabas quieta, pero aquí está, listo y cargado para que le des uso. Dentro de la caja hay pilas de repuesto porque espero que las gastes pronto. Muy pronto. Si es sola estupendo pero, si es acompañada, mejor ;)»

Te quiere, tu hermana».

—¿Y ahora qué hago yo contigo? —se preguntó en voz alta mientras abría la caja.

No era el primer vibrador que tenía; el anterior había pasado a mejor vida de una vergonzosa forma que prefería no mencionar, pero sí era el primero que le regalaban. Pensó en guardarlo en el arcón y olvidarse de él, pero un recuerdo fugaz de una espalda bien delineada se coló en su mente. Qué demonios. Con sonrisa traviesa, se estiró sobre la cama hasta la cabecera y lo guardó en el cajón de la mesita de noche. Solo por si acaso.

Se desvistió con la sonrisa tonta en la cara mientras se llenaba la bañera. Puso música, y los acordes de *Always Love* inundaron el cuarto de baño. Se sumergió en el agua caliente y se relajó por primera vez desde que había subido al avión, hacía poco más de veinticuatro horas. Sí, tan solo habían

pasado veinticuatro horas y ya podía escribir un libro con todo lo que le había ocurrido.

Tal era la tranquilidad que le pareció estar soñando cómo su madre le acariciaba el cabello desde el borde de la bañera igual que cuando era una niña. Con expresión serena y mucho mimo, dejó que sus dedos la peinasen. De repente, cayó en la cuenta de dónde se encontraba y de que su madre no podía estar ahí.

Abrió los ojos de golpe, dándose un porrazo con el grifo en la rodilla, para ir a encontrarse con una ristra de pecas y unos intensos iris azules que la observaban con curiosidad.

—¡Meg! ¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó con el corazón palpitando con fuerza.

—Creía que no te despertarías nunca, ¡y mira que lo he intentado haciendo mucho ruido en el cuarto! —protestó la pequeña, exasperada—. Tienes que darte prisa, casi es la hora de comer y quiero enseñarte un montón de cosas.

—¿Tiene que ser ahora, Meg? —rezongó Lis, volviendo a dejar caer los párpados mientras reunía la espuma a su alrededor, a modo de barrera con la niña.

—¡Sí! Ahora que Sam e Iain han salido con Rhona y no nos molestarán —lo dijo en voz tan bajita que cualquiera diría que los niños podían oírla sin estar ahí.

La niña se incorporó y se dirigió a la cama para esperar a Lis, sin darle oportunidad de decir que no. Resignada, salió del agua caliente, se envolvió en una toalla y la siguió hasta el dormitorio, regañándose mentalmente por no cerrar con pestillo. Menos mal que había guardado el vibrador; si no, la escena habría sido bastante más... pintoresca.

—Está bien, vamos allá —dijo Lis ya vestida.

—¡Genial! Vamos, te va a encantar.

La cogió de la mano y tiró de ella, arrastrándola por el pasillo hasta detenerse frente a una de las últimas puertas. La niña palmeó, encantada de saber algo que su nueva amiga no sabía y la invitó a entrar a la estancia con una reverencia.

—¡Bienvenida a mi cueva de princesa!

—¿Las princesas no viven en castillos? —inquirió Lis mientras admiraba la soberbia casa de muñecas que ocupaba la mayor parte de la habitación.

—No, todas no. Las aventureras como yo vivimos en cuevas. —Se cruzó de brazos, enarcando una ceja para desafiar a Lis a contradecirla.

El mohín orgulloso de la niña era delicioso. Lis tuvo que tensar los labios para evitar echarse a reír.

—Tienes razón. Es una cueva preciosa para una princesa aventurera.

La cama con dosel y la casa de muñecas no dejaban mucho espacio, pero alguien se las había apañado para instalar un armario y un escritorio junto a la ventana. La sonrisa de la niña por su aprobación bien podría haber iluminado toda la estancia. Se sentó frente a la casa e invitó a Lis a arrodillarse junto a ella, mostrándole todo lo que guardaba en su interior. Era asombrosa, saltaba a la vista que estaba hecha con mimo, cada detalle fabricado con esmero y mucho cariño. La mayoría de muebles parecían hechos a mano, por una mano experta, desde luego. Era espectacular.

—Mi abuelo se la regaló a mi madre cuando ella era niña y, poco a poco, hemos ido llenándola de más cosas.

La niña estiró el brazo y cogió un pequeño armario que se había despegado. Con delicadeza, lo depositó en la mano de Lis. La madera estaba tallada con todo detalle, dibujando un intricado trenzado de florecitas en las esquinas. Una pequeña obra de arte. Iba a devolvérselo a Meg para colocarlo en su lugar en el momento que una sombra de tristeza cruzó la mirada resplandeciente de la niña.

Viendo que la habían descubierto, la niña se frotó los ojos y recuperó la sonrisa. A Lis no le pasó desapercibido el cariño con que pasaba la yema de los dedos por las diminutas puertas del mueblecillo antes de dejarlo en su sitio. Ese en concreto debía de ser especial para ella, pero no preguntó; imaginaba que la niña se lo contaría si quería. Y lo hizo.

—Este fue el último mueble que hicimos papá y yo antes de que él se fuese al cielo —explicó la pequeña.

Insegura, Lis le acarició el cabello y Meg le correspondió con un abrazo que la pilló desprevenida. Se mantuvieron en silencio unos minutos hasta que la niña rompió el contacto y preguntó:

—A él le encantaba... ¿Crees que podrá seguir haciendo muebles para casas de muñecas en el cielo?

—Claro que sí. Y un día, te los enseñará todos —confirmó Lis con voz entrecortada.

Meg asintió y se limitó a permanecer callada mirando la casa de muñecas. Lis la adoró por ser tan inocente y le besó la coronilla, impresionada por su actitud. Lejos de estar triste por ella misma, se preocupaba por si su padre sería feliz en el cielo fabricando mueblecitos de madera.

La niña se limpió la cara con el bajo de la camiseta y asintió de nuevo, esa vez más convencida. Se dio la vuelta y se acercó hasta el cabecero de la cama. Con una sonrisa pícaro, miró a Lis para, acto seguido, meter la mano detrás de un mueble.

—¿Quieres saber por qué esta habitación es mi favorita? —preguntó mientras trasteaba la pared detrás de la mesita—. Pues porque esconde un secreto.

Por fin, sus dedos encontraron lo que buscaban y un hueco del tamaño de una caja de zapatos apareció ante ellas, haciendo que la boca de Lis formase una o perfecta por el desconcierto.

—Solo lo saben mi mamá y mi papá. Es para guardar tesoros —aclaró cuando vio que Lis seguía mirando el hueco en la pared como si lo que hubiese aparecido de debajo de la cama fuese un unicornio.

Meg hurgó en el interior mordiéndose la lengua. Cuando sacó la mano, llevaba una moneda de plata en ella.

—Me la regaló mi abuelo. Dice que es muy antigua, pero que da suerte porque todavía brilla. —Frotó la moneda contra su camiseta y se la mostró a Lis—. ¿A que es fabuloso? En tu habitación no hay agujero en la pared, pero puedes utilizar el mío siempre que quieras —ofreció la niña y, para sorpresa de Lis, le cogió la mano y la estrechó con fuerza—. Mi papá siempre decía que así es como se hacen los tratos. Ya no se lo puedes contar a nadie.

Lis asintió con la cabeza, mostrando su acuerdo, y se agachó para agradecerle haber compartido su secreto con ella revolviéndole el cabello con cariño. La niña la imitó y le pasó la mano por el pelo. Las dos se echaron a reír hasta que la voz de Isobel desde la planta baja las sobresaltó a ambas.

—¡Meg, vamos a comer! Busca a Lis y avísala, por favor, *bonnie*.

—Mamá me llama así a veces, significa bonita, ¿sabes? —explicó la niña, satisfecha—. Date prisa para bajar a comer, mamá se enfadará si tardas mucho. Que no se te olvide lavarte las manos si no quieres que te regañe —gritó mientras salía corriendo.

Lis se levantó del suelo y se repitió a sí misma lo tonta que había sido por sus dudas respecto a la familia McLean. Todos eran personas encantadoras que la habían aceptado sin reservas, en especial la pequeña y dulce Meg. Echó un último vistazo a la impresionante casa de muñecas y abandonó la habitación con el corazón henchido de optimismo. Todo iba a ir bien.

Rhona fue su salvación. De no ser por ella, Lis habría muerto de inanición o sepultada por una de los millones de cajas que abarrotaban el cuarto donde estaba trabajando; cualquiera de las dos cosas podría haber ocurrido con excesiva facilidad. Inmersa en su labor, se le olvidaba comer, y torpe como era, tropezaba a menudo con las cajas.

Se pasaba el día de un lado para otro, abriendo y amontonándolas, sin tiempo para nada más. Ni siquiera para investigar acerca del enigmático broche que había adquirido en Edimburgo. Durante las horas de luz apenas reparaba en él, pero al llegar la noche, el brillo de las estrellas de las Highlands traía consigo la visión de las ruinas para atormentarla en sueños. Aunque se hallaba intrigada, insistía en creer que había una explicación lógica y racional a esa conexión, como el estrés.

El segundo jueves de su estancia en Gealach, la felicidad irrumpió con fuerza en su monotonía. Había recibido la que se suponía era la última caja procedente de Edimburgo; sumando las obras que ya había en la casa, la colección estaba compuesta de cincuenta y ocho piezas, sin contar las que guardaba la tía Gwen en su propio hogar.

Agotada pero exultante, elaboró un informe preliminar para David y decidió tomarse libre el fin de semana. De hecho, la decisión la tomó Rhona, pero Lis estaba tan cansada que no pensó en discutir.

Se encontraba en la cocina, tomando el té con ella mientras Colin preparaba la cena de esa noche, cuando la calma se alteró por un comentario casual de Rhona, en una conversación que, a priori, a Lis le pareció inofensiva.

—Este fin de semana regresan Isobel y Meg, y apuesto a que no te imaginas quién viene con ellas.

—Rhona, si lo dices así, la única posibilidad es Evan. Rompes el encanto de adivinar, querida. —Colin picaba pimientos y patatas, a la vez que escuchaba la charla de su mujer.

—*Aye*. Isobel llamó para avisar de que lo había convencido para venir. Ya sabes que jamás viene si Blaire puede andar por aquí... —dejó la frase en el aire al percatarse del débil carraspeo de Colin, que le indicaba que guardara silencio.

—¿Por qué? ¿No se lleva bien con su madre? —cuestionó Lis lo más discretamente que pudo. Había intentado morderse la lengua para no preguntar; sin embargo, la curiosidad había sido más fuerte y había caído de lleno en la tentación de saber más acerca del «tío Evan».

—¡Ay! Nada, nada, tonterías de familia. No te preocupes. ¿Quieres más té?

Lis advirtió el matiz evasivo en la actitud de Rhona. Era consciente de que los problemas familiares de los McLean no eran asunto suyo, pero el repentino silencio en la cocina había despertado su interés. Otro enigma que engrosaba la interminable lista de misterios sin resolver.

Llevaba casi dos semanas en Escocia y, desde que Isobel le hablara de él, no había vuelto a escuchar nada de Evan. Mentiría si dijera que no había pensado en él alguna vez, pero parecía que nadie en la casa lo mencionaba, hecho que llamaba su atención, si se suponía que era «perfecto» y todos lo querían tanto.

—Ya que estos días no vas a encerrarte a trabajar, deberías aprovechar el tiempo para explorar la zona. Ver el pueblo, bajar al lago... Hay rutas extraordinarias y paisajes excepcionales que no puedes perderte —la animó Colin con lágrimas en los ojos por la cebolla.

Notó como la oportunidad de indagar acerca de la familia se le escapaba entre los dedos hasta evaporarse delante de sus narices, pero su instinto le decía que en aquella enorme casona no todo era tan idílico como parecía. Y su instinto no solía fallar. Tendría que esperar una nueva ocasión para averiguar algo más sobre los McLean, en especial del misterioso tío Evan. Un interruptor pareció activarse en su cerebro para recordarle que había pasado por alto que iba a conocerlo al día siguiente, provocándole un ligero cosquilleo en el pecho por la expectación.

—¡Y además va a hacer sol! No puedes quedarte siempre confinada entre las cuatro paredes de la galería, te estás quedando pálida. Tu jefe lo comprenderá, y Gwen ya te habría obligado a ir al pueblo con ella —aseveró Rhona mientras picoteaba de un plato de queso.

Lis iba a replicar, sin embargo, el amargo olor a chocolate inundó la cocina, trayéndole a la memoria el recuerdo del pastel de su último cumpleaños. Había celebrado los veintiséis con una tarta de dos pisos de la que solo habían dejado el plato, y porque no era comestible. Junto con el arte, el chocolate era una de sus grandes pasiones en la vida.

—¡Madre del amor hermoso! —gimió en español cuando el aroma se filtró hasta sus sentidos—. Estoy dispuesta a recorrer cada centímetro del pueblo si

con eso puedo probar el bizcocho que acaba de salir del horno. Huele de escándalo —alabó a Colin y compuso la mejor cara de pena que tenía con intención de conseguir un trozo antes de la cena.

—Tendrás que esperar al postre para probarlo, pero, si de verdad te gusta, te haré uno cada día a cambio de la receta de la tortilla de patatas. Me fascina la gastronomía del sur, pero no acabo de cogerle el truco —se lamentó el robusto cocinero mientras aplicaba una capa de glaseado al bizcocho, que le daba un aspecto todavía más apetecible si cabía.

—Oh... siento no poder ser de utilidad. La cocina no es mi fuerte. Lo máximo que podría hacerte sería un sándwich. Con mucho esfuerzo, lograría unos macarrones con queso, pero una tortilla... imposible. Lo siento, Colin.

Lis todavía podía recordar la cara desencajada de Víctor cuando, hacía poco más de tres semanas, la había encontrado en la cocina, o en lo que quedaba de ella. Dado que había encendido el horno sin acordarse de sacar las sartenes que guardaban dentro, el olor a quemado se impregnó en las paredes y una sartén chamuscada descansaba humeante en el fregadero.

Con las prisas por sacar las sartenes antes de perderlas todas, había derramado toda la masa de chocolate, dejando la encimera y el suelo cubiertos de una sustancia oscura que pretendía acabar siendo un bizcocho.

Lejos de gritarle por el estropicio, se echó a reír y la felicitó por su asombrosa habilidad para destrozar una cocina en tan poco tiempo. Sin embargo, eso no la libró de recoger y limpiarlo todo, ni de comprar un par de sartenes nuevas.

Sacudió la cabeza para regresar a la realidad y contempló la evidente desilusión en el rostro de Colin. Lis sabía hacer muchas cosas, entre ellas trucos de magia con cartas y organizar las mejores fiestas temáticas, pero cocinar no era uno de sus puntos fuertes.

Sin embargo, estaba cómoda con Colin y Rhona, así que no tuvo valor para negarles su dudosa ayuda en la elaboración de la cena para esa noche, aun a riesgo de acabar en desastre. El cocinero había decidido hacer estofado de carne y pidió a Lis que pelase zanahorias para añadirlas al sofrito de cebolla, pimiento y ajo que ya chisporroteaba en la olla.

Los ecos de risas se mezclaban con el aroma a verdura cocida. Fue una tarde en la que las desastrosas dotes culinarias de Lis se reafirmaron. No hubo ocasión de volver a sacar ningún tema delicado, pero tampoco lo echó en falta.

Bajaba de su habitación después de ducharse para la cena cuando escuchó

los inconfundibles chillidos de Meg. Había echado en falta la alegría de la pequeña de la casa y se encaminó al salón para recibirlas a ella y a su madre. Cuando estaba ya casi en la puerta, le pareció percibir una voz masculina que se le hizo familiar, aunque no consiguió ubicarla.

Entró en el salón tratando de identificar al dueño de la voz en su cabeza. Estaba segura de haberla escuchado antes.

—¡No me lo puedo creer! —gritó cuando lo reconoció.

¡Tenía que ser una broma! No podía ser que semejante energúmeno estuviera en el salón de la casa más bonita en la que había estado nunca, estropeándolo todo con su mera presencia. Con un nudo en la garganta, deseó equivocarse y que ese tipo no fuese el famoso tío Evan. No creía que pudiese soportar tener que pasar todo el fin de semana con él.

Entre tanto, el escocés no apartaba la vista de ella, incrédulo. «¡Sorpresa!», pensó Lis con regocijo. Las manos le sudaban y creyó que todos podían ver el temblor de sus rodillas, pero se mantuvo firme, hasta que las palabras que escaparon de los labios de Isobel desencajaron su mandíbula, confirmando sus temores y destruyendo el escaso autocontrol que le quedaba.

—¡Lis! Acércate, quiero presentarte a mi hermano, Evan McLean.

El engreído escocés de Edimburgo no podía ser hermano de Isobel. No podía ser el mismo Evan del que todos hablaban. Le resultaba inconcebible que un hombre tan presuntuoso estuviese emparentado con una niña tan tierna como Meg. Lo que podía llegar a ser la genética, pensó, poniendo los ojos en blanco.

Las personas del salón la miraban como si, de repente, se hubiese transformado en un dragón que escupe fuego. Por su parte, ella observaba al *highlander* con la misma cara de aturdimiento.

—Imagino que ya os conocíais —aventuró Isobel con inseguridad.

—No nos habías dicho nada —le reprochó Rhona, terminando de poner la mesa, con cubierto para el escocés.

Lis, que aún no había sido capaz de vocalizar una sílaba, osciló la cabeza en un intento por aclarar sus ideas y respiró hondo mientras trazaba el dibujo de su muñeca, en la búsqueda de una respuesta apropiada, pero el «tío Evan» se le adelantó.

—Sí. Coincidimos hace dos semanas en el restaurante, pero no puede decirse que fuésemos oficialmente presentados.

—¿Oficialmente presentados?! —Lis recuperó el habla solo para gritarle.

Isobel abrió la boca y exclamó un tímido «oh» de comprensión, al recordar

como Lis le había contado en el coche su encontronazo con un camarero. Con palabras atropelladas, los sacó a todos del salón con la excusa de entregarles los regalos que había traído de su viaje a París.

Una vez estuvieron a solas, Lis se limitó a observarlo y desafiarlo con la mirada. Las palabras se le atoraban en la garganta sin poder pronunciar ninguna. Él vestía unos pantalones vaqueros que no hacían más que realzar su figura, demasiado definida para su gusto. Colocar copas no daba ese cuerpo, de eso estaba convencida. Exudaba confianza y seguridad. Los ojos esmeralda la escrutaban sin disimulo. Una sombra de diversión cruzó su mirada, pero fue tan fugaz que ella creyó haberla imaginado. Se rodeó el cuerpo con los brazos, como si así pudiese evitar que él la mirase.

La sonrisa que había ido apareciendo en el rostro del escocés conforme avanzaban los segundos la hizo reaccionar. De nuevo, deseó borrarla de la cara, pero, como no iba a abofetearlo, le dio la espalda, dispuesta a abandonar el comedor. No quería ni tenía nada que hablar con él, por muy McLean que fuera. Al verlo de nuevo, se le había revuelto el estómago; lo que no sabía con seguridad fue si para bien o para mal, pero le dio igual. Estaba ya a pocos pasos de la puerta cuando él habló.

—¿Lis? Espera, por favor. —El leve rastro de genuino arrepentimiento que detectó en su tono fue lo que hizo que se parase.

Nada tuvo que ver la delicadeza con que pronunció su nombre, ni imaginarlo susurrándolo a su oído cada noche. Ella no se fijaba en esas cosas, aunque tenía ese timbre de voz que escucharías embelesada hasta quedarte dormida, incluso si lo que leyese fueran las instrucciones de una tostadora.

—No creo que tengamos nada de qué hablar.

Se dio la vuelta de nuevo y marchó en dirección a su habitación, más nerviosa de lo que quería admitir, pero, antes de que pudiese salir del salón, él le dio alcance y se plantó delante de ella con los brazos extendidos en señal de rendición. Ella, en lugar de amedrentarse, se encogió de hombros y redirigió sus pasos hacia la cocina para prepararse una bandeja con un plato de estofado y el postre. O mejor, que fuesen tres porciones de postre, rectificó rememorando la imagen del delicioso bizcocho.

—*Aye*. Sé que tienes razón, pero lo siento, en serio. Fui un imbécil. No había tenido un buen día y lo pagué contigo. Lo lamento muchísimo.

—Fuiste mucho más que un imbécil, *encanto* —ironizó en castellano, imitando sus palabras aquella noche.

—Tienes razón, me comporté como un gilipollas, y nada de lo que diga

servirá para justificarlo. Además, las palabras no se me dan muy bien.

La mirada gris de Lis voló hasta estrellarse contra el verde bosque que poblaba la de Evan. Lo que encontró no fue la diversión que esperaba, sino lo que parecía un ligero rastro de arrepentimiento. Evan estaba nervioso y eso la inquietó aún más a ella, que se detuvo a esperar que siguiese hablando.

—De verdad, el don de la palabra no es lo mío. Se me da mejor trabajar con las manos —añadió.

Incrédula por el descaro del escocés, Lis arqueó una ceja, invitándolo a darse cuenta de lo desafortunado de su comentario, porque en realidad parecía no ser consciente. Por primera vez, vio que el rubor acudía a las mejillas de Evan, que se rascaba la nuca, avergonzado. Lucía encantador, incluso adorable; si no fuese por su chulería altanera, sería endiabladamente atractivo. Lis tragó saliva, intranquila, y aguardó.

—Está bien, ese no ha sido un buen comienzo. ¿Puedo volver a intentarlo? Vale, a ver... Permite que te invite a la mejor cena que hayas probado jamás —sugirió él con una sonrisa ladeada, que hizo que la firme negativa de Lis se tambalease un poquito.

—Gracias, pero dudo que eso sea posible. Nada de lo que hagas podrá, siquiera, acercarse a la estratosfera en que orbitan las croquetas de Víctor.

—Tal vez. Pero apuesto a que no has comido un buen *black pudding*. El mío es excelente —argumentó tratando de traspasar la barrera que Lis había levantado entre ellos dos y se empeñaba en mantener—. En España creo que lo llamáis morcilla, y te puedo asegurar que no vas a probar una como la mía en la vida. La gente suele pasarlo por alto, pero el secreto para que esté jugosa no es la longitud, es el grosor. Nunca falla —recalcó con su sonrisa ensayada y una ceja arqueada.

Hasta ahí podíamos llegar. Lis se enfrentó a él con el cuerpo tenso y le soltó:

—¡Oh, Dios! ¡Serás cretino! ¿Qué te has creído? Por supuesto que no quiero probar tu... tu... ¡tu morcilla! ¿Así os disculpáis en Escocia? —Se dirigió a la puerta con los puños apretados. Lo había vuelto a hacer. Había vuelto a reírse de ella. ¡Su morcilla! Debía mostrar a Isobel que su hermanito no era tan santurrón y magnífico como parecía ser en casa, sino un maldito sinvergüenza.

—¿Qué? ¡No! Joder, no me refería a esa morcilla —exclamó él a la puerta abierta por la que Lis ya había desaparecido con una ristra de insultos brotándole de los labios.

Lis llegó a su habitación y gritó de frustración. Ese escocés era de todo menos perfecto, y no tenía muy claro que fuese a poder estar en la misma habitación que él sin acabar matándolo. Su fin de semana de descanso iba a ser muy largo.

Poco rato después, contempló la posibilidad de rechazar bajar a cenar. Esperaba que algo enturbiase su maravillosa estancia en la casa. Nunca nada era perfecto y ella siempre esperaba el revés que la vida le tenía preparado, pero a Evan no lo había visto venir.

Al pasar junto a la ventana se dejó caer sobre el sofá. Se masajeó las sienes mientras contemplaba el enorme abeto que había junto a la casa y que parecía invitarla a descender por él y huir corriendo de las Highlands sin mirar atrás. El eco de una tormenta reverberó en el cielo. Era curioso, el día había amanecido despejado, cosa rara en Escocia; sin embargo, ahora se hallaba plagado de nubes ansiosas por descargar con rabia cada gota de agua.

El cielo encapotado reflejaba a la perfección la evolución de su propio estado de ánimo, el cambio radical de la felicidad que había experimentado durante toda la tarde en la cocina al creciente enfado que bullía en su interior tras el encuentro con el *magnífico* Evan. Solo se habían visto dos veces, y en ambas ocasiones él había actuado como un perfecto idiota.

Pensó que tal vez estaba siendo un poco exagerada, porque no parecía que él advirtiese el doble sentido de sus comentarios, que bien podrían haber sido inconscientes... confundida, volvió a levantarse para seguir arrastrando los pies a través de la habitación. El escocés la ponía de los nervios, le resultaba más difícil de soportar que Nick cuando empezó a salir con su primera novia. Ese pensamiento le recordó otro que había escuchado a Meg y que anulaba toda posibilidad de arrepentimiento.

—¡Es un hombre casado! —exclamó, parándose en mitad del dormitorio.

Eso lo hacía todo aún peor. Lo convertía en un hombre sin moral al que no le importaba coquetear con otras mujeres teniendo una en Edimburgo. Recordaba todas las lágrimas que Amy había derramado sobre su hombro cuando su primer —y único— novio estable había resultado ser un hombre casado que había jugado con ella durante meses. Recordaba las horas que Amy pasó maldiciendo y jurando que jamás volvería a ser tan estúpida, a la par que despotricaba de sus supuestas amigas que no se atrevieron a decírselo. También recordaba como Amy amuralló su corazón, convirtiéndolo en piedra. Era cierto que no se privaba de pasar un buen rato de sexo y diversión, sin lazos ni sentimientos, pero siempre que no hubiera otra persona.

Para Lis había supuesto, aparte del sufrimiento de su hermana, la consolidación de su negativa a enamorarse. Era demasiado peligroso. Y doloroso. No era capaz de entender la infidelidad, no solo traicionabas a tu pareja, destruías de un plumazo toda la confianza que habían depositado en ti. Lo que peor llevaba era la facilidad con que algunos parecían cometerla, como si a la otra persona no fuese a dolerle. Una tontería sin importancia.

Un ligero golpe en la puerta la sacó de sus cavilaciones.

—¿Puedo pasar? —preguntó Colin desde el pasillo.

—Adelante —se rindió Lis, dejándose caer sobre la alfombra rodeándose las rodillas.

—Sería una pena que no cenases después de todo el esfuerzo, ¿no crees?

—No tengo mucha hambre.

—¿Ni siquiera de probar el pastel de chocolate? —inquirió alzando una ceja—. Creo que tu estómago no está muy de acuerdo contigo, *bonnie* —comentó Colin con una risita, refiriéndose al sonido gutural que emitió el vientre de la joven.

—Juegas sucio. Pero supongo que tienes razón, ningún tío va a hacer que me quede en mi habitación y me prive de disfrutar de la cena con vosotros —repuso ella sacudiendo la cabeza y levantándose del suelo. Se tenía por una mujer fuerte e independiente y no iba a permitir que su humor dependiese de un hombre. Para Lis, el cielo volvía a estar despejado desde ese instante.

—Es buen hombre. Créeme.

—Déjame que lo dude —murmuró entre dientes, mientras sacaba un jersey ancho de color rojo del primer cajón—, pero tú ganas. No podré dormir sin haber saboreado tu bizcocho.

—Espero estar a la altura —bromeó, dejándole espacio para salir.

Caminaron juntos por los pasillos, en silenciosa complicidad. Lis se sentía cómoda con Colin. Era una persona con la que le resultaba muy fácil pasar el tiempo, a diferencia de con otros miembros del clan McLean.

Respiró hondo y se preparó mentalmente para enfrentarse a una cena que preveía eterna, frente a la petulante sonrisa de un Evan que parecía disfrutar muchísimo haciéndola rabiar. No se equivocó. Nada más entrar en el salón, chocó con el perverso brillo de su mirada. Desvió la vista y se dirigió al otro extremo del comedor.

—Lis, ven a sentarte a mi lado. —Isobel señaló la silla junto a ella.

A pesar de ser una mesa de grandes dimensiones, con cabida para por lo menos veinte comensales, Rhona había colocado los seis cubiertos en el

mismo extremo para cenar todos juntos. A Lis le habría parecido un detalle encantador de no ser por la presencia del joven escocés. Ahogó un suspiro, se armó de paciencia y se dirigió al asiento que le habían reservado.

Parecía que el azar, el destino y las malas artes de Isobel se habían conjurado para que acabase sentada justo enfrente de la intensa mirada color esmeralda de Evan. Se sentía observada, consciente de que el hombre delante de ella estudiaba cada uno de sus movimientos. Ese descubrimiento provocó un súbito calor inesperado que hizo que su corazón latiese más deprisa, de modo que optó por centrarse en su plato e ignorar al *highlander*. Había bajado a cenar, no a charlar con él.

Jugeteaba con el estofado que, por un milagro del buen hacer de Colin, había quedado delicioso, con la carne en el punto de deshacerse al llevársela a la boca, sin apenas escuchar la conversación que tenía lugar en el comedor. Le parecía haber oído elogios y alabanzas a la cena, pero no se dio por aludida; el mérito era del empeño del cocinero en que quedara todo perfecto.

Cada vez que alzaba la cabeza, chocaba con un par de ojos verdes que parecían mofarse de ella. Seguía convencida de que lo mejor era no hacer caso a Evan, pero no podía evitar un estremecimiento cada vez que bebía agua y comprobaba que el nivel de líquido siempre era el mismo. Conforme ella dejaba la copa en la mesa, el escocés la rellenaba sin ella pedírselo. Tal vez, cualquier otro día habría apreciado el gesto, pero esa noche la incomodaba saber que él estaba atento a todos los pequeños detalles.

Solo le quedaba un trozo de carne para acabar de cenar, por lo que echó un discreto vistazo a su alrededor para comprobar los platos de los demás, que también estaban casi vacíos. Se removió inquieta en su asiento, a la espera del postre. Alguien en el cielo, posiblemente su madre, sabedora de su adicción al chocolate, había escuchado su silencioso ruego, puesto que Rhona se dirigió a la cocina en busca del tentador pastel que habían dejado enfriando en la nevera.

Inspiró con fuerza, en busca del reconfortante aroma del cacao para aplacar su malestar. Cuando el olor llegó a sus fosas nasales, despegó los párpados y encontró a Evan observándola. Harta de que su estrategia de ignorarlo no resultara eficaz, hizo frente a la mueca burlona de Evan con una mirada furibunda que esperaba le bajase esos humos de tío perfecto.

Funcionó. La sorpresa se reflejó en el rostro del muchacho, que alzó una ceja divertido, retándola a continuar el desafío que acababa de iniciar sin darse cuenta. Lis no estaba dispuesta a entrar en ese juego con él, por lo que lo

obsequió con una sonrisa radiante y se inclinó hacia delante para alcanzar la botella de vino y servirse ella misma. Con esa jugada esperaba hacerle entender que no necesitaba ninguna de sus atenciones.

Un gesto casi imperceptible cruzó la cara de Evan, concediéndole la victoria. Triunfante, tomó la copa y bebió. Sabía tan amargo que aun habiendo tomado un pequeño sorbo, se atragantó y comenzó a toser con fuerza. Se llevó las manos al pecho y lo escupió todo sobre los restos de su plato vacío.

—¡Lis! ¿Estás bien? —se escandalizó Isobel, a su lado, palmeando con fuerza su espalda—. Debí avisarte de que es un vino fuerte.

Rhona ya había aparecido con un trapo para limpiar el desastre de la mesa. Cuando dejó de toser y se aclaró la visión, emborronada por las lágrimas provocadas por el amargor de la bebida, respiró hondo y levantó la cabeza con cautela para contemplar los rostros que la miraban preocupados.

—Estoy bien, no pasa nada —murmuró con la respiración entrecortada.

Abochornada, no se atrevió a mirar en la dirección de Evan. No soportaría ver condescendencia en su cara. Acababa de retroceder lo poco que había adelantado en su guerra de voluntades con un simple traguito de vino.

De pronto, escuchó a Evan tratar de tranquilizar a Meg, que se había asustado.

—¡Shh!, *a leannan*. Lis está bien. No llores. —Acarició su cabeza.

—Tranquila, cariño, todo está bien —trató de calmar Lis a la niña, que no paraba de hipar.

Las lágrimas saladas rodaban por el rostro de la pequeña, acentuando la cadena de pecas de sus mejillas. El pulgar de Evan las secaba con delicadeza antes de que cayeran por su cuello y se perdieran en su regazo. Ese gesto paternal enterneció el corazón de Lis, que reparó en que, en realidad, él llevaba toda la noche siendo el perfecto caballero que Meg pensaba que era.

—Tienes que dejar de llorar para poder comer postre, cielo —le recordó Isobel con cariño.

El aviso surtió efecto. Meg sorbió con fuerza y se limpió la cara con sus manitas. Compuso una sonrisa conmovedora, frunció el entrecejo y observó a Lis con cuidado, buscando cualquier signo de dolor en ella.

A pesar de estar un poco sonrojada por lo ocurrido, Lis le sonrió a la niña, en un intento por hacerle ver que se encontraba bien y que dejara de preocuparse. Así debió de juzgarlo Meg, puesto que le devolvió la sonrisa y fue hasta su asiento para abrazarla.

Colin supuso que todo era lo bastante normal como para partir la tarta.

Cuando Meg se dio cuenta de que su pedazo lo habían puesto donde estaba sentada antes, abandonó los brazos de Lis y salió corriendo en su busca.

—Menos mal que no te has ahogado, ¿te habrías perdido el postre! — exclamó con la boca llena de chocolate.

Lis sacudió la cabeza y rio. Se llevó un trozo del bizcocho a la boca y no pudo reprimir el gemido de satisfacción que salió de sus labios. Era extraordinario. Estaba tan esponjoso que se deshacía en la boca. Incapaz de hablar, dirigió una mirada de aprobación a Colin, quien le guiñó el ojo.

Se deleitó en la textura del bizcocho. Había merecido la pena bajar a cenar y aguantar a Evan toda la noche. Hasta había merecido la pena atragantarse con el vino.

—No tengo palabras para describir lo delicioso que está, Colin — manifestó, sirviéndose su tercer trozo de tarta.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. ¡Así da gusto cocinar!

—Ya solo te falta por probar mi *black pudding* —intervino Evan con retintín.

De forma instantánea, dejó de masticar y levantó la mirada muy despacio. Ahí estaba. La sonrisa de medio lado, socarrona, provocativa, esperando su reacción. Lis no quiso volver a discutir con él, por lo que lo ignoró adrede y siguió devorando su postre.

—¡El *black pudding* del tío Evan es el mejor del mundo! Junto con esta tarta, las galletas de chocolate, el batido de fresa, las zanahorias, los macarrones con queso y el pastel de carne, es mi comida favorita de todas — afirmó Meg a voces, balanceándose en su silla.

Enfadada con él por querer parecer tan perfecto delante de su familia, Lis se levantó y cogió lo que quedaba de bizcocho para llevárselo a su cuarto. Abandonó el comedor con la mandíbula apretada, reteniendo una retahíla de comentarios envenenados, ante la atónita mirada del resto de comensales, que no entendían que había pasado. Pues que se lo explicase el fabuloso Evan.

Llegó a su habitación y cerró de un portazo para ahogar las carcajadas del escocés.

La noche había sido larga. El altercado en la cena no la dejaba conciliar el sueño y decidió retomar su infructuosa investigación acerca del broche. Se sentó frente al ordenador e inició una nueva búsqueda de imágenes de casas o castillos en ruinas. Su intuición le decía que su visión pertenecía a territorio escocés, pero hasta ese momento no había encontrado nada que se pareciese a la estructura de piedra derruida de sus sueños.

El broche descansaba en el fondo del arcón. La vena lógica de Lis le decía que era una tontería esconderlo, pero algo en él le provocaba escalofríos y prefería mantenerlo guardado. Bastante tenía con las pesadillas como para tentar a la suerte sacando la antigua reliquia de su estuche y verse obligada a contemplarlo cada vez que entrase en el dormitorio.

Cuando el reloj de la pantalla marcó las tres de la mañana, se rindió. No iba a darse por vencida con el tema, pero sabía que, por el momento, y con un dolor de cabeza descomunal, no iba a resolver nada más acerca de su misterio. Poco antes del alba, se vistió y salió a contemplar el amanecer desde el exterior. Colin la había advertido de que verlo a la orilla del lago era mágico, y no estaba tan lejos.

Caminaba entre los árboles, mientras la luz comenzaba a filtrarse por entre sus ramas. Tímidos rayos de sol acariciaron su rostro. Sin rastro del enorme lago, se apresuró, buscando un claro por el que poder ver salir el sol. ¿Cómo podía esconderse de ella algo tan enorme? La tierra crujía bajo sus pies, los pájaros entonaban los primeros cantos de la mañana, como si estuviesen deseándole un buen día. Con que fuese la mitad de malo de lo que había sido la noche, se conformaba.

Casi corría cuando terminó de atravesar la arboleda. Ahí estaba el lago, al fin. Notaba el corazón bombear con fuerza, enviando sangre a cada rincón de su agotado cuerpo por la noche sin dormir. El astro estaba casi fuera, pero se sentó sobre la tierra húmeda y abrazó sus rodillas. La época que vivió en la costa, solía ver el amanecer con su madre.

Lis acudía cada mañana a despertar a Charlotte, se sentaban en un butacón en la terraza y miraban hacia el mar, donde la luz anaranjada del alba lo bañaba todo bajo la atenta mirada de la sombra de una luna que aún permanecía en el cielo. Lis se acomodaba en el regazo de su madre y, en

silencio, pasaban los minutos con la vista fija en el fulgor de la esfera caliente que asomaba despacio por el horizonte, haciendo desaparecer las estrellas ante los ingenuos ojos grises de Lis. Extendía los brazos, palmas abiertas al cielo con intención de arañar los tenues rayos que nacían con fuerza, afrontando el nuevo día.

Rememoró las palabras que su madre le susurraba cuando el sol terminaba de salir: «Ninguna pesadilla es para siempre porque ninguna noche es eterna, Elizabeth. El amanecer siempre cambia el horizonte e ilumina nuevos caminos». Charlotte siempre confió en los astros, en sus leyendas, en el destino. Disfrutaba dejando las cosas al azar, reina del desorden y amante del caos. Le gustaba ser despistada y sorprenderse cada vez que encontraba algo que creía perdido. Tenían que cambiar la cerradura tan a menudo que dejaron de llamar al cerrajero, ya que Víctor aprendió a hacerlo él mismo de tanto verlo trabajar.

En esa ocasión, fue un gesto de añoranza lo que se dibujó en su rostro y no un amargo rastro de lágrimas al recordarla. Estaba cansada de llorar. Se concentró unos minutos más en el sol, que ya había salido y danzaba a su antojo con las ondas del agua, como en un mudo espectáculo de luces y sombras.

Se incorporó con lentitud para volver a Gealach. Quería darse una ducha, desayunar más tarta y, luego, hacer una excursión para explorarlo todo, como le había aconsejado Colin. Y si además podía eludir a Evan, tanto mejor. Evan. Imaginó que las diminutas motas color avellana de sus ojos verdes la observaban, calentándola a la luz del alba. Agitó la cabeza desechando el pensamiento.

La noche anterior, en una de sus horas muertas delante de la pantalla del ordenador, comprobó en Google que el *black pudding* de verdad era parecido a la morcilla. Sopesó la posibilidad de disculparse, pero no fue capaz de inclinar la balanza hacia ningún lado. Reconoció que, tal vez, solo tal vez, había exagerado un poquito; sin embargo, decidió dejar al azar su próximo encuentro y lo que este le deparase.

Caminó entre abetos y pinos, fascinada de la belleza que poseían las Highlands. Y eso que tan solo había visto los alrededores de la casona. Con la prisa, había olvidado coger la cámara de fotos, así que se esforzó en memorizar cada detalle del paisaje. Los colores y aromas, las sensaciones de libertad y serenidad que transmitía el entorno.

Cayó en la cuenta de que parte de la esencia de esa mística tierra corría

por sus venas. Llevaba ya dos semanas en Escocia y no había dejado de preguntarse si su madre alguna vez habría contemplado los infinitos campos que se extendían ante ella, si habría jugado en esos bosques hasta destrozarse las rodillas o si fue en un paraje como aquel donde conoció el amor por primera vez.

Tampoco dejaba de pensar en el padre del que no sabía nada, ni siquiera si seguía vivo. No podía dejar de cuestionarse el porqué de todo. Por qué desapareció, por qué las dejó marchar, por qué se rindió.

El sonido del agua la alarmó. Hacía rato que creía haber dejado el lago atrás. Sorprendida, detuvo sus pies e inspeccionó a su alrededor. No era el mismo sitio donde había estado sentada un rato antes. Sin embargo, la vista desde allí la dejó sin aliento. El sol todavía se reflejaba en el agua, dibujando a contraluz el boceto natural del lago. La pacífica quietud, salpicada por el verde vivo del verano bajo la tardía luz del alba, resultaba contagiosa.

Extasiada por la belleza, se agachó y dejó que sus dedos acariciasen el agua cristalina. Se descalzó y se sentó sobre una piedra. El decadente vaivén de las ondas en la superficie resultaba hipnótico.

Era el momento perfecto del día, demasiado temprano para cualquier picnic, sin gente alrededor ni niños correteando. La noche en vela comenzó a hacerse notar y, bostezo tras bostezo, con el sol calentando su rostro y la paz del lugar, fue quedándose dormida sin darse cuenta.

Evan había salido a cabalgar al amanecer. Desde el verano en que aprendió a montar, solía aprovechar ese momento del día. A pesar de apreciar la belleza de un atardecer frente al lago, el ejercicio matutino lo ayudaba a calmar los nervios y la ansiedad que le generaba estar en Gealach.

Apenas era capaz de recordar momentos agradables en esa casa. Pero las semanas que había pasado despertándose con la luz de las estrellas iluminando la arboleda, acudiendo entusiasmado a por Connor, eran uno de ellos. Él le había enseñado todo lo necesario para guiarse a través de la noche de las Highlands, reconociendo estrellas y tanteando el terreno.

Parthion trotaba a través del pasto seco al filo de la montaña. Había adoptado al caballo cuando iban a sacrificarlo porque no era útil para las carreras. Era su mayor orgullo, un espléndido animal que había demostrado ser más leal que muchas de las personas que conocía.

La noche había sido interminable, con las estrellas y el insomnio como únicos acompañantes. Cuando vio desaparecer entre la lluvia a la mujer de Edimburgo, no creyó que volvería a verla. Sin embargo, no había dejado de pensar en ella desde entonces. El lunar de su labio inferior le quitaba el sueño. Se sentía atraído hacia ella de manera inexorable. Deseaba descubrir cada detalle, enredarse en su cabello oscuro y volar en el cielo de su mirada. Conocer hasta el más pequeño secreto hasta desentrañar su alma y que no quedase más que el aire entre ellos dos. Se había percatado de que era capaz de pasar minutos en silencio, contando las vetas azules de su iris o absorbido por el gesto inconsciente que hacía de morderse el labio.

Por eso mismo no comprendía por qué se comportaba como un niño de once años cuando ella estaba delante, incapaz de refrenar su lengua y soltando los comentarios más estúpidos. Elizabeth le resultaba fascinante, y estaba casi seguro de que ella solo pensaba que era un gilipollas. Brillante. Sacudió la cabeza y detuvo a *Parthion*, con intención de estirar las piernas y dejar de pensar en ella.

Estaba en Gealach por insistencia de Isobel y porque le prometió que no tendría que encontrarse con nadie no deseado, pero también porque necesitaba alejarse de Edimburgo y despejarse de las dos semanas de desgracias que se habían sucedido desde el día en que conoció a Elizabeth.

Su mejor cocinera se había presentado esa tarde para comunicar su decisión de abandonar el restaurante e irse a Rusia con un violonchelista al que había conocido en un club de lectura. La situación le pareció a Evan tan surrealista que no pudo hacer nada más que entregarle su finiquito y desearle buena suerte.

Un relámpago en el cielo advirtió la cercanía de la tormenta que se había ido formando durante la noche. Las tormentas por la mañana no eran frecuentes, pero presentía que esta iba a caer con fuerza. Montó de nuevo y puso rumbo a los establos.

Con suerte, llegaría a tiempo para el desayuno en familia, y se sorprendió deseando que ella estuviese ahí y no siguiera evitándolo.

Lis se despertó sobresaltada en la orilla del lago. Se incorporó y sacudió con fuerza el brazo que se le había quedado dormido. Su estómago creyó que era un buen momento para hacer acto de presencia y recordarle que, en su anhelo por ver amanecer, se había ido sin desayunar.

Al mirar al cielo, reparó en la cantidad descomunal de nubes que lo habían cubierto en el tiempo que había pasado dormida. Debía encontrar el camino a casa antes de que descargase la tormenta. Echó un último vistazo al lago y se dio la vuelta, prometiéndose a sí misma que pronto regresaría a ver amanecer desde esa orilla.

Se cerró con fuerza la cazadora y echó a correr cuando empezó a diluviar, ignorando ya todas las señales que creía estar siguiendo hasta la casa. El torrente de agua caía imparable, sin tregua. Paró a tomar aliento bajo un árbol.

—¡Menos mal que iba a hacer sol! —maldijo entre dientes.

Reanudó la carrera cuando, de súbito, sintió un latigazo en el tobillo. Un alarido escapó de su garganta cuando tropezó con una rama hundida en la tierra húmeda. Cayó al suelo entre gritos de dolor y manchada de barro hasta el cuello.

Intentaba levantarse apoyándose en el tronco de un abeto cuando escuchó las fuertes pisadas de un caballo. Rezó por que viniera con un jinete que supiera llegar a Gealach. Soñaba con una bolsa de hielo en la pierna y un trozo de pastel en la boca, tras una ducha que eliminase el lodo de su pelo y le desentumeciese los músculos ateridos.

Conforme vio al hombre aparecer entre los árboles, fue inútil tratar de esconder las carcajadas. Claro que sería Evan el que se presentase frente a ella a lomos de un corcel, cual príncipe caballero de brillante armadura recién salido del siglo XVIII.

—No podías evitarlo, ¿eh? —le gritó para hacerse oír por encima de la lluvia. Bajó la mirada y esperó a que llegase junto a ella. Poco podía hacer sin apoyar un pie en el suelo.

—¿Estás herida? ¿Qué ha pasado? —preguntó Evan, preocupado, al llegar junto a ella.

—Nada, solo me apetecía salir a bailar un rato bajo la lluvia —repuso con tono sarcástico. Ni aun en esa situación era capaz de actuar normal frente al

highlander—. ¿Qué va a pasar? Buscaba el camino a la casa cuando hundí el pie en el barro y caí de bruces, doblándome el tobillo en el camino.

Evan sonrió al ver que el dolor no era tan fuerte como para frenar el carácter de Lis. Se agachó frente a ella y, con sumo cuidado, tomó su tobillo y lo palpó, tratando de evaluar los daños.

—No está roto —declaró pocos segundos después.

—¿Ahora también eres médico? —le increpó con una mueca de dolor en el rostro.

—No, pero he jugado a baloncesto el tiempo suficiente para saber cuándo un tobillo está roto o es solo una torcedura.

—Lo siento, no pretendía ser tan brusca, pero no está siendo un buen día —se disculpó Lis, señalando su pie y temblando de frío.

—¿Puedes caminar hasta el caballo o te cargo auestas? —inquirió él con sorna, mientras abría los brazos en su dirección, tentándola.

Lis, a pesar del dolor, enarcó una ceja y, apoyada en el robusto tronco de un árbol a su espalda, se levantó y apretó los dientes. No quería tener que soportar sus burlas después, cuando todo hubiese pasado y él presumiese de haberla cargado en brazos como si fuese el mismísimo capitán América. Ese no era un cuento de hadas y ella no era, ni quería ser, una princesa. Dando saltos a la pata coja, trató de soportar el dolor mordiéndose el labio con fuerza, hasta que chocó con el caballo y le gritó, satisfecha:

—¿Vienes?

—Eso ha sido muy estúpido por tu parte, teniendo en cuenta que al final voy a tener que subirte al caballo —expuso Evan con sencillez cuando la alcanzó.

Lis no había caído en eso, pero era cierto, no iba a poder impulsarse para subir a lomos del animal. Maldijo por la bajo e hizo un asentimiento casi imperceptible. Tragándose el orgullo, se dejó levantar por el escocés. La lluvia lo había empapado a él también, por lo que, mientras la llevaba en brazos, fue capaz de vislumbrar la tensión de los músculos en un esfuerzo por subirla en la montura.

—Nunca he montado a caballo, esto va a acabar peor de lo que está ahora mismo —avisó ella mientras se agarraba al cuello del animal, que parecía no haberse inmutado.

—Yo te sujetaré desde atrás e impediré que te caigas. Procura no hacer movimientos bruscos y todo irá bien. *Parthion* es muy pacífico siempre que no lo ahogan —bromeó Evan, tomando sus manos para que dejase de asfixiar al

caballo y se agarrase al cuerno de la silla.

Montó detrás de ella y los acomodó a ambos, rodeándola con los brazos para ofrecerle su pecho como soporte. El aroma que desprendía a tierra mojada, madera y *whisky* penetró con fuerza en la nariz de Lis. Aspiró, embriagada por el olor, y se relajó contra él. Tampoco tenía muchas más opciones.

—No dejes que me caiga —pidió cuando *Parthion* dio una leve sacudida al ponerse en movimiento.

—No te vas a caer, mira al frente y cálmate —la instó.

Ella obedeció y pronto se percató de la seguridad que le transmitía estar arropada por los brazos del *highlander*. En esa posición podía sentir cada movimiento y contracción del abdomen de un Evan que se esforzaba en dirigir el rumbo y sostenerla a ella al mismo tiempo.

El hallazgo de esa intimidad la hizo sentir culpable y trató de recolocarse, para evitar el contacto con su ropa húmeda y el calor de su piel, a pesar de la lluvia. Estaba intentándolo cuando unos bíceps que podían haber sido de acero la apretaron con fuerza evitando que se moviera.

—Si te mueves, te dolerá más el tobillo y podrías perder el equilibrio.

Lis no lo escuchaba bien con el ruido de la tormenta y las ramas de los árboles agitándose, por lo que su mente sucia imaginó que lo que seguro que él quería era rozarse contra ella en cada paso del caballo, y por eso le prohibía moverse. Dispuesta a discutir con él, abrió la boca, pero Evan se adelantó inclinándose hasta que ella sintió el aliento del escocés rozándole el lóbulo para hacerse oír.

—¿Qué hacías ahí fuera en mitad de una tormenta?

—¿Y tú? —le espetó Lis.

Al girarse para responder, se encontró con el rostro enojado de Evan. El agua le goteaba por las pestañas y chorreaba hasta perderse bajo el cuello de su camiseta. Tenía la mandíbula apretada y los músculos del cuello en tensión, lo que no supo identificar si era porque de veras estaba preocupado o porque estaba enfadado por tener que haberla ayudado. De cerca, apreciaba todos esos detalles y deseó no haberlo hecho. Para reprimir el extraño deseo de acariciar su rostro y relajar su semblante, se aferró con fuerza a la silla del caballo y miró hacia delante.

—Salí a ver el amanecer y con la prisa olvidé el móvil —reconoció. Agradeció que no pudiera ver el sonrojo en sus mejillas y continuó—, pero en mi defensa, he de añadir que Colin me dijo que hoy haría sol.

—Se equivocó.

—Qué observador —contestó Lis con ironía.

La media sonrisa que le dedicó podría haber disipado la tormenta. El corazón le dio un vuelco y danzó en su pecho. De nuevo, se reprendió por dejar que su encanto le nublaste la mente. Se recordó que era un arrogante hombre casado y devolvió la vista al frente.

Pocos segundos después, Gealach apareció a lo lejos. La alegría de ver los muros de piedra entre los árboles mitigó el dolor que le subía por la pierna. Evan debió de notar que se relajaba, puesto que aprovechó ese momento para estrechar su abrazo y que dejase de inclinarse hacia delante.

A pocos metros de los establos, Evan viró y dirigió el caballo hacia la cocina. Lis le agradeció el gesto con una mirada; le dolían las piernas, le ardía el tobillo, estaba calada hasta los huesos y ya poco le importaba si se caía del caballo en la puerta. Sin embargo, Evan fue más rápido, descabalgó con soltura para ayudarla a desmontar y entrar en la casa.

—Gracias por traerme —murmuró Lis.

—No hay de qué, pero la próxima vez procura asegurarte de que no se avecina tormenta —le guiñó—, o por lo menos avisar a alguien de que sales.

Lo vio alejarse hacia el establo. Sin duda, *Parthion* se había ganado doble ración de heno y un buen descanso. Cuando Colin la vio atravesar el umbral de la cocina cojeando, olvidó las patatas a medio pelar y le acercó una banqueta para que se sentase.

—¡Ay, niña! ¿Qué te ha pasado?

—Salí a ver el amanecer, me perdí, me quedé dormida junto al lago y cuando desperté, diluviaba. El típico viernes. Buscando el camino a casa tropecé y me torcí un tobillo, pero el fabuloso y magnífico Evan apareció y me trajo hasta aquí a caballo, ¿siempre es tan irritante?

—Solo los viernes, niña —contestó Colin entre risas, mientras acudía a por hielo para el tobillo magullado y sacaba una tableta de chocolate negro de la alacena más alta—. Ten, un poco de esto te sentará bien. Voy a buscar a Rhona para que te prepare un baño caliente y después haremos algo con ese pie, ¿te parece?

El alivio fue instantáneo. A pesar de estar congelada hasta las pestañas, el contacto directo con el hielo aplacó la hinchazón y parte del dolor. Pero lo que fue una bendición era el chocolate. Lo paladeó con placer, dejando que se le derritiese en la boca, permitiendo que el sabor amargo lo llenase todo hasta dejarle los labios pegajosos.

Colin volvió poco después para acompañarla a la habitación. El agua caliente hizo el resto, ahogando consigo el dolor y el cúmulo de sensaciones que amenazaban con desbordarse.

Cuando salió del cuarto de baño, Rhona la esperaba con vendas y un par de analgésicos. Se lo agradeció infinitamente y se metió en la cama en cuanto la mujer la dejó sola. Agotada y medio adormilada por las pastillas, no quiso detenerse a reflexionar acerca de las emociones que Evan y su cercanía despertaban en ella, así que se dejó arrastrar al estado de inconsciencia que la noche anterior la había estado evitando.

Evan no había comido con ellos; una urgencia en el restaurante reclamó su atención y se fue a media mañana. Se había ido estando ella dormida, por lo que no tuvo oportunidad de hablar con él tras el incidente, pero Isobel le aseguró, con una sonrisa que fue incapaz de descifrar, que volvería a verlo muy pronto.

No estaba muy segura de si había sido propiciado por la falta de sexo durante más de dos años o por el calor tibio que irradiaba el cuerpo del escocés detrás de ella en el caballo, pero se había sentido atraída por él, recuperando emociones que creía perdidas y que no había querido admitir en aquel momento.

Hacía dos años, un dramático episodio en el que no quería ni pensar provocó que dejase de confiar en los hombres y que acabase huyendo de ellos como de un payaso en la noche de Halloween. Le pareció curioso que las pesadillas que el suceso le provocaba habían dejado de atormentarla hacía pocas semanas, pero en la pequeña siesta matutina habían regresado con fuerza, y mucho se temía Lis que para quedarse. Un escalofrío sacudió sus entrañas y se llevó la mano al *awen* para tranquilizarse.

Creía que lo que había sentido en la boca del estómago durante el paseo era una buena señal. Incluso se había planteado volver a permitir un acercamiento al sexo, porque, por mucho que le pesase, se había excitado con el rítmico movimiento del pecho de Evan a su espalda, imaginando todo lo que podría hacer ese cuerpo en mejores condiciones que sobre un caballo en mitad de una tormenta.

Sin embargo, las pesadillas habían reaparecido y ahora dudaba si podría enfrentar las casi olvidadas emociones que traían consigo. Por muy dispuesta que estuviera; todavía no se veía tan fuerte.

En ese instante, de su teléfono escaparon los acordes de una gaita. Se estiró con una sonrisa, rebuscando el móvil que había abandonado entre las sábanas y agradeciendo la interrupción de Nick antes de que volviese a verse hundida en el negro pozo de la amargura y la autodestrucción.

—Chica, no puedes hacerme esto, ya pensaba que te había aplastado una de esas estatuas con las que trabajas o que te habían tragado las Highlands y no volverías a aparecer —la recibió Nick, chasqueando la lengua nada más

descolgar.

El tono despreocupado de su mejor amigo le hizo recuperar parte del buen humor. Hacía falta algo muy grave para que Nick olvidase el entusiasmo y la alegría. Era su complemento ideal. Ella se consideraba optimista, en la medida que le permitía serlo la realidad, pero Nick veía el lado bueno a todo, sin importar cual fuera la situación, como la vez que habían viajado a Francia en coche y se estrellaron contra un árbol —que, según él, apareció de repente—, en mitad de una nevada; el seguro había tenido que cubrir los gastos del vuelo de regreso, pero Nick casi estaba feliz, porque ese año su hermana no iba a ganarle en la batalla de cagadas durante la comida de Navidad. Era un caso perdido.

—Pues ayer casi se me tragan. Empezaron por un pie, pero Evan me encontró justo a tiempo de no ahogarme bajo la lluvia.

—¿Quién es Evan? —preguntó él, ignorando la parte del accidente.

—Yo estoy bien, gracias por preguntar.

—Oh, vamos. Si no lo estuvieras, no estarías hablando tan tranquila. Ahora, cuéntamelo todo acerca de ese tal Evan mientras hago palomitas.

—¿Recuerdas al gilipollas del restaurante de Edimburgo?

—¿Ese es Evan? ¿Lo dices en serio? Tu hermana va a pensar que ese hombre es tu destino en cuanto lo sepa. —Lis creyó intuir un rastro de tristeza en la voz de su amigo, pero no le dio tiempo a cuestionárselo—. Bueno, entonces, ¿es cierta la fama de los *highlanders*? —preguntó de forma sugerente.

—Nada de eso. Es un hombre casado. —Un suspiro emanó de su pecho al admitirlo, desconcertándola.

El cambio en el humor de Nick fue patente, incluso por teléfono. Lis podía imaginar la seriedad en su rostro y el rictus amargo de su semblante. Él también sufrió las consecuencias del desengaño de Amy.

—No te metas ahí, Elizabeth.

—Lo sé.

—No. No lo sabes. Hazme caso. Por muy encantador o guapo que pueda ser, no merece la pena. No es justo para ninguno.

—Se ha ido. Ha vuelto a Edimburgo, no tienes de qué preocuparte —lo tranquilizó Lis.

—Bien. Si alejas el peligro, evitas la tentación. En ese caso, puedes permitirte fantasear con él —comentó, recuperando la diversión.

—No, no. Nada de fantasías —titubeó.

—¡Oh, Dios mío! Lo has hecho ya, ¿verdad? —dijo Nick entusiasmado.

—¡Desde luego que no! —mintió Lis. Si empezaba a fantasear con los labios del escocés, con arañar su espalda firme y besar ese maravilloso hueco que queda entre el cuello y la clavícula, estaría perdida. Luego se pondría como un tomate en su presencia y eso sí que no iba a ocurrir.

Aunque imaginar no era nada malo y nadie salía herido... de todos modos, incluso si fuese cierto, no iba a reconocerle nada a Nick, que era un chismoso y en menos de media hora, lo sabría hasta su tía Sofia de Valencia.

Pero tal vez tuviera razón en una cosa: podía parecer pronto para volver a intentarlo con un hombre, pero quizá era una oportunidad para practicar con su imaginación y comprobar qué ocurría al imaginar que las manos de otra persona volviesen a acariciarla.

—Ya... a mí no me engañas, Lis. Ni a ti misma tampoco. Pero puedes seguir intentándolo —concluyó Nick, socarrón.

—Bueno, y por allí, ¿cómo va todo?

—Como siempre, ya sabes. Hace tanto calor que un día se me va a derretir el objetivo de la cámara. No sabes cuánto envidio tu verano en el norte. La otra noche salí con Amy de cervezas y, cuando quisimos darnos cuenta, estábamos en mi cama. Ah, y *Pimienta* se escapó el otro día, pero la encontramos, no te preocupes.

—¿¡Que habéis hecho qué!?! —exclamó dando un salto del colchón.

Ese gesto provocó que el tobillo le soltase una descarga en respuesta. Aguantó el alarido de dolor y, en su lugar, le gritó a Nick:

—¡Joder, Nicolás! ¿Qué coño ha pasado?

—¿De veras tengo que explicártelo? A ver... me quité la ropa, desgarré la suya, me lanzó a la cama...

—¡Para, idiota! Sé perfectamente qué habéis hecho, pero no me puedo creer que por fin te hayas atrevido —dijo y escuchó a Nick atragantarse.

—¿Atreverme?

La vacilación en su tono y que tosía más que después de una de sus carreras hasta la plaza evidenciaban que estaba nervioso. Una ancha sonrisa se extendió por su cara, contenta por el paso que había dado su amigo.

—Nick, todos sabemos que suspiras por mi hermana desde hace años. Incluso Víctor lo sabe.

—Claro... ahora todo encaja. Por eso siempre me abre la puerta de tu casa con el cuchillo jamonero en la mano. Ya decía yo que tenía que ser mucha casualidad que siempre lo pillase cortando jamón —reflexionó en voz alta, de

vuelta a su estado natural.

—Eso no ha pasado nunca.

—Dos veces. Suficientes para sentirme amenazado, o al menos intimidado por esa imponente figura de metro ochenta que dispara perdigones cuando te mira.

—Adoras a Víctor.

—Vale, es cierto, pero una cosa no implica la otra —reconoció Nick.

—¡Te estás desviando del tema! Víctor te mira así porque sabe que estás enamorado de Amy, y yo sé que no querría a otro hombre para su pequeña *ardillita* —lo animó, utilizando el sobrenombre con el que Nick había bautizado a Amy cuando nació. En el colegio, Lis y él habían estado estudiando esos animalillos y determinó que las manos de Amy recién nacida eran iguales que las de una ardilla.

—Ya, bueno. Lástima que la *ardillita* no piense así y lleve casi una semana sin hablarme...

Lis se percató enseguida de sus intenciones. Nick y Amy eran perfectos el uno para el otro, solo faltaba que la cabezona de su hermana también lo aceptase. Nick podía ser muchas cosas, pero la quería muchísimo y no le haría daño, no de forma intencionada al menos... y ya que ella no iba a disfrutar del amor, lo haría viéndolos a ellos felices y enamorados.

—¡Una semana! ¿Me tenéis desinformada toda una semana y ahora quieres que interceda por ti?

—Lo harás, ¿verdad? —suplicó, lastimero.

—Claro que lo haré, pero no podéis hacerme esto otra vez. ¡Una semana! —repitió con incredulidad.

—No te pongas así, que vas a reabrir tus puertas por un hombre casado.

El silencio que guardó Lis le dijo a Nick todo lo que necesitaba.

—¡Lo sabía!

—¡Mierda! Bueno, a lo tuyo... Amy no quiere oír hablar de sentimientos, ya la conoces.

—Lo sé, pero soy un hombre paciente y con encanto. Pero no te equivoques, todos sabemos lo que le ocurrió a tu hermana y el porqué de su actitud; en cambio, nadie sabe qué te hizo tomar a ti la drástica y triste decisión de renunciar al sexo. Eso no lo ha hecho tu hermana, te lo aseguro —recalcó orgulloso.

—Ahórrate los detalles, Nicolás —rogó—. La llamaré mañana e intentaré que al menos te escriba un mensaje, pero no te prometo nada.

—¡Gracias! Te comería a besos si estuvieras aquí, pero no estás, así que búscate un *highlander* que se parezca a mí y dale un buen meneo. Créeme, no te vendría mal pasártelo muy bien, ya me entiendes.

—Estaré atenta por si aparece alguno como tú.

Los días siguientes transcurrieron en un interminable vaivén de trastos y decoración para la fiesta de cumpleaños de Meg. Iban a asistir los niños del pueblo, algunos compañeros del colegio y gran parte de la familia, entre ellos Evan y Caitriona. Mientras Colin preparaba un pastel para cuarenta y dos personas, Lis se refugiaba entre cuadros, huyendo de la marabunta.

Estaba enfrascada en el examen de una obra preciosa. Un paisaje de Gealach en invierno, realizado en el siglo XIX por Gillian McLean, y el marco tallado en madera de abedul y bañado en oro era una obra maestra. Una reliquia de valor incalculable para la familia, la había informado Isobel.

Incluso había tenido tiempo de curiosear la biblioteca. Encontró un ejemplar de leyendas escocesas y otro de joyas históricas que devoraba cada noche, buscando sin cesar una pista acerca del origen del broche que poblaba sus sueños cuando las pesadillas le daban tregua. De momento, seguía sin encontrar nada de utilidad, pero no iba a rendirse.

No estaba segura de si era por la obsesión o el empeño, pero empezaba a pensar que la visión de ruinas iba aclarándose, mostrando pequeños detalles de la escena que antes eran invisibles. Creía distinguir un torreón en el ala este y una formación rocosa a sus pies, donde, hasta ese momento, solo había visto un borrón oscuro y una masa deforme de color negro.

La mañana del viernes, Rhona la encontró despeinada, con el bolígrafo en la boca, la libreta llena de tachones y las manos llenas de tinta, parapetada tras el busto de mármol de una mujer.

—Cariño, necesito que me ayudes a preparar la habitación gris. Patrick acaba de llamar para avisar de que viene para dar una sorpresa a su nieta. Gracias al cielo que viene solo, lo que menos necesito es poner a Evan en un compromiso, con lo que me costó convencerlo de que trajese a Cait. Es una mujer tan dulce que no se merece ser el centro del huracán que provoca la señora Blaire cada vez que aparece por aquí.

—¿No se llevan bien? —preguntó curiosa. Esta vez, tenía intención de descubrir algo más sobre ese conflicto que todos trataban de ocultar y que la tenía con la mosca detrás de la oreja desde el principio.

—Nada bien. Una vieja rencilla familiar. Pero no debes preocuparte —comentó mientras paseaba por la galería—. Bueno, ¿tienes un momento para

ayudarme? Después de lavarte esas manos, por supuesto, que me lo ensucias todo de tinta.

—Claro.

La guio por el pasillo superior hasta la penúltima puerta. En el trayecto, Lis preguntó cuál de esas puertas daría a la habitación de Evan, pero desechó el pensamiento a toda velocidad. Cerró con fuerza los ojos, para intentar borrar la imagen de Evan saliendo de la ducha, mojado y con la toalla a la cintura, asomado por la barandilla, dejando que el aire fresco secase las gotitas de agua que escapaban de su cabello y resbalaban, curiosas, por su torso hasta evaporarse al sol. Definitivamente, lo último que necesitaba saber era cuál sería su puerta.

—En ese armario de ahí hay sábanas limpias, saca un juego y airéalo mientras yo quito estas.

Hizo lo que le pedía la mujer y salió al balcón. Al acercarse para sacudir la sábana bajera, vio a un hombre en el jardín jugando con Iain y Sam. Hacía semanas que los niños no iban a la casa, y Colin y Rhona estaban encantados de tener allí de nuevo a sus nietos.

Pero al hombre no lo había visto nunca. La camisa vaquera se ceñía a un cuerpo atlético, el cabello despeinado y la piel bronceada daban lugar a pensar que no vivía por la zona. Nadie estaba tan moreno en las Highlands. El viento le traía las carcajadas de los tres chicos, que corrían alegres y despreocupados.

—Menuda estampa. Los disfruta tan poco... Connor es demasiado noble para su propio bien —se lamentó—. Anda, vamos, ¡esas sábanas no van a ponerse solas! —la apremió Rhona.

Lis se demoró unos segundos más, contemplando a padre e hijos, a los que se les unió una Meg que acababa de bajarse del coche gritando al verlos allí jugando. Ladeó la cabeza, sintiéndose una intrusa en esa casa donde estaba claro que, a pesar de todas las discusiones y problemas, eran una familia que se quería. Las palmadas impacientes de Rhona la empujaron a alejarse de la ventana y espabilarse antes de que le regañase de nuevo. Pasaron la aspiradora a la moqueta, limpiaron el polvo y pusieron toallas limpias en el cuarto de baño antes de ir a comer.

—Lis, querida, acércate. Quiero que conozcas a mi hijo. Connor, esta es Lis, está aquí trabajando este verano. Gwen por fin ha decidido que era hora de catalogar la colección de arte.

—Un placer.

Los ojos azules, enmarcados por unas largas pestañas oscuras, y una cicatriz en la mejilla izquierda le daban un aire de tipo duro que desaparecía al mismo tiempo que sonreía, una sonrisa franca y directa como la que caracterizaba a su padre.

Poseía cierto atractivo, solo que muy diferente al de Evan. Mientras que él era arrogante y ácido, Connor rebosaba bondad y ternura; un dulce, como diría Víctor. Una sensación extraña fue asentándose en su cabeza, como si ya lo conociese, aunque fuera imposible. Sabía que se había quedado mirando embobada, por lo que, ruborizada, se apresuró a responder:

—El placer es mío.

No dio tiempo de hablar más, ya que Meg irrumpió en el salón agitando los brazos y gritando como si la persiguiera una manada de jabalíes. Era peor. Iain y Sam corrían tras ella cargados con pistolas de agua y riendo en tono malicioso. La pequeña no encontró escondite mejor en el que refugiarse que tras la espalda de Lis.

—¡Ah! —exclamó al sentir el agua helada adherirle la camiseta al pecho debido al impacto.

Detrás de ella podía oír las risas de la niña por haber evitado el chorro, pero Connor la agarró por la cintura y la sacó de su escondite, se la echó sobre el hombro y cargó con ella hasta el jardín trasero, mientras la niña pataleaba entre chillidos.

—¿No quieres la revancha? —preguntó, dirigiéndose a Lis con una sonrisa deslumbrante por encima del hombro que tenía libre.

Tras dejar a la niña sentada en un banco de piedra con un cubo de globos cargados a su lado, ofreció una pistola a Lis, cogió otra para él del montón de armas acuáticas que los hermanos habían dejado olvidadas y les explicó la estrategia a seguir.

—Meg, serás nuestra retaguardia. Es la parte más importante, pues si se nos escapan, serás la encargada de acribillarlos con esos globos. —La niña palmoteó encantada con su tarea y rio, señalando los árboles tras los que se habían escondido Iain y Sam.

—Lis, tú y yo trataremos de sorprenderlos por detrás. Tendrás que ser muy rápida si no quieres acabar empapada, esos dos se entienden demasiado bien y son inconscientes y temerarios. Atacarán sin compasión.

—Vamos allá. —Asintió, dando a entender que estaba preparada. Cargó la pistola y salió corriendo hacia el hueco entre dos troncos por el que habían desaparecido los chiquillos.

Los divisó pocos pasos más adelante, con las cabezas juntas y gritándose en voz bajita, ajenos a la cascada que se les venía encima. Apuntó, y los gritos de asombro le confirmaron que había dado en el blanco. Escapó hasta la casa para recargar la pistola con los hermanos pisándole los talones. Iain, el mayor, corría más que Sam, quien iba disparando desde la distancia, por si acaso. No obstante, Connor era más rápido y los dejó calados hasta las pestañas antes incluso de que pudiesen comprender qué había pasado.

Lis corría a buscar refugio mientras reía a carcajada limpia. Se paró a recuperar el aliento tras un árbol especialmente grueso y a pensar cómo iba a esquivarlos de nuevo. El tobillo empezaba a resentírsele a causa de las carreras, pero era un dolor soportable. No tenía muchas opciones, ellos conocían mejor el terreno y eran pequeños y escurridizos.

Tan concentrada estaba en su propia idea que no escuchó los pasos que se aproximaron a ella hasta que notó el goterón de agua helada descender por su cuello. Se giró para encontrarse con la mirada triunfante de Connor y sus hijos, uno a cada lado.

—¡Eres un tramposo! —le gritó a la vez que disparaba sin piedad a los tres hombres que se reían despreocupados.

—Estabas demasiado seca —se excusó, encogiéndose de hombros con cara inocente.

Connor miró primero a Iain y luego a Sam, de quien Lis empezaba a dudar de si disparaba a otros o a sí mismo por la cantidad de agua que chorreaba su ropa. Sabía que esa mirada no iba a significar nada bueno para ella, por lo que, antes de sufrir en sus propias carnes lo que habían maquinado, salió corriendo.

—¡Ahora!

A la orden de Connor los tres salieron disparados detrás de ella. Consciente de que iba a ser imposible escapar de las largas piernas del padre de las criaturas, se detuvo y abrió los brazos con una sonrisa tentadora, sorprendiéndolos a los tres, que se detuvieron enfrente de ella. Se lo estaba pasando tan bien que dejó de importarle acabar empapada.

Clavó sus ojos grises en los de Connor y asintió, sacrificándose. Las carcajadas de los pequeños eran más fuertes que los chorros de agua helada que la golpearon. Pronto se les unió Meg, que lanzó un globo de agua al aire. Este estalló contra el suelo, mojando los pies de todos y provocando que la niña bailase feliz alrededor de ellos.

Sin embargo, las risas tornaron en chillidos de desconcierto cuando

comenzó a caerles agua del cielo. Extrañada, levantó la cabeza al cielo para encontrárselo despejado, uno de los pocos días en los que el sol brillaba con tanta fuerza que incluso calentaba. Al ver que el origen no era de las nubes, giró la cabeza para encontrarse a Colin, manguera en mano y expresión de triunfo.

Los tres niños dejaron sus pistolas en el suelo y danzaban bajo la lluvia improvisada. Meg se lanzó a los brazos de Lis y la instó a girar sobre sí misma, al ritmo de la canción que Sam desafinaba mientras jugaba con el barro que se había creado. Iain trepó a la espalda de su padre y lo obligó a acercarse hasta las chicas, que se habían detenido. Meg abrió la boca, tratando de atrapar con la lengua las gotas de agua que caían sin parar.

Por primera vez en mucho tiempo, Lis se sentía libre, tranquila, sin preocupaciones. Casi había olvidado lo que se sentía en semejante estado de relajación. Había disfrutado como una niña y reído de verdad, con energía, hasta sentir agujetas en el estómago y dolor en las mejillas.

Colin cerró la manguera con los ecos de las risas resonando en el aire. Rhona acompañó a los pequeños en busca de ropa seca, mientras Connor y Lis recogían los juguetes y los amontonaban en el banco que había ocupado Meg.

—Esto se te da bien, casi logras escapar seca de mis hijos. Es toda una hazaña.

—Jugaba mucho a *paintball* en España y me encantaba. Por algún motivo que no entiendo, mi torpeza innata se evaporaba, transformada en habilidad para huir —se excusó Lis encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Cuando quieras, repetimos.

—Te tomo la palabra —dijo con la mano en el pecho y una ligera curva en los labios.

Lis correspondió con una risita tímida, pero Connor ya no estaba mirándola a ella, sino a la escena que se desarrollaba en la cocina. Iain amasaba la mezcla de avena para las galletas, mientras Sam, a hurtadillas, cogía queso del plato que Colin nunca terminaba de llenar. La paciencia de Colin daba a entender que sabía perfectamente que su nieto estaba atiborrándose de queso.

La nostalgia relampagueó en el azul añil de los ojos de Connor. Era evidente el amor que profesaba a sus hijos, pero también había un brillo de tristeza en sus pupilas. Recordó el comentario de Rhona acerca de lo poco que los veía y sintió pena por él. Ningún padre debía ser privado de ver crecer a sus hijos y disfrutarlos como cualquier persona querría.

—Son buenos chicos, Connor.

—Sí que lo son, sí —corroboró él—. Su madre está haciendo un gran trabajo.

—No todo el mérito es suyo, Colin dice que son tan nobles y cariñosos como su padre, y yo estoy segura de que así es. —Le dio un suave codazo en el abdomen, tratando de animarlo.

No sabía en qué momento de los cuarenta minutos que hacía que se conocían había tomado tal nivel de confianza, pero le había surgido natural y en ningún momento se había sentido violenta por hacerlo. Tampoco se sentía atraída por él, no de la forma en que Evan parecía tentarla, sino como algo más cercano y sencillo: quizá era por eso que tocarlo no le resultaba desagradable. Sonrió por la asombrosa revelación, pero no quiso forzar la situación y se mantuvo a una distancia prudencial mientras andaban hacia la cocina.

—Supongo que sí, que no lo han podido sacar todo de su madre —bromeó él, recuperando el buen humor.

Cuando llegaron al umbral, la entrañable escena había tornado en desastre cuando Iain había lanzado harina a la cara de su hermano, desatando una nueva guerra que Rhona luchaba por detener sin mucho éxito. A su lado, Connor estalló en carcajadas y cargó sobre su hombro al pequeño Sam, que estornudaba sin parar a causa de toda la harina que cubría su cabeza.

—¡Granujas! ¡Eso son estos niños! Un par de sinvergüenzas que no saben pasar diez minutos sin tirarse los trastos a la cabeza. Vamos, os cambiaré de ropa, otra vez —refunfuñó Rhona, secándose las manos para llevarlos de nuevo arriba.

—Ya me encargo yo, mamá —dijo Connor mientras salía de la cocina con Sam a cuestas e Iain colgando de su brazo—. Menos mal que hemos traído una maleta con al menos diecinueve mudas de ropa para cada uno, ¿verdad, muchachos?

Iain asintió como pudo con la cabeza y alargó el brazo para intentar pellizcar a su hermano, que se revolvió tratando de evitarlo.

A pesar de renegar de ellos con frecuencia, la dulzura con que Rhona contemplaba a sus nietos era incuestionable. Sacudió la cabeza y reanudó la tarea de amasar las galletas. En ese momento, Colin, que regresaba de buscar una fuente grande, preguntó:

—¿Y los niños? Isobel y Meg están en el comedor.

—Han subido con su padre a ponerse ropa limpia. Otra vez —informó la

mujer, roja de esfuerzo por dejar la masa perfecta; alzó el brazo para secarse el sudor y vio a Lis, aún goteando, apoyada en el marco de la puerta—. Tú también deberías hacerlo. Así no puedes sentarte a la mesa, que me estropeas las sillas.

Subía por la escalera cuando sonó su móvil en la habitación. Mientras corría por el pasillo, se preguntó quién podía llamarla. Acababa de hablar con su jefe, así que no sería él. Dudaba que fuera Víctor, dado que la había llamado la noche anterior. Estaba entusiasmado con un nuevo experimento culinario cuyo ingrediente principal era la calabaza.

La ausencia de gaitas indicaba que tampoco podía ser Nick.

Se acordó de que no había hablado con Amy y de que las posibilidades de que fuera ella eran muy altas. Apretó el paso y abrió con tanto ímpetu que dio un portazo en la pared. Rebuscó entre las sábanas de una cama que había dejado sin hacer hasta que lo encontró. Sus temores se confirmaron, era su hermana. Descolgó con prisas, antes de que finalizase la llamada.

—¡Amy! —gritó, ahogada por la carrera hasta el teléfono.

Del pelo le goteaban los restos de agua de la batalla campal, que humedecían la moqueta del suelo. Se estrujó el pelo sobre el lavabo y se sentó en el sofá bajo la ventana, preparada para escuchar los reproches mordaces que, con toda probabilidad, Amy iría dejando caer durante su conversación.

—Siento mucho no haberte llamado. Joder, me olvidé.

No tenía muy claro si se disculpaba con su hermana, con Nick o con ella misma por haberse olvidado de los problemas de su familia. Imaginaba que Nick estaría esperando que lo llamase, su hermana llevaría días dándole vueltas a esa cabecita hiperactiva suya y, ahora que lo pensaba, Víctor le había preguntado si sabía algo de Amy, porque la notaba más rara de lo normal los últimos días.

Había estado tan centrada en su trabajo, evitando pensar en nada más, que había silenciado todos los problemas y preocupaciones, incluyendo los de su hermana.

—Da igual, imagino que estarás muy ocupada.

Sí, estaba muy ocupada. Pero no tanto como Amy podía pensar; el goteo incesante de su cabello se encargaba de recordarle lo ocupada que había estado esa misma mañana. Se frotó el entrecejo y suspiró.

—No es excusa. Debí llamarte en cuanto le colgué a Nick.

—¿Has hablado con Nicolás? —preguntó angustiada.

Se dio una bofetada mental por haberse ido de la lengua antes de tiempo.

Quería dar a su hermana la oportunidad de contarle lo ocurrido. Pero ya era tarde para echarse atrás, así que tomó aire y preguntó despacio.

—¿Cómo estás?

—No lo sé. Pensé que había superado mi fase Nick, pero, joder, es Nick. Y Nick siempre es Nick, y es maravilloso, pero también sabes cómo es Nick, y si se porta como Nick siempre se porta...

—Amy, respira, le vas a borrar el nombre.

—¡Joder, es que es Nick! —repitió, como si su hermana no entendiera nada.

—Lo sé. Y lo conozco. Y te entiendo a ti, pero...

—¿Qué harías tú? —la interrumpió, demasiado nerviosa para esperar una reflexión inconexa como esas en las que solía perderse su hermana a menudo.

—No, *ardillita*. Es algo que debéis resolver vosotros; los dos lleváis demasiado tiempo evitando esta conversación. Sé que estás asustada, pero os merecéis la oportunidad de aclarar las cosas.

—Pero... ¿y si no funciona?

—Lo habrás intentado. Está esperando a que lo llames —añadió con una calma que en realidad no sentía.

Podía sentir las dudas y temores de su hermana como si fueran suyos. Notaba el pecho apretado, estrujándole el corazón. Se mordió el labio para atrapar las palabras que pugnaban por huir de su garganta a trompicones, provocando un daño que no podía medir e inspiró con fuerza.

Ella mejor que nadie sabía lo poderoso que podía ser el miedo y las consecuencias de vivir bajo su yugo. Una parte de su corazón envidiaba a su hermana y a Nick; a veces, nada le gustaría más a Lis que liberarse y dejarse llevar hasta donde el amor la llevase, pero le parecía algo inalcanzable. No se consideraba tan fuerte.

Sin embargo, viendo la emoción vibrar en la ilusión de Amy, entendía que ella sí se arriesgase. Amy no arrastraba tanta tristeza y su corazón no estaba tan expuesto ni tan dañado. Además, adoraba a Amy y deseaba que fuese feliz por encima de todo, y si lo que iba a darle la felicidad era estar con Nick, Lis estaba dispuesta a apoyarla a pesar de sus reticencias respecto al amor y de que su instinto le gritase que huyese, ignorándolo todo y seguir como hasta ese momento.

El amor merecía ser más fuerte que el miedo.

Al menos para ellos.

—Tienes que hablar con él —suspiró tras varios minutos.

—Sí. Papá dice que ayer estuvo aquí, pero... no sé, Lis. He visto demasiadas mujeres con el corazón roto por Nick —balbuceó entre dientes.

—No exageres. Ninguna estaba enamorada, mucho menos él de ellas.

—Él tampoco está enamorado de mí.

Lis deseó atravesar los miles de kilómetros que las separaban y hacer comprender a su hermana lo ciega que estaba. Lis nunca lo había hablado abiertamente con Nick, pero conocía los sentimientos que él albergaba hacia Amy; sin embargo, no debía ser ella la que se lo dijese.

—Eso tendrás que preguntárselo a él, Amy.

—Vale, hablaré con él, pero, si no funciona, cogeré un avión, me presentaré en Escocia y tendré que curar mi mal de amores entre *highlanders*.

—Oh, no son para tanto —restó importancia Lis.

Dado que sabía que Amy no bromeaba, deseó que Nick fuese consecuente con sus sentimientos y hablase con ella con el corazón en la mano. Sin tanta fachada de ironía ni mentiras imposibles.

Un silencio agradable dejó a las dos hermanas pensando en las posibilidades, en el amor, en las consecuencias. Unas veces maravillosas; en su caso, la mayoría nefastas. Unos minutos después, la voz de Amy rompió el silencio.

—Voy a llamar a Nick.

Lo siguiente que Lis escuchó fue el pitido de fin de llamada. Sacudió la cabeza y deseó no equivocarse.

Lo contemplaba como se contemplan las cosas hermosas, como a una obra de arte, con paciencia, despacio, descomponiendo cada detalle hasta formar un todo extraordinario. Extendió una mano para rozarle el rostro con suavidad. La sonrisa de medio lado, genuina y atractiva, aparecía en sus labios con lentitud, tirando hacia arriba de unas comisuras que se moría por besar. Un instante más tarde, abrió los ojos y quedó irremediamente atrapada en las vetas de color ámbar que enmarcaban el verde musgo de sus pupilas.

Las rodillas le temblaban a causa de la anticipación y tragó saliva para evitar que un jadeo saliese de sus labios entreabiertos. Podía sentir el aliento tibio de él estrellarse contra el suyo hasta acabar los dos respirando el mismo aire, viciado de deseo. Parpadeó con rapidez, no quería perderse ningún detalle. La punta de su nariz le rozaba las mejillas, haciéndole cosquillas en más de una parte de su anatomía. Quiso alzar el brazo para recolocar un rizo rebelde que caía, olvidado, sobre su frente.

Tuvo la necesidad de acariciarle con la yema de los dedos el músculo del cuello, que latía con fuerza debido al titánico esfuerzo que estaba haciendo por no besarla. Clavó sus ojos grises, fundidos como un mar de plata, en el pequeño lunar que coronaba su ceja izquierda, y se deleitó en el relámpago de anhelo que refulgió en sus pupilas. Sus labios permanecían separados por escasos milímetros. Él sacó la lengua para humedecérselos y le mordió el labio inferior, provocando que ese mínimo roce enviase oleadas de pasión hasta la última de las células de su cuerpo, que se retorcían por obtener más de él. Al borde de la sinrazón, se inclinó con suavidad para encontrarse con su boca; sin embargo, la reacción no fue la que esperaba. Todo estalló en mil pedazos a su alrededor y el rostro masculino se evaporó frente a ella.

De repente, los ojos que la miraban ya no eran verdes, sino marrones, y lucían perversos, depravados. Una sonrisa lobuna y siniestra se extendió porque el otrora fuese el rostro de Evan. Se quedó paralizada cuando notó el tirón en el cabello e intentó alejarse, aterrorizada. Quería huir, salir corriendo, evitar que volviese a ocurrir. Pero, esa vez, tampoco lo consiguió.

Despertó sobresaltada, enredada entre las sábanas con la respiración acelerada y el corazón en taquicardia. Un sudor frío le bañaba la frente y tiritaba sin remedio. Se hizo un ovillo sobre sí misma bajo las mantas y dejó

que las lágrimas descendiesen por sus mejillas sin luchar por contenerlas. «No es real» se dijo. No era más que otra pesadilla.

Sentía el peso de los recuerdos como una soga que le asfixiaba el alma, apretando hasta hacerla explotar. Pero él no estaba allí, él no podía hacerle daño ya. Trató de convencerse a sí misma, aunque el pánico no atendía a razones. Notó como la bilis le trepaba por el esófago hasta que tuvo que correr al baño y vomitar, queriendo deshacerse así también de todos los recuerdos.

El frío del suelo del baño la ayudó a calmar los nervios. No era real, se repitió. En algún momento, dejó de temblar; permaneció sentada con la espalda apoyada en la bañera, la mirada perdida y las lágrimas rodando, mojándole el pijama. No le importó. No quería dormir de nuevo. Solo se incorporó al ver los primeros rayos de sol entrar por la ventana del baño.

Contempló como el astro nacía desde donde estaba. Ninguna noche era eterna, pensó. Al sol le daban igual los problemas, las preocupaciones y lo que la noche hubiera traído; él siempre aparecía en el horizonte, borrando la oscuridad y llenando cada rincón con su luz. Pero no todas las sombras desaparecían con tanta facilidad.

Agotada, se incorporó y se metió en la ducha. Tal vez entre la luz y el agua, lograsen apagar el fuego hambriento que se empeñaba en quemarla hasta los huesos.

Casi dos horas más tarde, todavía con los rescoldos de la pesadilla en el cuerpo, se sentó a la mesa de la cocina. No es que tuviera hambre, pero se obligó a comer un yogur.

—Buenos días.

—¡Joder! —chilló al oír la penetrante voz de Connor a su espalda.

—No quería asustarte. Venía a por un par de las galletas de avena y chocolate de mi padre. —Cogió el tarro de la despensa y se lo ofreció a ella, que cogió una y la mordió con timidez.

Connor se sentó frente a ella y saboreó su propia galleta en un confortable silencio, roto solo por los crujidos de la avena entre los dientes.

—¿Hace cuánto que sufres de insomnio? —preguntó Connor, en referencia a los marcados círculos oscuros que enmarcaban la mirada de Lis.

—Tantos meses que dejé de contarlos para no asustarme —bromeó para quitar importancia. No quería hablar de ello, así que alargó el brazo para coger otra galleta—. ¿Y tú? —preguntó sin maldad, al fijarse en que Connor lucía unas ojeras similares a las suyas, y que no parecían fruto de una sola noche.

—Desde que mi ex se mudó al sur de Escocia con los niños me cuesta conciliar el sueño. El problema se acentúa cuando duermo solo, nunca me ha gustado.

Lis notó la boca seca al oír sus palabras, susurradas con tanta pena. No creía que estuviera insinuando nada, tan solo exponiendo un hecho, pronunciando una verdad básica e irrefutable. Tragó la bola de avena que se había quedado atascada en su garganta y buscó los ojos azules de Connor.

Estaba claro que cada uno tenía sus propios problemas. Ella sabía a la perfección lo que era sufrir en silencio. Llevaba haciéndolo un mes, dos años, toda la vida. Le ofreció una sonrisa comprensiva y apoyó su mano en el brazo firme del escocés. No notaba lo que sentía con Evan, pero una suave y dulce descarga la recorrió de arriba abajo con el contacto, reconfortándola.

Connor la observó, miró su mano y regresó a su rostro, alzó la suya y rodeó con delicadeza los dedos finos de la chica, en un apretón cariñoso.

—No te preocupes, estoy acostumbrado. Mis hijos dicen que las ojeras me dan un aire atractivo irresistible. —Alzó una ceja socarrona.

—Estoy totalmente de acuerdo con ellos.

—Lo sé, es imposible no estarlo —dijo divertido—. Ni siquiera mi exmujer puede negarme eso —concluyó con resignación.

Miles de matrimonios se rompían a diario, dejando a incontables niños obligados a vivir con solo uno de sus padres, utilizados como armas contra el otro en caso de ruptura difícil. La mayoría de ellos no entendían los motivos, se veían en la encrucijada de elegir, o de no elegir, y conformarse con ratos esporádicos y días sueltos. Siempre eran ellos los mayores perjudicados por los errores de los adultos.

—¿Qué tal lo llevan Iain y Sam?

—Mejor de lo que esperaba. Entienden mejor que muchos adultos que su padre ahora viva con un hombre.

Lis se sorprendió al oír que el motivo del divorcio había sido una tercera persona. En ningún momento habría imaginado que Connor fuese capaz de cometer una infidelidad, pero, una vez más, se había equivocado. Su actitud con él se enfrió, retiró la mano y se refugió en sí misma, huyendo de la mirada interrogativa que le dedicaba.

Él imaginó lo que debía de estar pensando porque dijo:

—Nunca la engañé, ¿sabes? Conocí a Matt una tarde en la biblioteca y nos llevamos bien, empezamos a quedar para practicar deporte, hablábamos de música y quedábamos para cenar. No me di cuenta que me había enamorado de

él hasta que Lauren me preguntó si estaba viendo a otra persona. Nuestra relación se había enfriado, apenas hablábamos y ella se cansó de intentarlo. — Hizo una pausa—. Fue todo casualidad, de repente, pero no podía engañar a nadie. Se lo conté a Lauren e iniciamos los trámites de divorcio. Al principio pareció aceptarlo; sin embargo, me la jugó cuando me alejó de mis hijos.

En el fondo de su corazón, Lis sabía que él había sido valiente, afrontando sus sentimientos y dándoles la oportunidad, a Lauren y a sí mismo, de no vivir una mentira y ser felices. Además, en su favor tenía que había decidido divorciarse sin ser infiel. Él ya había sufrido suficiente la ausencia de sus hijos, como para que ella también lo juzgara.

Disolvió las dudas que habían aparecido en su cabeza y dedicó al hombre una mirada de aceptación.

—Estoy segura de que acabará solucionándose. —Fue lo único que pudo decir.

—Eso espero.

Las noches siguientes fueron iguales o peor. Las pesadillas se entremezclaban con la imagen difuminada de las ruinas. Pasaba los días encerrada en la galería, trabajando hasta el agotamiento para no tener que pensar y para que, al llegar la noche, estuviera tan cansada que ni siquiera soñase. Harta de no conseguir ningún avance, se había tomado una tila y dado un baño relajante para calmarse y ver si, así, no soñaba de nuevo. Por si acaso, en el cajón había guardado un par de pastillas para dormir. Necesitaba descansar más que respirar.

Trató de invocar la imagen de las ruinas a su mente, a ver si pensando en ellas dejaba de soñarlas, y rememoró cada detalle. Estaba a punto de abandonar y dormirse cuando se dio cuenta de algo que se le había pasado por alto esas últimas noches.

Las piedras amontonadas sobre un lecho de hierba seca que crujía bajo su peso; un puñado de muros, restos olvidados de lo que un día habría sido una edificación asombrosa, un castillo quizá; la lluvia oscureciendo la pared del torreón.

De pronto, comprendió dónde estaba la diferencia. Nunca hasta entonces había visto llover sobre las ruinas; no sabía identificar si estaba viendo el frontal o la parte trasera de la estructura, pero estaba segura de que esa era una

nueva perspectiva de la escena.

En las anteriores visiones, el sol siempre quedaba a su espalda, recortando su sombra y la de la casa, pero las últimas noches no había soñado con días soleados. La tempestad se arremolinaba sobre el castillo derruido, descargando con furia el agua aprisionada en las nubes negras.

Sintió los nervios crecer en su pecho, revoloteando hasta asentarse como una losa de cien kilos, dificultando su respiración. Quizá era una pista, tal vez un aviso, pero notaba en el fondo de su alma que ese lugar trataba de decirle algo.

Se esforzó en encontrar algo más que la ayudase a descubrir que era ese lugar cuando, sin previo aviso, la imagen se evaporó y volvió a encontrarse sola en su habitación.

Cansada por el esfuerzo del día y angustiada por si estaba volviéndose loca y no hacía otra cosa que imaginar paisajes y ruinas en su cabeza, se quedó dormida.

Esa noche no soñó.

A la mañana siguiente se sentía eufórica. Había conseguido dormir de un tirón y levantarse por fin con la sensación de haber descansado. Se desperezó con lentitud y se frotó los ojos con un bostezo en los labios. Arrastrándose para salir de la cama, abrió la ventana con intención de sentir la brisa de la mañana morderle la piel de las mejillas sonrojadas por el sueño.

Se paró frente a ella para ver amanecer, como hacía casi todas las mañanas. Una vez el sol estuvo por encima de la arboleda que rodeaba Gealach, se vistió y bajó a por un café para bebérselo en la galería. Llevaba toda la semana ahí, trabajando sin parar para mantener los pensamientos a raya y también para alejarse de la marabunta y el frenesí de los últimos preparativos de la fiesta de cumpleaños del día siguiente.

Se sumergió en las líneas y curvas de mármol blanco que conformaban la talla masculina que llevaba repasando los últimos tres días. Examinó cada hueco, cada veta y rincón de la estatua. Sin darse cuenta, se había saltado la hora de la comida, por lo que, cuando abandonó la galería, se encontró con que Isobel y Rhona se habían llevado a Meg, Iain y Sam al pueblo para repartir todas las invitaciones de la fiesta. Como si todos en el pueblo no estuviesen ya al tanto del cumpleaños de la pequeña de los McLean.

Iba por el pasillo en dirección a la cocina, cuando escuchó a Colin hablar con alguien en la sala de estar.

—Me aseguraste que ella no estaría aquí —recriminó el cocinero a la persona desconocida.

Por el modo en que lo expresó, Lis supo que no era la primera vez que decía esa frase, ni tampoco la primera conversación sobre ese tema. Hablaba con agotamiento, como si, en realidad, estuviese cansado de la discusión, cosa que era bastante probable.

—Y eso creía yo. Se supone que estaba en Argentina hasta el martes, pero anoche me dijo que tenía una sorpresa preparada y muchas ganas de felicitar a su nieta —explicaba una voz de hombre en tono seco y hastiado—. Lo único que sé es que va a presentarse aquí y yo no puedo impedirlo.

Lis consideró que ya había escuchado suficiente del intercambio entre los dos hombres, por lo que iba a pasar de largo y dejarlos hablar en intimidad, pero era la primera oportunidad que tenía para enterarse de qué escondían los

McLean. En su debate interno entre seguir caminando o no hacer ruido y escuchar, la curiosidad ganó la partida cuando apareció un nombre en la discusión que ancló sus talones a los tablones de madera del suelo.

—¿Y qué piensas decirles a Evan y a Cait? Llegan mañana.

—¡Joder! ¿Caitriona viene con él? —exclamó impactado el desconocido.

Lis trató de pegarse un poco más a la pared. Quería irse de allí, se sentía fatal por lo que estaba haciendo, pero una fuerza invisible la empujaba a permanecer quieta. Supuso que el extraño era Patrick, el padre de Evan e Isobel, y que la mujer de la que hablaban que iba a venir de Argentina debía ser Blaire, su esposa. No entendía el problema; después de todo, qué podía importar que la mujer de Evan y su madre coincidiesen en el cumpleaños, ambas eran familia de Meg. La voz del que pensaba que era Patrick McLean interrumpió sus cavilaciones.

—Cait no puede venir —zanjó, tras unos segundos de tenso silencio.

—Cait va a venir —rebatía Colin—. A Isobel le ha costado semanas convencerla, a ella y a Evan. No le pidas ahora eso. Menos si no sabes con seguridad si tu mujer va a venir o no —reclamó, alzando la voz.

—Blaire es impredecible. Sabes tan bien como yo que esa fiesta no acabará bien. Y no puedo sacarla de su casa solo porque...

En ese momento, las voces se callaron ante el estruendo de Meg corriendo por los pasillos buscando a su abuelo. Se lanzó a los brazos del hombre, provocando el final de la conversación y que Lis recuperase la capacidad de movimiento. Se escabulló deprisa pasillo arriba, pero no con la suficiente rapidez para no escuchar el final de la discusión.

—Evan y Cait llegan mañana —afirmó el cocinero.

—¿A que es genial que la tía Cait pueda venir a mi fiesta, abuelo? —preguntó la niña entre gritos de felicidad.

—Sí, cielo, es genial —concedió Patrick distraído mientras salían.

Lis nunca había visto a Colin enfadado, ni siquiera irritado, a pesar de todas las trastadas de sus nietos. No estaba segura de si era el mejor momento para entrar en la cocina, a donde él se había dirigido cuando apareció Meg, pero el rugido de su estómago tomó la decisión por ella.

Enfiló los metros que le quedaban de pasillo con la curiosidad rondándole la cabeza, ¿qué habría pasado entre esas dos mujeres para que Patrick confiase en el desastre inminente y todos evitasen con tanto ahínco que coincidieran en la misma habitación?

Pensó en preguntar a Colin, pero, viendo las anteriores experiencias donde

cada vez que lo hacía el silencio que obtenía como respuesta oprimía su pecho, determinó no hacerlo. Además, tampoco estaba él en su mejor momento para que una extraña le hiciera el tipo de preguntas que parecían cabrearlo tanto. Esperaría al día siguiente para conocer a la esposa de Evan y comprobar, de primera mano, cuál era el enorme problema que suponía un encuentro con la abuela de Meg.

—No has venido a comer —la acusó Colin conforme entró en la cocina, sin mirarla.

—Lo sé, lo siento. No me he dado cuenta de que era tan tarde.

—Te has perdido una comida deliciosa, pero, por suerte para ti, te he guardado un trozo.

Se sentó a la mesa mientras él le servía un plato de lo que a ella le pareció lasaña, un vaso de té helado y una porción de pastel de grosellas. La sonrisa había regresado al rostro del hombre, pero no le llegaba a los ojos, que lucían inquietos y en tensión.

—Gracias —acertó a decir.

—No hay de qué, pero procura no empezar por el postre —bromeó el hombre—. Te dejo la fuente aquí por si quieres más, voy a ver a Connor.

El cocinero salió al jardín silbando, mientras Lis engullía la lasaña de champiñones y espinacas, que estaba deliciosa. Comió en silencio, saboreando hasta el último bocado del pastel, y regresó a la galería, que no pensaba abandonar hasta conocer cada recoveco del hombre de mármol que llevaba varios días estudiando.

Horas más tarde, se incorporó y estiró con cuidado los músculos, agarrotados por la incómoda postura en la que había pasado la tarde. Se sentía tan satisfecha consigo misma y con su arduo trabajo que se encaminó a la cocina a por una ración extra de pastel.

Además, era viernes, al día siguiente tenían un cumpleaños que celebrar y, a pesar de que no se preveía tormenta, ella estaba preparándose para capear el temporal que se avecinaba en la casa.

A las siete y media de la tarde, entraba en el salón arreglada para la ocasión. Rhona había solicitado puntualidad y que nadie bajara en chándal, dado que esa noche cenaba con ellos el dueño de la casa. Aunque él afirmaba que no le importaba, ella quería dejar ver que cuidaba cada detalle y que eran capaces

de comportarse de manera adecuada.

Cuando atravesó el umbral, la profunda y sensual voz de Evan penetró en sus oídos. No lo esperaba hasta la mañana siguiente y, siendo sincera, no sabía si tenía ganas de verlo, por lo que encontrárselo de sopetón encendió una sensación extraña en su interior. Lo buscó con la mirada, tratando de que no notase que lo hacía, y lo encontró con Meg sentada en el suelo frente a él y jugando con un cachorrito.

—¡Lis! ¡Mira lo que me ha regalado el tío Evan! —chilló la niña mientras el animalillo luchaba por lamerle la cara—. ¡Es el perro más bonito del mundo!

Y bien podía haberlo sido. Negro como el azabache, daba saltitos alrededor de la niña, que aplaudía todo lo que hacía. Era tan pequeño que podía utilizar la enorme mano de Evan a modo de cama, y con una carita tan tierna que nadie habría podido enfadarse con él, ni siquiera Rhona, que solía encontrar una razón para regañar a todo el mundo.

—Es precioso, Meg —dijo Lis con una sonrisa.

—¡Sí!

—Dile a Lis el nombre que le has puesto, *a leannan* —pidió Isobel a su hija.

—Se llama Shrek, como el ogro. Lo he elegido yo —se enorgulleció la niña mientras correteaba detrás del cachorrito.

—Yo quería ponerle *black pudding*, pero no me han dejado —intervino Evan mientras se levantaba del suelo.

—Hola a ti también, Evan —saludó Lis.

—Siempre es un placer verte, Elizabeth —correspondió, con una sonrisa brillándole en los ojos y los labios curvados en combinación. Se veía relajado y tranquilo.

Azorada, Lis desvió la vista hacia Shrek, que se había acurrucado sobre un cojín en el suelo junto a la estantería. Meg, sentada a su lado, peleaba con su madre por comer ahí en vez de en la mesa.

—Estás... deslumbrante. Brillas más que la semana pasada —comentó el escocés de repente, haciendo referencia a la piel blanca y reluciente de Lis—. Apuesto mi melena a que has pasado los últimos días sin salir de la galería.

—Tú no tienes melena.

Sin embargo, no pudo evitar caer en la tentación de mirar y fijarse en su pelo, corto y oscuro, que reflejaba la luz del atardecer, emitiendo destellos bronceos provocados por los rayos que se colaban por los enormes

ventanales.

—Tienes razón, pero sigo pensando que no has visto el sol desde que me fui.

No era cierto, había dado algún paseo corto por los alrededores de la casa, pero tampoco es que el sol hubiese brillado en exceso durante los últimos días; más bien lo contrario, las nubes habían cubierto el cielo durante toda la semana.

La entrada de Patrick en el comedor le evitó tener que dar una explicación al escocés, que la miraba esperando una confirmación a su suposición con una mueca arrogante en su rostro.

Los ojos del hombre se posaron sobre la niña y el cachorro que, de nuevo, danzaba por el comedor, olisqueando cada rincón con su diminuto hocico. Segundos más tarde, volaron hasta posarse en la figura de Evan, que se había cruzado de brazos, como si esperase un ataque por parte de su padre.

Lis creía que ya lo había visto a la defensiva cuando se conocieron, pero estaba equivocada. Aquel día no era ni una mísera sombra de la fiereza que emanaba cada poro de su piel bajo el escrutinio de su padre.

—No esperaba verte hasta mañana.

Esas fueron las primeras palabras que salieron de los labios del mayor de los McLean. Ni un «me alegro de verte, hijo» o un «¿qué tal va todo?». Tan pendiente estaba de la reacción de Evan que no se fijó en la expresión desagradable que cruzaba la cara del padre.

—Yo tampoco esperaba verte hoy, pero parece que no va a ser la única sorpresa del fin de semana, ¿no? —siseó enfadado.

Lis podía ver los nudillos apretados alrededor del brazo y un matiz de crispación por encima del verde de sus ojos.

Tragó saliva e intentó pasar desapercibida sentándose con Meg y el cachorro en el lado de la mesa que quedaba junto a la puerta. Desde ese punto, podría huir en caso de que fuera necesario dejarlos solos.

—¿Podemos hablarlo después de cenar? —preguntó el hombre, colocándose en el extremo opuesto a donde estaba Lis.

Al levantar la vista, chocó con la intensa mirada de Patrick. Sus ojos poseían el mismo aire duro de Evan y el mismo tono de verde, pero no tenían ni su brillo ni su dulzura. Sus rasgos eran mucho más pronunciados, en ángulos más definidos, sin un ápice de suavidad.

—¿Quién es? —preguntó, moviendo la cabeza en su dirección, con un ademán de desagrado en el rostro.

Lis vio que Isobel hizo amago de responder, pero Evan se adelantó con rapidez.

—Es Elizabeth, la encargada de catalogar y evaluar la colección de arte. ¿Tampoco te es grata su presencia, padre? —pronunció la última palabra con un retintín que para nadie pasó desapercibido.

La tensión era palpable en el comedor. El enfado, latente. El rostro de Evan se contrajo en un ademán de disgusto, a la espera de una respuesta de su progenitor, que se demoró lo suficiente para poner del revés el estómago de Lis y acrecentar el estado de nerviosismo general.

—Para nada. Espero que te sientas cómoda en la casa —comentó, sin dar importancia a la situación que estaba teniendo lugar en el comedor, mientras pinchaba un trozo de pescado y se lo llevaba a la boca con tranquilidad.

—Ah... Sí, así es, gracias, señor.

Ni siquiera pensó en recalcar que prefería que la llamasen Lis. A Patrick no iba a importarle lo más mínimo, y el temblor que la sacudió por dentro cuando escuchó su nombre salir de los labios de Evan erizándole el vello de la nuca le había resultado de lo más placentero.

—¿Puedes sentarte para que podamos cenar todos juntos, Evan? —preguntó Isobel en tono conciliador.

—No. De hecho, ya no tengo hambre.

Lis salió tras él minutos después. No soportaba la tensión del comedor, se veía fuera de lugar en medio de una rencilla familiar y se le había cerrado el estómago. Lo había visto salir demasiado airado para no hacer ruido, por lo que, siguiendo el sonido de unos pasos enfurecidos, llegó al mirador del ala oeste. Lo encontró asomado a la cristalera, con la mirada perdida en el horizonte de la arboleda y el cabello alborotado por la brisa. El sol ya había desaparecido y las estrellas eran visibles en el cielo.

El brillo de la luna bailaba con sus pecas, se enredaba en sus largas pestañas y creaba un juego de sombras que iluminaba tenuemente su rostro, dotándolo de un aura casi sobrenatural. Comprobó que el músculo de su cuello latía con fuerza y sonrió. Estaba imponente en su sencillez. Se acercó despacio y se apoyó en la ventana junto a él, sin saber muy bien si hablar o disfrutar del silencio.

Él no dejó de mirar al frente, y ella comenzaba a sentirse también fuera de lugar cuando sus miradas se encontraron. Se ruborizó y rompió el silencio.

—Víctor, mi padre, suele decir que la luna no es más que el eterno testigo del azar de nuestros actos.

—Es curioso que digas eso, ¿sabes? Luna es el nombre de esta casa, y ya te adelanto que ha sido testigo de innumerables disputas y batallas a lo largo de su historia.

—¿De verdad se llama Luna? —Fue todo lo que Lis acertó a decir.

Las comisuras de los labios del escocés temblaron intentando retener una sonrisa y asintió despacio.

—«Gealach» significa Luna. Aunque, en realidad, la casa fue nombrada así por una muñeca de porcelana, de esas siniestras que parecen conocer todos tus secretos y se preparan para utilizarlos en tu contra cualquier noche de luna llena. Quizá a eso debía el nombre.

—Odio esas muñecas. Te siguen con la mirada allá donde vayas — corroboró Lis con un escalofrío.

—No todo el mundo piensa así. Cuenta la historia que, hace varias generaciones, Mary, la hija más pequeña de las cinco de Gordon McLean, tenía una colección tan amplia que esta casa parecía más de muñecas que de personas. Le encantaban, las repartía por todos los rincones de la vivienda,

asustando al servicio y, por supuesto, a sus hermanas. —Le sonrió con diversión al ver el asombro en su cara—. Su padre, que tenía debilidad por la pequeña, se sentía tan mal por no haber encontrado una nueva muñeca para su hija en Navidad que se le ocurrió que ella estaría feliz si podía poner el nombre de su favorita a la casa. Así nació Gealach, la original y de la que ya solo se conservan un puñado de muros y el horno de piedra de Colin.

—Vaya. Creo que es tan fascinante como... inquietante. ¿Nadie quiso cambiar el nombre de la casa?

—Claro que no. Imagina que la muñeca regresa a la vida en busca de venganza —se escandalizó Evan, con los labios curvados en una sonrisa arrebatadora.

La carcajada de Lis llenó el habitáculo en cuestión de segundos, coloreándole las mejillas y haciéndola sentir más cómoda a su lado. Era la primera vez que se reía delante de él, y ese gesto no pasó desapercibido para ninguno. Lis sintió como las garras de la ansiedad escalaban por su pecho, pero las detuvo ahí y carraspeó para aclararse la garganta. Podía mantener una conversación normal con él e iba a demostrárselo a sí misma y a todos sus miedos.

—No me puedo creer lo escocés que suena eso.

—Puede ser, pero yo creo que es un gesto precioso. Si lo piensas, le ha regalado la luna de alguna forma. —Orientó su cara a la luna y entrecerró los ojos, queriendo ver más allá.

—No lo sé —replicó Lis, distraída o quizá extasiada por su influjo y el poder de la presencia de Evan.

Él se dio la vuelta y la encontró mirándolo. Evan estiró la mano y le acarició con delicadeza la mejilla, como si fuese a romperse si apretaba la caricia más de la cuenta. Un sonido ronco resonó en el pecho de Evan al sentir la suavidad bajo las yemas de sus dedos. En un suspiro, estaba recorriendo las facciones de una Lis cuya capacidad de movimiento la había abandonado a su suerte, a merced del escocés que estaba encendiendo cada rincón de su cuerpo, rincones que creía muertos y enterrados. Sin darse cuenta, Lis dio un paso en su dirección, cerrando la escasa distancia que los separaba, tan cerca que podía percibir el aroma a *whisky* que salía de los labios de Evan. Perdida en el bosque de su mirada, lo escuchó susurrar algo en gaélico y apoyar la frente contra la suya.

—La luna hace tiempo que bajó del patético cielo que intenta retenerla a toda costa, Elizabeth. Ahora habita en el de tu mirada para torturarme con su

brillo cada vez que te miro.

Lis ahogó un gemido. Las palabras, pronunciadas con el cerrado acento escocés que Evan poseía, se habían filtrado a través de las grietas de su muralla y amenazaban con agrandarlas. Tomó aire tratando de calmar su agitada respiración y retrocedió hasta notar el frío de la barandilla colarse bajo su camiseta. Una vez roto el contacto, y bajo la abrasadora mirada del escocés, no fue capaz de seguir reteniendo el miedo que había crecido al mismo ritmo que su excitación.

La media sonrisa cautivadora de Evan incendió la sangre en sus venas. Jadeó al sentirse intimidada por la avalancha de sensaciones que el simple roce de su aliento había provocado. Abrumada, se llevó la mano al *awen* en la muñeca y rehuyó su mirada.

Comenzó a temblar y deseó que no se acercase de nuevo. Él debió de notarlo, ya que compuso una sonrisa torcida que acentuaba el hoyuelo de su mejilla y dio un paso en su dirección con las manos levantadas en señal de paz. A pesar de que él debía de percibir la excitación igual que ella, se quedó a una distancia de seguridad que Lis agrandó al asomarse por la ventana.

—No pretendía incomodarte —se disculpó, con las pupilas todavía turbias por el deseo.

—No lo has hecho.

—Vaya, entonces he debido de equivocarme. El temblor de tus rodillas y el acelerado latido de tu corazón me han hecho pensar que estabas un pelín... nerviosa.

—Sí, te has equivocado. Solo tengo frío —insistió ella.

Él también lo había notado, y ahora el recelo campaba a sus anchas, dando rienda suelta a todos sus temores, haciéndola sentir vulnerable e insegura frente a él.

—Elizabeth... ahora mismo, lo único que sé con seguridad que no tienes es frío —replicó, alzando una ceja y dando otro paso adelante.

Por supuesto, él tenía razón. De hecho, Lis dudaba de si había sentido tanto calor alguna vez. Soltó una risita nerviosa tratando de ocultar sus emociones. Trató de repetirse que no iba a pasar nada, pero era inútil. Roja hasta las pestañas, bajó de nuevo la cabeza y se giró hacia los árboles, incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo, por temor a que él viera lo mismo que veía ella cada noche en sus pesadillas. Una mujer rota e incapaz de amar.

Con la respiración entrecortada, Lis se concentró en normalizarla. El aire fresco de la noche de las Highlands golpeó su rostro.

Hacía días que no tenía pesadillas, no desde la última en que había acabado vomitando, pero sí soñaba con Evan y se despertaba agitada y sudorosa. Había dejado de negarse la atracción que sentía por él, pero se la guardaba para cuando estaba a solas en su habitación. Para ella seguía siendo un hombre casado y, por tanto, terreno vedado. En todos los aspectos y por más de una razón. Inspiró con fuerza varias veces, llenando los pulmones de aire hasta que estos se quejaron y logró calmar el latido de su corazón.

Mientras tanto, Evan la observaba apoyado en el marco de la ventana. No le había preguntado qué le ocurría, pero tampoco había intentado acercarse, cosa que ella agradeció.

—Deberíamos volver dentro —propuso Evan cuando pasaron varios minutos en silencio y ella había logrado recuperar la calma casi por completo.

Lis asintió y se rodeó a sí misma con los brazos, mientras se separaba de la ventana para regresar a su habitación. Quería despedirse de Evan y asegurarle que todo estaba bien. Él no tenía la culpa de lo que le pasaba a ella. Se quedaron los dos quietos, examinándose el uno al otro, cuando Lis se fijó en un detalle que había notado cuando lo encontró en el mirador y que ahora, sin motivo, volvía a llamar su atención. Quería aliviar la tensión que se había instalado entre ellos.

—Antes de irme, me gustaría decirte algo que llevo tiempo queriendo que sepas.

Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta y lo miró a los ojos, donde pudo ver la intranquilidad que bullía en ellos. La inquietó descubrir que de veras parecía preocupado por ella. Se mordió el labio inferior, tratando de retener una risita por la estupidez que estaba a punto de decir, pero lo prefería a la tensión.

El silencio no era devastador, pero sí impaciente. En lo que a ambos les pareció un lapso de tiempo eterno, Lis reunió el valor para romperlo.

—No es fácil, pero creo que tienes derecho a saberlo. —Vio que él no la interrumpía y continuó hablando—. No estoy segura de cuando lo noté, pero...

La postura tensa del escocés le decía más que cualquiera de sus palabras. Pasaron los segundos y ambos seguían observándose en silencio de nuevo.

—Bueno... allá va.

Él se puso aún más recto si eso era posible. El músculo de su cuello palpitaba con vigor por el esfuerzo de mantenerse quieto. Lis exhaló un suspiro y tensó la mandíbula para contener la risa.

—Evan, yo... quería decirte que... Tienes la cremallera del pantalón

abierta.

Su cara de sorpresa fue épica, de esas que te gustaría retratar, enmarcar y colocar en el recibidor de tu casa para verla siempre al llegar. El silencio que se había instaurado en el mirador reventó en forma de las carcajadas de Lis, que se sentía más cómoda haciéndolo rabiar que en el juego de seducción de antes.

El aturdimiento era evidente en el *highlander*, cuya boca abierta podía haber acogido una pelota de críquet con facilidad. Parpadeó para recuperarse mientras Lis se encontraba jadeando, ahogada en sus propias risas. Cada vez que parecía recobrar el aliento, miraba la cara pasmada de Evan y volvía a empezar.

Poco a poco, él fue saliendo del estado de estupor en que se encontraba. Estaba preparado para muchas respuestas, imaginaba que no iba a ser fácil para ambos reconocer la creciente tensión sexual entre ellos, pero lo que menos había esperado en ese instante era escuchar aquello. De repente, se percató de un hecho que había pasado por alto y una sonrisa fue trazándose en sus labios.

—Elizabeth, ¿has estado mirándome la entrepierna?

La pregunta, formulada en un tono burlón, se sobrepuso al hilarante sonido de las carcajadas de Lis. Las risas cesaron de súbito. Con las lágrimas de reír resbalando por sus mejillas, su mirada voló para encontrar un gesto triunfante en el antes estupefacto rostro del escocés.

—No.

La ceja izquierda de Evan salió disparada ante una mentira tan evidente. La sonrisa se agrandó, dando paso al hoyuelo en su mejilla, que hizo que las entrañas de Lis hiciesen piruetas.

—Oh, vamos, está bien. Sí, lo he hecho —titubeó—, pero solo porque estaba en mi línea de visión. Sin intención ni interpretaciones ocultas.

—Claro que no.

La rápida aceptación pilló a Lis desprevenida, sin una réplica adecuada. Esperaba un comentario irónico, una insinuación, pero la expresión de inocencia de Evan parecía auténtica. Lo vio frotarse la nuca, en un gesto que le pareció encantador, y se enderezó.

—Solo quería dejar constancia de que has estado devorándome con la mirada. —Rio él al final, guiñándole un ojo.

—¡Sabía que serías incapaz de dejarlo así! Ha sido un incidente sin importancia, nada más.

—Una cosa no excluye la otra. —La rozó deliberadamente al pasar por su lado, generando un estremecimiento que recorrió cada esquina de su cuerpo.

—Que sepas que no eres tan atractivo como piensas —gritó a la espalda del escocés, que se agitaba por las risas.

Meneó la cabeza y se encaminó a su dormitorio. Había conseguido mantener a raya el miedo más tiempo del que se había creído capaz en un principio. No era para tirar cohetes, pero estaba bastante orgullosa, a pesar de ceder al pánico al final. Al menos no había salido huyendo.

Aun así, se dijo que debía comenzar a evitar ese tipo de encuentros con Evan, le nublaban el juicio y despertaban sensaciones en ella que no quería sentir. Iba a ser difícil no encontrarse con él si volvía al día siguiente para el cumpleaños de la niña, pero estaba dispuesta a intentarlo.

Lis no era capaz de entender semejante expectación por la fiesta, no podía ser tan raro que la mujer de Evan lo acompañase, pero, tras presenciar lo ocurrido en el comedor, empezaba a tener sus dudas.

Para ella, la presencia de la tía Cait también suponía un dilema. Estaba harta de que todos considerasen perfecto e impecable a Evan, cuando a ella no hacía más que provocarla e insinuársele constantemente. Él no la había mencionado ni una sola vez desde que se conocían, pero verlo defenderla delante de su padre era signo de que la quería. Por eso no entendía su comportamiento ni lo que había sucedido minutos atrás.

Había pasado casi un mes desde su llegada a las Highlands y su vida se había puesto del revés, empezando por su trabajo, con el que avanzaba más despacio de lo que le gustaría. A esa circunstancia añadió el enigma del broche que le producía escalofríos cada vez que lo miraba y al que no había encontrado explicación lógica. También estaba el regreso de sus pesadillas con el acercamiento de Evan y los contradictorios sentimientos que tenía hacia él. Ni pensar quería en cómo estarían las cosas entre Amy y Nick.

Nada de eso era lo que había esperado al recibir la oferta de trabajo en un lugar de ensueño. A pesar de la lluvia y sus reticencias iniciales, no podía negarlo: la belleza del paisaje era sobrecogedora y los amaneceres en el lago, el mejor momento del día, ahora que había encontrado un camino seguro.

Un bostezo inclinó la balanza en favor de dejar de pensar. Tampoco es que pudiera cambiar la situación desde la cama.

Esa noche, las pesadillas regresaron con fuerza, pero en esa ocasión consiguió volver a dormir. Cuando despertó la tercera vez, miró el reloj y comprobó que eran las 11:17 de la mañana. Hacía años que no dormía hasta esa hora, pero hacerlo con los gritos de niños, que se mezclaban con la voz de una pobre Rhona que no hallaba forma de calmarlos y la música encendida en el jardín... bueno, eso había sido toda una hazaña.

Se asomó a la ventana y vio a Evan encaramado a un árbol robusto, gritándole a Connor, que trataba de colocar el otro extremo de la ristra de globos en el árbol de al lado. Evan se reía de los malabares que el otro hacía para mantenerse sobre la cada vez más inestable escalera que había apoyado en el tronco.

Se preguntó dónde estaría la esposa de Evan, puesto que, si él ya estaba ahí, trepando árboles cual Spiderman, ella no debía de andar lejos. Se le formó un nudo tonto en la boca del estómago, mezcla de temor y expectación.

En ese momento, Isobel salió corriendo de la cocina con un bote de galletas escondido bajo la camiseta y una fila de niños disfrazados corriendo detrás de ella, preparados para asaltarla y quedarse con el botín.

Aprovechó los pocos minutos de calma que iba a tener en todo el día y llamó a Amy.

—Espero que sea importante o que estés en urgencias para despertarme tan temprano un sábado por la mañana —refunfuñó su hermana con voz pastosa por el sueño.

—¡Si son casi las doce!

—¡Exacto! ¡Ni siquiera son las doce!

—¿Resaca?

—Qué más quisiera yo... Papá y yo hicimos ayer maratón de *El señor de los anillos*.

—Me gusta la elección de este año —dijo Lis mientras buscaba sus pantalones verdes en los cajones de la cómoda.

Todos los veranos, los tres se sentaban horas frente a la televisión y hacían maratón de películas con palomitas, gusanitos, cerveza y mucho chocolate. Ese año se lo había perdido por primera vez, pero tampoco podía reprochárselo, no estaba segura de cuándo podría volver a casa.

—Íbamos a esperarte, pero...

—No, no. No os preocupéis, lo entiendo. Ya haremos otro en otoño, para compensar.

—Claro. Pero antes de eso me debes un viaje —le recordó Amy, esperanzada.

—Lo sé. Organízalo todo. Nos vamos en septiembre.

—¿Lo dices en serio? —exclamó Amy ilusionada.

—Claro que sí. Me apetece Venecia, Roma, la Toscana, pasta y helado. Y oh, Dios, kilos y kilos de *panna cotta*.

Después de que Amy llevase más de un año tratando de convencerla, insistiendo a cada oportunidad, Lis creía que era el momento de aceptar. De pasar página. Y nada le apetecía más que esos días a solas con Amy, recorriendo cada rincón de Italia, cámara en mano.

—Dalo por hecho, hoy mismo lo miro. Joder, Lis, ¡qué ilusión!

—Lo dejo en tus manos, hermanita, pero, eh, sin locuras, por favor.

—Vale, vale, tomo nota —concedió Amy con una ancha sonrisa—. Lis, haremos que sea especial.

—Lo sé. Te quiero.

—Yo también te quiero, pero basta de ñoñerías, tengo un viaje que planear.

Y sin más, Amy cortó la llamada dejando a Lis feliz y sonriente como una idiota.

Después de darse una ducha y encontrar los pantalones que buscaba en la leonera que tenía por dormitorio, bajó a unirse a la fiesta.

—Elizabeth, estás preciosa esta mañana. La luz del sol te sienta de maravilla —la recibió Evan nada más poner un pie en la cocina.

—Siempre es un placer verte, Evan —le respondió, repitiendo las mismas palabras que él había utilizado la noche anterior.

La media sonrisa divertida con que la obsequió le dio a entender que él también lo recordaba. Colin los observaba desde detrás de la encimera. La insinuación que se adivinaba en el rostro del anciano no hizo demasiada gracia a Lis que, con rapidez, endureció la mirada y la desvió al jardín. Por el rabillo del ojo pudo ver como el cocinero ladeaba la cabeza sonriendo y retomaba su tarea de ultimar los detalles del festín de cumpleaños.

Lis cogió el último bollo de mermelada que quedaba y lo mordisqueó. De nuevo, se preguntó dónde estaría la tía Cait. No se la había cruzado en el trayecto a la cocina, tampoco la había visto desde su ventana ni la veía ahora desde ese nuevo punto de observación. Estaba a punto de preguntar por ella,

pero Evan se le adelantó al hablar:

—¿Has visto a mi madre, Colin?

Un interruptor hizo clic en su cabeza, provocando que centrarse toda su atención en la respuesta del hombre. Si Blaire estaba aquí, quizá significaba que, al final, su esposa no había venido. Pero la forma en que hizo la pregunta, desenfadado y con una curiosidad real, la despistó. Después del incidente en la cena, no tenía sentido que quisiera ver ahora a su madre.

Levantó la vista del bollito para fijarla en el rostro dubitativo de Colin. Se rascaba la oreja sin darse cuenta de que estaba untándose la mejilla con los restos de mantequilla que tenía en el dorso de la mano.

Lis deseó que no pudieran notar el interés que la consumía, pero hasta ella era capaz de sentir los latidos acelerados de su corazón en la garganta. Tratando de disimular, dio un nuevo mordisco al bollo y se centró en masticarlo despacio.

—Creo que Cait andaba con Rhona disfrazando a Meg para la fiesta.

Tan pronto como el latido de su corazón se había desbocado por los nervios, pareció detenerse en ese instante. Mientras intentaba no ahogarse con la bola de plomo en que se había convertido el bollo, trató de unir las palabras en su cabeza, cada vez más inconexas y sin sentido. Evan había preguntado por su madre y Colin había respondido que Cait estaba con Rhona.

Había preguntado por su madre.

Por su madre.

La realidad la golpeó como un boxeador al saco de entrenamiento, con fuerza y precisión. Cait no era la esposa de Evan; ¡era su madre! Las preguntas bullían en su cabeza como una olla a presión a punto de estallar. Había perdido el hilo de lo que ocurría a su alrededor. Parpadeó, rezando por que no hubieran notado su desconcierto.

Repasó los detalles de los fragmentos que había oído hablar a los habitantes de Gealach acerca de tía Cait. Todos la llamaban así, pero nadie la había mencionado como la esposa de Evan como tal, eso lo había supuesto ella. Ahora tenía lógica que Blaire no pudiera coincidir con ella.

—Eh, Colin, creo que aún respira.

La voz profunda de Evan se coló en sus pensamientos turbulentos. Recordó que no estaba sola en la cocina y que la incomprensión debía de leerse en su cara, puesto que ambos hombres la observaban como si fuera un guacamayo tropical en medio del Polo Norte.

Deseó que no fuese tan evidente. No estaba preparada para mantener esa

conversación con Evan. Prefería preguntar a Isobel, o incluso a Rhona, antes que hablar con el escocés acerca de lo boba que había sido, juzgándolo por coquetear con ella siendo un hombre casado.

«No es casado, ¡es soltero!», le gritó la vocecilla en su cabeza. Ignorando esa revelación, puso toda su concentración en recuperar el habla y aparentar normalidad frente a los dos hombres que todavía la miraban extrañados.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó, de la forma más natural posible en la que se puede hacer una pregunta tras varios minutos en silencio, absorta en sus pensamientos.

Evan la miraba con un brillo provocativo en los ojos. Como si supiera muy bien lo que Lis había estado pensando. Se quitó una mota invisible de la camiseta, que ahora se le antojaba demasiado estrecha, y desvió la mirada hacia Colin, cuyo rostro reflejaba algo que Lis no se entretuvo en identificar.

A sabiendas de que ambos la observaban con curiosidad, tragó lo que le quedaba de bollo y abandonó apresurada la cocina mientras hablaba de espaldas:

—¿Sabéis? Voy a preguntar a Rhona qué puedo hacer.

El eco de la risa ronca de Evan acompañó sus pasos ligeros hasta la entrada, donde una mujer a la que no había visto hasta ese momento estaba dando los últimos retoques al disfraz de tiburón de la cumpleañera.

Meg estaba preciosa, pero a Lis le fue imposible no reparar en la mujer agachada a sus pies que hacía los últimos arreglos al bajo del pantalón. Era una señora menuda, pequeña, que podía considerarse frágil, pero algo en su sonrisa denotaba una fortaleza brutal, de las que solo pueden formarse tras largos años de sufrir en silencio. Un halo de bondad la rodeaba e irradiaba al exterior a través del fulgor amable de sus ojos, de las arruguitas en sus párpados y unas manos gentiles que se afanaban en su tarea de costura.

Ahora Lis era capaz de advertir las diferencias entre Evan y su padre. Todo lo que podían parecerse físicamente se desvanecía en el aire al verla a ella. A pesar de que Evan podía llegar a ser tan distante como lo era él, compartía la misma mirada soñadora y el resplandor de ternura que poseía su madre, y del que Patrick carecía por completo.

—Niña, acércame esos imperdibles, por favor —murmuró Cait con un alfiler entre los dientes y agitando la mano en dirección al banquito junto a la puerta donde se encontraba Lis—. El último y estarás lista, tiburón.

Mientras le acercaba la cajita de imperdibles, apareció Rhona, que llevaba a Shrek en brazos. Este iba disfrazado, a juego con Meg, con una aleta sobre el

lomo. Cuando vio a la niña, se retorció para llegar hasta ella, pero Rhona lo sostuvo con fuerza hasta que Cait colocó el imperdible para evitar que el cachorro se pinchase. En cuanto estuvo lista, la niña se lanzó a por el cachorro y lo cogió en brazos, alabando lo guapo que estaba con su aleta.

—¿Qué tal estoy? —preguntó, girando sobre sí misma delante de las tres mujeres.

—Terrorífica.

—Magnífica.

—Extraordinaria —recalcó Caitriona.

La cara de Meg se iluminó, repleta de ilusión, y un momento después intentó salir corriendo, impaciente por mostrar el disfraz a sus amigos. No obstante, Rhona la instó a pararse y posar para una foto con Shrek antes de que este perdiera su aleta. Justo después, dejó al perro en el suelo y ambos salieron disparados al jardín.

—Lis, cielo, me gustaría presentarte a Caitriona, la madre de Evan. Cait, esta es Lis, la persona que está tasando la colección de arte.

Sabiendo lo fríos que solían ser los británicos, lo que menos esperaba Lis era el abrazo que Cait le dio. Se recompuso justo a tiempo de alzar los brazos y rodearla con ellos con torpeza, desacostumbrada a las muestras espontáneas de cariño fuera de su círculo familiar.

—Un placer.

—Oh, el placer es mío, *a leannan*. Mi hijo me ha hablado tanto de ti que ya tenía ganas de conocerte, ¿sabes? —dijo, con la diversión pintada en la cara.

—¿De veras? —inquirió Rhona—. Bueno, no me sorprende, le creó un impacto cuando lo mandó a freír espárragos la noche que se conocieron.

Ambas mujeres rieron bajito mientras recogían los alfileres que se habían desparramado por el suelo.

—Su hijo fue un... —empezó a decir Lis, quien, agachada en el suelo, notó la vergüenza subir a su rostro y enrojecer sus mejillas. ¿Se lo habría contado a su madre o habría sido Rhona?

—No, no te preocupes. Se lo tenía bien merecido, a veces se pone demasiado intenso y no hay quien hable con él —la interrumpió Caitriona—. Pero tú lo manejaste muy bien —acabó por felicitarla.

Una vez que hubieron recogido todos los restos del taller improvisado de costura, se dirigieron al jardín entre bromas y risas. Cait era agradable, la conversación fluía natural, sin silencios incómodos ni preguntas entrometidas,

hasta Rhona se había relajado por fin, después de toda la semana en un estado de ansiedad permanente por los preparativos de la fiesta.

Pensó que quizá no iba a ser tan malo el día, hasta que oyó una voz burlona a sus espaldas.

—¿Dónde van mis tres mujeres favoritas?

—Que no te oiga Isobel —bromeó su madre, mirándolo de reojo mientras seguía caminando.

—Más que una mujer de treinta y dos años, Isobel parece una niña, no hay más que verla —señaló a la susodicha, que gateaba tras los niños con una máscara y barritando como un elefante.

Lis no pudo reprimir la carcajada que subió a su garganta al verla así. Todos la acompañaron con risas, pero la intensidad de la mirada de Evan carbonizaba su tranquilidad; la observaba como si pareciese sorprendido de haberla hecho reír.

A Cait esa mirada no le pasó desapercibida. Enlazó su brazo con el de Rhona y enfiló con rapidez en dirección a la cocina, mientras gritaba por encima del hombro que Colin las necesitaba para ultimar la comida.

Evan sacudió la cabeza al ver la reacción de su madre. Dibujó la mejor de sus sonrisas y se la ofreció a Lis, que, con gesto risueño, se había apoyado en la pared de la casa y contemplaba jugar a los niños.

—¿Prefieres unirte a ellos o jugar conmigo? —preguntó él, viendo como el anhelo cubría su mirada.

Lis volteó la cabeza con rapidez, como si en su ensimismamiento con los niños hubiese olvidado la presencia del escocés.

De repente, la expresión de sorpresa de Lis cambió, transformándose en una mueca de diversión. Por un momento, vislumbró la duda en su rostro, pero se disipó con rapidez, dando paso a la determinación. Con un brillo de malicia, dijo:

—Depende del juego.

—Puedes elegir —repuso Evan alzando una ceja oscura.

—¿Vas a hacer trampa?

—Yo nunca hago trampa —se defendió, y Lis apreció la tirantez en las comisuras de sus labios.

Esa vez la que enarcó la ceja fue ella, retándolo. Evan sonrió con inocencia y se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

—Mentir también es hacer trampa.

—Yo no he mentido en ningún momento —dijo, consciente de a qué

mentira se refería—. No me di cuenta de que no sabías que ella era mi madre hasta que vi tu cara hace un rato. Deberías haberte visto, no tenía precio. Supongo que vale por la de anoche, ¿no? —comentó, desviando la vista hasta su entrepierna y la bragueta, cerrada en esa ocasión.

Lis sonrió al recordar el incidente, pero rápido frunció el ceño y resopló. Seguía enfadada con él por no decirle nada.

—¿En serio pensabas que era mi esposa? —Las carcajadas se reanudaron con tanta fuerza que hasta Isobel miró en su dirección.

Claro que creía que era su esposa. Nadie se molestó en aclararle el malentendido, todos la llamaban tía Cait, Evan era un hombre atractivo y simpático, con edad para estar casado. ¿Qué motivo iba a tener ella para pensar lo contrario?

No quería darle la alegría de reconocer que tenía razón, por lo que se incorporó y puso rumbo a la carpa donde Colin, Connor, Rhona y Caitriona terminaban de poner la mesa.

—¡Es que es muy fuerte! —exclamó Evan todavía riéndose.

Enojada, Lis caminaba con paso firme, dispuesta a dejar de escuchar las carcajadas del escocés. Entró en la cocina y cogió la pila de platos que Rhona había dejado preparados para repartirlos en la mesa. Los colocó con fuerza uno por uno, refunfuñando acerca de la capacidad de previsión de Rhona y de su propia incapacidad para prever nada, como que Evan no era casado, cuando escuchó la dulce voz de Cait desde el lateral de la mesa.

—Tienes razón. Rhona siempre está ocupada, no sabe estar quieta, incluso cuando la casa está vacía. Colin lleva años tratando de convencerla para ir de viaje y descansar, pero lo más lejos que consiente ir ella es a ver a sus nietos.

—Es asombrosa.

—Lo es, lleva tantos años a ese ritmo que relajarse le es imposible — reflexionó mientras se servía un vaso de limonada y le ofrecía otro a Lis.

Isobel había abandonado su papel de elefante, y ahora Connor era el árbitro de un duro partido de fútbol que iba perdiendo el equipo de Meg. La niña corría mientras apretaba los enormes dientes de plástico que imitaban las fauces del tiburón. De pronto, Evan entró en escena, alzó a la niña en brazos y corrió tras los chiquillos que se pasaban entusiasmados el balón.

—Tú también deberías probar a relajarte —insinuó Caitriona con la mirada fija en sus brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido del que Lis no era consciente.

Le pareció que la mujer no solo transmitía emociones, sino que también las

identificaba, como si oliese la inquietud correr por la sangre de Lis. Suspiró, reconociendo así que tenía razón, y se dejó caer junto a ella en el banco.

Cait no dejó de observarla, con una enigmática curva en los labios, emulando una sonrisa tierna, pero que escondía un atisbo de regocijo. Apretó su brazo, como si quisiera darle ánimo, y miró al frente, buscando a Meg entre la multitud de niños que se agolpaban alrededor de Connor y Evan, uno en cada equipo.

—Evan siempre ha tenido buena mano con los niños, pero Connor... él tiene un don —dijo con una sonrisa—. Hacía casi dieciséis años que no ponía un pie en esta casa y nada ha cambiado. No es una historia bonita la de Gealach.

—Ninguna historia que se precie tiene solo cosas buenas.

—No te imaginas cuán cierto es eso.

En ese momento, Evan marcó un gol y miró en su dirección. Lis señaló con un dedo y guiñó un ojo juguetón antes de verse abordado por un puñado de niños que luchaban por hacerlo caer al suelo. Lis supuso que había dedicado el gol a su madre, por lo que bajó la vista para evitar ruborizarse y confundir a Cait. No hizo falta.

—Ambas sabemos que no me miraba a mí —dijo la mujer, por si Lis tenía alguna duda—. Es un buen hombre. Él piensa que se parece a su padre, pero se parecen tanto como un conejo a un oso panda.

Un nuevo aullido de felicidad la hizo elevar la cabeza para encontrarse con que Meg había sido la artífice de un nuevo gol. Evan y Connor la llevaban a hombros mientras la niña chillaba con deleite por haber marcado.

—Míralo, tan grande y tan pequeño. Por más que lo he intentado, su vida no ha sido un camino fácil. —El amor era palpable en las palabras de Caitriona. Cada una de ellas, pronunciada con tanto cariño que parecían rozarte sin querer.

—Imagino que ha sabido hacerse fuerte —dijo Lis, pensando en todas las indirectas y comentarios que lanzaba el escocés a diestro y siniestro, siempre tan seguro de sí mismo.

—No te creas toda la fachada que muestra. Ha levantado un escudo de protección alrededor de su corazón, pero yo sé que está deseando que alguien lo reviente y se cuele hasta los entresijos de su alma. Es un gigante romancón que siempre acaba llorando cuando ve películas de dibujos con su sobrina.

Lis no estaba muy de acuerdo en eso. No podía imaginar un Evan enamorado, mucho menos llorando mientras veía *El rey león*. Creía con fervor

que, simplemente, había personas que no estaban hechas para el amor romántico y ella misma era una de tantas.

Creyó que la conversación había muerto ahí, sin posible respuesta a la afirmación de Caitriona, pero, cuando iba a levantarse para seguir trayendo cosas de la cocina ahora que Rhona intentaba que los pequeños invitados le prestasen atención para ir a comer, la voz de la mujer la sorprendió de nuevo y provocó que un repentino escalofrío la recorriese entera.

—No temas cometer errores, teme no aprender nada de ellos.

Colin se había coronado con un almuerzo sencillo y contundente para saciar el hambre de las decenas de niños que habían pasado la mañana correteando por el jardín. Incluso Patrick lucía relajado con su nieta sentada sobre las rodillas mientras masticaba un sándwich entre sus fieras fauces de tiburón.

Lis mordisqueaba un trozo de pan con mantequilla de ajo con la mirada perdida en la arboleda. Tras descubrir que Evan era soltero, y después de la charla que había tenido con su madre, el escocés ocupaba cada rincón de su mente, habiendo relegado sus pensamientos más tristes al fondo de la memoria.

Ahora no tenía excusa frente a la innegable atracción que notaba entre ellos. Que Evan era *sexy* estaba fuera de duda, pero admitir que podía albergar ciertos sentimientos por él... esa era otra cuestión.

Caitriona le había dicho que era un buen hombre, pero qué iba a decir una madre de su hijo, más aún de su único hijo. A decir verdad, a pesar de los encontronazos que habían tenido, verlo con Meg y los niños era una delicia, pura dulzura de un metro noventa.

Desvió la vista hasta clavarla en la única parte de la anatomía del escocés que le era visible desde su posición en la mesa y se deleitó en la forma, firme y fuerte, de su brazo. De nuevo, el hueco entre sus hombros destacaba, como la noche en que lo había conocido, hasta que la cabeza de un niño tratando de alcanzar la jarra de limonada se la tapó.

Elevó la vista y chocó sin remedio con el verde de los ojos de Evan, quien alzó su vaso con intención de brindar con ella. O por ella. Sí, tenía claro que era guapo y él también lo sabía. Sintió que su estómago daba un vuelco y dejó el pan a medio comer sobre la mesa.

Trataba por todos los medios a su alcance de no mirarlo, pero un cosquilleo en el pecho la obligaba a levantar la vista de vez en cuando para encontrar que Evan la observaba con la misma intensidad. Un chillido de Meg la sacó de su aturdimiento, haciéndola girar la cabeza.

Isobel y Colin caminaban con cuidado, transportando un magnífico pastel de dos pisos, de un intenso azul marino y coronado por un puñado de estrellas blancas hechas de *fondant*. Lis no pudo evitar que su mandíbula se desencajara. Colin, que sabía de su pasión por el dulce, le había prohibido

entrar en la cocina durante todo el fin de semana, puesto que quería sorprenderla con su creación más ambiciosa hasta la fecha.

La cumpleañera aplaudió con ilusión al ver la tarta, con una sonrisa más cegadora que el tímido sol de las Highlands. Entonaron el *Cumpleaños feliz* y Meg sopló las velas con energía.

—Enhorabuena, Colin. Es imposible que no esté delicioso siendo tan tan bonito —lo felicitó Lis, mientras esperaba su trozo.

El rubor tiñó las mejillas del hombre ante tantos elogios. Las caras de todos los comensales mostraban placer y felicidad, los niños ya se peleaban por repetir y Meg estiraba los brazos tratando de arañar un poquito de tarta que llevarse a los labios.

—Elizabeth tiene razón. La tarta es extraordinaria —suspiró Evan, mientras se llevaba otro trozo de pastel a la boca.

Lis no podía apartar los ojos de los labios entreabiertos de Evan, manchados de chocolate y tinte azul. Una apremiante necesidad de degustar el dulce en sus labios la asaltó. Notó que enrojecía y luchó por empujar esos deseos fuera de su cabeza.

Una porción de pastel se interpuso en su línea de visión y pudo volver a respirar con normalidad. En ese momento, se dio cuenta de que Evan podía ser una distracción demasiado tentadora para no tenerla en cuenta.

Colin lo había logrado, se había superado y, si por ella fuera, le otorgaría no una, sino dos estrellas Michelin. Devoró su trozo notando el chocolate deshaciéndose en su paladar, el azúcar pegándosele al cielo de la boca con suavidad y la sensación dulce descender por su garganta.

Notó la mirada satisfecha de Colin sobre ella e, incapaz de hablar, levantó el pulgar en señal de aprobación. Este lo tomó como un cumplido, ya que había conseguido dejarla sin palabras.

Lis sabía que las actividades y juegos de cumpleaños iban a continuar a lo largo de la tarde, pero ella necesitaba un momento para pensar, lejos de la intensa mirada verdosa de Evan, que parecía acariciar su piel cada vez que sus ojos se cruzaban, furtivos. Se acercó a Rhona e Isobel, que charlaban en la esquina de la mesa y se excusó:

—Necesito subir a mi habitación un momento, volveré en un rato.

Isobel leyó en su cara que necesitaba estar sola o, al menos, no con tanta gente, por lo que le apretó el brazo con cariño y la empujó a irse agitando la mano.

Caminaba despacio en dirección a la casa, gozando del sol que rozaba sus

mejillas, y se lamentó de no poder aprovecharlo, por lo que, cuando notó que ya nadie le prestaba atención, desvió sus pasos a la zona oeste y se internó en la arboleda en busca de un pequeño claro donde sentarse.

Lejos de Evan era mucho más sencillo pensar. El cerebro le iba a mil por hora, tratando de entender el gran conflicto familiar que se cernía entre los miembros de la familia McLean. Sabía que Isobel era mayor que Evan; por tanto, Patrick tuvo que serle infiel a su mujer después de que ella hubiese nacido. Por eso había tanto resentimiento.

Ahora comprendía el motivo de la discusión de la noche anterior entre Evan y su padre, una posible explicación a la tirantez que existía entre ellos. Iba tan distraída que tropezó varias veces con ramas caídas, arañándose la poca piel visible que dejaban las mangas remangadas. Se sentó con la espalda apoyada en un enorme pino y se dejó relajar por el sol y la brisa, que le traía el suave canto de los pájaros.

Ahora que uno de los enigmas estaba aclarado, era el momento de pensar en lo que Evan despertaba en ella. Había descubierto que no era tan arrogante como había creído al principio, más bien todo lo contrario, y eso la dejaba a ella confundida. Sería todo menos complejo si él se limitase a mostrarse de mal humor, como el día en que lo conoció. Ese Evan era fácil de aborrecer; en cambio, a este nuevo Evan que comenzaba a conocer era mucho más fácil cogerle cariño. Y, por su bien, no deseaba hacerlo.

Era cierto que hacía muchísimo tiempo que había renunciado al amor, que lo consideraba un sentimiento demasiado abrasador para sobrevivir a él sin quemaduras. Las cicatrices marcadas a fuego de su alma no le permitían pensar siquiera en la idea de buscarlo. Sabía de primera mano el daño que podía hacer, y ahora cabía la posibilidad de que fuese el detonante de la separación de su hermana y su mejor amigo, rotos por ese sentimiento.

No lo reconocía en voz alta, pero, a veces, envidiaba a la gente capaz de entregarse sin miedo, de volcarse en una relación con todo lo que tienen y lanzarse de cabeza y sin oxígeno a un océano de dudas, con la débil esperanza de que la otra persona te salve.

Ella no.

No después de ser abandonada tantas veces, de tanto sufrimiento, de tanto dolor reflejado en los miembros de su familia. No después de lo que ocurrió, no si cada noche la asaltaban los angustiosos recuerdos en forma de pesadillas.

Lis reconocía, aceptaba y cuidaba el amor que sentía por su familia, ese

tipo de amor la protegía, pero el otro... de ese no estaba tan segura. El amor romántico era profundo, misterioso e inexplicable. Una apuesta muy alta con un riesgo demasiado elevado.

Estaba más que claro que no era inmune a la atracción física ni a la pasión del sexo; es más, no quería serlo, pero de ahí a entrar en el terreno emocional... las emociones eran demasiado volubles para confiarles la felicidad. Y ella era feliz estando sola. Era libre e independiente, y su vida estaba en sus manos, para hacer con ella lo que se le antojase. El problema era que ahora se le antojaba enterrarse en el cuerpo de Evan hasta olvidarlo todo y poder ser capaz de dejarse llevar. Pero era demasiado aterrador.

Cerró los ojos, se mesó el pelo y suspiró, notando como el calor del deseo que se había instalado en la parte baja del vientre se iba disipando. De repente, advirtió un sutil carraspeo a su lado. Deseando que no fuera quien creía que era, alzó un párpado, pero, para variar, no se equivocó. El objeto de sus problemas se encontraba acucillado frente a ella, observándola interrogante.

—Te vi vacilar en la puerta de la cocina y pensé que no te encontraría en la casa.

Lis no supo asegurarlo, pero creyó notar una leve duda en la voz de Evan. No llevaba puesto el escudo de arrogancia y mostraba cierta inseguridad que hizo sentir inquieta a Lis.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó, señalando el suelo con la mano.

Ella asintió y deseó que el escocés no pudiese escuchar el latido enloquecido de su corazón ni lo entrecortado de su respiración. Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el tronco del árbol y cerró los ojos de nuevo, dejando que el sol le calentase la cara.

—Hace un día magnífico, ¿verdad? —preguntó Lis al cabo de un rato.

—Sí que lo hace, pero creía que nuestra relación ya había superado la barrera meteorológica.

—Trataba de romper el hielo.

—Yo lo he roto mejor —dijo él con una sonrisa abierta.

Lis puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. El silencio volvió a instalarse entre ellos, roto nada más que por el rumor del viento agitando las hojas de los árboles y por algún que otro animalillo.

—Elizabeth, yo...

—Eres el único que me llama así —lo interrumpió.

—También soy el único que sabe la verdad —respondió en tono

enigmático y con una media sonrisa que acentuaba su atractivo, ignorando su comentario.

—Hacía muchos años que nadie utilizaba mi nombre completo —suspiró con pesar, acariciándose el *awen* en su muñeca.

En realidad, le encantaba como el sonido de su nombre se deslizaba a través de los labios de Evan, llenando sus oídos, llenando todo el espacio vacío con tan solo una palabra. Tal vez fuese cierto que no se le diesen bien, pero a ella no le importaría que se limitase a pronunciar su nombre, una y otra vez, sin necesidad de decir nada más.

Reparó en que había obviado su comentario. No había ninguna verdad que él pudiera saber, no de sus labios, al menos. Inquieta por la respuesta que podría obtener, se aventuró a preguntar.

—¿De qué verdad hablabas?

—Ah, eso. Yo... te he oído gritar por las noches.

Lis giró la cabeza con tanta rapidez que Evan creyó iba a desencajársele del cuello. La vergüenza trepó por sus mejillas, tiñéndolas de un intenso rojo escarlata. ¿Por qué él lo sabía si dormía en la otra punta del pasillo? Suponía que no gritaba tan fuerte si nadie había preguntado ni se había alarmado.

—No me puedo creer que hayas estado escuchando tras la puerta de mi habitación. En serio, ¿no te parece perturbador? Joder, Evan, ¿acaso duermes en el pasillo?

Se interrumpió cuando escuchó la risa contenida del hombre. Encima se reía de ella. ¿De veras había estado hacía tan solo unos minutos admitiendo que podía ser amable y alguien con quien fuera fácil de encariñarse? En ese momento, no le parecía otra cosa que un idiota.

—Vamos, espera. Los dos sabemos que has exagerado. Claro que no duermo en el pasillo. Sufro insomnio, me gusta pasear de noche y robar un par de galletas del bote de reserva de Colin. —La frenó, parándose delante de ella con los brazos en alto—. De vuelta a mi habitación, te he oído gritar esta noche. Dudé si entrar, pero te calmaste tan rápido que lo dejé estar. Además, si irrumpía en tu habitación de sopetón pensarías que estaba espiándote.

Era una explicación lógica, incluso razonable. Sabía que a veces gritaba en sueños porque Amy se lo había dicho, pero que se lo dijera Evan la hacía sentir indefensa. Además, la noche anterior había vuelto a tener la misma pesadilla, pero también había soñado con él cuando se durmió la segunda vez. Lamentó no poder saber en qué momento de la noche había gritado y si había sido un grito de miedo o de otro tipo... Porque soñar con Evan era

inmensamente satisfactorio cuando ocurría.

—¡Oh, venga! No pretendía oírte, pero resultaba imposible no hacerlo. Además, fue un grito un poco extraño, una mezcla de ansiedad y de placer —comentó—. ¿Algún sueño que quieras compartir, Elizabeth? —preguntó, con su voz más sensual.

El corazón de Lis se paró por un instante, para volver a latir al son del ritmo que marcaban los impenetrables ojos esmeralda del escocés, que brillaban con malicia. Era imposible que él supiera nada, ¿verdad?

—Tienes razón. Pensaría que me estás espiando —dijo mientras se incorporaba para regresar a la casa—. ¿Tan fuerte grito? —preguntó con curiosidad.

—He pensado hacer una escala, con niveles y eso, ya sabes. Como la que suele hacerse cuando alguien ronca. Solo que tú chillas —se encogió de hombros.

—¿Una escala? ¡Serás idiota!

—Bueno, de momento solo tienes dos niveles, cuando tienes pesadillas y cuando sueñas conmigo, que entonces los chillidos se convierten en suaves gemidos que descienden hasta desaparecer en un suspiro. —La expresión socarrona y el guiño indecente irritaron a Lis.

¿Pero cuantas veces la había escuchado gritar? ¿Tantos paseos daba? El pasillo no era tan largo para recorrerlo cada hora.

—Nunca he soñado contigo —mintió, metiendo las manos en los bolsillos—. Pero empiezo a pensar que sí eres un poquito acosador, si te quedaste a escuchar tanto rato.

—Solo te engañas a ti misma, Elizabeth. El hielo de tus ojos se ha derretido al oírme hablar de gemidos.

—Eres un poco egocéntrico, ¿no crees?

—Es posible. Pero sabes que llevo razón. Es más, ahora mismo, viendo la palpitación de tu cuello, el tamaño de tus expresivas pupilas y el aire entrecortado que escapa de tus labios, apostarí a que estás deseando besarme.

—Sí, no hay duda, eres demasiado egocéntrico —dijo con fingida indiferencia.

La realidad es que las palabras del escocés sí eran ciertas. Quería besarlo y ver que ocurría, quería devorar sus labios hasta dejarle la piel enrojecida, pero, sobre todo, anhelaba hincarle las uñas en la espalda y sentirlo jadear contra su boca. Frenó en ese instante sus pensamientos y tragó saliva con

dificultad en un patético intento de calmarse para no darle la razón.

—A mí no me importa reconocer las ganas que tengo de besarte —admitió, con el fuego titilando en las pupilas—, pero no haré nada que tú no quieras. Mi lengua ya ha provocado suficientes problemas entre nosotros, y no me gustaría provocar uno más.

Se encogió de hombros con tranquilidad, como si la conversación tratase sobre el color del cielo y no del roce de su lengua contra los labios resecaos de Lis, pero la tensión en su cuello y su mirada no la engañaban. Quería hacerlo de verdad. Y ella también lo deseaba. Sin embargo, guardó silencio. Permaneció callada con los ojos grises bien abiertos, clavados en la pasión que relampagueaba y oscurecía el verde de los de Evan.

Percibía la calidez que desprendía el cuerpo masculino. Si alzase la mano, podría enredar los dedos en su cabello, que parecía flotar a su alrededor. Tenía miedo. La inseguridad no le permitía decir que sí, aun cuando lo deseaba. Muchísimo. Seguía en silencio, observando a Evan, cuando se sorprendió a sí misma diciendo:

—Provócame todos los problemas, Evan McLean.

La anticipación era latente, casi podía tocarla. Tan solo un par de centímetros separaban las bocas de ambos, ansiosas por encontrarse. Lis notaba el miedo atenazarle el corazón en un nudo apretado, pero inspiró con fuerza para deshacerse de él y contempló con deleite la sonrisa tentadora que se extendió por el rostro del escocés, diciendo todo lo que las palabras no alcanzaban a expresar.

Dos años negándose el placer del sexo, oponiéndose al contacto masculino, huyendo de todas las sensaciones que la pasión conlleva. No era el momento de recordar lo que pasó. No ahora que estaba casi preparada para volver a afrontar las emociones que supone un beso. Casi.

Al notar el aliento que emanaba de la boca entreabierta de Evan entremezclarse con el suyo en una armonía de suspiros, la fuerza del recuerdo la golpeó, provocándole un gemido. Evan lo interpretó como un signo del deseo que la invadía y se apretó un poco más contra su cuerpo con delicadeza, buscando que ni el aire fuese capaz de fluir entre ellos sin encontrar obstáculos.

La vista de Lis quedó ocupada por el rostro de Evan. Donde siempre había encontrado tensión, ahora notaba los ligeros estremecimientos que lo sacudían. Podía percibir contra su pecho la lucha de sus pulmones por un soplo de aire fresco.

Verlo tan excitado, sentirlo tan cerca, pegado a ella, hizo que su corazón se acelerase en una carrera contrarreloj. Notó como la ansiedad empezaba a resurgir dentro de ella. Las imágenes de aquella noche se sucedían en su mente a vertiginosa velocidad, emborronándole la visión. La sacudieron temblores, provocando que se aferrase con excesiva fuerza a los hombros de un Evan cada vez más extrañado. Se alejó de ella con intención de proporcionarle la distancia que sus ojos exigían a voces, mientras le susurraba:

—Relájate. No voy a hacerte daño.

Un sudor frío resbaló por la espalda de ella. La voz de Evan se coló por las grietas de su conciencia y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba clavándole las uñas tan fuerte que debían de haberle dejado marcas incluso a través de la camiseta.

Respiró despacio, expulsando con lentitud el aire que no sabía que había

estado conteniendo. La fuerte sensación de agobio iba deshaciéndose en volutas conforme transcurrían los segundos. Enfocó la vista para encontrarse con el semblante preocupado de Evan, que seguía susurrándole palabras de aliento, desde solo él sabía cuándo.

El gesto de desasosiego en el rostro del *highlander* hizo que Lis quisiera aliviar su preocupación. Compuso una frágil sonrisa para él y tragó la bola de ansiedad con cuidado. Evitó su mirada para que no viera en ella la tristeza y cerró los ojos, deseando estar en cualquier otro lugar, lo más lejos posible de Escocia.

—Lo siento —escuchó que decía Evan.

Los abrió de repente, desconcertada por la disculpa. ¿Por qué se disculpaba? Él no tenía nada que lamentar. Él no tenía la culpa de que ella estuviera quebrada por dentro. Él no tenía nada que ver con Raúl. Él no tenía que disculparse por querer besarla.

Levantó la cabeza en busca de sus pupilas y, cuando se encontraron, ocurrió lo imposible. La colisión de un cometa contra la Tierra no habría podido ser más devastadora que la mirada de Evan. El temor por haberle hecho daño era tan real que había teñido su mirada de un intenso tono oscuro.

Alzó el brazo al ver tal inquietud reflejado en ese hermoso rostro y lo acarició con lentitud. Advirtió la cicatriz bajo su oreja, rozó el marcado ángulo del pómulo, posó las yemas de los dedos en la comisura de sus labios. Se fijó en que Evan contenía el aliento, esforzándose en no moverse. Quizá para no asustarla, tal vez porque no sabía si podría controlarse.

Con los ojos grises fijos en su boca entreabierta, recorrió cada milímetro de ella con los dedos. En ese instante, la taquicardia de su corazón la provocaba él y no el pánico, su presencia y no la ansiedad. Tomando el control, dio un paso adelante, hasta colocar su cuerpo en imperfecta armonía con el de él, que permanecía estático.

Colocó el brazo alrededor del cuello tenso de Evan e inició un nuevo recorrido por su rostro. La anterior sensación de angustia había sido aplastada por la necesidad de hacerle saber a Evan que él no tenía que disculparse.

Expresó con caricias lo que no podía decir en palabras. Quiso calmar la intranquilidad de él y la suya propia exhalando su aliento contra los labios del escocés. Se dijo que ella era más fuerte que los recuerdos, que Evan no era Raúl, que él no quería lastimarla. Que no iba a hacerlo.

Se aferró con más fuerza a la espalda de Evan y enfrentó sus propios temores. No quería ser esclava del miedo durante más tiempo. Tampoco quería

perder la oportunidad de perderse en los besos del escocés, que debían de saber al chocolate de la tarta.

Salvó la distancia que separaba sus rostros y rozó con la punta de la lengua el labio inferior de Evan. No se había equivocado. Aún conservaba un ligero sabor a chocolate. Sonrió contra su boca, orgullosa de sí misma, feliz de haber llegado hasta ahí, por muy pequeño que fuera el paso.

Ese detalle marcó la diferencia para Evan, rodeó el cuerpo de Lis e inundó su boca, anhelando devolverle la tortuosa exploración a la que lo estaba sometiendo. Rastreó su expresión en busca de una nueva señal de duda o arrepentimiento, pero no la encontró. Lo único que traslucía en el gris de su mirada era un velo de deseo que lo estaba enloqueciendo.

Apresó su boca titubeante, tanteando con cuidado que ella no volviera a replegarse. Pero eso no sucedió. Se entregó a él con reservas pero convencida. La danza sensual que bailaban sus lenguas estaba marcada por el frenético ritmo de la respiración entrecortada de ambos, que rompía contra los dientes del otro.

Mordió el labio de ella, desencadenando una serie de jadeos que brotaban de su pecho. Oírlos era mejor que cualquier canción. Un torbellino de emociones se arremolinaba en la cabeza de Lis. Pasión, miedo, anhelo, angustia, deseo, ansiedad, lujuria, necesidad. Un gruñido nació de la garganta de Evan cuando le atrapó el rostro entre sus manos y enredó los dedos en el cabello de Lis.

Ella se relajó entre sus brazos sin tratar de retener los suspiros que le causaban sus besos. Deseó que aquel instante fuese eterno, detener el tiempo en ese claro, donde todo era perfecto.

—Sabes todavía mejor de lo que hueles —murmuró él en su oído, dejando un rastro de besos a lo largo de su cuello hasta detenerse en la clavícula.

Lis trató de registrar cada detalle en su memoria, para plantar cara a los malos recuerdos cuando apareciesen. Memorizó los jadeos de placer de Evan, el sabor de sus labios, el rastro de anhelo que dejaba en cada poro de su piel, enfebrecida por su contacto.

Cada beso era el comienzo y el final de una melodía de suspiros. Cada caricia marcaba un antes y un después en su elección. Porque ella había elegido. La sangre le quemaba en las venas; arañó los hombros de Evan, que emitió un rugido de satisfacción.

Con timidez, dejó que su mano descendiese desde el cuello hasta la espalda de Evan. Era tan firme como había imaginado. En cada busto de

mármol que estudiaba, imaginaba las líneas de los músculos de Evan. Ahora podía entender la fascinación de los escultores por el cuerpo humano, al rozar las curvas marcadas del torso del escocés.

Al mismo tiempo, las manos de Evan también habían viajado de su cara a su cintura. Cuando Lis las notó, febriles y suaves sobre la piel expuesta, luchó contra el deseo de apartarlas y devolverlas a su rostro, a terreno seguro.

—¡Tío Evan! ¿Dónde estás?

Lis empujó con tanta fuerza a Evan al oír la voz aguda de Meg que este casi cae al suelo. Mientras recobraban el aliento, ella se recolocó la camiseta y él hizo un intento por peinarse.

Aún no habían pronunciado palabra, pero tampoco hizo falta. Ya se había dicho todo. La sonrisa deslumbrante de Evan fue más ilustrativa que cualquier intento de frase que hubiera podido decir. Ambos sabían que ese beso había sido algo más que un accidente, había sido una declaración de intenciones.

Evan asintió, advirtiéndola de que ahí no iba a quedar el tema. Le dedicó su mejor sonrisa ladeada y le pidió guardar silencio colocando un dedo sobre sus labios. La besó, sin darle tiempo a protestar, y se dio la vuelta hacia la casa, al encuentro de Meg, que seguía gritando su nombre.

Ella permaneció quieta unos segundos, para no aparecer los dos a la vez y porque necesitaba recuperarse del sinfín de sentimientos agolpados en su pecho. Por ahora, ella se quedaba con ese beso. Se lamió el labio inferior, enrojecido a causa del insistente mordisco de Evan.

Se alegraba de no haber huido en el primer momento, cuando la ansiedad se había adueñado de ella y amenazado con desbordarla. Se repitió, por enésima vez, que Evan no iba a hacerle daño. Lo creía sinceramente. Lo veía en sus gestos y estaba convencida de que esa vez no iba a volver a equivocarse. No todavía.

Besar a Evan había sido como guarecerse de una tormenta bajo un árbol sin hojas, exponerse a los rayos con la estúpida seguridad de que nada podía ir mal. Aunque para ella significase mucho más que un simple beso, implicaba empezar a aceptar, seguir adelante, superar algunos de sus peores recuerdos. Y solo por eso —y porque, la verdad, había sido increíble— había merecido la pena.

Si esos eran todos los problemas que Evan iba a causarle, eran más que bienvenidos.

—Blaire está de camino.

Esa gente que decía que la felicidad no dura para siempre tenía razón. Lis sintió como el efímero momento en el bosquecillo iba disolviéndose ante ella a cada paso que daba. Que Blaire se dirigiera hacia la casa no podía significar nada bueno, menos en el tono de amarga resignación con el que Colin se lo había comunicado a su mujer.

Rhona andaba de un lado para otro, recogiendo objetos que los niños habían dejado abandonados, mientras refunfuñaba. Lis no alcanzaba a distinguir qué decía, pero podía imaginárselo sin necesidad de escucharlo.

—Esa mujer no aprende. Siempre ha de ser tan... tan... ¡bruja! —terminó gritando y dejando caer todos los juguetes que había recogido.

—Rhona, por favor.

—No, Colin. Blaire nunca ha sido una buena persona. ¿Recuerdas lo que dijo cuando... cuando nuestro hijo murió?

Colin se acercó a su mujer y la abrazó, dejando que esta reposase la cabeza sobre su hombro. Lis aguantó el llanto que le atenazaba la garganta. No tenía ni idea de que habían perdido a un hijo.

—Lo sé. Yo tampoco la quiero por aquí para arruinarlo todo, pero sigue siendo la esposa de Patrick.

—Oh, Colin —suspiró—. Ojalá ese McLean hubiese sido un pelín más inteligente para ver la maldad de esa arpía.

—De nada vale lamentarse ahora. No podías hacer nada en aquel entonces ni podrás hacer nada hoy.

—Bien sabe el cielo que ese hombre nunca ha sido santo de mi devoción. Ya desde niño me parecía arrogante y estirado, sin una pizca de humildad, pero los meses que pasó con Caitriona estaba... diferente. Más humano.

Colin le acarició la barbilla para levantarle la cara, en un gesto tan tierno que Lis supo que no debía estar ahí.

—No llegará hasta esta noche. Haz que la tarde sea memorable para todos, como solo tú sabes hacer, y todo irá bien. —Besó la nariz de Rhona y le dio un ligero toque con el dedo.

La sonrisa con la que esta lo obsequió hizo reaccionar a Lis, que se dio la vuelta en silencio. Pero su torpeza siempre aparecía en los mejores momentos,

y se enredó con sus propios pies hasta acabar en el suelo.

Se levantó con rapidez y miró de reojo si había sido descubierta. Una estupidez, claro, había hecho tanto ruido que estaba segura de que hasta Isobel la habría escuchado desde el otro lado de la casa. Saludó con la mano a la pareja e hizo señas de que se dirigía al jardín trasero.

Correspondieron a su saludo con una sonrisa, y Rhona volvió a agacharse a recoger los juguetes desperdigados por el suelo. Lis ya se había dado la vuelta y caminaba con paso rápido. Era evidente el amor que la pareja se profesaba después de tantos años. No imaginaba lo que debió de haber sido para ellos la tragedia de la muerte de su hijo.

Encontró a Evan junto a la entrada de la cocina. Isobel y Caitriona se habían llevado a los niños a pasear por los alrededores de la arboleda, para que hallasen un tesoro escondido por Colin el día anterior.

Connor y Evan estaban sentados frente a un vaso de plástico al que lanzaban piedras, tratando de encestar. Reían, apostando quién colaba más. Lis se detuvo a observarlos antes de que notaran su presencia, apoyándose en la pared en silencio; sin embargo, Connor elevó la vista del vaso.

—¿Quieres probar? —preguntó ofreciéndole un puñado de piedrecitas—. Dudo que tengas peor puntería que Evan. Ha enceestado una piedra de no sé cuantos cientos de lanzamientos. Toma, prueba.

—Entonces, va a estar disputado. Yo tengo menos puntería que un soldado imperial.

Evan rio y la animó a colocarse junto a él. Lis tuvo que lanzar diecisiete veces para colar la primera piedra, tras darle, inexplicablemente, a la pared a sus espaldas, de perder la mayoría a varios metros del vaso y de casi golpear a Shrek, que dormía tranquilo en un cojín al sol y había huido despavorido hacia la cocina cuando comenzó la lluvia de piedras.

Aunque Evan no había enceestado ni una —por fin había algo que ese hombre no hacía bien— se había acercado al vaso muchas más veces que Lis, hecho que no le sirvió para llevarse la victoria, pues ella al menos había metido una.

Poco después, Connor los dejó solos con el pretexto de encontrar a sus hijos. Lis recuperó las piedrecitas esparcidas a su alrededor y siguió lanzando con tranquilidad.

—Tenías razón. Eres pésima —dijo Evan cuando ella falló el séptimo tiro consecutivo.

—Podría excusarme en que me pones nerviosa, pero sería mentira. La mala

puntería venía de serie en el combo de torpe y despistada. —Se encogió de hombros y volvió a lanzar.

La comisura derecha de Evan se elevó, creando una media sonrisa de esas que detienen el tiempo y hacen florecer las margaritas. Estaba echado en la pared, con una rodilla flexionada y el codo apoyado sobre ella, observando como Lis fallaba una y otra vez.

—¿Puedo proponerte un juego?

—¿Implica encestar? —inquirió Lis.

—Claro que implica encestar. ¿Comprobamos si tu falta de destreza se trata de una cuestión de... motivación?

—No hace falta comprobarlo, ya te digo yo que solo es malísima puntería. Pero vale, probemos tu *teoría* —concedió.

La sonrisa del *highlander* se ensanchó.

—Bien. Las reglas son sencillas: tres lanzamientos. Por cada piedra que caiga fuera, te diré algo de mí que no sepas. Lo mismo para ti.

Lis reprimió una sonrisa. Había tanto que no sabía de ella que cualquier cosa que le dijese sería válida. Había esperado que le preguntase acerca de lo sucedido en el bosque o que quisiera saber qué la había puesto nerviosa, pero ese juego era mucho más sencillo que todo eso y se animó.

—No se trata de grandes confesiones, basta con detalles, pequeñas cosas de ti, como que odias el color naranja o que nunca ves una peli sin palomitas.

—¡Por supuesto que las películas se ven con palomitas!

Evan rio y Lis entornó la vista, invitándolo a empezar. Él ladeó la cabeza y cerró un ojo para apuntar, a la par que se mordía el labio para aumentar la concentración. Balanceó el brazo con suavidad, abrió la mano para dejar que la piedra volase en un arco perfecto y... cayó fuera. Bajó la cabeza en señal de derrota y buscó la mirada de regocijo de Lis, que lo celebraba con una ancha sonrisa y un leve encogimiento de hombros.

Inquieta, aguardó a que él empezase a hablar. Apenas sabía nada del *highlander*, y conocer alguno de los secretos de ese hombre era una oportunidad que no podía dejar escapar, aunque resultase que era alérgico a los melocotones o que apartaba las perlitas de chocolate del helado.

Porque a veces puedes pensar que conoces a una persona cuando sabes a qué se dedica o qué hace los viernes por la noche, pero, para Lis, la magia de las personas residía en los pequeños detalles, esos en los que no te fijas hasta que un día te sorprendes sabiendo que sus caramelos favoritos son los de regaliz negro o que se rasca la nariz cuando está nervioso, como estaba

haciendo Evan en ese instante.

—Nunca he ido en pijama al trabajo —anunció de repente, dejándola desconcertada.

Al instante, Lis lo imaginó ataviado con un pijama, de Mickey Mouse para ser exactos, mientras colocaba copas y maldecía a cada persona que entraba a su restaurante en mitad de una tormenta pidiendo un sándwich. Sin poderlo evitar, rompió a reír al pensar en la escena y las arruguitas en los ojos se le acentuaron al hacerlo, provocando que el corazón de Evan se parase un instante.

—Más que nada, porque no tengo pijama.

Lis enmudeció al instante. ¿Por qué tenía que trastocar sus sentidos cada vez que hablaba? Era desesperante. Ahora la escena en su cabeza había cambiado y no podía ver nada más que la espalda desnuda de Evan e imaginar sus piernas tras la barra. En lo que había entre la espalda y los muslos prefería no pensar.

Sintiendo como se ruborizaba, se inclinó hacia el suelo para recuperar un guijarro. Ahora no estaba segura de si quería encestar o si prefería no hacerlo, y así ser ella la que pusiera al escocés en un aprieto. Si quería jugar, ella también podía. Aun así, se esforzó, pero la piedra acabó rodando por el suelo, lejos de su objetivo.

Evan la miró de forma elocuente y esbozó una sonrisa de suficiencia. Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, a ver... yo no he salido a la calle sin ropa interior.

Lis lo vio quedarse paralizado, deteniéndose en mitad de la inspiración. Satisfecha, se reclinó contra la pared, convencida de que el escocés estaba en ese momento evocando la misma imagen que ella había dibujado en su cabeza hacía unos minutos.

—Cuando dices ropa interior... ¿te refieres al sujetador o a...?

Ella esbozó una sonrisilla inocente y desvió la vista al cielo, sin añadir nada más, mientras el escocés tragaba saliva, descentrado. Lis confió en que ese pensamiento lo hubiese distraído lo suficiente para fallar su siguiente lanzamiento. Y lo hizo.

—Una vez perdí trescientas libras en una partida de póker.

De nuevo, volvió a quedarse desconcertada por la inesperada respuesta de Evan, igual que un niño cuando no entiende una palabra. También le extrañó que regresase a temas neutrales, pero tampoco iba a ser ella la que se lo reprochase. No después de imaginarlo desnudo en el restaurante. Sintió como

las mejillas se le enrojecían de nuevo, recuperó una piedra y lanzó sin miramientos, para fracasar otra vez.

No estaba segura de si prefería continuar revelando pequeños detalles de su vida, como que una vez hizo una colección de cajitas de madera grabadas, o seguir alterando los nervios del escocés. No tenía claro el motivo que la empujaba a actuar de esa forma, porque ella no solía ser tan atrevida; más bien, se limitaba a dejar pasar el comentario y ponerse como un tomate, pero algo en la cara de Evan la invitaba a tentarlo, a seducirlo, a enloquecerlo. Con una sonrisa tímida y rememorando la imagen mental del trasero de Evan, confesó:

—No me gusta dormir desnuda.

Un ligero movimiento dentro de los pantalones de Evan le dio a entender todo lo que estaba pasando por la cabeza del escocés en ese instante. Elevó la vista y se chocó con las pupilas dilatadas de Evan y sus labios entreabiertos, huella del deseo que lo embargaba y que indicaba que a ese hecho esperaba darle la vuelta muy pronto.

Alargó el brazo y robó una piedra de la mano de Lis.

—Me muero por hacer el amor en la orilla de un lago —contraatacó tras errar su tiro.

Desde lo ocurrido la mañana de la tormenta en que se torció el tobillo, Lis había vuelto a bajar al lago a ver amanecer varias veces y Evan conocía ese detalle. Sin temor a equivocarse, apostaría a que su última revelación era una insinuación más que una confesión. Sentía la sangre incendiándose, concentrándose en la parte baja del vientre y haciéndola sentirse obligada a reducir la tensión de alguna forma antes de que todo estallase entre ellos.

Tal vez no soportase bien el contacto corporal, pero era hechizante sentir la mirada de Evan calentarla por dentro, en ese delicioso tira y afloja que sí manejaba bien. Demasiado, incluso.

—Yo también —reconoció en un murmullo apenas audible.

Un estremecimiento sacudió al escocés, electrizándolos a ambos. Su respiración se aceleró, provocando un deseo casi salvaje en Lis de levantar la mano y pasar los dedos muy despacio por la palpitante piel.

Meneó la cabeza para romper el contacto visual y jugueteó con la última piedra. En su mano tenía la posibilidad de quebrar la palpable tensión que había crecido a pasos agigantados y amenazaba con sobrepasar los límites y desatarse, por lo que lanzó y falló, esta vez a propósito.

—Quiero... quiero probar el mejor *whisky* escocés.

—Por fin algo que puedo arreglar ahora mismo.

Le ofreció la mano a Lis, quien la tomó entre las suyas, temblorosas. Debía reconocer que el juego lo había excitado, y notar el roce de la piel de Lis le enviaba ligeros escalofríos por todo el cuerpo. Deseó sentir esa mano recorrer otras partes de su anatomía, pero ese tímido toque bastaba para abrasarle las entrañas.

Abrió la puerta de la biblioteca y se dirigió al aparador. Rebuscó entre todas las botellas y acabó eligiendo una que había sido elaborada con motivo del aniversario de la fundación de la destilería. Patrick podía no ser el mejor padre, pero sí que se le daba bien el *whisky*. Y esa era una de las mejores botellas. Sirvió dos vasos y se acercó a Lis, que andaba curioseando las estanterías.

No poseía la capacidad para comprender el efecto que tenía sobre él, pero era devastador. Aniquilaba cualquier rastro de cordura que pudiera conservar. Ella era como un volcán, estando cerca podías sentir su poder, su magnificencia; la diferencia estaba en que él estaba deseando que entrase en erupción y ahogarse en un océano de fuego.

Sin apartar los ojos de Lis, se sentó en el sofá que había en el centro de la estancia y esperó a que ella terminase de examinar los libros. Eso le daba a tiempo a él para serenarse.

—Es fuerte —la advirtió, cuando se dejó caer a su lado y tomó el vaso de *whisky*.

Lis se lo llevó a los labios con vacilación y bebió un pequeño sorbo. Evan la observaba expectante y, por toda respuesta, ella tomó un nuevo trago y se recostó contra el respaldo.

Estaban sentados tan cerca el uno del otro que sus extremidades se tocaban, y ninguno hacía nada por impedirlo. Sin previo aviso, ella giró en redondo y lo escudriñó a conciencia. Sentía la mirada de Lis descender por todo su cuerpo, pasearse a su antojo, deteniéndose de vez en cuando en algún punto concreto. La escuchó maldecir por lo bajo algo de sus omóplatos y la camiseta, pero no pudo entenderlo con claridad.

—¿Disculpa?

—¡Joder! Lo he vuelto a hacer. Perdona, hablo en voz alta sin darme cuenta —se excusó, con la mano acariciándose el tatuaje de la muñeca.

Evan se había percatado de que lo hacía con frecuencia, siempre que estaba intranquila. Por eso, trató de relajar el ambiente:

—Así que mi omóplato... Nadie me había pedido ver esa parte de mi cuerpo antes. Al menos no expresamente y con genuino interés, quiero decir.

Ruborizada hasta la raíz del pelo, Lis cerró los ojos, y Evan tuvo que luchar por no reírse. Se la veía azorada, sin el más mínimo rastro del coraje de hacía un rato, cuando le reveló, sin pudor alguno, que odiaba dormir desnuda.

—Bueno, siempre me han gustado. También las clavículas y la depresión de la garganta —añadió—. Aunque, en realidad, nunca había entendido lo seductores que podían ser hasta que te vi colocando copas.

Fue el turno de Evan de quedarse anonadado. Así que eso fue lo que la tuvo embobada hasta que logró llamar su atención el primer día. No pudo seguir reprimiendo por más tiempo la sonrisa que le temblaba en las comisuras. Desde luego, era fascinante que lo primero en que se había fijado de él hubieran sido sus omóplatos.

—Pensaba que mi mejor atributo físico eran mis expresivos y suspicaces ojos verdes o mi dulce sonrisa. Incluso llegué a pensar que tenía un buen culo. Qué equivocado estaba —reflexionó, antes de soltar una risita.

—Desde luego, lo que no es tu mejor atributo es la modestia—resopló ella.

Entre carcajadas, se dio cuenta que deseaba atraerla hacia su cuerpo y acomodarla en su regazo; no obstante, mantuvo los brazos sobre los muslos, agitados por la risa. No deseaba hacerla sentir incómoda.

—Podría quitarme la camiseta y dejar que estudies mi... omóplato.

—Olvídalo. Ya no tengo interés —musitó, mientras se quitaba una mota invisible de la camiseta.

Era imposible que fuese consciente de cuán adorable estaba, avergonzada de pronto y rehuyéndole la mirada. De repente, se levantó y se alejó hasta la otra punta de la estancia en que Evan permanecía sentado. La observó pasear la mirada por la estantería donde se hallaban los grandes clásicos. A Evan no le pasó desapercibido el temblor de sus piernas mientras se empeñaba en mostrarse muy interesada en un ejemplar de *Orgullo y prejuicio*.

Enfiló sus pasos hacia otro estante y recorrió con el dedo sus libros. La miró arañando los lomos con la uña e imaginó que era su espalda la que estaba siendo acariciada. Como no parecía que fuera a volver a sentarse, Evan se levantó y la rodeó, sobresaltándola.

Posó una mano en la balda junto a la cabeza de Lis y la acarició con delicadeza. Al principio, la inseguridad dominaba el brillo de sus iris, pero al instante se opacaron, y ella emitió un sonido de placer que lo golpeó fuerte en el pecho. Era increíble.

—¿Sabes qué es lo mejor de este *whisky*? —preguntó, divertido, con la cara enterrada en el hueco de su cuello.

—Mmm... —murmuró ella echando la cabeza atrás.

—Saborearlo de tus labios.

La sonrisa que esbozó la muchacha tiñó de deseo el gris de sus ojos, oscureciéndolos hasta fundirlos en plomo. Cuando se vio reflejado en la inmensidad de ese firmamento, tuvo la certeza de que estaba perdido entre las constelaciones de su mirada. Los segundos se alargaron en horas, los minutos en eternos infinitos que encerraban promesas de pasión y lujuria.

Sin poder resistirse más, atrapó los labios entreabiertos de Lis con los dientes, haciéndola prisionera de su propia necesidad. Exploró con lentitud, empapándose de su aroma. Para él, no existía nada más en el universo que el roce de su aliento.

La notaba tensa entre sus brazos, como si en su interior estuviera librándose una batalla que él no podía entender. A pesar de eso, Lis estaba entregada al beso, incluso más que él, que estaba convencido de que en cualquier momento despertaría para darse cuenta de que no era más que otro de sus sueños.

Para cerciorarse de que era real, recorrió con la lengua el contorno de sus labios, deteniéndose en el lunar que llevaba semanas atormentándolo. Las manos errantes de la muchacha vagaban por su espalda, dejándole huellas imborrables en la piel. Lis enredó los dedos en su pelo con un gemido, y Evan aprovechó para besarle el cuello.

Un sonido gutural surgió del pecho del *highlander* cuando ella le clavó las uñas en el hombro. Recuperó sus labios con vehemencia para devorarlos y la empujó contra la estantería de libros con tanta fuerza que esta se tambaleó y algunos de los tomos cayeron sobre ellos, golpeando a Lis en la cabeza.

—¿Crees que el cosmos conspira para alejarme de ti? —preguntó Evan con la respiración entrecortada.

—Quizá solo quiere que leas más —se mofó ella riendo, mientras se frotaba la cabeza donde le había acertado el libro, contenta de que los hubiera interrumpido, pues ella no se había sentido capaz de detenerlo.

Aunque lucía afectada por el beso, el brillo de felicidad era inconfundible,

más intenso incluso que el torrente de emociones no pronunciadas.

—No es el mejor método de convicción.

—Entonces a lo mejor quiere decirte que no besas bien y deberías aprender. —Rio, mostrándole la cubierta del libro que había recogido, *El arte de besar*.

—Siempre he sido más de clases prácticas —replicó con un gruñido.

Lis, que ya se había sentado en el sofá, rio y lo invitó a acercarse.

—Eres un sinvergüenza.

—Puede. ¿Sigues queriendo ver mi omóplato?

—Mejor en otra ocasión... —contestó con voz ronca.

El beso le había trastocado todas las ideas y necesitaba aclarárselas, no volver a perderse entre los brazos del escocés, por muy apetecible que este fuera. Había mantenido los malos recuerdos lejos con éxito, pero no quería seguir tentando a la suerte. Poco a poco.

—En realidad, me gustaría que habláramos de lo que va a pasar aquí esta noche. Escuché a Colin y Rhona hablando.

El cambio en Evan fue instantáneo, al entender a la primera a lo que se estaba refiriendo. El silencio fue tan largo que Lis pensó que no iba a contestar. Tenía los puños apretados sobre las piernas y evitaba mirarla.

—Ella no me soporta —expuso al final con sencillez.

Lis estiró el brazo para acariciarle el puño y tratar de relajarlo. Le costaba creer que ese fuese el mismo hombre al que había odiado al principio. Ahora se mostraba tan diferente, más cercano al tío perfecto del que todos le habían hablado. Todavía la sacaba de sus casillas a veces, pero no había vuelto a ver al Evan arrogante y déspota del primer día. Al menos no tanto.

—Mi madre lo conoció cuando pasó un verano al sur de Escocia. Ella siempre cuenta que fue instantáneo, un flechazo de manual, tan repentino fue que no podía ser menos que fugaz y breve. No le costó enamorarse de él, Patrick siempre ha tenido buena presencia y demasiada labia. Él la trajo a conocer Gealach, afirmando que era un paisaje tan hermoso que tenía que contemplarlo ella misma y no en fotografías. Habían pasado un mes magnífico, ella no tenía por qué dudar de él, ningún motivo por el que desconfiar. Mi madre aprovechó ese viaje para decirle que estaba embarazada —relataba con la mirada perdida en algún punto de la biblioteca—. A él no le hizo tanta ilusión. Ya tenía una familia.

Pronunció la última palabra con reticencia, como si le hubiera costado un pulmón y medio hígado decirla en voz alta.

—Blaire tampoco se lo tomó bien cuando lo supo, al regresar de un viaje a Milán, donde presentaba una colección de ropa. Obligó a Patrick a escoger,

Isobel y ella o mi madre y un... bastardo. Puedes imaginar qué escogió. Mi madre siguió adelante con el embarazo sola. Él me reconoció como su hijo e incluso aceptó que acudiera aquí un mes cada verano, siempre y cuando su esposa no estuviera. No sé por qué, permitió que Isobel y yo coincidiésemos durante ese mes, por lo que siempre hemos estado muy unidos y, cuando ella cumplió quince años, insistió en conocer a mi madre. Lo hicimos a espaldas de Patrick, que, cuando se enteró, montó en cólera, pero fue demasiado tarde. Isobel y mi madre se adoraban, y él ya no pudo hacer nada por evitarlo.

» Apenas he visto a Blaire en mis veintisiete años. Mi madre ni siquiera la conoce y no quiero que lo haga, por eso nos iremos antes de que ella aparezca. —Giró la cabeza y la colocó a la altura de los ojos de Lis—. Pero me habría encantado quedarme esta noche.

Lis esbozó una sonrisa cariñosa y le acarició la mejilla con dulzura. La conmovió el amor sincero que profesaba a su madre y la admiración que derrochaban sus palabras al hablar de ella.

—Habrá otras noches.

El escocés le devolvió la sonrisa, disipando la mueca de amargura de su rostro, y la volvió a besar despacio.

—¿Algo más que quieras saber o puedo seguir besándote? —preguntó con los labios bailando con sus comisuras.

—Ahora que lo dices, sí —dijo ella—. ¿A qué huelo?

Lis lo notó reír sobre su boca, y el sonido ronco la estremeció por completo. Escuchar su risa tan cerca era adictivo, no le importaría grabarla y escucharla en bucle cuando estuviera a solas.

—Hueles a tierra mojada y limón —susurró con el lóbulo de Lis entre los dientes, enviando oleadas de placer a través de su sistema nervioso—. Pero sabes a chocolate amargo.

La besó de nuevo, con insistencia, rozándole el cielo de la boca con la lengua, deleitándose en la mezcla de *whisky* y chocolate que le embriagaba los sentidos. Un beso sucedía al anterior, respiraban el uno del otro. Lis creyó estallar cuando sintió los dedos de Evan rozarle la parte baja del pecho, justo al borde del sujetador. Un par de centímetros marcarían la diferencia. Una parte de ella deseaba que lo desabrochase y continuase el ascenso, pero un escalofrío de angustia la recorrió y no pudo seguir. Recordó las palabras de su psicóloga, sabía que debía tomar aire y tratar de calmarse, ir poco a poco, pero la desazón había vuelto a apoderarse de ella y, con un suspiro, se separó de él, apoyando la frente en la suya.

—Deberíamos volver.

Evan permanecía acalorado y con el latido del corazón a un ritmo incansable, pero asintió y tomó la cara de Lis entre las manos. Le depositó un tierno beso en la frente que la hizo estremecer.

—Es verdad. Debería buscar a mi madre y despedirme de los demás— murmuró jadeante.

—Sí, tienes razón —concedió ella, con los dedos hormigueándole por la necesidad de colarse bajo la camiseta del escocés, al límite con el vaquero, y tantear su abdomen, pero retiró la mano.

—Tenemos que irnos —repitió sudorosa por la excitación.

Él se resistió a dejarla marchar, pero ella negó con la cabeza y posó las palmas en su pecho enloquecido. Se inclinó para darle un último beso y se levantó del sofá. Evan echó la cabeza hacia atrás con pesar, pero la imitó; se puso en pie y trató de ocultar la erección que tenía. Ella contuvo el aliento mientras él se recolocaba el vaquero para evitar el roce. Lis contó los libros del estante tras la cabeza de Evan para evitar quedarse mirando como una idiota.

Sabía que, si quería llegar a intentar dar un paso más allá de un puñado de besos con el escocés, iba a tener que contarle la verdad, y no estaba preparada todavía. Soltó el aire despacio y se recogió el pelo en una coleta. Iba a ser duro, difícil, agotador, pero quería seguir avanzando en el camino, y Evan era el primero con el que deseaba intentar recorrerlo, pero despacio.

—Parece que el golpe de ese libro te ha servido de algo —bromeó cuando se agachó para recoger el libro y ponerlo en su sitio.

—Oh, vamos. No necesitaba nada de eso, si quieres puedo mostrártelo, pero de seguir así, nunca saldremos de esta habitación. —Se encogió de hombros y volvió a sonreírle tentador.

Lis le ofreció una mirada tierna y una sonrisa inocente, pero le señaló la puerta.

—Ganas por esta vez —aceptó él—, pero no te acostumbres.

Al pasar por su lado para abandonar la biblioteca, la rozó de manera deliberada. Sonrió y la tomó de la mano para besarla.

—Volveré el jueves.

Cuando llegaron al jardín, los niños estaban recuperando las fuerzas con la merienda para terminar el día por todo lo alto. Había sido una gran fiesta de cumpleaños, magnífica de hecho, se dijo Lis, y no pensando en la pequeña Meg. Miró a Evan y comprobó que él también sonreía.

Blaire llegó al final de la tarde, cuando en la casa ya se habían ido los niños y todo estaba recogido. Lis vio desde su ventana como Patrick, Isobel y su hija salían a recibirla. Nada más bajarse del coche, pudo ver que era una mujer alta y esbelta, de figura estilizada y rectilínea. Poseía el mismo cabello rubio de Isobel, pero el rictus de disgusto en su rostro era demasiado evidente para obviarlo.

Meg corrió a saludar a su abuela seguida de Shrek, pero se paró en seco ante la palma extendida de la mujer. La instó a acercarse con más calma, haciéndole una demostración incluso. Meg se esforzó en acercarse despacio y besar las mejillas de su abuela, no el usual abrazo que la pequeña solía repartir todo el tiempo.

Ese simple gesto le dijo a Lis tantas cosas que no hizo más que sentir lástima de esa mujer. Rechazar el abrazo de la nieta por la que has hecho cientos de kilómetros en unas pocas horas evidenciaba una personalidad fría y distante, casi amargada.

Se despegó de la ventana y se tumbó en la cama. En esa semana, el paisaje en ruinas solo había invadido sus pesadillas una vez, algo por lo que Lis estaba extrañada, pero no le había dado importancia porque había estado muy ocupada con otro tipo de sueños (y pesadillas). Suspiró resignada ante el fallido intento de enfocar la imagen.

Lo que sí fue capaz de evocar fue la figura de Evan. Podía visualizar la línea recta de su nariz, la tensión en el cuello, contenida por la excitación, incluso era capaz de traer a su memoria la forma, perfectamente definida, de la cicatriz que tenía bajo la oreja. Pero lo que veía con más facilidad eran sus ojos. De un precioso verde musgo, con diminutas motas avellana y enmarcados por una línea oscura, guardianes de las claves del universo.

Disponía de varios días para pensar qué demonios quería con él. Los sentimientos se le agolpaban en el pecho, escalando unos sobre otros para ver cuál era el primero en estallarle en la cara. Se planteó elaborar una lista con pros y contras, pero la desechó al acordarse de que con Raúl la hizo y no sirvió de nada. A pesar de contar con decenas de pros, resultó ser el mayor cabrón con el que había tenido la desgracia de cruzarse en la vida.

Se sacudió los confusos pensamientos que tenía sobre Evan y se centró en

su trabajo. Con las piezas que le faltaban por catalogar, estimaba que su estancia en las Highlands no se demoraría más de cuatro semanas, cinco tal vez. No era demasiado tiempo para estar con Evan, teniendo en cuenta que él pasaba la mayor parte de los días en Edimburgo trabajando.

Se regañó por permitir a su mente regresar a Evan y se acurrucó en la cama con un resoplido. Era insoportable tenerlo todo el día en la cabeza. Estando despierta pensaba en él todo el tiempo y, de noche, solo se ausentaba para dar paso a sus pesadillas y, la verdad, prefería que se quedase él.

No sabía qué había en el escocés que la atrajera tanto. Era cierto que tenía su encanto, una personalidad arrolladora, era sarcástico e ingenioso y maravilloso con su sobrina, pero tampoco era para tanto...

Con resignación, se dio la vuelta en la cama y abrió el cajón de la mesita para leer un rato acerca de leyendas escocesas y ver si alguna hablaba de broches, ruinas o visiones cuando su mano encontró otra cosa. Había dado uso al vibrador varias veces desde que había llegado a Escocia... bueno, muchas veces, pero, con el recuerdo de las caricias de Evan calentándole la piel, lo extrajo de su caja y lo dejó sobre la colcha.

Tenía que estar lista para la cena con la familia McLean y preveía que iba a necesitar estar del mejor humor posible para enfrentarse a Blaire.

—Veamos si podemos bañarte... —dijo mientras leía las instrucciones en busca de la confirmación de que el aparato era acuático.

Sí que lo era. Dando saltitos, lo dejó en el filo de la bañera. Se colocó bajo la cascada de agua tibia y puso música desde su móvil porque, aunque había echado el cerrojo a la puerta del cuarto del baño, Meg podía colarse en su dormitorio y escucharla desde ahí. Pensando en las manos de Evan tocándola por todas partes, tomó el vibrador. Imaginó sus dedos explorándola, seduciéndola mientras le apesaba un pecho entre los dientes. Pensó en cómo elevaría la vista para que observase el deseo que incitaba en él nublarle el bosque de su mirada. Con la mano libre, se acariciaba el vientre, donde imaginaba la lengua de Evan trazar círculos hasta descender entre sus muslos húmedos. Las oleadas de satisfacción se sucedieron irrefrenables dentro de ella. Los gemidos se entremezclaban con los acordes de la canción. El roce del agua avivaba su deseo mientras evocaba los besos de Evan, el tacto de sus labios y la fuerza de sus dientes presionándole el lóbulo de la oreja. Fantasizó con el sonido grave de su voz susurrándole al oído.

El recuerdo de las marcas rojas en el cuello del *highlander*, provocadas por los arañazos de sus propias manos en el frenesí de sus besos, la hizo

dispararse en una erupción imparable de placer. Los últimos coletazos del orgasmo fueron mitigándose hasta dejarla exhausta, sentada en el suelo de la bañera, con el agua cayendo sobre ella durante tanto tiempo que creyó que ya era jueves y él había regresado. Agotada pero satisfecha, guardó el vibrador de nuevo en el cajón. Ahora solo faltaba reunir el valor para que esa fantasía pudiese hacerse realidad.

No se había equivocado con Blaire. Poseía el timbre de voz más agudo y asfixiante que había tenido la mala suerte de oír y era de ese tipo de personas con las que mantener una conversación es un suplicio porque no buscan más que escucharse a sí mismas o hacer daño.

—Elizabeth. Un nombre muy vulgar, ¿no crees?

—Era el nombre de la mejor amiga de mi madre, que murió cuando eran pequeñas —repuso Lis indignada por la falta de respeto de la mujer.

—Oh, claro, claro —respondió Blaire con un gesto de la mano, sin darle importancia a lo que Lis decía.

Isobel no levantaba la vista de su plato, avergonzada por la actitud de su madre, mientras que Rhona y Colin hablaban entre ellos, con intención de evitar la interacción con ella. Patrick se había retirado al estudio para hacer unas llamadas urgentes, por lo que Lis había sido el blanco de las indirectas de Blaire toda la noche.

Un incómodo silencio se instaló en la mesa. El agua bien podría haberse congelado debido al gélido aire que flotaba en el ambiente.

—Colin —dijo sobresaltándolos a todos—. Debo felicitarte por esta maravillosa ensalada. Me gustaría poder alabar también tu estofado de ternera, pero tiene tanta grasa que casi puedo sostener la cuchara sin tocarla. Hay que cocinar sano, que así comienza la obesidad.

—A mí me parece que está delicioso, Colin —combatió Lis con el ceño fruncido, cabreada por el descaro de la arpía que se hacía llamar Blaire.

Ahora entendía por qué Rhona no la aguantaba, era imposible hacerlo. Hasta Patrick habría puesto los ojos en blanco con el comentario de su esposa de haber estado presente.

—No lo pongo en duda, pero seguro que tienes recetas mucho más saludables que esta... esta cosa —insistió, removiéndolo con la cuchara con cara de asco.

—Lo tendré en cuenta, Blaire.

Con gesto enfurruñado, Lis continuó comiendo, poniendo todo de su parte por pasar desapercibida y que no se dirigiera a ella. Apuró todo el contenido de su plato, con intención de mostrarle lo bueno que estaba e incluso rebañó los restos con pan. Estaba bebiendo de su copa de vino cuando la mujer volvió a hablar:

—¿De quién ha sido la idea de vestir a mi nieta con un disfraz de tiburón?

—Ella quería ir de tiburón, ¿cuál es el problema, mamá?

—No es apropiado. Debiste sacarle esa estúpida idea de la cabeza para que llevase un vestido de princesa, no esa porquería con fauces que tapaba la hermosa cara de mi niña.

La mandíbula de Lis se abrió tanto que Rhona temió que se golpease el pecho. No era capaz de comprender cómo esa señora cuestionaba los deseos de su nieta, que había estado tan ilusionada con su disfraz de tiburón que incluso había dejado la máscara sobre su escritorio para volver a ponérsela al día siguiente.

Además, ¿por qué iba a tener que vestir de princesa? ¿Solo por ser niña? Era tan absurdo como lo estaba siendo toda la cena. Meg podría haber sido una maldita piña y habría estado igual de preciosa. Llena de ira, estaba a punto de explotar cuando Isobel la cortó.

—Mamá, era el cumpleaños de Megara, y tenía todo el derecho a elegir su propio disfraz, igual que han hecho los otros niños. Había una niña disfrazada de Peter Pan, una extraterrestre, un Bob Esponja y el pequeño Sam iba disfrazado de Ladybug, ¿por qué no iba a poder ir mi hija de tiburón?

—Porque esa gente tiene mal gusto, pero tú no, querida. No me dedico a la moda y he tratado de inculcártela para que cometas semejante despropósito con mi nieta. —Se encogió de hombros tan levemente que Lis creyó habérselo inventado.

Gracias a Blaire, esa noche fue la primera vez que había engullido el delicioso postre de Colin sin disfrutar un solo bocado. Devoraba con el propósito de escapar a su habitación en cuanto tuviera la oportunidad y dejar de escuchar el irritante tono condescendiente de la mujer. Apuraba lo poco que quedaba del pudín de frutas en su plato cuando Blaire volvió a tomar la palabra.

—Rhona, sé que siempre he dormido en el cuarto contiguo al de Patrick, pero en esa habitación no da el sol por la mañana y necesito luz matinal. Es imprescindible para mi tratamiento reparador. Espero que hayas arreglado la

habitación verde para mí.

Lis esbozó una sonrisa complacida al oír eso, pues la verde era la suya y, viendo cómo estaba desarrollándose la cena y que Rhona casi tenía que agarrarse a la silla para no saltar sobre Blaire, estaba segura de que la noticia no iba a ser agradable para la mujer. Satisfecha, se acomodó en el asiento para contemplar el espectáculo.

—Lo siento, la habitación verde está ocupada. Pero no tendré problema en recolocarte en el dormitorio marrón.

—Bueno, eso tiene fácil solución. Seguro que si le explico lo que sucede al ocupante, no dudará en dejarme la habitación.

Lis notó todas las miradas clavadas en ella. Isobel con súplica, rogaba que le cediera el cuarto para ahorrarse un problema, mientras que Colin le sonreía, incitándola a negarse. Rhona, por su parte, la taladraba con la mirada, retándola a contradecir su afirmación y dejarla en mal lugar ahora.

—Lo siento, pero no va a ser tan sencillo. La verdad es que todas mis cosas están en ese cuarto, y yo necesito la luz matinal, es imprescindible para mí como despertador.

—Una lástima que una persona que no cuida su salud —dijo señalando el plato vacío de dulce que había frente a Lis— se quede con el dormitorio con mejor orientación al sol.

—Sí que es una pena, sí, pero creo que sobreviviré. Gracias por preocuparte, ahora me voy a *mi* habitación a descansar.

Recalcó el «mi» con gusto y se levantó de la mesa. No podía creerse el disparate de cena. Esa mujer había criticado y menospreciado a todos los allí presentes en menos de media hora y con una facilidad pasmosa. Debía de ser un don, nadie era capaz de ofender a tanta gente en tan poco tiempo y hacer parecer que no se daba cuenta de nada mientras tanto.

A pesar de que ella no aceptaba la infidelidad bajo ningún concepto, le era imposible encontrar una sola razón por la que Patrick escogiera permanecer junto a su esposa en lugar de romper el matrimonio e iniciar una vida nueva, y mucho más feliz, con Caitriona, que era dulce y tierna como un rollo de canela.

Después de haber conocido a Blaire, comprendía la aversión que despertaba en la casa y, sobre todo, por qué Evan la evitaba a toda costa. Ella también lo haría de estar en su lugar, y no solo por ser la esposa de su padre, sino por Blaire misma. No había preguntado cuándo se iba, pero cuanto antes mejor. Para todos.

Lis se enfrascó en el estudio de las piezas de arte que le faltaban por catalogar. Desenvolvió un lienzo y lo colocó en el caballete. Nada más verlo, el corazón se le paró en el acto. Se paró y, a continuación, siguió latiendo a un ritmo desbocado. En la pintura, prendido del pecho de la mujer del retrato, estaba el broche que guardaba en el arcón de su dormitorio, el mismo que había comprado en Edimburgo y le provocaba visiones y sueños inquietantes.

Con el estómago encogido, se colocó frente al cuadro y realizó un minucioso examen. Repasó cada detalle, muesca y hendidura pintadas en la joya, intentando hallar alguna diferencia, por mínima que fuese, pero no la encontró. Sus pulmones parecían haber perdido la capacidad para respirar, tenía la boca seca como si hubiese estado comiendo arena.

Tras un exhaustivo análisis de la pintura pudo determinar que esta tenía al menos ciento cincuenta años de antigüedad. Ciento cincuenta años que podía tener el broche. La enigmática mujer debió de haber sido un antepasado de la familia McLean o, al menos, alguien cercano a ellos si la habían retratado con él. Un par de ojos de un intenso color azul parecía seguirla allá donde se pusiera para examinar la obra, daba igual el ángulo: la taladraban sin compasión.

Sin ningún miembro de la familia McLean en la casa al que acudir a preguntar, decidió que lo primero que debía hacer era cerciorarse de que era el mismo broche. Salió corriendo de la galería y subió las escaleras a trompicones. Sentía el corazón botarle dentro del pecho, en una escalada frenética por salirse por la boca.

Revolvió entre las sábanas y toallas y, por fin, tanteó el estuche donde se escondía el broche. Lo extrajo con cuidado y lo depositó sobre el escritorio. Se preparó a sí misma para confirmar que era el mismo y contó hasta tres, controlando la respiración lo mejor que pudo para evitar que se le erizara la piel y le sudaran las manos.

—¡Joder!

Era idéntico. La única diferencia que se apreciaba era un diminuto arañazo en la perla de mayor tamaño, con toda probabilidad debido al paso del tiempo. Notó los escalofríos por la espalda. Se sentó y tomó el broche entre sus manos.

Al momento se vio transportada al paisaje de siempre. Las ruinas seguían igual, solo que, esta vez, Lis estaba más cerca, podía incluso rozar la piedra fría y sentir el viento en el rostro. Algo brillaba bajo el torreón derruido; se acercó despacio, temiendo que volviera a la realidad antes de poder distinguir qué era.

Ansiaba descifrar ese misterio, hallar una explicación a las visiones, saber qué era ese lugar y por qué aparecía ante ella. Estaba a escasos metros del refulgente brillo cuando se encontró de nuevo en su habitación. Maldijo por lo bajo y volvió a frotar el broche, como si se tratase de una lámpara mágica, queriendo invocar la escena e investigar más de cerca, pero no funcionó; permaneció sentada en la silla del escritorio.

Decepcionada, depositó de nuevo la joya en su funda y lo observó, brillando bajo la luz del sol, reflejando con todo su esplendor el color de los topacios. Lo cerró, e iba a guardarlo cuando una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

Regresó a la galería, hizo una fotografía al retrato y se encerró en la biblioteca. Sabía que ahí guardaban los álbumes familiares, algunos con ilustraciones y esbozos de los antepasados McLean. Tal vez en ellos encontrase el nombre de la señora del cuadro.

Horas después, no había encontrado nada, y el sol ya había desaparecido en el horizonte de la arboleda. Suspiró resignada y recogió todos los libros que había sacado de los estantes para volver a colocarlos. Había cientos de McLean, desde la época de los clanes.

Lo intentó por última vez con otro árbol genealógico de hacía tres generaciones, pero fue en vano.

—Por mucho que quieras esconderte, voy a encontrarte. A ti y esas puñeteras ruinas —dijo en voz alta, presa de la frustración, una vez cerró de un golpe el volumen que había estado consultando.

Lo colocó en el estante y salió de la biblioteca desilusionada. Era la primera pista real que tenía del broche y no había forma de tirar del hilo y seguir extrayendo conclusiones. Se arrastró hasta la cocina para hacerse un sándwich y calmar el ansioso rugido de su estómago.

De repente, le sonó el móvil y, sin siquiera detenerse a mirar quién era, descolgó con gesto cansado.

—¡Hola, hermanita! —la sobresaltó el chillido de su hermana.

—Hola, Amy.

—No era tan difícil. No tienes más hermanos, Lis.

—No seas idiota, Amanda.

—Ay —suspiró con tono teatral—, sí soy una idiota, una idiota enamorada.

Lis se quedó quieta de pronto, con el cuchillo de la mantequilla en la mano. No es que no se alegrase por ella, por ellos, porque lo hacía, se sentía feliz de que la conversación hubiese ido bien, pero le resultaba muy extraño imaginar a su hermana saliendo con su mejor amigo.

—¿Enamorada?

—Ay, Lis. Es tan perfecto que me da rabia, si no fuese porque en lo que va de semana ya ha roto un plato y dos tazas...

Lis rompió a reír. Nick tenía una media de tres objetos rotos al día y habían sido tres en la semana. Tan mal no estaba, aunque solo estuviesen a miércoles.

—Vaya, sí que vais en serio, sí —se mofó.

—Eso creo. Pero no quiero ilusionarme. Ambas conocemos a Nicolás, pero... ¡no puedo evitarlo! —musitó con voz soñadora—. Te llamo para que me distraigas; si sigo pensando en él, voy a vomitar arcoíris y unicornios. Hasta yo puedo darme cuenta de lo empalagosa que parezco y necesito distracción.

—Oh, vaya, supongo que entonces no querrás que te cuente que ayer besé a Evan, pero si estás tan harta de pasteladas, podemos hablar de algo más interesante.

—¿Besaste al camarero? ¡No me puedo creer que te hayas liado con un hombre casado, Elizabeth! —Amy debía de estar muy cabreada si había usado su nombre completo. Eso le recordó que Evan siempre la llamaba así y sintió un aleteo en el estómago.

—¡Claro que no! No está casado, la verdad es que... bueno... la tía Cait era su madre —admitió Lis avergonzada.

—¿Su madre? ¿Cómo pudiste confundir a su madre con su esposa, Lis?

—No la había visto nunca y nadie se molestó en aclararlo hasta que ayer vino con él.

—Pero entonces es maravilloso. ¡Es soltero! —chilló su hermana, como si Lis no se hubiera dado cuenta y tuviera que explicárselo—. Jolín, Lis, estoy tan contenta de que vuelvas a dar la bienvenida al sexo... Porque tienes pensado acostarte con él, ¿no?

—No, él no está aquí —añadió antes de que su hermana iniciase el interrogatorio.

Amy resopló con aburrimiento.

—Pero volverá, ¿no?

Para ahorrarse las explicaciones, Lis le relató la historia de cómo se había enterado de la identidad real de Cait y cuánto se había equivocado con Evan. Al final, le habló también de Blaire.

—Es una mujer odiosa. Sin más. Ha estado aquí dos días y me han parecido dos siglos. Todas las veces que nos hemos cruzado, ha encontrado algo para criticar. Lo último... que por qué me ponía las zapatillas de campo para trabajar con obras de arte, que si me creía que era igual que ordeñar vacas. Incluso me mostró sus propios *stilettos*, un zapato mucho más apropiado para trabajar con piezas de semejante valor; después de todo, tengo en mis manos el patrimonio McLean, me dijo.

—Menos mal que la que estaba ahí eres tú y no yo, porque entonces la cosa no habría acabado nada bien.

—Bueno... la verdad es que alguna no me callé. Si hasta quería quedarse con mi dormitorio, ¡solo porque le daba mejor luz matinal, *querida!* —dijo lo último con el sonsonete que caracterizaba a Blaire.

Amy se echó a reír. Ya no por el comentario, sino por volver a escuchar a Lis animada y bromista, feliz, un sentimiento que había visto poco en ella durante meses.

—Amy, tengo que colgar. Prometo llamarte pronto, pero ahora tengo que terminar un informe para mi jefe.

—Te llamaré yo dentro de unos días. Por si se te olvida cuando vuelva tu *highlander* y tengas la mente, y las manos, ocupadas en otros menesteres.

—No es mi *highlander*.

—Aún —rebatió Amy con sorna.

—Oh, vamos. Dale recuerdos a Nick y muchos besos a *Pimienta*. Di a Víctor que lo llamaré mañana, ¿de acuerdo?

—Lo haré, ¡disfruta, hermanita! —gritó justo antes de colgar.

Lis sacudió la cabeza y cerró la puerta de la habitación con la idea de redactar un informe para David, pero, sin ser consciente, acabó buceando por páginas y páginas de ruinas escocesas, ampliando el radio de búsqueda conforme pasaba el tiempo y no encontraba ni rastro de ellas. Por muy desactualizado que estuviese Google Maps, era imposible que no tuviese registradas esas ruinas, si es que estaban en Escocia, que ya empezaba a dudar.

Con resignación, apagó el ordenador y se metió en la cama sin haber encontrado nada de utilidad. Cuando al día siguiente volviese a ver a Evan, le

preguntaría acerca de ellas, ahora que sabía, casi con total certeza, que el broche pertenecía al clan McLean.

El reencuentro no había sido como lo esperaba. Tampoco creía que fuese a haber fuegos artificiales ni una carrera desenfrenada hasta saltar entre sus brazos, pero sí algo más que un simple «hola» de cortesía y un par de miradas fugaces.

Cabeceó desganada y siguió al escocés hasta la cocina para desayunar. El día transcurrió despacio, dedicó horas al análisis de un bodegón bajo la atenta mirada de la enigmática mujer del retrato y deambuló por la galería, inquieta. Era inevitable que Evan quisiera hablar, y a ella ya no le apetecía tanto.

Al caer la tarde, Lis subió con una taza de chocolate caliente al mirador para ver la caída del sol. Se sorprendió al toparse con Evan, pero respiró hondo, alzó la cabeza y se sentó en una silla mientras él permanecía asomado al ventanal.

—Pensé que te encontraría aquí —repuso él al final, girándose en su dirección hasta que su sonrisa quedó a la altura de la mirada gris plata de Lis.

Volver a sentir la mirada del escocés sobre ella era más reconfortante que el chocolate, pero también menos seguro, por lo que se llevó la taza a los labios y le devolvió la sonrisa con cautela.

—¿Cómo te ha ido la semana? —preguntó ella.

—¿Seguro que te interesa saberlo? —respondió él, con la duda bailándole en los ojos.

Tenía las facciones relajadas y la expresión divertida, no como el Evan que se había marchado días atrás evitando a la mujer de su padre. Lis lo prefería así, fresco y desenfadado.

—Claro.

Lis apreció la tirantez en las comisuras de los labios del escocés, que luchaba por no volver a sonreírle y lo invitó a sentarse en la silla de enfrente con un movimiento de cabeza. Él se pasó las manos por el pelo y resopló mientras obedecía.

—Ha sido una semana complicada —reconoció—. Un proveedor se retrasó y tuvimos que cubrir un evento con un cambio de última hora en el menú. Además, sigo sin encontrar reemplazo para Molly, y mi madre lleva desde que salimos de aquí con una actitud un tanto... huraña.

Evan se masajó las sienes con los codos apoyados en las rodillas. Lis no

estaba segura de cómo actuar, deseaba extender el brazo y rozarle las angulosas facciones hasta destensarlas y que volviese a mostrar su característica media sonrisa. Sin embargo, mantuvo las manos quietas y se limitó a permanecer a su lado.

—Siento oír lo de Caitriona, es una persona maravillosa.

—Ella me ha dicho lo mismo de ti, ¿sabes?

Las mejillas de Lis se tornaron del color de las cerezas maduras y despegó la mirada del escocés. Que Cait hubiese dicho eso solo podía significar que él y su madre habían estado hablando de ella, y eso la hacía sentir como un flan.

—¿Quién es Molly? —inquirió para eludir el tema de su madre.

—La razón por la que fui un gilipollas contigo la primera noche —confesó, recuperando la sonrisa que provocaba un hormigueo en la boca del estómago de Lis—. Esa tarde me comunicó que se iba a Rusia con su nuevo novio y sigo sin encontrar a nadie que se acerque siquiera a su maestría con el pescado.

Lis arqueó una ceja, desconcertada. De todas las posibilidades que hubiese imaginado para explicar el mal carácter de Evan el día que se conocieron, jamás habría imaginado que hubiese sido por un motivo tan... peculiar. Rompió a reír antes de poder evitarlo.

—Oh, vamos, no te rías de mí. ¿Sabes lo difícil que es encontrar una buena jefa de cocina?

Las carcajadas de Lis se intensificaron, como la luz conforme va saliendo el sol, iluminando la noche y haciendo titilar las estrellas en sus pupilas.

—Es la peor excusa que me han dado.

—No es ninguna excusa.

—Lo sé, y eso solo lo empeora.

Evan compuso una expresión inocente y tomó la cara de Lis entre sus enormes manos, abarcándolo todo, hasta enjugar las lágrimas provocadas por la risa. Con la yema de los dedos, le acarició los labios resecaos, descendiendo con lentitud hasta posar la palma en el punto exacto en que el pulso de Lis latía desenfrenado.

Ella asintió casi imperceptiblemente, y él no necesitó nada más para besarla. Lo hizo despacio, con tanta ternura que el corazón de Lis le temblaba dentro del pecho en latidos inconstantes.

Se tumbaron en el suelo para observar el firmamento a través de las cristaleras, pero, a cada rato, Evan se apoyaba sobre un codo y se inclinaba sobre ella para besarla de nuevo y mirarla con un brillo en la mirada que Lis no podía identificar.

—Puedo verlas —aclaró él mientras le acariciaba la mejilla tibia con el pulgar—. Reflejarme en el gris de tus ojos es como nadar en la noche y bucear a través de las estrellas. Es fascinante.

Lis se incorporó y acercó su boca a la de él, que acababa de humedecerse los labios con la lengua.

—Vas a hacer que me las pierda yo también si sigues por este camino —le reprochó, sonriendo contra los labios masculinos—. Además, mis ojos son más del color del hielo que del cielo.

—No es verdad. El gris oscurecido que te nace de la pasión es igual al color del cielo de las Highlands.

Sus labios se encontraron a medio camino de una sonrisa, descubriéndose en los labios del otro. Cada beso era como una explosión de color en un lienzo blanco, una sinfonía de jadeos que a sus oídos sonaba como la más bella melodía. Ahí tumbados, sin poder escapar de la tormenta de sensaciones que los asediaban, eran como dos extraños en un avión; ambos a la caza de diferentes experiencias en el mismo lugar. Para ellos, el destino era ese momento, el choque de lenguas y la cruenta batalla de dientes por morder un labio.

De repente, Lis empezó a inquietarse y rompió el beso, dejando caer la cabeza en el suelo con un suspiro. Rebuscó en el cielo, tratando de distinguir las constelaciones para no volver a mirar a Evan. Divisó con facilidad la Osa Mayor y, poco tiempo después, bajo la atenta mirada del escocés, localizó el Triángulo de Verano.

Su madre le había transmitido su afición por la astronomía. Charlotte había sido una apasionada que conocía las leyendas y era capaz de identificar constelaciones a simple vista, con solo mirar al cielo. Solía pensar que la respuesta a todos los problemas estaba en las estrellas, pero se equivocaba; ellas tampoco la salvaron del cáncer. Como a Víctor también le atraía el estudio de la galaxia, juntos habían pasado largas noches en la sierra, parapetados con un telescopio semiprofesional, abrigo y un par de bocadillos.

Víctor, Amy y ella habían continuado esa tradición al menos dos noches al año desde que Charlotte falleciera. Era una de las costumbres favoritas de Lis. Le habría gustado que ellos estuvieran allí para contemplar ese cielo, claro y limpio, no como el de Madrid.

—En serio, no deberías perderte el cielo esta noche. Es la primera vez que está tan despejado desde que llegué —dijo Lis un poco intimidada, porque

Evan aún la miraba mientras dibujaba trazos en su brazo.

—¿Te gustaría verlo desde el jardín? —propuso él.

El semblante de Lis se iluminó, porque no se le ocurría nada que le apeteciera más que tumbarse en la hierba fresca, envuelta en una manta junto a él. Desvió la vista hacia la mirada abrasadora del escocés y asintió, sonriente.

—Vamos, entonces.

La tomó de la mano y salieron al jardín, cogieron un par de cojines y se tumbaron bajo el manto de estrellas, al abrigo de su luz, sin más fuente de calor que el que ellos mismos desprendían a causa del contacto físico, casi abrasador.

—En serio, deja de mirarme. Fíjate, aquella es la constelación de Perseo. —Señaló un punto en el firmamento—. Está cerca de la galaxia de Andrómeda, que es la más próxima a la nuestra. Si tuviera un telescopio podría mostrártela. Cuenta la leyenda que ella era la hermosa hija del rey Cefeo y su esposa Casiopea; tan bella era que las Nereidas, hijas de Neptuno, estaban celosas. Eso desató la ira del dios del mar, quien envió a Cetus, una bestia horrible, a destruirlo todo. Dijo a Cefeo que la única forma de salvarse era ofrecer a su hija en sacrificio al monstruo, y así se hizo. Encadenaron a Andrómeda a una roca y la dejaron a merced de la bestia.

»Perseo, que regresaba de matar a Medusa, acordó con Cefeo que, si mataba a la bestia, le concedería la mano de su hija. Regresó al acantilado y, mediante su ingenio, mató a Cetus, rescatando a la bella Andrómeda. Pero al volver con ella ante su padre, Perseo descubrió que estaba prometida a otro. Durante la boda, se presentó ante el prometido y tanto él como sus seguidores acabaron petrificados gracias a la cabeza de Medusa. Perseo y Andrómeda vivieron felices el resto de su vida y tuvieron seis hijos.

Evan la observaba arrobado. Se dejó mecer por la suavidad de las palabras de Lis, la cadencia leve de su voz que lo llenaba de calma. El cariño con que había relatado la leyenda conducía a creer que escondía una historia más personal.

Permanecieron en silencio, roto por los sonidos de los animales nocturnos que vivían en el bosque. Lis siguió señalando estrellas y buscando constelaciones mientras Evan se esforzaba por seguir sus indicaciones, pero acababa perdido en la inmensidad de la inocente mirada de la muchacha.

La calidez que desprendía la piel del escocés era tan agradable que Lis no había precisado de abrigo. Acurrucada entre sus brazos, no se dio cuenta de que habían transcurrido horas en el jardín. No pudo reprimir un bostezo y

sintió el roce de los labios tibios de Evan en la nuca.

Se estiró contra su cuerpo y notó la dureza del abdomen del *highlander*. Lo acarició y se incorporó sobre un brazo, quedando suspendida sobre él. Le rozó los labios entreabiertos con cuidado y depositó un ligero beso sobre la punta de la nariz.

—Mmm... —gimió él al sentir el efímero contacto.

Ella unió su boca con la de él y notó el ascenso de las manos del escocés bajo su camiseta. Al principio, la piel se le erizó y sintió un escalofrío de temor, pero se diluyó cuando ella logró trepar hasta su espalda y la notó contraerse bajo sus dedos. Sin embargo, cuando el beso se tornó frenético, la ansiedad comenzó a hacer presa en ella, apretándole el estómago y dificultándole la respiración hasta que le temblaron las manos, se le tensaron las piernas y tuvo que separarse de él.

—Deberíamos irnos a dormir.

Él la atrajo de nuevo hacia su cuerpo, pero no pudo evitar el bostezo que escapó de los labios de la chica.

—¿Te aburro? —preguntó fingiendo estar ofendido.

Ella lo miró como se mira a esas personas que hacen preguntas estúpidas, resopló y sacudió la cabeza. Las pulsaciones habían recuperado un ritmo normal y los negros recuerdos volvían a estar encerrados bajo llave en un pequeño rincón de la memoria.

—Muchísimo —replicó en tono sarcástico—. Anda, McLean, vámonos. Seguirás aquí mañana, y yo tampoco voy a ir a ningún sitio.

—Sí, es cierto... pero eres tan deseable que sacrificaría con gusto unas horas de sueño. Si me apuras, quizá hasta el café de la mañana.

—Bueno, pues no será esta noche.

Evan notó el cambio en la actitud relajada de Lis y supo que la había presionado demasiado. Caminaron el uno al lado del otro sin tocarse. Lis se abrazaba a sí misma, acariciándose el tatuaje de la muñeca y él se rascaba la nuca con indecisión.

—Bueno... —dijo, parado frente a la puerta de la habitación de Lis—. Espero que esta noche no tengas pesadillas.

—Espero que tú esta noche puedas dormir de un tirón —le respondió Lis, recordando sus problemas de insomnio.

—Si te despiertas en mitad de la noche, asustada y con escalofríos, mi puerta está a tan solo dieciséis pasos.

—No sé si me perturba o me agrada que sepas con exactitud la distancia

entre nuestros dormitorios.

—Un insomne sabe muchas cosas —se jactó—. Quizá más de las que debería —añadió en un murmullo.

Lis se inclinó en su dirección y lo besó con ternura en la mejilla mientras acariciaba su rostro.

—Buenas noches, Evan.

—Que descanses, Elizabeth.

La mañana amaneció con un sol tan espléndido como se veía la luna la noche anterior. Lis se sentía alegre ese día y la temperatura era tan agradable como su estado de ánimo; por eso se puso, por primera vez desde que llegase a Escocia, una camiseta de tirantes sin jersey encima.

En la cocina se encontró con Colin y Evan, que bromeaban mientras el segundo desayunaba con avidez. Se fijó en que ambos estaban sudorosos y fatigados. Evan vestía un pantalón de chándal corto en color gris que le sentaba demasiado bien para la machacada cordura de Lis, que siempre había tenido predilección por los hombres en ropa deportiva ya que creía que con ella se les marcaba mejor el culo. Eran casi mejores que un hombre en traje. Casi.

Regaló una enorme sonrisa al escocés y se sirvió un par de tostadas con mermelada.

—¿De cabalgada matutina?

—Así es. *Parthion* siempre se presta a una buena carrera y, cuando llego aquí, es como si me lo gritase la sangre. Una especie de necesidad —comentó mientras se secaba el sudor con una toalla que le colgaba de los hombros, como si hubiese estado montando a cuarenta y cinco grados y no a los escasos veintiuno que marcaba el móvil de Lis.

Evan percibió el estremecimiento en la muchacha y se apañó para guiñarle un ojo sin que el cocinero se percatase. Ella sacudió la cabeza, pero le devolvió la sonrisa.

—Suelo salir a cabalgar con Connor, que es el mejor jinete de la casa y quien nos ha enseñado a todos a montar; tiene un don natural, pero hoy no está, así que hemos salido nosotros.

—Es verdad, mi hijo parece tener la capacidad de comunicarse con los caballos —confirmó Colin orgulloso—. Patrick e Isobel también han cabalgado durante toda su vida, ahora están aprendiendo la pequeña Meg y mis nietos, pero ninguno tiene la conexión que tiene Connor con estos animales.

—Es excepcional. Colin y yo entrenamos duro para ganarle alguna carrera de vez en cuando, pero es imposible.

Lis rio al ver a esos dos enormes hombres trazar estrategias y montar cada

mañana con el propósito de ganar a Connor, pero el brillo en sus ojos y las indirectas entre ellos le decían que el placer que les daba montar a caballo no estaba solo motivado por la competición.

—¿Has montado alguna vez? —le preguntó Colin apurando la última cereza de la fuente.

—Nunca.

—¿Quieres hacerlo ahora?

—¿Qué? Oh, no, no. No tengo coordinación ni equilibrio para ello. No hace mucho tiempo me caí de un columpio en un parque infantil haciendo el tonto con mi mejor amigo, así que no entra en mis planes abrirme la cabeza en lo alto de un caballo, pero gracias.

—¿Bromeas? Te he visto saltar árboles huyendo de mis nietos en una guerra con pistolas de agua y dar en el blanco desde una distancia de un par de metros.

—Pero eso es la excepción. Descubrimos por casualidad, y tras muchos fracasos con el tenis, balonmano, atletismo... incluso probé la esgrima, pero aquello fue un error... descubrimos que el *paintball* es el único deporte que se me da bien. Y ni siquiera es un deporte.

—No me creo que ninguno se te de bien —repuso Evan.

—Natación. Flotar y patalear. Única y exclusivamente. Ni siquiera el senderismo, tropiezo con todo y acabo con más arañazos y moratones que si me hubiera lanzado de cabeza a un pozo.

—Pero la equitación puede ser igual que el *paintball*, una excepción. No soy tan buen maestro como Connor, pero para mí sería un placer enseñarte a montar a caballo.

—Vamos, ámate. Quizá descubras que has nacido para ser una amazona.

Se equivocaron. Lis era una alumna aplicada, se esforzaba en mantenerse sobre el caballo, pero nada daba resultado. Parecía que la gravedad fuese más fuerte en cuanto ella se subía al lomo de *Danno*, el manso caballo de Isobel. Evan había perdido la cuenta de los culetazos que había dado la muchacha intentando impulsarse para montar, y Lis ya no se callaba los bufidos cada vez que Colin la instaba a intentarlo de nuevo.

—Último intento. Estoy agotada, tengo agujetas, no siento el culo y *Danno* parece mirarme con burla.

—Está bien —concedieron los hombres—. Último intento.

En esa ocasión, Lis consiguió tomar el suficiente impulso para montar a horcajadas sobre *Danno*. Se acomodó como pudo y quiso aplaudir su hazaña,

pero no despegó las manos de la silla, por temor a caer de nuevo.

—Relaja la postura, el caballo nota la tensión. Lo pones nervioso.

—*Danno*, de verdad, hago lo que puedo. Sé un buen caballo y pórtate bien, por favor —le rogó al animal entre dientes.

Evan tomó las riendas y chasqueó la lengua, invitando a *Danno* a moverse con paso lento. Lis se mantuvo tan erguida que notaba tensos cada uno de los músculos de la espalda, incluso los que no sabía ni que existían.

Viendo que llevaba varios segundos sobre el caballo y que no se había caído, se permitió relajarse, dándoles a sus dedos la oportunidad de recuperar su color normal después de estar agarrados con tanta fuerza a la silla.

Sintió como los músculos se le iban aflojando, hasta el punto de sentirse casi cómoda sentada sobre *Danno*. Se alegró tanto que se permitió aplaudir y reír de forma histérica.

—¡Mírame, Evan! ¡Estoy sentada encima de un caballo! Si mi hermana Amy me viera, no se lo creería. —Rio, feliz.

Evan la miraba asombrado. Se había relajado tanto que parecía natural verla encima de un caballo, con la postura correcta, la espalda recta, los brazos relajados, como si llevase montando toda la vida o una voz interior le dijera qué tenía que hacer a cada momento.

Miró a Colin y comprobó que él tampoco le quitaba la vista de encima, anonadado. Lis no era consciente, pero sí parecía tener un don para los caballos, a juzgar por la tranquilidad que mostraba *Danno* después de tantos intentos para montarse y porque Lis chillaba de emoción como una chiflada.

—Si mi reloj no se equivoca, llevas ahí arriba casi dos minutos. Enhorabuena, Elizabeth —la felicitó.

—¡Dos minutos! ¡Eso puede considerarse suficiente para decir que se me da bien? —gritó, mientras el caballo seguía andando al paso.

Se sentía en armonía con el animal, en paz, como si fuese *Danno* quien la calmaba a ella y no al revés. Apretó las piernas en el lomo del corcel y rio al comprobar que la obedecía, apresurando el trote. Aplaudió de nuevo e iba a pedirle a Evan que le enseñase a coger las riendas y soltar el cuerno de la silla cuando todo se volvió borroso.

Danno cabeceó ligeramente, inclinándose hacia el escocés, y Lis perdió el equilibrio. Trató de agarrarse a la silla, a la crin del caballo, a lo que fuera que frenase la caída, pero fue inevitable. Con un golpe seco, Lis se estrelló contra el suelo maldiciendo al caballo, a Evan, a Colin y a Escocia. Una punzada de dolor atravesó el costado de la muchacha, que trataba de estarse lo

más quieta posible, pues solo respirar ya le parecía una tarea titánica.

—¡Joder!

—¡Mierda!

Sintió cuatro manos palpando su cuerpo y buscando heridas, pero no había sangre. Creía que el pecho iba a estallarle, pero no sucedió. Cuando notó una de las manos rozarle el costado izquierdo, un alarido de dolor escapó de sus labios.

—¡No me toques! —gritó.

Sabía que la idea de montar a caballo había sido un error. Ni había nacido para ser amazona ni fue un placer para nadie la clase magistral. Pero ninguno de los hombres estaba de acuerdo con ella, tan solo había sido mala suerte que se cayera del caballo, que ahora pastaba tranquilo a la sombra de un viejo abeto.

—Tengo que ver el golpe —explicó Evan con las manos en alto, indicándole que tenía que tocarle el costado.

Lis lo seguía maldiciendo por lo bajo en español. Ya se había acordado de la pobre Cait tantas veces que quiso disculparse con ella, pero sentía cada respiración como una cuchillada.

Encontró en los ojos verdes de Evan un nivel de preocupación que no esperaba, así que tragó saliva con fuerza y permitió que le examinasen la zona que empezaba a amoratarse. Iba a necesitar un médico, cremas, reposo, tal vez un vendaje, y no tenía tiempo para nada de eso. Volvió a recuperar aliento para insultarlos a todos por insistir en que probara la equitación cuando notó el frío bajo el pecho izquierdo.

—¿De dónde has sacado hielo? —preguntó con voz entrecortada.

—Lo trajo Rhona antes de salir disparada a por el coche. Colin está dejando a *Danno* en el establo. No te preocupes por nada.

Hizo un mohín de asentimiento y volvió a dejarse vencer por el peso infernal de sus párpados. Evan confió en que no se desmayase por el dolor. Trató de volver a ver el cielo en los ojos de Lis y la obligó a mantenerlos abiertos, contando para ella en voz alta todas las hebras azules que en ellos distinguía.

En urgencias confirmaron el diagnóstico. Contusión costal, reposo absoluto, paracetamol y paciencia. Todo lo que Lis no tenía en Escocia.

La luz de media tarde que se filtraba a través del cristal sucio dibujaba sombras en las paredes de color verde manzana, entre las que Lis trataba de distinguir formas mientras Colin subía una televisión a su dormitorio.

Sin embargo, la que entró por la puerta fue Rhona, con un par de libros y una taza de chocolate caliente que despertó las papilas gustativas de Lis. Rhona se acercó hasta el borde de la cama, dejó los libros en la mesilla y se inclinó sobre la muchacha para besarle la frente con cariño antes de cerrar las cortinas y abandonar la habitación.

Aunque el efecto de los calmantes todavía seguía presente en su cuerpo, el dolor no había remitido del todo. Suspiró con pesar y se arrepintió al instante, al sentir el pinchazo atravesándole el costado y subirle por el pecho. Resignada, echó la cabeza atrás y tomó uno de los libros que le había traído Rhona: *Asesinato en el Orient Express*. Ya lo había leído antes, pero le encantaba Agatha Christie. No había avanzado cuatro páginas cuando sus pensamientos se dispersaron hacia cierto escocés moreno de sonrisa torcida.

Recordó como, hasta estando tirada en el suelo, herida y enfadada, había rechazado el contacto cálido de la mano de Evan y había rehuido de él. No estaba orgullosa de su reacción, pero había sido instintiva; se sentía vulnerable y prefería que él se limitase a mirarla en silencio, como había hecho.

No era muy consciente de qué había ocurrido después, pero la había sorprendido el detalle de que no insistiese y permaneciera a su lado sin parar de hablar de no sé qué rayas azules.

Suspiró, esa vez con más cuidado, y trató de reacomodarse entre los almohadones. Se sentía como si un tráiler le hubiera pasado por encima, triturando sus huesos, y eso que no había nada roto. No quería ni imaginar si hubiese habido fractura.

Retomó la lectura para evitar pensar y dar más trabajo a su cabeza, todavía nublada por los analgésicos, cuando unos suaves golpes en la puerta la sobresaltaron. La cabeza de Evan asomó por el vano, seguida de una mirada arrepentida y una disculpa pintada en la cara. Ella le sonrió y lo invitó a pasar.

—Te dije que no era buena idea que yo montase a caballo —le reprochó cuando él se sentó en la butaca junto a la cama.

—No sabes cuánto lo siento, Elizabeth. Ha sido culpa mía. *Danno* olió una zanahoria en mi bolsillo, la guardaba para dársela al final, y quiso adelantarse. No contaría con que su jinete perdería el equilibrio, supongo. —Se rascó la cabeza en un gesto nervioso mientras hablaba.

—Sí, bueno, el pobre llevaba ya un buen rato aguantando mis idas y venidas, estaba claro que se merecía esa zanahoria y un kilo de manzanas — bromeó—. Estoy bien, de verdad, solo me duele al moverme, al hablar y al respirar, pero, por lo demás, apenas se nota.

—Hmm... en ese caso puedo hablar yo, si quieres.

La mente de Lis se aclaró por un momento ante la idea de escuchar la voz de Evan durante varios minutos seguidos. Esa voz ronca y *sexy* que era mejor que cualquier tipo de medicamento contra el dolor. Sin duda, sí. Quería que hablase él; cuanto más tiempo, mejor.

—Claro —fue todo lo que respondió.

—Espera aquí, ¿vale?

—¿Dónde iba a ir, McLean? —le preguntó, señalándose el costado.

Él sonrió y salió de la habitación. Regresó pocos minutos después con una bandeja de comida. La colocó en un hueco vacío a los pies de la cama de Lis y se sentó frente a ella, que lo miraba con deseo y expectación, sin saber muy bien qué esperar del plato cubierto que había en el centro de la bandeja. Evan le ofreció un vaso de té helado y comenzó a hablar.

—Lo reservaba para una cena romántica bajo las estrellas con un buen vino y tu risa de banda sonora, pero supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro —añadió al verla poner los ojos en blanco mientras encendía un par de velas en la mesita de noche.

La luz de las llamas arrancaba leves destellos del cabello de Lis, suelto a su alrededor, enmarcándole el rostro. Evan alzó un dedo y le apartó un mechón que se le había escapado y le hacía cosquillas, para colocárselo tras la oreja con un leve roce que la hizo estremecer.

Cuando elevó la vista, colisionó con el oscuro valle de la mirada escocesa y ahogó un gemido al vislumbrar el torrente de sensaciones que albergaba. Desvió la vista hasta la campana que rodeaba el plato, con la respiración entrecortada, y se centró en el reflejo que el metal le devolvía.

Sintió el dedo de Evan izarle el mentón y sonreírle con ternura para depositar un beso en la punta de la nariz de la muchacha, que la sentía enrojecida. Lis le devolvió la sonrisa tímida y señaló con la cabeza la bandeja, impaciente por descubrir qué había debajo, antes de que los nervios la abordasen.

—Es *black pudding*. Lo he hecho para ti —explicó, un poco avergonzado.

—No me puedo creer que vaya a probar el plato estrella del gran chef Evan McLean —jadeó, intentando aguantar la risa para que no le dolieran las

costillas.

Con un rastro de diversión en el rostro, tomó un bocado y masticó despacio, tratando de mantener su mejor cara de póker.

—Aceptable —anunció, cuando vio que el escocés casi echaba humo por la impaciencia.

—Me alegro de que te guste.

—Está buenísima, McLean. Prefiero la morcilla de España, pero supongo que podría acostumbrarme —concedió, pinchando de nuevo y poniendo el contenido en un trozo de pan.

Esa vez sí, Evan asintió satisfecho y se arrellanó en el otro lado de la cama, con los pies descalzos y el brazo detrás de la cabeza.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos?

—Cómo iba a olvidarlo —refunfuñó ella con la boca llena.

—¿Recuerdas cuando te expliqué por qué había sido un gilipollas?

—Déjalo, Evan. Ya está olvidado y tu jefa de cocina no va a volver —lo interrumpió ella, agitando el cubierto frente a su cara.

Él le sonrió y le arrebató el tenedor para llevarse un trozo de comida a la boca, relamiéndose los labios y enviando un ramalazo de deseo a todas las células doloridas del cuerpo de Lis.

—Lo sé, pero esa es la cuestión. Es admirable; me parece tan valiente que lo haya dejado todo atrás para arriesgarlo por amor...

Lis tragó saliva y lo miró de reojo, inquieta. No quería hablar de sentimientos con él. Bueno, ni con nadie, pero con Evan, menos todavía. Tomó aire despacio para no forzar las costillas y centró la vista en la llama de la vela que danzaba con las sombras del dormitorio. Buceó en su interior para encontrar una respuesta satisfactoria que no diese pie a continuar la conversación y, al final, acabó por reconocer:

—Sí que es valiente.

—Yo no me veo capaz de eso —añadió Evan.

Otra vez había hablado demasiado. Un escalofrío recorrió la espalda de Lis hasta la nuca, donde se le erizó el vello. Lo que para Evan podía parecer una conversación natural, para ella estaba siendo casi una tortura a la que iba a poner fin muy pronto si seguía insistiendo. Tragó saliva y puso una mueca de dolor al hacerlo. El efecto de los analgésicos comenzaba a disiparse y su cuerpo se lo recordaba.

—¿Nunca has estado enamorada, Elizabeth?

Negó con la cabeza para que no se le rompiera la voz. No quería que

supiera que ella no pensaba enamorarse nunca, que tan solo imaginar la posibilidad le oprimía tanto el corazón que dolía.

—Yo creo que amar es... como un charco —soltó de repente, pillándola desprevenida.

—¿Un charco?

—*Aye*. La lluvia de sentimientos que te ahoga en mitad de una tormenta, formando un enorme charco a tu alrededor, imparable. Puedes ponerte las botas de agua, el chubasquero o llevar paraguas, pero todo eso no va a hacer que desaparezca, ni que tú no te mojes.

Para Lis, el amor era como una maldita montaña gigante, de esas de las que no ves el final, por mucho que subas, y de las que siempre te acabas cayendo, en picado y sin frenos. Una mierda.

—Una vez que estás bajo la lluvia y no parece que vaya a escampar jamás, tienes que plantearte si te vuelves a casa y renuncias a la aventura o si te lanzas al agua. Supongo que Molly disfruta de bailar bajo la lluvia.

—No, Evan, lo que pasa es que, a veces, no decides. A veces tropiezas, caes al charco y te ahogas sin más —dijo Lis, pensando en el brillo de anhelo que veía en la mirada de Víctor cuando hablaban de su madre, y en las heridas de su propio corazón.

Él no la miró. Continuó con la vista clavada en las sombras de la pared, perdido en sus propios sentimientos. Lis cayó en la cuenta de lo que parecían implicar sus palabras, que él tampoco había experimentado más amor que el que su madre le profesaba.

Sin saber por qué, alargó el brazo hasta tomar la mano del escocés y comenzó a dibujarle círculos en la muñeca. No comprendía cómo había llegado a eso, pero sentía que para él tampoco había debido de ser fácil, y con ese pequeño gesto quiso tranquilizarlo, hacerle ver que lo entendía y que, en esa ocasión, no estaba solo.

Él la miró con cariño y la correspondió acariciándole el dorso de la mano, subiendo por su brazo hasta trazar formas alrededor de su antebrazo.

Permanecieron tanto tiempo así, uno tumbado al lado del otro, tocándose solo a través de las manos unidas, que Lis casi se quedó dormida. Evan le acarició la frente arrugada por la tensión del dolor de las costillas y se levantó a buscar un par de analgésicos. De repente, Lis recordó que quería hablar con él de otro asunto que quería tratar con bastante más urgencia que los sentimientos que empezaban a enraizarle en el pecho buscando una fisura en la muralla de su alma y a los que no iba a permitir el paso.

—Evan, ¿entre las reliquias familiares de los McLean hay un broche de perlas y topacios?

—¿Un broche? ¿Topacios? La verdad es que no tengo ni idea. A día de hoy, tú sabes más que yo del patrimonio de la familia.

—En ese arcón —dijo señalando los pies de la cama—, está el broche del que te hablo. Búscalo y míralo, por favor.

Evan rebuscó entre toallas y sábanas, pero no encontraba nada. Las sacó todas del arcón esparciéndolas por el suelo, pero ahí no había ninguna caja, mucho menos un broche.

—Elizabeth, me temo que no hay nada más que toallas y sábanas.

—¿¡Qué!?! No puede ser. Lleva semanas ahí. ¡Joder! —gritó al intentar incorporarse y sentir un pinchazo en las costillas—. Tiene que estar, Evan. Mira otra vez, por favor.

Evan movió el arcón para que Lis pudiera verlo desde la cama y comprobar por sí misma que estaba vacío. Cuando esta asintió, lo colocó en su lugar y lo llenó con todo lo que había sacado.

—Tiene que estar en algún sitio. Lo saqué hace unos días para comprobar una cosa, pero juraría que lo guardé de nuevo. ¿Te importaría mirar por el suelo, en las estanterías, junto a la mesa o debajo de la moqueta si hace falta? Sé que está por aquí.

Evan hizo lo que le pedía; sin embargo, no encontró nada aparte de una taza que Lis había perdido de vista la semana anterior y un pantalón de pijama bajo la cama.

Lis hizo amago de levantarse, pero Evan no se lo permitió. Se sentó a su lado y le cogió la mano para dibujar la silueta del *awen* en la muñeca, como tantas veces le había visto hacer a ella.

—Aparecerá, seguro que está por aquí. Quizá lo guardaste en otro sitio y se te ha olvidado. Deberías descansar y mañana seguro que aparece.

—No te atrevas a tratarme con lástima, como si estuviera loca. Sé que el maldito broche está en la habitación.

Él asintió y se levantó para reanudar la búsqueda; sin embargo, siguió sin encontrar ni rastro de la joya que Lis describía. Ella bostezaba sin parar, pero se negaba a dormirse sin saber dónde había ido a parar. Se obligó a permanecer despierta hasta que vio que Evan se esforzaba sin éxito.

—Déjalo, ya lo encontraremos. ¿Podrías ir a la galería y traer el cuadro

que está en el caballete? Es el retrato de una señora.

—Claro, vuelvo en un momento. Pero con las costillas así, no deberías alterarte tanto, seguro que esto pueda esperar.

—No, no puedo esperar más. Compré el broche en Edimburgo y me avergüenza decir esto en voz alta, pero sentí una especie de conexión, una atracción hacia él. Desde el primer momento que lo toqué, me mostró un... un paisaje del que no quedaban más que las ruinas, pero sé que lo vi. Piedras derruidas amontonadas bajo un sol abrasador que aún no he visto en este puñetero país. Llevo semanas soñando con esas imágenes, confusas y borrosas, y ese cuadro es la primera pista sólida en semanas.

Evan abandonó la habitación mientras Lis farfullaba entre dientes. No era posible que el broche se hubiese evaporado. Era físicamente imposible que un objeto sólido desapareciese así como así. Ella estaba segura de haberlo guardado en el arcón, pero quizá con las prisas lo metió en el armario. Sí, debía de ser eso.

La ansiedad le dificultaba la respiración y era lo que sus costillas menos necesitaban. Intentó calmarse mientras Evan volvía con el lienzo. Tenía que descubrir quién era esa mujer y a quién pertenecía el broche. Maldecía su mala cabeza por haberlo perdido en el momento en que Evan regresó con la pintura. La colocó en el caballete, que también se llevó, y se sentó en la cama junto a Lis, que se exprimía el cerebro para recordar dónde había dejado la joya.

—No me puedo creer la cantidad de insultos que conoces. Es fascinante.

—Y eso es solo en tu idioma, en español alucinarías.

La risa ronca de Evan la reconfortó por dentro más que cualquier analgésico que pudiera haber tomado. Tras un rato con la vista fija en la inquietante señora y los ojos azules más siniestros que hayan sido pintados jamás, Evan preguntó:

—¿Qué estamos mirando?

—¿Cómo que qué estamos mirando? ¿No sabes quién es esa mujer?

—No. No tengo ni la más remota idea. Quizá Isobel pueda saberlo, siempre le ha interesado la genealogía familiar, pero la verdad es que yo...

—¿Cuándo vuelve? —preguntó haciendo cuentas con los dedos.

—El próximo sábado.

—Mierda, para eso falta mucho tiempo.

—Mejor. Así puedes recuperarte del golpe en condiciones y no forzar.

Lis arrugó el gesto y, abatida, dejó caer la cabeza sobre la almohada. Evan

la miró y volvió a perderse en el matiz grisáceo que se oscurecía cuando se enfadaba o estaba muy concentrada, hasta el punto de casi hacer desaparecer el gris, intensificando el oscuro círculo exterior del iris. Y en ese momento, estaban así.

Lis se percató de que no dejaba de mirarla y pestañeó para evitar que lo siguiera haciendo. Al reacomodarse, un pinchazo le perforó la costilla hasta hacer que le doliese la cabeza y jadeó. Evan se sobresaltó y la taladró con los ojos verdes, desafiándola a mentirle y decirle que estaba bien.

—No es para tanto —suspiró ella—. Solo tengo que acordarme de no moverme. Sencillo, ¿no?

Evan frunció el ceño sin decir nada y se levantó de la cama para sentarse en un sillón y dejarle espacio a ella. Cuando una mueca de dolor cruzó el semblante de Lis por tercera vez, él ya no sabía qué hacer para aliviar su dolor.

—¿Necesitas que te ponga pomada antiinflamatoria? —preguntó, preocupado y con la necesidad de hacer algo por ella que no fuese estar mirándola sufrir.

—¿Lo harías? La verdad es que debería cambiarme el vendaje, pero, como tú estabas aquí, iba a pedírselo a Rhona más tarde... —reconoció ella, contando los minutos que faltaban para que el analgésico hiciera efecto y dejase de sentir como un millón de agujas se le clavaban en el pecho cada vez que respiraba.

—Lo haré yo, no te preocupes.

Lis suspiró y se movió con lentitud, apoyándose sobre el lado bueno. Se levantó la camiseta del pijama con mucho cuidado y expuso el cardenal ante Evan. La zona se veía hinchada y amoratada. El escocés le aplicó la crema y la extendió con toda la delicadeza que pudo, igual que si estuviera glaseando una tarta para la reina de Inglaterra, al milímetro.

Masajeó con ternura la zona herida y alzó la vista. Craso error. Se topó con las mejillas enfebrecidas y los ojos grises oscurecidos por el deseo. La mano empezó a hormiguarle por la urgencia de continuar el ascenso por su espalda. Ella no llevaba sujetador y él era dolorosamente consciente de la ausencia de ese instrumento del infierno. Retiró la mano al tiempo que se aclaraba la garganta, pero Lis lo detuvo. Sentir la caricia leve de las yemas de Evan en su espalda, dibujando estrellas con los dedos, la tranquilizaba y la hacía sentir bien, por lo que lo instó a continuar acariciándola.

—Elizabeth...

—Lo sé —respondió sin más.

Él asintió y llevó la mano hasta la espalda de Lis. Trazó círculos en la piel caliente de ella, que ahogó un gemido cuando sintió los dedos junto a su vientre y el roce del pulgar en la parte baja del pecho.

El gruñido que reverberó en la boca del escocés fue demasiado intenso para ambos. Él se inclinó sobre sus codos, con cuidado de no presionar la herida, y le recorrió la mejilla con los labios, dejando una estela de besos suaves a su paso.

Cuando sus labios se encontraron, fue como si un cometa reventase la atmósfera para ir a estrellarse en esa cama y dejarlos sin aliento. No era la primera vez que se besaban, pero con Lis cada ocasión era diferente, un nuevo descubrimiento por explorar, ávido de curiosidad. Lis alzó los brazos para aferrarse al cuello del escocés y, por una milésima de segundo, se olvidó de las costillas, del broche y hasta de Raúl.

Al girarse para tener mejor acceso al cuello de Evan y agarrarse a sus hombros, un agujonazo de dolor la atravesó, tensando todo su cuerpo y devolviéndola a la realidad. Él se separó de ella y suspiró. Evan continuó dibujando figuras en el vientre de Lis con las yemas de los dedos hasta que sintió como se relajaba. Quedaron así durante varios minutos hasta que la respiración de Lis volvió a normalizarse.

Jadeando, se incorporó para volver a quedar sentado en la cama, con las manos a los lados del cuerpo y una débil sonrisa curvándole los labios hinchados. Lis intentó corresponderle, pero era incapaz de ver otra cosa que no fuese el recuerdo de las manos sucias de Raúl.

Evan se levantó para dejarla descansar y evitar la tentación de volver a perderse en sus labios cuando escuchó su voz:

—¿Puedes quedarte conmigo?

A Lis le pareció evidente que la pregunta lo había pillado tan desprevenido como a ella misma, que no entendía por qué le había pedido que se quedara. Sin embargo, era tarde para echarse atrás y tampoco quería quedarse sola. No quería dormir. No quería soñar.

—Claro.

—Podríamos ver una película —propuso señalando un ordenador que había sobre el escritorio.

Pasaron unos segundos hasta que él volvió a la cama. Lis se encogió cuando el peso de él hundió el colchón, pero permaneció quieta y esperó. Tan solo iban a ver una película. En silencio. Eso podía manejarlo. Solo tenía que

mantenerse a una distancia prudencial y todo iría bien. Hasta ese momento lo había hecho de maravilla.

—¿Puedo elegir? —preguntó él, mientras se colocaba un brazo tras la cabeza y se acomodaba a su lado. Ella se encogió de hombros, y él le dedicó la media sonrisa que provocaba pequeños espasmos en el vientre de ella—. Pero que sepas que también me quedo porque me has dejado el lado derecho de la cama y es mi lado.

Ella rompió a reír. No debió hacerlo, pero no pudo evitarlo. En algún momento entre la caída de Máximo a gladiador y la muerte de Cómodo, Evan había extendido el brazo hasta rozar la palma de Lis, donde permaneció hasta los créditos de la película.

Cuatro días después, Lis pensaba en arrancarse el pelo, mechón a mechón, víctima de la desesperación. Evan se había ido a Edimburgo poco después de ver la película, y lo cierto era que permanecer en la cama, con las costillas vendadas y en reposo absoluto, era un total aburrimiento.

A pesar de que Rhona pasaba un rato cada día junto a la cama, hablándole sin parar, o que Colin había decidido agasajarla con sus mejores platos, Lis se moría por levantarse y hacer algo que no fuera ver la televisión, leer novelas y dormir más horas de las que podía ser sano.

Había llamado a Amy y Víctor esa semana tantas veces que habían dejado de cogerle el teléfono para no oírla quejarse ni despotricar de los caballos hambrientos que te traicionaban por una zanahoria. Incluso Nick le había dado largas; si ni él le respondía a las llamadas era que de verdad estaba siendo demasiado pesada, y eso la hacía sentirse un poquito mal. Pero solo un poquito.

La conversación que su hermana y Nick tenían pendiente debía de haber ido muy bien, pues seguían juntos y cada vez más enamorados. Al menos, eso había creído antes de que ambos decidiesen ignorarla y dejarla sola en su encierro obligado. Bueno, tampoco la ignoraban del todo; se interesaban por su estado a diario y le mandaban alguna que otra foto por WhatsApp, pero no le daban toda la conversación que a ella le gustaría, y eso empeoraba, si era posible, su mal humor.

El quinto día de encierro no pudo soportarlo más. Aún le dolía a rabiar si se reía, respirar hondo estaba limitado y moverse era una tortura, pero más lo era seguir tumbada en la cama, por lo que se levantó con cuidado y se metió en la bañera para relajar los músculos agarrotados por la inactividad con la firme idea de bajar a comer algo y trabajar un rato.

Se puso un chándal y se encaminó escaleras abajo hacia la galería donde Evan había devuelto el retrato. Nada más atravesar el umbral, se topó con la inquietante mirada de la dama del retrato, con el broche engarzado al pecho y un moño tirante.

Ignoró esos ojos penetrantes y se dirigió hacia las pocas cajas que le quedaban por examinar. Echó un vistazo y comprobó que tan solo restaban cinco obras. Con una mueca de dolor, pero firme determinación, sacó un

cuadro del embalaje y lo colocó en un caballete para poder verlo mejor. Lo orientó hacia la luz y se sentó en una silla para no permanecer de pie, pues empezaba a notar como las costillas se le resentían. Tomó su lupa y algunos de los instrumentos que se encontraban desperdigados por su mesa de trabajo y pasó un rato analizándolo con calma, haciendo pausas para masajearse con cuidado la zona amoratada. No avanzó demasiado, con los sentidos nublados por el dolor y los analgésicos, pero ya salir de la habitación había sido una victoria para ella.

Exhausta pero satisfecha, se dijo que se había ganado una ración extra de postre en la cena. Iba a abandonar la galería cuando notó un escalofrío subir por su espalda. Se giró y no había nadie, excepto la mujer del cuadro, mirándola.

Con paso vacilante, se acercó a la pintura y volvió a examinarla, por si había pasado algún detalle por alto. Y lo había hecho. En la esquina derecha, camuflado entre los pliegues de la tela oscura, había algo escrito. Con energías renovadas, tomó un par de bastoncillos, la lupa y la lámpara de LED para descubrir que estaba firmado por E.J. McLean en el año 1879. Lis se alegró de haber acertado en su aproximación de ciento cincuenta años de antigüedad en su examen preliminar del estado de la pintura, pero lo que le llenó el pecho hasta rebosarle la garganta era que tenía un nombre.

Al día siguiente, después de solo despertarse tres veces por el dolor al girarse en la cama, estaba eufórica. En la biblioteca descubrió que las iniciales con que habían firmado el cuadro pertenecían a una mujer, Ellen Joanne McLean, antepasado de Evan e Isobel. Buceó en los libros familiares y logró averiguar que era hermana de un tal Murtagh.

Anotó toda la información que pudo reunir y la guardó para preguntar a Isobel en cuanto volviera a Gealach.

Para cuando Evan volvió a la casa, habían transcurrido tantos días que las costillas de Lis estaban casi curadas por completo. Se sorprendió echándolo de menos varias veces al día, pero se repetía sin cesar que lo que añoraba era su compañía y no a él, aunque dejó de engañarse a sí misma cuando volvió a despertarse gimiendo su nombre con las sábanas enredadas entre las piernas y la intensidad de sus ojos verdes avasallándola.

Se sentía atraída por él y no solo físicamente, y eso la asustaba.

Muchísimo. La cantidad de problemas y riesgos que esa atracción implicaba era tal que había abandonado la lista que había empezado a elaborar para encontrar motivos que respaldasen su decisión de mantenerse alejada de él.

Todos esos motivos se esfumaron cuando él la rodeó con los brazos y comenzó a besarle el cuello después de casi dos semanas sin verla. Ella se sobresaltó y se giró para quedar de cara a él, casi tirando al suelo la obra en la que trabajaba.

Evan le sonrió y le besó la nariz.

—Te he echado de menos —le susurró al oído.

Tan solo cinco palabras habían bastado para que el corazón le latiese más deprisa. Confusa, se deshizo del abrazo de Evan, pero vio la franqueza que irradiaban sus ojos y no se vio capaz de mentirle.

—Yo a ti un poquito.

Vacilante, se inclinó hacia él y le dio un delicado beso en los labios, en el que trató de demostrarle que lo había hecho de verdad. Porque no se atrevía a poner en palabras sus sentimientos, sentimientos que ni ella misma comprendía.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó él.

—Observa con detenimiento. Es un paisaje invernal, de algún lugar de las Highlands. Las pinceladas suaves están tan bien definidas que casi puedes ver la nieve caer. Es absorbente.

—Asombroso.

—Sí que lo es, sí —suspiró ella, admirando los copos dibujados con tanta delicadeza que podía sentirlos caer sobre su cuerpo.

Él sonrió, consciente de que no sabía que hablaba de sí misma y su pasión por el arte, del amor que imprimía a sus palabras, de cómo refulgían las pupilas con tanta intensidad que podrían distinguirse en una habitación sumida en la oscuridad.

—¿Has averiguado algo más de nuestra amiga de ahí? —preguntó, señalando con la cabeza el inquietante retrato que seguía observándolos.

—¡Sí! Casi me olvido. Mira aquí. —Indicó la esquina donde estaba firmado y leyó el nombre en voz alta—. E. J. McLean. Según el registro de la biblioteca, es Ellen Joanne. ¿Te suena?

—Lo mismo que si me preguntas quién ganó Eurovisión el año pasado.

—Ganó Suecia. Tradición familiar —añadió al ver la cara de incredulidad de Evan, encogiéndose de hombros.

—Veo que estás mejor del golpe —dijo él, a quien no le había pasado

desapercibido el gesto de encogerse que la última vez que se vieron habría sido incapaz de hacer.

—Mucho. Tantos días en la cama sin nada que hacer tenían que dar sus frutos, pero estoy acostumbrada al reposo —dijo Lis mientras salían de la galería—. Tiendo a caerme al suelo con tanta frecuencia que mi doctor ya me llama por mi nombre cuando llego, sin necesidad de encender el ordenador ni mirar el listado de citas.

Evan rio mientras cruzaban el pasillo en dirección al jardín, donde estaban Isobel y Meg con Connor, que había llegado el día anterior con los niños, pero recordó el motivo por el que el escocés había estado ausente toda la semana y frenó en seco.

—¿Qué tal los exámenes gastronómicos esos? ¿Has aprobado?

—Y con nota. Las críticas han sido excelentes, quedaron encantados con los platos y disfrutaron tanto de la cena que uno de ellos volvió con su familia pocos días después. Me felicitaron por mi *black pudding* —alardeó con una sonrisa.

Lis esbozó media sonrisa y lo besó en la mejilla. Cada vez le resultaba más natural estar con él, aunque todavía se ruborizaba con facilidad y se estaba acostumbrando al hormigueo en la boca del estómago y a sentir su aliento en la nuca por sorpresa, a verse rodeada por unos brazos tan inmensos que a veces no alcanzaba a verse los pies. Todo eso era nuevo para ella y era tan increíble como aterrador.

Temía confundir la comodidad con la seguridad, prefería sentirse cómoda con él antes que segura. La seguridad era un peligro sin garantías.

—Sabía que iba a irte genial, pero dudo que lo mejor del menú haya sido esa pseudomorcilla a la que llamas *black pudding*.

—Tendrías que haber estado ahí para ver sus caras al probarlo. Épicas. Qué digo épicas, ¡legendarias!

—Porque habrán probado pocos y se conforman con cualquier cosa —bromeó.

Él la agarró de la cintura y la levantó, haciéndola estallar en carcajadas mientras pataleaba para volver a tocar el suelo.

—¿Sabéis que tras esa puerta hay un saloncito? Tiene sofás, alfombras y cojines... para que no tengáis que hacer estas cosas aquí fuera.

—¡Isobel! —gritó Evan exasperado por la interrupción.

—¡Isobel! Llevo queriendo hablar contigo desde la semana pasada.

—Oh, por mí no te preocupes, me parece genial que estéis liados.

—¡Isobel!—repitió Evan, esa vez irritado.

La aludida se encogió de hombros y le sacó la lengua, burlona. Le palmeó la mejilla y continuó andando hacia al jardín.

—¡No! Espera, de verdad, quiero hablar contigo —dijo Lis.

La mujer se giró hacia ella con una ceja alzada, interrogativa. Lis indicó con el brazo el pasillo por el que habían caminado para regresar a la galería, mientras empezaba a hablar:

—Cuando aterricé en Escocia, compré un broche antiguo en una pequeña tienda de Edimburgo. Desde ese momento, me sentí rara, como si una fuerza invisible me empujase a él. Inexplicable.

Isobel acentuó la expresión interrogante, frunció el ceño y, tamborileando con los dedos sobre el brazo, entró en la galería detrás de Lis. Ahogó un grito y se estremeció cuando vio el retrato pintado por E. J. McLean observándola.

—¿Quién es esa horrible mujer? —preguntó, interrumpiendo a Lis.

Se calló de súbito. Era imposible que Isobel tampoco conociese a esa mujer. Alguien debía saber quién era o qué hizo, o tan solo si el broche era suyo o pertenecía a otra persona.

—¿No sabes quién es? —inquirió la muchacha con voz temblorosa.

—No. ¿Debería?

—No. Pero, para serte sincera, esperaba que lo supieras —se lamentó.

Isobel se acercó a la pintura y la examinó con ojo crítico, como si supiera qué estaba buscando, pero sacudió la cabeza, quebrando la ilusión de Lis.

—¿Está firmado?

—Sí, por E. J. McLean.

—E. J... ¿Ellen Joanne? —aventuró tratando de recordar—. Ese nombre sí que lo conozco. Corren muchas historias sobre ella, mi favorita es una que cuenta que solía introducirse en la arboleda detrás de la casa durante días. Cuando regresaba, venía con la ropa destrozada, demacrada y magullada. Algunos creían que pertenecía a un grupo de culto, otros que era una mujer lobo; los menos, que se alimentaba de animales para limpiarse el alma. Increíble, ¿no os parece?

Lis se estremeció. Había que reconocer que la leyenda era perturbadora, mucho más para la época en que vivió la mujer; la podían haber quemado por bruja. Se preguntó qué llevaría a una persona con ese comportamiento extraño a pintar retratos, pero ahora cobraba mucho más sentido lo inquietante que resultaba la pintura y que pareciese estar viva y juzgándola.

—¿El broche tampoco lo reconoces, Isobel? —preguntó Evan desde

detrás.

—No lo sé... podría ser una antigua reliquia familiar o una joya sin importancia. ¿Dices que tienes el original? Quizá podría echarle un vistazo y consultar algunos libros.

—Lo tenía. Desapareció de mi habitación hace unos días, justo cuando encontré el cuadro.

—Vaya, eso sí que es una coincidencia —comentó en tono sarcástico.

—Sí...

Viendo la decepción enturbiar la mirada cristalina de Lis, Isobel trató de consolarla, prometiéndole que intentaría hallar información acerca del broche o de esa mujer.

—Veré qué puedo encontrar. Los libros familiares dicen mucho si sabes dónde buscar.

La ilusión volvió a iluminar el rostro de Lis, pero quiso ser cauta. Ya se había dado de bruces varias veces como para confiarse con tanta facilidad.

—Muchísimas gracias. —La abrazó.

—No hay de qué, ahora eres de la familia, ¿no? —respondió de forma casual, señalando con la cabeza la cercanía de Evan, que se había colocado a su espalda y permanecía tras ella, frotándole los brazos.

—¡Isobel! —la regañó su hermano.

—Perdón, perdón. Tan solo era una broma —dijo entre risas y alzó las manos al frente para restar importancia al comentario.

Lis había enrojecido hasta la raíz del oscuro cabello que le caía en cascada a ambos lados de la cara y desvió la vista. Se separó de Evan y miró al suelo. Él casi notaba en su propio cuerpo como la barrera de Lis se reconstruía, que volvía a encerrarse en sí misma y rechazaba de nuevo su contacto.

Él suspiró y recriminó con la mirada a Isobel, que lo único que hizo fue encogerse de hombros y dejarlos solos, pero Lis ya se había recuperado y mostraba una distancia que Evan temió no poder salvar.

—Bueno, ahora en tus pesadillas verás solo a esta mujer tan escalofriante. Creo que hasta yo soñaré con ella —bromeó Evan con la intención de romper la tensión que había crecido.

Lis lo obsequió con una mirada furibunda y salió de la galería en dirección a su habitación. Se sentía decepcionada, había esperado que Isobel supiera la identidad de la señora del retrato, pero se había equivocado. Aunque ahora sabía algo más de la autora, la certeza de que su cercanía a Evan era tan

evidente la había dejado todavía más confusa, y necesitaba alejarse para recuperar la cordura.

Derrotada, abrió el grifo para llenar la bañera y ahogar sus sentimientos y dudas en ella. Era verdad que estaba guapísimo sin afeitarse y que olía de maravilla. También era cierto que besaba de escándalo y que era cariñoso y amable, pero de ahí a que la gente pensara que tenían una relación...

No es que le importase lo que creyesen, pero sí le importaba el hecho de que, si lo hacían, era porque algo veían, y eso la incomodaba. Suspiró al meterse en el agua. Se alegró de que él no la hubiese seguido hasta su habitación, necesitaba estar sola y reconciliarse con sus sentimientos antes de volver a hablar con él.

Sumergió la cabeza y dejó que el agua ahogase todo pensamiento antes de caer en un océano de dudas y perderse para siempre.

—Nunca sabremos quién es esa mujer y por qué lleva el broche. Broche que, por cierto, se ha evaporado. Sin más —comentó Lis después de la cena, mientras subían la escalera

—Aparecerá —respondió él mientras masticaba una galleta que había robado de la cocina antes de acostarse.

—No lo dudo, pero nunca había odiado tanto tener tendencia a perder las cosas.

—¿Sabes? Podríamos intentar hacer que te olvides de todo esto durante un rato. Isobel va a buscar a esa mujer, y tú casi has terminado el trabajo... — sugirió él frente a la puerta de su habitación.

Un escalofrío la sacudió ante la idea de compartir cama con Evan sin que le dolieran las costillas para devolverla a la realidad. Negó con la cabeza sin mirarlo. Sintió como la mano de Evan se posaba bajo su barbilla para alzarle la cara y toparse de lleno con la ferocidad del deseo tiñendo los ojos de Evan del color del bosque más denso.

Tragó saliva y volvió a negar. Él asintió, le sonrió y le besó la frente antes de darle las buenas noches sin un rastro de decepción en la mirada, que permaneció limpia y sincera.

—Buenas noches —correspondió ella a la espalda del escocés, que ya se alejaba por el pasillo.

Maldiciendo por lo bajo y con la respiración entrecortada por la tensión, Lis entró en su cuarto y se puso el pijama. De nuevo, se lamentó por haber sido tan estúpida de confiar en Raúl, pero más se reprochó el no haber sido capaz de perdonarse a sí misma por permitir que le hiciese daño, por dejar que la herida permaneciese después de tanto tiempo. Deseaba sanar, dejar todo atrás, pero los recuerdos la frenaban como un muro de hormigón.

Se acostó preguntándose qué estaría pensando Evan. Cualquiera en su lugar haría preguntas, exigiría una respuesta a sus cambios de humor. En cambio, él se limitaba a aceptar su opinión y esperar que fuese ella quien decidiese contárselo.

Dio vueltas en la cama, presa del remolino de sensaciones que Evan levantaba en ella, incluso sin estar presente. El sonido de su voz y el timbre de su risa la acompañaban en los días malos; a veces se encontraba deseosa de

hablar con él de cualquier cosa, ya fuera informarlo de sus avances en el trabajo o que había visto una fila de hormigas almacenando comida para el invierno.

Recordaba sus besos con nitidez, imponiéndose a las amargas visiones de las manos de Raúl y los labios de este. Se dijo a sí misma que estaba siendo injusta con él, pero también con ella y por tanto con los dos, y no le parecía bien darle tanta importancia al pasado cuando el presente parecía tan tentador.

Cuando miró el reloj y vio que solo habían pasado veintisiete minutos desde que se despidiera de Evan, ahogó un chillido de frustración contra la almohada. Sabiendo que estaría despierto, y antes siquiera de pararse a pensar en lo que hacía, se levantó y atravesó el pasillo contando los dieciséis pasos que había entre sus puertas.

Se veía luz por el quicio de la puerta, pero de todas formas tocó con suavidad, solo por si acaso. Le abrió con un pantalón de pijama de cuadros y una camiseta blanca de manga corta que dejaba traslucir a la perfección la magnificencia de su pecho.

El asombro era evidente en el rostro del escocés, que, por instinto, se hizo a un lado para dejarla pasar. Ella caminó hasta el centro de la habitación y se quedó de pie con los brazos a los lados del cuerpo, sintiéndose más expuesta que si no llevase ropa.

—¿Hay algo que quieras decirme, Elizabeth? —preguntó Evan, situándose junto a los pies de la cama.

—No. Bueno, sí, pero, en realidad, no voy a hacerlo.

El escocés alzó una ceja, pero no pronunció palabra alguna. Permanecieron en silencio, sosteniéndose la mirada. La de él reflejaba incomprensión, en la de ella brillaba la duda. Lis se mordió el labio y rompió el contacto visual con un suspiro.

Evan se acercó hasta ella y la abrazó con cuidado, como si fuese a romperse si apretaba más de la cuenta, igual que una copa de cristal. Ella se dejó abrazar y enterró la cabeza en el hombro de Evan.

Sin previo aviso, elevó la cara para besar la vena que latía con fuerza en el cuello de Evan, que se estremeció a su alrededor. Le besó la clavícula y mordisqueó el hueco que dejaba entre el cuello.

—Tal vez este sea un buen momento para quitarte la camiseta... —murmuró Lis contra su piel.

—¿Aún piensas en mis omóplatos? —preguntó con la voz quebrada de deseo.

—Solo en el izquierdo.

La cara de estupefacción del escocés provocó las risas de Lis, que se lanzó sobre él, colando las manos bajo la camiseta y luchando por sacarla por la cabeza de Evan, que no salía de su asombro. Este cedió a las acometidas feroces de la chica, alzando los brazos para facilitarle la tarea.

—No irás a estudiarme como a una estatua de mármol, ¿no? —preguntó cuando ella se colocó a su espalda.

—Por supuesto que no —negó con rotundidad—. A ti voy a estudiarte con los labios.

Y sin dar tiempo a Evan a responder, besó el hueco entre sus hombros provocándole un escalofrío que lo sacudió por completo. Lis estaba maravillada con el movimiento de los músculos debido a la respiración acelerada del *highlander*. Se atrevía a decir que era incluso más atractiva que su torso. Acarició cada línea, curva o recta de esa espalda. Rozó con tanta delicadeza el costado izquierdo que Evan se estremeció.

—Eres fascinante —dijo en un murmullo.

—Aún no puedo comprender esa fascinación —respondió él de forma entrecortada, tratando de ser inmune a las caricias de la muchacha para no asustarla.

—Yo tampoco. Hasta hoy, ninguna espalda de carne y hueso había sido tan... seductora.

Besó cada vertebra del escocés, que sentía como la sangre se le congelaba en las venas por los nervios. Lis lo hizo de una forma tan liviana como el aleteo de una mariposa, tan íntimo que a Evan se le encogió el corazón.

Con cada jadeo que escapaba de la garganta del *highlander*, los músculos se contraían, para deleite de la vista de Lis, que la desvió hasta el excelente trasero que se ocultaba bajo el pijama. Regresando a la parte superior de la espalda, se entretuvo en besar cada lunar y disfrutar de la tensión que generaba en el hombre, que luchaba con todas sus fuerzas por dejarla explorar sin miedo.

Esperó a que ella volviera a colocarse frente a él, pero la sintió ponerse de puntillas y clavarle las uñas en los hombros, para notar el aliento fresco de la muchacha junto al oído.

—No me importaría ver esos músculos trabajando en... horizontal.

Incapaz de aguantar por más tiempo la necesidad de besarla, se dio la vuelta y la levantó del suelo. Ella lo rodeó con las piernas y se dejó hacer. La tumbó sobre la cama y se colocó sobre ella, apoyado en los codos, pero con

acceso a todos y cada uno de los rincones del cuerpo tembloroso de la muchacha.

—No estés nerviosa, no voy a hacerte daño.

Hasta ese momento, Lis no había tenido problema, porque creía haber controlado la situación, pero sentir las piernas del escocés entre las suyas, y el peso de su cuerpo sobre ella, la estaban empujando al borde de un abismo del que no sabía salir. Inspiró hondo para calmar los nervios.

Por un instante, disfrutó de la exquisita tortura a la que Evan la sometía besándole el cuello, pero pronto se vio asaltada por su memoria, que decidió que era un buen momento para traer a su mente la brutalidad de Raúl, la urgencia, la exigencia y el dolor de la última vez que había tenido sexo. Trató de ignorar todas esas señales, pasar por alto los malos recuerdos, pero no pudo. Se quedó paralizada debajo del cuerpo del escocés, que lo notó al instante.

—Para, por favor.

Inmediatamente, Evan cesó su descenso por el pecho y levantó la cabeza para que sus miradas quedasen frente a frente. Lo único que había en sus ojos en ese momento era dolor, pérdida. Como si no supiese qué hacer, abrumada por sus caricias pero enterrada en el pasado.

—Lo siento.

—El problema...

—Raúl. Raúl es el problema —reconoció con un suspiro de amargura. Le había costado meses poder volver a pronunciar el nombre del cabrón que la había arruinado de tantas formas.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Me gustaría no tener que hablarlo. No ahora, al menos —expresó temblando.

Él mejor que nadie entendía la necesidad de respetar esa decisión de no querer hablar. Se lo había pedido a su madre tantas veces en su vida que había perdido la cuenta, y ella siempre lo respetó. No pudo hacer menos por Lis, que además parecía cada vez más angustiada.

—Cuando quieras —la tranquilizó.

La sonrisa agradecida que le regaló le dijo más que cualquier palabra que hubiera podido pronunciar en alto.

Permanecieron ahí, uno tumbado al lado del otro, Evan de lado y con una mano colocada sobre el hombro de Lis, acariciándola con las yemas de los dedos. Una vez recuperó el control, se giró para quedar frente a su cara y

engancharse a su mirada.

Compuso una sonrisa tierna y le besó la punta de la nariz.

—Gracias.

—Siempre, Elizabeth.

Siguieron mirándose, hasta que Evan desvió la vista para recorrer el cuerpo de Lis. Se detuvo en el antebrazo de la muchacha, que reposaba sobre la cama.

—Tengo curiosidad... ¿Por qué llevas un *awen* tatuado?

Ella se miró el tatuaje del que hablaba el escocés y lo rozó casi con devoción.

—Mi madre siempre estuvo interesada por saber más acerca de diferentes culturas. Sentía pasión por la celta, pero también por los vikingos, los romanos... Siempre había símbolos por todas partes en casa, pero cuando Amy tuvo edad para tatuarse sin que Víctor pusiera el grito en el cielo, que aun así lo puso, nos los hicimos. Amy una espiral diminuta y yo este *awen*. Por ella. Por mamá.

En ese instante, Lis recordó las palabras de la anciana de la tienda. No había vuelto a pensar en ellas, teniendo tantas otras cosas por resolver, pero, igual que la primera vez, algo se movió dentro de ella al recordar la leyenda y la premonición de la mujer de que ella estaba de camino a encontrar su propio *awen*.

—¿Qué le pasó a tu madre?

—Cáncer. Fulminante. Cuestión de meses. Nadie pudo hacer nada.

—Lo siento —dijo con auténtica tristeza. Extendió el brazo y acarició la mejilla de Lis.

—Yo también.

Pasaron minutos disfrutando del armonioso silencio, del contacto de piel con piel, perdidos en los ojos del otro. Lis, un poco nerviosa, quiso sincerarse con Evan, al menos una vez, al menos en una cosa.

—¿Sabes? El día que nos vimos por primera vez, conocí a otra persona antes. Una anciana que regentaba una tienda diminuta pero abarrotada, en el centro de Edimburgo. La misma donde compré el broche. No iba a llevármelo, pero la mujer insistió. Yo entré... bueno, entré porque tenía que entrar. Lo sentí. Cogí unas cuantas cosas para Nick y Víctor cuando la mujer me preguntó por el tatuaje.

Evan seguía la historia con sincero interés, se había incorporado y el músculo del cuello lucía tenso. Permanecía desnudo de cintura para arriba y

Lis pudo admirar todo el torso desnudo, firme, trabajado.

—Le dije lo mismo que a ti, pero ella me aclaró que no era solo eso. Que *awen* es el nombre que recibe el caldero de la leyenda de Ceridwen. Un caldero que rebosaba sabiduría e inspiración, el poder del cambio. Me aseguró que yo iba a encontrar el mío, mi cambio, mi fuente de sabiduría e inspiración, que no me diera miedo. Pero ahora que lo he recordado, tengo el mismo miedo que sentí al oír sus palabras. Las dijo con tanta convicción que te habría hecho dudar hasta del brillo de las estrellas. Una sensación indescriptible, como si cada célula de mi cuerpo me gritase que ella tenía razón.

—Era escocesa, claro que creía en sus palabras.

—Lo sé, pero el problema es que hizo que me las creyese yo. Y yo no me fío de esas cosas.

—Una escéptica, ¿eh? No sé en qué creéis en tu país, pero te voy a advertir una cosa de Escocia, y es que las leyendas son ciertas, Elizabeth.

Ella saltó desde la cama, encaramándose a la espalda desnuda del escocés y mordiéndole una oreja.

—¡Eres un idiota!

Evan se echó a reír y la agarró para ponerla frente a él, con sus piernas aún rodeándole las caderas. Consciente de la posición, Lis se sonrojó, pero un brillo travieso en los ojos grises de la muchacha le dijo a Evan que estaba decidiendo si bajarse.

La besó, atrapéndole el labio entre los dientes, y gimió cuando la sintió derretirse entre sus brazos. Estaba feliz de que ella comenzase a confiar en él lo suficiente para contarle algo más acerca de sí misma. La abrazó con más fuerza y descendió por su cuello hasta besarle la clavícula.

Él sí estaba convencido de la veracidad de las palabras de la anciana. Sabía que ella solo necesitaba un empujón para darse cuenta de que ella misma era su propio motor de cambio, su propia fuente de inspiración; solo necesitaba desprenderse de todos los miedos que le impedían mirar hacia delante para darse cuenta, porque no necesitaba nada más que a sí misma.

Paró de besarla y la miró a los ojos, prendado de esos dos inmensos pozos grises en los que deseaba ahogarse cada día, los dos pedazos de cielo en los que ansiaba volar y verla volar a ella, sin dudas ni temores.

Cuando los pies de Lis volvieron a tocar el suelo, apoyó la cabeza en el pecho de Evan, que latía con fuerza. Le acarició el cabello, feliz de poder estar abrazándola sin notarla tensa. El fresco aroma que emanaba de su piel

era tan embriagador que no pudo contener el impulso de acariciarla.

Lis se retiró con suavidad, rompiendo el contacto entre ellos y suspirando mientras se mordía el labio, algo nerviosa. Evan lo apresó con el pulgar para liberarlo del mordisco y le sonrió, provocando que las comisuras de Lis se estirasen hasta esbozar una tímida sonrisa.

—Evan... —comenzó.

—Está bien, Elizabeth —la frenó. Sabía que no quería hablar ni explicarse, y él no necesitaba saber nada más que la certeza de que poco a poco iba relajándose cuando estaba con él. Ya se lo explicaría cuando ella quisiera—. Entonces, ¿cómo son esas ruinas de tus sueños? Hay más de un castillo derruido por los alrededores.

—No estoy muy segura. La visión al principio era borrosa, pero, conforme pasa el tiempo, se aclara. Hay una construcción de la que no quedan más que un puñado de vigas y un montón de piedras. A un lado, hay una pila que en algún momento debió haber sido un torreón. La hierba a los pies aparece seca y, detrás, se vislumbra una arboleda, pero...

—¿Algún detalle que las haga diferentes a los cientos de edificios en ruinas que pueblan Escocia? —se burló el escocés.

Ella hizo un mohín y le sacó la lengua, hecho que provocó una sacudida dentro de los pantalones de Evan, que no dejaba de sonreírle. Lis volvió a fruncir el ceño para concentrarse, y él se limitó a deleitarse en observarla. Solía tocarse detrás de la oreja con frecuencia y, cuando veía que la había descubierto, fingía rascarse. Antes, habría pensado que era una tontería fijarse en esas cosas, pero ser consciente de conocer esos pequeños detalles de ella lo hacía sentir pletórico de felicidad.

—¡Sí! —gritó de pronto ella—. Estas últimas noches venía distinguiendo mejor el color de la piedra. No te rías, pero, en mis sueños, cambia el clima, y últimamente ha salido el sol y el brillo sobre la piedra arranca destellos de un tono bronceo un poco extraño. Ese ligero brillo es lo que me permitió distinguir en la pared de atrás una especie de dibujo, como un mosaico diminuto de estrellas.

Fue en ese preciso instante cuando una imagen irrumpió en su cabeza, sin avisar y sin anestesia. Había pasado en las ruinas de las estrellas mucho tiempo durante sus visitas a Gealach; Connor y él solían cabalgar hasta ahí con frecuencia. Quedaba claro que ella no podría ir a caballo, por motivos evidentes, pero podrían dejar el coche aparcado en otro punto cercano a la arboleda y caminar hasta el claro donde descansaban las rocas partidas y los

restos de lo que una vez fue un caserón.

—Creo que sé dónde se encuentran las ruinas de tus sueños.

A la mañana siguiente, estaban montados en el coche con una Lis histérica e incapaz de guardar silencio. Parloteaba sin parar, cantaba todas las canciones de la radio, aunque no se las supiera, y no podía ocultar una ancha sonrisa de ilusión que se le desbordaba por las mejillas.

—¿Hay que andar mucho desde el coche? Espero llegar sana y salva, ya he tenido varios accidentes en este país y del segundo todavía me estoy recuperando. Pero merecería la pena si consigo comprobar que esas ruinas son las mismas con las que llevo semanas soñando. Me cortaría un brazo por hallar una respuesta a este puñetero misterio de visiones y escalofríos.

Evan disfrutaba viéndola tan desinhibida, sin preocuparse de nada. Daba gusto, después de toparse con la muralla de protección que solía llevar a cuestas. La voz de los Smash Mouth inundó el coche, y Lis comenzó a chillar, porque a eso no podía llamársele cantar. Con cada berrido que daba ella, más latidos parecía saltarse el corazón de Evan. Lo notaba apretado en un puño, derramándose por entre los dedos, escapando a la cordura para volver a creer en el amor. Se sentía igual que un niño aprendiendo a montar en bicicleta; al principio había intentado ir despacio, sin forzarse, tanteando sus propios límites con leves caricias y conversaciones triviales. Sin embargo, una vez aprendió a pedalear, no supo frenar. No hicieron falta más que un par de arañazos a la superficie de hielo que recubría el alma de la muchacha para descubrir toda una galaxia de emociones que pugnaban por nacer. Y ahí se encontraba él ahora, observándola danzar dentro del coche, ilusionado y asustado por la inminente caída contra la realidad. Pero a veces, la realidad es distinta y puede regalarte un momento de efímera felicidad, de libertad total empañada por los sueños casi cumplidos, como un barco de papel que zarpa y un avión que despega para dejar atrás las dudas y llenarte por completo.

—No te lo he contado, pero Blaire me cayó fatal —comentó cuando terminó de darlo todo con *I Am a Believer*—. Es una mujer muy desagradable, hasta el punto de ser cruel. Lo dice todo como si no se diera cuenta, pero yo estoy segura de que sabe de sobra lo que está diciendo —siguió hablando, ajena al huracán que se había desplegado dentro del escocés, afortunado testigo del entusiasmo contagioso de Lis.

—Lo es. Cruel y despiadada. Es tan despreciable como... como Dolores

Umbridge —dijo sacudiendo la cabeza para deshacerse de todo rastro del romanticismo que lo inundaba.

—¿Has leído *Harry Potter*!?

—¿Hay alguien que no lo haya hecho?

—Supongo que no, pero no pensé que justo tú hubieses leído las aventuras del niño mago.

—A Isobel le encanta y no para de insistir en que Meg los lea. Me picó la curiosidad y los empecé. No me avergüenza reconocer que los devoré en menos de dos semanas. —Le dedicó una sonrisa torcida que desarmó cualquier comentario irónico que Lis fuese a decir y volvió a centrarse en la conducción.

—Eres increíble.

—Me lo dices tanto que voy a acabar creyéndomelo.

—No lo hagas. No eres para tanto. —Se rio Lis.

De repente, se calló por primera vez desde que había montado en el coche al ver que Evan tomaba un desvío en la carretera. Se asomó por la ventanilla y se empapó del paisaje, de la frescura que emanaban los árboles a su alrededor, del silencio de la naturaleza y la visión de verde sobre verde hasta desaparecer frente a ella. Le recordaba a los ojos de Evan, diferentes tonos de verde superpuestos hasta crear el esmeralda más intenso y profundo.

El escocés aparcó el coche a la sombra de un árbol, con una Lis tan nerviosa que no había vuelto a articular palabra. Ella llevaba la cámara de fotos y él la mochila con botellas de agua y un par de sándwiches. Ahora que se acercaba al posible lugar que llevaba causándole pesadillas tantos días, se sentía incapaz de hablar. Intentaba no tropezar con nada, ya fuese una roca o sus propias ilusiones. Cabía la posibilidad de que no fuesen las mismas ruinas; al fin y al cabo, Evan no las había visto como ella e iban casi a ciegas, pero para Lis había sido un salvavidas en mitad de la tormenta.

Las pesadillas se habían intensificado desde la desaparición del broche. Las últimas noches apenas había podido dormir un par de horas seguidas sin despertarse entre gritos, sudando y con las sábanas pegadas al cuerpo. Tiritaba en la cama hasta recuperar la normalidad de su respiración y volver a quedarse dormida.

Por mucho que deseaba soñar con Evan, la señora de ojos azules y las ruinas eran lo único que recordaba al despertar y, a esas alturas, se encontraba tan cansada que las ojeras casi le rozaban la barbilla.

—Mira a la izquierda.

Ella lo hizo y se quedó muda cuando vio la escena que había frente a ella. Sintió como el corazón se le detuvo en mitad de un latido, paralizando con él la actividad pulmonar y cada una de las células de Lis, que se negaron a dar un paso por si desaparecían, como en sus sueños. Con paso trémulo, obligó a su cerebro a reaccionar y hacer que las piernas se movieran hacia delante, tan solo para comprobar que no iba a despertarse si se acercaba.

Cada piedra estaba en su lugar, igual que en su visión. El torreón derruido, con la pila de rocas amontonadas al pie, y la luz del sol incidiendo con fuerza sobre los restos de la vivienda. Estaba tan nerviosa que había dejado de oír el canto de los pájaros para solo escuchar el ritmo desacompañado de su respiración. Casi olvidó la presencia de Evan, pero algo en su instinto le decía que él estaba justo detrás de ella, apoyándola sin necesidad de hacerse notar.

Le agradeció que no le preguntase. Siguió caminando, con un poco más de seguridad al ver que las piedras no se esfumaban ante sus ojos, y alcanzó los restos de piedra. Igual que lo que ella había visto tantas veces, solo quedaban rocas, desgastadas por el paso del tiempo y la humedad de las Tierras Altas. Se preguntó cuánto habría vivido esa casa antes de quedar reducida a un montón de escombros, pero algo en su interior le decía que mucho más de lo que ella podría imaginar.

Extendió la mano con miedo a estar inmersa en otro sueño, pero no podía ser una alucinación; en ella siempre estaba sola y en ese momento sentía a Evan cerca, a pesar de no verlo.

Cuando tocó la roca, fue como sentir el hogar filtrarse a través de ella, una sensación de familiaridad y pertenencia, de esas que sientes solo cuando estás cómodo con alguien y puedes ser tú mismo, como si estuviera destinada a encontrar ese lugar, y todas las respuestas que nunca obtuvo estuviesen sepultadas bajo el puñado de rocas que descansaba en el claro. La calidez se instaló en su pecho y las lágrimas le resbalaron por las mejillas antes de que pudiera darse cuenta.

—Es aquí —murmuró, tan bajito que dudó que Evan la hubiese escuchado.

Trepó por una montaña de piedras y se asomó al pie del torreón. No le resultó difícil imaginar a las personas que una vez habitaron lo que ahora eran esas ruinas. Vio a la muchacha asomada a la ventana, a la pareja que toma el té en el salón, al servicio, siempre al cuidado de que todo esté impecable.

Evan se sentó al pie de las ruinas con la espalda apoyada en una roca, siguiendo con la mirada a Lis, que exploraba extasiada cada rincón. No había encontrado ni rastro del brillo al pie del torreón que protagonizaba las

pesadillas de las últimas noches, pero había hallado el lugar y el mosaico de estrellas estaba ahí; carcomido por la humedad y apenas visible, pero estaba ahí. Se fijó en el tono negro que había pasado por alto en sus visiones, había zonas que parecían haber sido quemadas, carbonizadas hasta ennegrecer la piedra durante tantos años. Deseó que a partir de ese momento pudiese dormir tranquila.

El alivio y la ilusión combatían por dominar las sensaciones de Lis. Pero un rastro de temor enturbiaba su felicidad. Seguía sin saber nada del broche ni de su paradero, por lo que ahora no sabía por dónde seguir buscando.

Sin embargo, eso no la preocupaba en ese instante. Podía parecer extraño, pero se sentía como en casa, incluso mejor. Entre esas piedras se sentía segura, igual que si estuviera enterrada bajo una tonelada de mantas en invierno, frente a la chimenea, con una taza de chocolate caliente y un buen cuenco de palomitas. No podía explicar con palabras lo que sentía, pero era como si sus raíces estuvieran ancladas bajo el montón de rocas e intentasen hablarle.

Se acercó a Evan con paso vacilante y se sentó frente a él. Permanecieron en silencio, sin hallar palabras para expresarse.

—Es... raro —dijo Lis al cabo del tiempo—. Pero me siento como si una pequeña parte de mi alma hubiese encontrado su lugar en el mundo. Como si perteneciese aquí y todo este tiempo hubiera estado intentando decírmelo.

—Eso no suena a argumento de persona escéptica.

—Lo sé, pero es que no puedo explicarlo. Me siento atraída por este puñado de piedras, me hacen sentir fuerte; no poderosa, no. Simplemente fuerte, capaz, como hacía tiempo que no me sentía.

—No sé cómo tomarme eso —bromeó el escocés.

La risa fresca de Lis resonó en las rocas que los rodeaba, retumbando a lo largo y ancho de todo el claro.

—Gracias.

A pesar de no estar seguro de a qué se refería, asintió y le regaló una sonrisa torcida que removió más sentimientos dentro de Lis. Él percibió que iba a decir algo, pero, al verla callar, tomó la palabra:

—Eres increíble, Elizabeth. Y yo sí te lo digo para que te lo creas. Tienes una fuerza extraordinaria, eres una mujer valiente e independiente que ha luchado siempre por lo que ha querido hasta el final. Eres divertida e ingeniosa. Joder, eres maravillosa, y eso no te lo han dicho un par de piedras, Elizabeth. Eso lo has sido tú. Siempre.

Ella le sonrió de la forma más tierna que Evan jamás pudo imaginar, ablandando aún más el corazón maltrecho del escocés. Estaba seducido por los ojos de Lis, tan expresivos que a veces creía poder vislumbrar el alma de la muchacha, pero se sentía cautivado por su sonrisa. Era como contemplar un eclipse a plena vista, glorioso. Se esforzó por memorizar las arruguitas que se le formaban en las comisuras de los labios, el brillo dulce en el gris más atrayente que había visto nunca, el sonrojo en las mejillas. Verla sonreír era pura magia.

—Hacía años que conocía a Raúl —comenzó a hablar, pillando a Evan desprevenido—. Habíamos coincidido en varias ocasiones y, en una de esas, empezamos a hablar. No era el típico tío chulito, tampoco era tímido, solo que no le gustaba destacar ni hablaba si no tenía algo que decir. Empezamos a quedar a solas y, un día, acabamos liándonos. Desde el principio aclaramos que nada de sentimientos. Éramos dos amigos que a veces tenían sexo.

Evan sentía como el dolor asomaba a las pupilas de la muchacha, que se humedecieron. Tenía el cuerpo en tensión y, aunque quiso abrazarla, permaneció sentado enfrente. Sabía que lo que iba a contarle no podía ser agradable, no después de haberla visto aterrorizada entre sus brazos por haberla besado, pero no estaba preparado para lo que vino a continuación.

—La última vez que quedamos, fuimos a su apartamento. Me dijo que sabía que no debía, que rompía con lo pactado, pero que no pudo evitarlo. Para él se había convertido en algo más que sexo, ahora hablaba de sentimientos y amor. Como pude, le expliqué que yo no podía corresponderlo. Que no había nada malo en él, le dije cuando empezó a enfadarse, pero de todas maneras no se lo tomó bien. Me golpeó la cabeza y me lanzó sobre la cama —para ese momento, las lágrimas le resbalaban por las mejillas a toda velocidad—. No pude hacer nada, Evan. Luché hasta quedarme sin aliento, pero él no paraba de insultarme a gritos, que cómo podía ser tan estúpida de rechazar a un hombre como él. Cerré con fuerza los ojos, en un intento por dejar de sentir sus sucias manos sobre mi cuerpo, pero fue inútil. Él era más fuerte que yo y estaba enfadado. Ignoró mi dolor, le dio igual cuánto gritase. Acabé golpeándolo con la lámpara de la mesita de noche. Salí corriendo en cuanto pude y nunca más volví a verlo.

A Evan le ardía todo el cuerpo por la urgencia de abrazarla, pero no lo hizo. Ella necesitaba espacio, y él iba a respetarla aunque le costase su propia vida. Las lágrimas todavía se deslizaban en silencio hasta perderse en el cuello de Lis.

Evan lloraba de ira. Se sentía impotente por no poder hacer nada por ella, por todas las que como Lis eran víctimas de abusos de personas que se creían con derecho a todo, dejando una herida permanente a su paso. Porque las cicatrices del alma no sanaban con tanta facilidad.

Esperó quieto a su lado, con el latido punzante de dolor en la mano por haber golpeado una roca y el corazón destrozado, más que las ruinas a sus espaldas. No era capaz de imaginar lo que Lis debía de haber pasado, lo que pasaba cada vez que él la tocaba.

—He estado dos años sin apenas hacer más que sobrevivir. Dejé de salir con mis amigos, de tener interés, incluso dejé de sonreír. Amy estaba tan preocupada que organizó un viaje a Portugal, pero es que yo no tenía ganas de sentir. Ni de vivir. No podía. Fue como si me apagase. Si eso era el amor, yo no lo quería.

Lis se limpió las lágrimas y alzó la cabeza. Le sonrió con amargura, pero, cuando vio los ojos del escocés vidriosos por las lágrimas, algo se encogió dentro de ella. Él levantó la mano y atrapó la suya entre sus dedos, dejando a la vista la sangre en los nudillos.

—¡Estás sangrando!

—No te preocupes. No es nada. Estoy bien.

Con cuidado, enjugó una lágrima de la mejilla de Lis, que tembló sin apartarse.

—Pero tú... Ese maldito cabronazo merece todo lo malo que pueda pasarle. Si de mí dependiese, lo enterraría vivo bajo una capa de quince metros de hormigón. —Rechinó los dientes.

—Quise hacerlo. Pero el daño estaba hecho y yo acabaría presa. No era un buen plan.

—¿Por qué no denunciaste?

—Porque fui una imbécil.

Transcurrieron unos segundos en silencio que a Evan le parecieron eternos, pero ella volvió a hablar:

—Me asusté—reconoció—. No quería volver a verlo jamás, no quería revivir lo sucedido. Además, él es hijo de un rico empresario de Madrid. No se lo conté a nadie, ni siquiera a mi familia. Empecé a ir a terapia, pero seguí callada. Callé porque nadie me iba a creer, pero ahora soy consciente de que debí pelear —susurró encharcada en lágrimas de nuevo.

Evan la abrazó con tanta suavidad que Lis temió estallar entre sus brazos como una pompa de jabón, romperse en mil pedazos de los que le costaría

años recomponerse.

Inspiró el familiar aroma del escocés y se deleitó en la fragancia a tierra mojada y madera. Respiró hondo, ahogando la ansiedad y volviendo a acorralar el miedo en el pequeño rincón de su mente que nunca visitaba.

—Elizabeth. Yo...

—Shh —lo interrumpió, colocando un dedo sobre sus labios para sellarlos —. Lo sé.

Permanecieron en silencio, sentados juntos sobre las rocas, las ruinas y cenizas que representaban las almas de ambos, torturadas, olvidadas. Hasta ese momento, hasta que alguien las encontró, las apreció y vio cómo eran de verdad. Hermosas, aun estando rotas.

Porque de los pedazos rotos también se crece. Y a veces, más fuerte.

El sol había iniciado su descenso hacia el horizonte cuando se levantaron. Hicieron el camino al coche en silencio, ella consumida por los recuerdos, asustada por lo que le había hecho sentir compartirlo con alguien más. Él, enfadado por la atrocidad que Lis se había visto obligada a vivir.

—¿En qué piensas? —inquirió ella cuando llevaban un rato andando.

—¿En qué voy a pensar? —inquirió él en tono arisco—. Lo siento, no quería ser tan brusco, es solo que me arde la sangre.

—Te entiendo. Ahí comprobé que el amor duele. Literalmente.

—Ese gilipollas no te quería, Elizabeth.

—Lo sé, ahora sé que nadie haría algo así a quien dice querer. Pero espero que entiendas...

—¿Bromeas? Me sorprende que no me hayas dado una paliza antes.

Se detuvieron, y ella quedó frente a él, que le tomó la barbilla para buscar entre el cielo de sus ojos el brillo que ansiaba volver a ver y que no volviera a apagarse más.

—No soy capaz de imaginar lo que has tenido que pasar. Pero sí puedo asegurarte que jamás te obligaré a hacer nada que no quieras. Esperaré todo el tiempo que necesites; incluso cuando creas estar segura, seguiré esperando hasta que no tengas ninguna duda. Porque quiero que te sientas libre de elegir, que seas tú la que escoja estar conmigo, de la forma que sea. A mí me gusta la Elizabeth fuerte y segura, la que he ido conociendo estas semanas. Me fascina la chica que come chocolate como si bebiese agua, la que ríe a carcajadas inundando la habitación con su sonido. Adoro ver el cielo en tu mirada y la luna en tu sonrisa. Me encanta la mujer que besa el hocico de Shrek y se preocupa por Meg, la que se roza el tatuaje cuando está nerviosa y me clava las uñas en la espalda cuando me besa porque le fascinan mis omóplatos. La misma Elizabeth que me mandó a la mierda nada más conocernos. Por ella, por ti, esperaría mil años y toda la eternidad.

Por enésima vez a lo largo del día, Lis volvió a dejar caer las lágrimas. Sin contenerlas, las dejó correr por su rostro, bañándolo todo, arrastrando parte del dolor que guardaba en silencio desde hacía tanto tiempo y que ahora se derramaba por las grietas de su alma. Se refugió en el cálido abrazo del escocés y lloró. Por ella, por lo que pasó, por lo que perdió. Lloró por lo que

estaba empezando a recuperar.

—Tengo miedo —susurró contra su hombro.

—Yo también. Dejé de creer en el amor hace tanto tiempo que ni me acuerdo —dijo Evan acariciándole la mejilla con la yema de los dedos, poniendo en palabras todos los temores que amenazaban la cordura de Lis—. Creo que dejé de hacerlo cuando vi a mi madre llorar por Patrick cada día durante toda mi infancia, sentí el amor muriéndose poco a poco dentro de mí. Cuando cumplí los seis años, decidí que ella iba a ser la única mujer en mi vida. No estaba dispuesto a darle a nadie más el poder de quebrarme de esa forma. Incluso hoy, ahora, me aterra la posibilidad de ahogarme en ese sentimiento, de perderlo todo, incluido a mí mismo, pero trato de luchar contra el miedo, porque me asusta más la posibilidad de no sentir nada.

—No luches. Hay personas que no estamos destinadas a enamorarnos.

—Pero lo hacemos. Amas a tu familia, un lugar, incluso lo que no puedes tocar. Tú amas el arte, a mí me apasiona la cocina. Te enamoras de un instante, de una sonrisa, del mar o de la vida.

—Nada de eso puede hacerte daño.

—Es posible, pero no puedes disfrutar de la alegría sin haber vivido el dolor, no sabe igual. La felicidad no es permanente, pero el sufrimiento tampoco. No temas cometer errores, Elizabeth, teme no aprender nada de ellos.

Sonrió al reconocer las palabras de Caitriona. Ella tenía razón, Evan tan solo esperaba el momento para dejar caer las barreras erigidas alrededor de su corazón y entregar todos los pedacitos que lo componían. No sabía si haría falta un tanque o un soplo de viento, pero no cabía duda de que él deseaba destruirlas todas.

—El sexo es fácil, la pasión es cómoda, pero el amor... el amor es arriesgar, es apostar todo a un solo número, Elizabeth.

—Es bailar bajo la lluvia.

—A mí ya no me importa mojarme.

Sin saber qué responder a eso, Lis reanudó el paso y casi iba corriendo cuando alcanzó el coche. Se sentía liberada por haber compartido su carga con alguien que no fuera su psicóloga. A pesar de llevar meses yendo a terapia, no se había enfrentado a la posibilidad real de volver a sentir hasta conocer a Evan, y ahora era tan auténtica y abrumadora que no podía enfrentarlo tan deprisa.

Se sentó en el asiento del copiloto y subió los pies al salpicadero,

exhausta. La montaña rusa emocional había caído en picado, los descubrimientos y confesiones iban asentándose en su estómago y tomando forma dentro de ella.

Evan se dio cuenta de que se había quedado dormida cuando notó que dejaba de mirarlo. Lis le parecía una mujer sublime, pero había algo en lo que ella estaba equivocada. No había un solo rastro de debilidad en toda ella, sino fortaleza. Aun teniendo el alma rota y la voluntad despedazada, había sido capaz de luchar por volver a sonreír. No muchos lo lograban, se ahogaban en los resentimientos, regodeándose en su propia amargura, rendidos al hecho de sobrevivir.

Empezó a dudar de si lo que sentía por esa mujer era solo admiración. Anhelaba su presencia cuando no estaba, soñaba con ella casi cada noche, extrañaba su contacto más que cualquier otra cosa, y poner en palabras lo que su corazón llevaba gritándole desde que sus miradas se cruzaran por primera vez había sido revelador. No creer en el amor no lo iba a salvar de caer en sus garras.

La vio arrugar la nariz y sonreír en sueños y sintió como su pecho se agrandaba para dar cabida a un intenso sentimiento dentro de él. La calidez se adueñaba de su razón, tentándolo a seguir el impulso de dejarse llevar y enamorarse de ella, sin importarle las consecuencias. Sin embargo, lo rechazó sin contemplaciones. Era demasiado doloroso saber que el amor no tenía cabida entre ellos dos.

Aparcó frente a la casa después de recorrer varios kilómetros más para no despertarla y acarició el rostro sosegado de Lis mientras susurraba su nombre. Ella frunció el ceño y entreabrió los ojos. Con una sonrisa perezosa, se incorporó en el asiento.

—¿Cuándo hemos llegado? —preguntó, mirando el reloj en el salpicadero y notando que casi era de noche.

—Hace unos minutos.

—Pero tardamos mucho menos en ir. —Calculó con los dedos la diferencia de tiempo y le dedicó una mirada interrogativa.

—No quería despertarte.

—¡Evan McLean! ¿Has estado horas conduciendo con una mano rota solo para no despertarme?

—No está rota —protestó él, mirándose la sangre seca de los nudillos.

—No tendrías que haberlo hecho, pero... gracias —antes de que pudiera replicar, continuó hablando—. Deberías curarte esa mano, yo puedo vendarla.

—Claro que puedes. Lo extraño sería que no lo hicieses, dada tu tendencia a caer al suelo.

Lis lo fulminó con la mirada y se bajó del coche. Tamborileaba con los dedos sobre los brazos cruzados, esperando que el escocés la imitase y también se bajase cuando Rhona los sobresaltó desde la ventana.

—¿Dónde habéis estado todo el día?

Lis giró en redondo y le respondió a gritos:

—De senderismo. ¿Ha pasado algo?

Evan y ella se encaminaron a la casa y entraron al recibidor, donde los esperaba la mujer. Era imposible que supiera de dónde venían o lo que había pasado entre ellos, pero Lis prefirió no encontrarse con los inquisitivos ojos de Rhona y bajó la cabeza.

—No, pero estaba preocupada. —Abrazó a Lis y le indicó que se sentase a la mesa. Era evidente que no iba a dejarlos subir la escalera sin cenar.

Estaba regañando a Evan por desaparecer todo el día sin avisar y llegar tan tarde cuando chilló, haciendo que Lis se diese la vuelta tan rápido que un calambre le sacudió las cervicales.

—¿¡Y esa mano!?

—Me golpeé con una roca.

—¿Cuántas veces? Hay que limpiarla y vendarla ahora mismo. Y encima has conducido así, pero ¿es que no ves que está hinchada y amoratada? Eres un inconsciente, ¿podría haber ocurrido una tragedia!

—¿Cómo sabes que he conducido yo y no Elizabeth?

—Porque ella no sabe conducir —resolvió Rhona desde el pasillo donde estaba gritando a Colin que preparase algo caliente de comer. Agarró al enorme escocés del brazo y, como si tuviera siete años, lo sacó del comedor mientras él protestaba que no era nada grave.

Lis se rio y se acomodó en la silla para esperar a Colin, pero no tuvo que hacerlo mucho tiempo. El hombre apareció en pocos minutos con un plato rebosante de lasaña, dos tazones con sopa y dos trozos de tarta de manzana por los que Lis exhaló un suspiro de placer.

Tomó asiento frente a ella y sirvió cerveza en dos jarras.

—*Slainte!* —dijo al chocar su jarra con la de ella—. Bueno, ¿dónde habéis ido?

—Evan me llevó a conocer la construcción en ruinas que hay a pocos kilómetros de aquí.

—Ah, sí. Connor y él solían cabalgar a menudo hasta ella, ¿te contó la

historia?

—¿¡Hay una historia!?! —gritó Lis casi escupiendo la cucharada de sopa que se había llevado a los labios.

—Estamos en Escocia. Por supuesto que hay una historia. —Puso los ojos en blanco y siguió hablando—. Hace más de cien años, en esa casa ocurrió una tragedia. El único hijo de la familia se enamoró de la doncella de su madre, y ya te imaginarás lo que eso implicaba. Cuando su padre murió y heredó todo lo que la familia poseía, su madre montó en cólera. Ninguna mujerzuela aprovechada iba a quedarse con todo lo que su marido había conseguido, y su hijo era un insensato por no darse cuenta de las intenciones de la chica. Él no la escuchó, siguió adelante con su plan de boda y encerró a su madre en el torreón la noche anterior a la ceremonia.

—¿Se casaron?

—No. La mañana del enlace, encontraron el cuerpo del novio en el suelo de su habitación. Había sido apuñalado ocho veces.

Lis ahogó un grito y se tapó la boca con las manos.

—Pocas horas después, su madre se tiró del torreón y murió en el acto. Acusaron a la doncella de haberla empujado, por lo que la ejecutaron por asesinato el día de su boda y vestida de novia. La golpearon, humillaron y, más tarde, la desnudaron para enterrarla boca abajo junto a un árbol a espaldas de la casa.

—Pero...

—No termina ahí. Esa noche hubo una tormenta. Un rayo alcanzó las caballerizas, que prendieron en el acto. Sacaron a los animales corriendo y no se dieron cuenta de que el fuego estaba extendiéndose hacia la casa. Cuando los pocos sirvientes que quedaban se dieron cuenta, ya era tarde. La casa ardió hasta los cimientos, dejando los restos que hoy aún perduran.

—Es increíble.

—Y todo es cierto.

En ese momento, entraron Evan y Rhona en el comedor, aún discutiendo por la temeridad del escocés de conducir con la mano en ese estado. Evan se sentó a su lado y atacó el plato de lasaña que Lis ni siquiera había probado todavía, abstraída por la leyenda que Colin acababa de contarle.

Cuando pudo reaccionar, ya quedaba menos de medio plato. Evan se paró con el tenedor a centímetros de la boca abierta y la miró de reojo. Se encontró con una Lis que lo miraba desafiante.

Él desvió el tenedor de su boca y se lo ofreció a Lis, que se lo metió en la

suya sin vacilar. Evan rompió a reír y movió el plato con lo que quedaba de lasaña para dejarlo delante de Lis, mientras Colin salía riendo del comedor para subir otro plato y el resto de la tarta.

—Puedo perdonarte la lasaña, pero no se te ocurra tocar la tarta de manzana —lo amenazó con el tenedor y siguió comiendo.

—Hoy ha venido la tía Gwen —informó Rhona.

Evan alzó las cejas, invitándola a seguir hablando.

—Ha traído invitaciones para su fiesta anual —concluyó, exasperada de que ninguno de los dos se prestase a la conversación con el entusiasmo que ella esperaba.

—¿Por qué no las ha enviado, como todos los años?

—Quería ver los avances de Lis con la colección. La he informado de que has hecho un trabajo estupendo y casi has terminado.

—Sí, bueno... Espero poder realizar un informe final esta semana y trasladarme con ella lo más pronto posible —confirmó la aludida, un poco avergonzada.

—¡Genial! Justo a tiempo para la fiesta. Será el próximo sábado en casa de Gwen.

—Oh, pero yo no sé si debería ir a esa fiesta.

—¡Tonterías! Claro que irás, va a ser fantástica. Gwen siempre ha tenido una asombrosa habilidad para organizar grandes eventos.

Lis se sonrojó por la efusividad de la mujer, pero sonrió, feliz de que la incluyesen en los planes.

—Le hubiera gustado poder estar en el cumpleaños de Meg, pero estuvo enferma y no pudo venir, por eso ahora quiere organizar una velada espectacular —explicó Rhona entusiasmada.

Lis acabó de comerse la tarta de manzana y bostezó, gesto que no pasó inadvertido a nadie.

—Bueno, es más que evidente que habéis tenido un día larguísimo, será mejor que os vayáis a dormir. ¡Vamos, vamos! —Los empujó a salir y se quedó con Colin apurando lo que había sobrado de pastel, que no era mucho.

En el pasillo, Lis los escuchó comentar con tono soñador las ganas que tenían de la fiesta de Gwen. Vendrían Connor y sus hijos, y Blaire no estaba invitada, por lo que esa fiesta sí que sería maravillosa hasta el final.

Llegaron a la puerta del cuarto verde y Evan se detuvo.

—¿Te duele mucho? —preguntó Lis, tomando la mano magullada del escocés.

—Apenas lo noto.

Sin pararse a pensar, Lis depositó un beso sobre el vendaje y le sonrió.

—Espero que el insomnio te dé una tregua esta noche, te has ganado un buen descanso.

—No te preocupes, estoy acostumbrado, pero tú sí te mereces dormir bien. Al menos una noche al año —le regaló una media sonrisa que Lis consideró demasiado *sexy* y se inclinó para besarla en la frente—, pero si no lo consigues... dieciséis pasos.

—Buenas noches, Evan.

—Que descanses, Elizabeth.

El domingo por la mañana, Lis bajó tarde a desayunar. Había dormido casi doce horas sin despertarse, sin pesadillas, sin sudores fríos. Se sentía tranquila y feliz.

Estaba rebuscando en la nevera para ver si había quedado zumo, cuando una voz a sus espaldas la sobresaltó, provocando que se le cayese la jarra al suelo y estallara en mil pedazos.

—Tenía tantas ganas de conocerte, Elizabeth.

—¡Joder!

La mujer rompió a reír a carcajadas.

—Oh, mierda, lo siento. Es solo que no esperaba encontrar a nadie aquí a estas horas —se excusó la joven mientras empapaba el zumo con un trapo.

—No pasa nada. Soy Gwendolyn, pero, por favor, llámame tía Gwen. —Le dedicó una sonrisa amable y se agachó para ayudarla a recoger cristales.

—No se moleste, ya lo hago yo.

La mujer volvió a sentarse a la mesa y le señaló una fuente con bollos que Lis no había visto al entrar.

—Gracias —murmuró avergonzada.

Terminó de recoger los cristales rotos, se lavó las manos y se sentó al lado de tía Gwen.

—¿Por qué quería conocerme? —preguntó, antes de llevarse un bollito a la boca.

A Lis le pareció ver un rastro de sorpresa en la expresión de la mujer, pero había sido tan rápido que no estuvo segura.

—Rhona me ha hablado mucho de ti. Me contó cómo le hablaste a Blaire. Habría pagado por ver la cara de esa arpía —dijo riendo.

Azorada, Lis siguió masticando y cambió de tema. Le habló de la colección y la acompañó a la galería cuando terminó de desayunar, para que pudiera verlo por sí misma.

—¿Sabes quién es esa mujer? —le preguntó cuando Lis le mostró el retrato de la señora perturbadora que llevaba el broche prendido al pecho.

—No. No he sido capaz de averiguarlo. ¿Lo sabe usted?

La vacilación en Gwen hizo que Lis pensase que sabía algo, pero se recompuso con rapidez, dibujó una tierna sonrisa y negó con la cabeza,

apagando la titilante llama de ilusión que había prendido en su garganta.

—No, lo siento.

—No se preocupe. Empiezo a pensar que nunca sabré quién es ella o de quién es ese broche.

—Lo harás, *a leannan*. Solo que aún no.

El corazón de Lis pareció reconocer sus palabras, porque se paró y reanudó la marcha a un ritmo desenfrenado. Ese «aún no» se le clavó en el estómago hasta bajarle a los pies y avivar la chispa de esperanza que había prendido en ella cuando visitó las ruinas. La verdad es que no sabía qué esperaba de la visita a ese lugar, pero esa extraña conexión, esa peculiar sensación de hogar, de familiaridad, había llenado de calor cada rincón de su cuerpo, y ahora se intensificaba hasta que se acordó de que había perdido la joya.

—Supongo que primero tendría que ser capaz de recuperar el broche y... lo perdí hace días.

Un gesto que Lis no supo identificar cruzó los ojos de tía Gwen, pero se recuperó tan rápido que no estaba segura. Cuando volvió a mirarla, sonreía con dulzura y se acercó hasta colocar una mano sobre el hombro de Lis.

—No lo necesitas para saber quién eres.

Tía Gwen salió de la galería silbando una alegre melodía. Lis reconocía la canción, era la cancioncilla que su madre le tataba cada noche antes de dormir.

Intentó desprenderse de las ideas tan surrealistas que habían comenzado a anidar en su cabeza y abandonó la galería con una extraña sensación en el pecho. Había algo en todo eso que la implicaba a ella de alguna forma. Las dudas de tía Gwen, el broche, el retrato, las ruinas... incluso la leyenda. Pero... ¿qué?

El domingo se pasó muy rápido. Meg había conseguido enseñar a Shrek a sentarse y estaba eufórica. El que no estaba tan contento era el cachorro, que parecía estar aburrido de estar sentado y no dejaba de menear la cola. Isobel se apiadó de él y le indicó a su hija que se lo llevase a jugar un rato. Lis habría jurado ver la felicidad reflejada en la cara del animal, que arrugó el hocico casi formando una sonrisa canina.

—Al final, tendré que llevármelo a mi casa. Creo que ese era el plan

inicial de mi hermano —exhaló un suspiro impaciente y se giró hacia Lis—. Por cierto, ¿dónde está?

—Salió a cabalgar.

—¿Y no te llevó con él?

—Dios, no. Soy incapaz de mantenerme sentada en un caballo más tiempo del que dura un pestañeo.

Le recordó a Isobel entre risas lo que había ocurrido con *Danno*, su tranquilo y manso caballo, que la había tirado al suelo por una zanahoria. Ahora era capaz de reírse de eso. Pocos días atrás no habría podido, pero ya apenas sentía dolor.

Siguieron hablando de caballos durante un rato, hasta que Lis cambió de tema.

—¿Has podido averiguar algo del retrato?

—Nada que no supiera ya. Las mismas historias que ya conocía sobre la autora, E. J. McLean. No he encontrado nada nuevo, lo lamento.

—No te preocupes, quizá no esté documentado o... tal vez no sea nadie importante. —Se encogió de hombros y clavó los ojos grises, del color del hielo ese día, en la extensión de árboles que rodeaba la casa.

—Nos quedan sitios por mirar, no te preocupes. Acabaremos por encontrarla.

Lis suspiró y asintió, poco convencida.

El silencio volvió a caer sobre ellas, en un manto cálido y comfortable que Isobel se encargó de romper con las palabras que Lis menos esperaba:

—A mi hermano le gustas. Y es lo mejor que podía pasarle.

—¿Qué?

—Yo sé lo que es el amor. En todos los aspectos. No recuerdo un solo día en que no estuviera enamorada de Sean. Desde el primer momento, supe que sería el hombre de mi vida. Sí, sé que es raro, no suele ser así, pero a mí me ocurrió. Evan nunca ha tenido nada parecido. Mi madre lo odia. Mi padre lo aprecia, sí, pero a su manera. Yo lo adoro, es cierto, pero él nunca se sentía cómodo en esta casa, prefería quedarse con Caitriona en la ciudad siempre que podía, se centró en el trabajo y amuralló su corazón.

»Meg me dijo el otro día que se sentía feliz de poder ver a su tío Evan cada vez que venía a Gealach, que lo echaba mucho de menos, pero que este verano estaba ahí siempre que llegaba a la casa. Si viene tan a menudo, es por ti, Lis. Y solo por verlo sonreír así, disfrutando sin preocuparse de quién hay en la casa, te voy a estar siempre agradecida.

—Isobel, yo... no puedo quedarme.

—Lo sé, pero tampoco te vayas a causa de él. Tú también mereces ser feliz.

Se levantó y se acercó a su hija y a Shrek, dejando a Lis sola y con más cosas en que pensar.

Había estado contemplando la posibilidad de quedarse unos días más en Escocia y explorar la relación que tenía con Evan, pero, después de lo ocurrido el día anterior en las ruinas y de lo que había dicho Isobel, empezaba a dudar de si era una buena idea. Si no iba a poder quedarse al final, ¿por qué alargar la despedida?

No iba a ser fácil, había sido un verano maravilloso para ella, mucho más de lo que había esperado cuando aterrizó en Edimburgo, pero, cuanto más tiempo transcurriese, peor sería para todos y más daño causaría. Ya se había hecho a la idea de que iba a sufrir, pero creía que estaba en su mano escoger cuánto, y si era ella quien se iba a tiempo, estaba segura de que el impacto sería menor que quedarse y esperar la ruina total.

Deshizo el pellizco que se le había creado en la garganta y resolvió seguir trabajando en el informe final para David y dejar esa decisión para cuando hubiese acabado con todo el trabajo.

Caminaba por el pasillo en dirección a la galería cuando le sonó el móvil.

—¡Nick! ¿Ya no tienes que salir a tirar el pan y comprar la basura? —inquirió molesta por la última excusa que le había dado cuando le propuso hablar por Skype mientras aún estaba en la cama.

—No. ¿Ya has podido levantarte de la cama y mover ese precioso culito en dirección a tu *highlander*?

—Sí, he podido, idiota.

—¿Entonces ya sí puedes hacer cosas de mayores en posturas incómodas con un escocés impresionante?

—No. No está Amy por ahí, ¿verdad?

—Claro que no. Si estuviese, llevaría varios minutos gritándote que espabilases.

—Eres insufrible, Nicolás.

—Venga, sí. Insúltame. Desata tu frustración sexual con el pobre novio de tu hermana.

—¿Cuándo has pasado de ser mi mejor amigo al novio de mi hermana?

—Eso no viene al caso. Lo importante es que en poco tiempo volverás a España y me gustaría que lo hicieras con un recuerdo feliz y muchos detalles

que contar, no arrepintiéndote de no haber hecho lo que en realidad querías y sin haberte tirado al escocés.

—Nick, te voy a colgar —lo informó, exasperada.

—Hazlo. Pero no te olvides de ponerte los calcetines de flores con los de estrellas. Es una combinación irresistible, con Amy funcionó, ya sabes.

Colgó antes de que él siguiera hablando y entró en la galería. Estaba planteándose seriamente no volver a hablar con nadie, para evitar conversaciones incómodas y tener que meditar sobre cosas en las que no quería pensar, cuando oyó un carraspeo desde dentro de la habitación.

—¡Joder! —gritó, casi tirando una estatua que había dejado junto a la puerta.

Juraría que tía Gwen quería provocarle un infarto. Las risas de la anciana resonaron en el espacio de la galería. Se acercó a la mujer, que examinaba un paisaje de un lago en otoño, con las hojas bailando en el agua al ritmo de la brisa. El autor había captado a la perfección la tranquilidad que transmitía el paisaje.

—Este es precioso.

—Lo fue y lo sigue siendo para tener casi cuatrocientos años. La composición de colores es una maravilla y el estado de la obra, excepcional.

—Rhona tenía razón. Has hecho un gran trabajo —la felicitó Gwen con sinceridad.

—Muchísimas gracias. Significa mucho para mí.

—En mi casa quedan algunas obras, pero ya has acabado con casi todo. El sábado he organizado una pequeña fiesta a la que espero que puedas venir.

—Será un placer —confirmó Lis, mientras desenchufaba el portátil para llevárselo al dormitorio.

—Sí que lo será. Tómate esta semana libre, podrás continuar con el trabajo el próximo lunes, después de la fiesta.

—¿Qué? No, no. Yo pensaba trasladarme a su casa el martes y avanzar estos días —rechazó la sugerencia con una sacudida de la mano y fue a seguir hablando cuando la mujer la interrumpió.

—No vas a poder. Estamos organizándolo todo y hay mucho ruido. Además, te mereces un descanso. Tú y tus costillas, dales un respiro.

—Pero yo... —comenzó, avergonzada de que Gwen supiera de su altercado con el caballo.

—Pero nada. Te quedarás aquí y vendrás el viernes con los demás.

—Bueno... —concedió Lis entre dientes.

Fue a añadir argumentos sobre por qué debía irse el martes, pero tía Gwen ya se había ido. Ella consideraba que ya había descansado suficiente los días que se había pasado en la cama, en reposo. Sin embargo, era la tía Gwen quien mandaba y si a ella no le urgía terminar con la tasación, ella no iba a empeñarse. Ahora tendría que buscar alguna actividad que hacer esa semana para evitar pensar en Evan. Quizá probase de nuevo a montar a caballo.

El viernes por la mañana ya se sostenía sobre *Danno*. Todavía no galopaba, a duras penas trotaba, pero ya era capaz de mantener el equilibrio varios minutos a paso lento y siempre que Connor llevase las riendas. La otra opción que había sopesado era aprender a conducir, pero hacerlo con el volante al contrario lo veía un poco inútil para cuando regresase a España, así que acabó decantándose por retomar la equitación.

Había pagado un precio por el milagro de aprender ese arte en forma de agujetas. Le temblaban las piernas cuando desmontaba y le costaba recuperar el pie y la sensibilidad después de estar tanto tiempo en tensión para evitar la caída. Había logrado su objetivo de no pensar en sentimientos ni broches durante unos días, cosa que había sido más fácil sin Evan por allí, siempre pendiente de ella. Lo que ya no sabía era si lo hacía por temor a que volviese a caer o si solo estaba esperando que sucediese de nuevo. Una urgencia en el restaurante reclamó su presencia en la ciudad y había quedado en regresar el fin de semana, hecho que alegró a Lis más de lo que esperaba después de haber experimentado la sensación de echarlo de menos durante su reposo.

Pero esa mañana, sabiendo que iba a verlo en unas horas, lo que había permanecido dormido se había despertado con la fuerza de un huracán, provocándola, tentándola a seguir siendo una necia que se negaba lo que sentía.

Porque Evan la hacía sentir segura. La hacía reír y no preocuparse. Que le gustaba estar con él era indiscutible. Era lo máximo que se había permitido admitir hasta ese momento. Profundizar en el hormigueo que notaba en la piel cuando la rozaba por accidente, o a veces de manera intencionada, o el fuego que prendía en su interior cada vez que la llamaba Elizabeth.

Tenía claro que nunca iba a olvidar la fatídica tarde del ocho de julio en que Raúl la había arruinado de muchas formas, pero podía elegir seguir adelante. No había sido un camino fácil. Le había costado muchas semanas atreverse a dar el paso de ir a terapia, le había costado muchas sesiones poner en palabras los recuerdos, casi le costaba la vida pensar en sexo, pero Evan la hacía querer intentarlo. No solo el sexo, también quería experimentar sentimientos, acercarse a las emociones que había vislumbrado que podía llegar a sentir a su lado. Nick tenía razón, no podía regresar a España con

dudas y arrepentida de ni siquiera intentarlo.

Llegaron a casa de tía Gwen a última hora de la tarde. Evan no llegaría hasta la mañana siguiente por un nuevo problema en el restaurante y porque intentaba convencer a Caitriona de que lo acompañase a la fiesta, según le había confesado Isobel.

—Mañana nos vamos de compras —informó la mujer una vez estuvieron todos sentados a la mesa para cenar.

Lis alzó la mirada de su plato. Nadie le había dicho que tendría que ir de compras, pero a lo mejor no se refería a ella. Tenía un bonito vestido negro en la maleta que le parecía perfecto para una fiesta. Bajó la vista de nuevo al delicioso salmón que había en su plato y continuó comiendo, tratando de pasar desapercibida.

—¿Quién va de compras? —preguntó Colin, con el mismo miedo que sentía Lis reflejado en la voz.

—Todo el que quiera venir y Lis. Lo siento, pero tú no tienes opción a negarte. —Se encogió de hombros con una disculpa en los ojos.

Colin emitió un suspiro de alivio y continuó comiendo como si nada.

—¿Qué hay que comprar?

—¡Vestidos!

Lis tragó la bola de salmón asado con dificultad y pestañeó.

—Ah, entonces no es necesario. Ya tengo uno.

—Te creo. Pero necesitas uno para esta noche, y yo otro, porque me dejé la maleta en casa. Has acabado el trabajo, date un capricho y vayámonos de compras —exclamó con entusiasmo.

—No me gusta ir de compras.

Colin, Rhona y tía Gwen observaban la conversación como en un partido de tenis, girando la cabeza cada vez que una de las dos hablaba. Pero todos sabían que el partido iba a perderlo Lis.

—Bueno, pues entonces no compres, nos ayudas a Meg y a mí a elegir.

—Isobel...

—¡Sí! ¡Porfa, porfa! —gritaba la niña de excitación.

—Está bien. Iremos de compras —se rindió con las manos levantadas.

—¡Yupi!

A media tarde del sábado, Lis estaba parada frente al espejo. Había sucumbido al entusiasmo de Meg e Isobel y se había comprado un vestido. Era largo y de un intenso azul noche, con una hilera de piedras enmarcándole la espalda desnuda. Le realizaba la cintura con sutileza y caía hasta el suelo haciendo ondas a su alrededor.

Con las agujetas que tenía, no se vio capaz de subirse a unos tacones, por lo que llevaba las únicas sandalias que había traído a Escocia, unas planas y desgastadas, pero eso no la hacía sentirse menos radiante.

Estaba buscando unos pendientes cuando tocaron a la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Claro, pasa —respondió Lis a Isobel, que estaba radiante con un vestido vaporoso en tonos lilas—. Estás fabulosa, Isobel.

—Mira quién fue a hablar.

Isobel entró en la habitación y se paró detrás de ella, que estaba rebuscando en su joyero.

—Te he traído una cosa.

Lis dejó de buscar y se dio la vuelta despacio, hasta que su mirada quedó suspendida en el pequeño estuche que Isobel llevaba en las manos.

—Oh, no. No es necesario, Isobel.

—Eran de mi abuela —dijo ella sin hacerle caso, mientras abría la cajita—. He pensado que irían bien con ese vestido.

—Isobel, son... son preciosos, pero yo...

—Tonterías —la silenció la escocesa, cogiendo los pendientes de su estuche y depositándolos en la mano de Lis.

Los pequeños zafiros se iluminaban bajo la luz del atardecer, emitiendo destellos azules por toda la habitación. Eran magníficos. Cuando se los puso y comprobó que sí eran perfectos para ese vestido, no pudo hacer más que sonreír. De hecho, era el vestido el que combinaba con los pendientes.

—Muchísimas gracias, Isobel. Te los devolveré al final de la noche —prometió Lis mientras seguía embobada mirándolos en el espejo.

Isobel asintió y se acercó para retocarle una horquilla que se le había soltado.

—Lis, sé que te irás en unos días, pero... me encantaría que pudiéramos ser amigas.

Lis se giró rápidamente para quedar frente a ella con cara de incredulidad.

—Yo ya te considero mi amiga, Isobel.

—Me alegra saberlo, porque me caes demasiado bien para despedirnos tan pronto.

Lis correspondió a su sonrisa y la abrazó. No era dada a las muestras de cariño, pero se sintió reconfortada en ese gesto. Lo que había dicho era cierto. No lo había esperado al llegar a las Highlands unas semanas atrás, pero había encontrado mucho más que un trabajo ese verano. Había encontrado amistad, refugio, cariño... incluso creía haber encontrado una parte de sí misma que creía perdida para siempre.

—Gracias, de verdad. Por todo.

—Oh, vamos. Son solo unos pendientes. —Isobel le guiñó un ojo y terminó de retocarle el peinado entre risas.

Salieron de la habitación y bajaron por la interminable escalera siguiendo el sonido de voces en el salón. Cuando entró, no pudo evitar gritar por la sorpresa, haciendo que muchos de los presentes se girasen hacia ella. Se llevó las manos a la boca y ahogó otro grito cuando localizó a Evan.

No sabía si se habían puesto de acuerdo o si la formalidad del evento requería vestir el traje de gala, pero todos los hombres de Gealach iban ataviados con el clásico *kilt* escocés. Connor y Colin estaban increíbles, pero Evan... Evan estaba imponente. Ahora entendía la fascinación de su hermana por los *highlanders*.

Lucía el *kilt* con orgullo, acompañado de una fina camisa blanca, el broche que sujetaba el manto alrededor de su cuerpo y el *sporran* en la cintura. Había superado con creces todas las expectativas que Lis tenía de los *highlanders*, así como a cualquier pantalón de chándal, por mucho que le gustasen. No había visto nunca a un hombre más atractivo que Evan esa noche.

Se acercó al grupo de personas en el que se encontraba él, que la tomó de la mano para besársela, sorprendiéndola por segunda vez en pocos minutos.

—Estás preciosa esta noche, Elizabeth.

—Dios, no. Tú sí estás alucinante. Los tres lo estáis. Es... guau —dijo casi sin aliento.

—Estás perfecta —insistió el escocés.

—Lis, me encantaría presentarte a mi pareja, Matt —intervino Connor, señalando al hombre detrás de él.

Hasta ese momento, Lis no había reparado en él, pero le dedicó una sonrisa amable y extendió la mano para estrechársela. Era alto y desgarbado, con unos ojos verdes preciosos y una colección de pecas regándole el rostro.

Además, era evidente lo mucho que amaba a Connor solo con ver cómo lo miraba. Le cayó bien de inmediato.

—Es un placer.

—El placer es mío. —Matt la obsequió con una mirada divertida.

—¿Bailarás conmigo? —preguntó Connor.

—¿Estás seguro de que quieres bailar conmigo sabiendo lo patosa que soy?

—Quizá él no quiera, pero yo sí —dijo Evan, que había aparecido con dos copas de champán.

Ella se sonrojó y tomó una de las copas. Estaba en mitad de una interesante conversación con Matt, quien también adoraba la fotografía, cuando la música empezó a sonar.

—Nos vemos luego —se despidió, mientras Evan la arrastraba al centro del salón.

—Tengo agujetas, no seas muy bruto.

—Es un vals, ¿cómo voy a serlo? —bromeó, colocando la mano en la cintura de ella, que se estremeció al sentir el contacto sobre la piel desnuda—. ¿Por qué tienes agujetas? —preguntó para cambiar de tema e ignorar los estremecimientos de placer que sacudían a la muchacha.

—Connor está enseñándome a montar a caballo —respondió tratando de seguir los pasos.

—¿En serio? Ahora entiendo el porqué de sus ojeras. Darte clases de equitación quitaría el sueño a cualquiera.

—Eres muy gracioso, ¿no?

La sonrisa torcida que le regaló el escocés le rozó el alma. No ayudaba que esa noche estuviera más atractivo que nunca. Ni que su enorme mano abarcara toda la cintura de la muchacha. Ni que el tono de su voz fuera tan excitante y sugerente como su risa ronca.

Carraspeó para aclararse la voz y que no sonase temblorosa cuando volvió a hablar:

—¿Has conseguido que Cait venga contigo?

—No. Decía que esta noche tenía clase de música y no podía faltar.

Lis enarcó una ceja, sin creerse la excusa que había puesto para no acudir a la fiesta. Evan suspiró con resignación y negó con la cabeza.

—Ahí donde la ves, tan amable y simpática, es más cabezota que cualquier persona que haya conocido nunca.

Lis rio y se separó de él cuando acabó la canción para dirigirse con paso

firme a la mesa de comida que habían puesto a un lado del salón. Probó un pastelito de limón que resultó estar delicioso, por lo que llenó un plato y se lo llevó a la terraza para tomar el aire. Evan la siguió con otro plato a rebosar de minisándwiches.

—Gwen tenía razón. La fiesta es espectacular y, además, estos pastelitos están increíbles, ¿no quieres uno?

Él negó con la cabeza, y Lis atacó otro antes de sentarse en un banco de los que habían colocado en el jardín con motivo de la celebración. La luna arrancaba destellos a los ojos de grises de la muchacha, resplandecientes de felicidad esa noche.

—Antes lo decía en serio.

—¿El qué?

—Estás preciosa —aseveró con firmeza.

—Es solo un vestido —repuso ella con un movimiento de la mano.

—Es verdad, un vestido extraordinario, permítame decir. Pero yo me refiero a ti.

Lis alzó una ceja, pues no podía hablar con la boca llena. Tragó el pastelillo y dejó el plato a un lado.

—Brillas, Elizabeth. Emites tu propia luz, iluminas la oscuridad más profunda, igual que una estrella.

—Evan, por favor —empezó a decir, sintiéndose incómoda por las palabras del *highlander*. La incomodaban porque sabía que las decía con sinceridad, no por quedar bien, sino porque las sentía.

Él negó con la cabeza y la silenció con una mirada. No necesitaba oír la decir que no podía enamorarse y que no iban a hablar de sentimientos, no quería sufrir ese golpe de nuevo, porque para él ya era tarde. No estaba seguro del momento exacto, ni siquiera sabía con certeza si era amor lo que le quemaba el corazón, pero para él era algo nuevo que arrasaba con todo. Y para su sorpresa, lo hacía feliz sentirse así.

Percibió la caricia de los dedos finos de Lis en la pierna desnuda, enviando un ramalazo de placer a cada una de sus terminaciones nerviosas y la agarró para detenerla, pero ella continuó su ascenso, lento pero confiado.

—Elizabeth... —gimió el escocés.

Ella buscó con la mirada la confirmación en la cara de Evan, y el deseo y anhelo que encontró le dio la razón.

—Mmm... —fue todo lo que él pudo pronunciar, concentrado en el tacto de la muchacha tan cerca de la entrepierna.

Se inclinó hacia ella y la besó, perdiéndose en sus labios. Lis le correspondió el beso y lo rodeó con el brazo libre, enredando los dedos en el cabello oscuro de Evan.

Unos pasos apresurados hicieron que sacase la mano de debajo del manto y se recolocase en el banco. Segundos después, Iain y Sam aparecieron en el jardín, buscando un escondite con la mirada, para que Meg no los encontrase.

—Tal vez podríamos ir a otro sitio —propuso Lis con la respiración entrecortada y las mejillas enfebrecidas.

—¿Estás segura?

Ella se levantó y lo empujó a él a imitarla como respuesta.

Se internaron en la casa intentando no ser vistos. Subieron la escalera en silencio y entraron en el dormitorio que le habían asignado a Evan.

Lis pensaba estar preparada para seguir adelante, pero verse allí, con la puerta cerrada y las sábanas revueltas de la cama sin hacer, trajo recuerdos a su memoria que la bloquearon, paralizándola junto al poste de madera. Sentía el corazón acelerado, en un intento por salirse del pecho y huir de la habitación.

—Elizabeth, no tenemos por qué seguir.

Ella respiraba hondo mientras luchaba por expulsar las imágenes de Raúl de su cabeza. Se había prometido a sí misma que lo intentaría, pero estando tan cerca, las fuerzas flaqueaban y los recuerdos eran demasiado intensos. Evan se sentó a los pies de la cama, frente a ella, y Lis buscó la seguridad que siempre encontraba en los ojos verdes del escocés. Él no era Raúl.

—Ven aquí —escuchó que le decía.

Ella se sentó en la cama a su lado y unió la mirada con la de él, extendió la mano y la posó sobre el rostro de Evan. Se mordió el labio y dudó.

—Podemos tumbarnos y dormir —propuso él.

—No tengo sueño —contestó con una risa nerviosa.

—Yo tampoco.

Volvieron a quedarse en silencio. Lis advirtió como el latido irregular de Evan se calmaba en la vena que traslucía en su cuello y supo que, de verdad, él no era Raúl. Hasta ese momento, Evan la había respetado siempre y estaba convencida de que pararía en el instante en que ella se lo pidiera. Incluso si no lo hacía.

Cogió el rostro dubitativo del escocés y lo besó con ternura, poniendo en ese beso todo lo que no podía expresar en palabras. Él la atrapó entre sus brazos y la puso de pie, rastreando la duda en su mirada.

—Estoy bien —le aseguró—. No tenemos que parar.

Él asintió y se colocó a su espalda, mordisqueándole el cuello desnudo y dejando un rastro de besos por la espalda. Le delineó la ligera curva del omóplato con la lengua y sonrió cuando se estremeció.

—Tenías razón, es una zona muy... sensual.

Lis echó la cabeza atrás con un jadeo. Sentía como él trazaba líneas en la

piel, uniendo los lunares en un mapa estelar que deseaba tatuarse a fuego y que no se borrara jamás.

Cuando notó que la cremallera del vestido descendía, se puso nerviosa. Con cada diente que se soltaba, Evan se detenía y ella asentía, instándolo a continuar. Percibía las manos del escocés en todas partes, explorando su cuerpo con tanta libertad como un escultor moldea su obra. Cuando el vestido cayó al suelo, Lis se dio la vuelta y atrapó el broche que sujetaba el *kilt* al cuerpo del escocés. Al soltarlo, el manto cayó al suelo junto al vestido. Lis agarró la camisa de Evan y, sin dejar de mirarlo a los ojos, desabrochó cada botón hasta que, con un movimiento de hombros, aterrizó sobre el *kilt*.

No había nada entre ellos excepto piel sudorosa y dos cuerpos anhelantes de encontrarse. Desconcertada, comprobó que no se sentía violenta, que verlo desnudo le parecía tan natural como la nieve en invierno. Sin embargo, lo que más la sorprendió fue sentirse hermosa delante del escocés, que la admiraba seducido y sonrojado. Tenía las pupilas dilatadas y, ahí, ella se dio cuenta de la intimidad entre ellos, haciéndolo todo todavía más real.

De repente, se sintió expuesta, vulnerable. La inseguridad se abrió paso por la expresión de Evan debido a las dudas de Lis, pensando que seguir adelante sería como entregar una parte de él que, hasta ese instante, había permanecido oculta.

—¿Estás segura? —preguntó otra vez.

Una deliciosa tirantez en la parte baja de su vientre tomó la iniciativa, besó a Evan y lo arrastró a la cama, hasta quedar sentada sobre él. No estaba segura de poder soportar estar debajo, atrapada entre sus brazos, por lo que, ante la duda, se tumbó sobre su pecho y, con el codo clavado en el colchón, mordió el labio del escocés e inició su particular recorrido de caricias por el pecho desnudo, deteniéndose en la clavícula, en el abdomen, besando cada centímetro hasta el estómago, dibujando las líneas de su vientre mientras la piel se le erizaba.

Regresó a los labios entreabiertos de Evan y se tumbó sobre él, piel contra piel, cada uno respirando el aliento del otro en un segundo que le pareció eterno. El ambiente se espesó a su alrededor, el aroma de la anticipación, los nervios descontrolados. Un beso se confundía con el anterior, cada vez más intensos, avivando la pasión entre ellos. Los dedos de Evan la recorrían de arriba abajo, provocándole espasmos, a veces de inquietud, que ella silenciaba enredándose en sus ojos. A Lis le temblaban las manos, pero ignoró la punzada de ansiedad en el pecho cuando escuchó el gruñido de placer del

escocés. Eso era lo que estaba bien, cada beso le recordaba que había esperanza, que podía elegir. Y elegía confiar en él. Ella le transmitía esa confianza, abandonada a las caricias, leves pero firmes, que él prodigaba a lo largo de todo su cuerpo.

Los dientes de Evan la arañaban tras la oreja, los gemidos reverberaban dentro de ella, haciéndola vibrar. Las yemas de sus dedos le recorrían la espalda, clavándole las uñas en el trasero. Lis vio la pregunta de Evan en su cara y, por toda respuesta, sonrió contra la comisura del escocés y empezó a descender sobre él, con los nervios a flor de piel y temblorosa pero dispuesta a continuar.

Los jadeos acompasados de ambos se sucedían mientras ella no paraba de susurrar el nombre de Evan contra sus labios. Imprimió un ritmo lento y delicado a sus caderas mientras notaba como él le daba todo el control. Evan se incorporó, y Lis lo rodeó con las piernas, mientras él le besaba los pechos expuestos frente a su boca. Sus manos vagaban por su espalda hasta enredársele en el pelo, que se le había soltado y caía a su alrededor. Consciente del roce, de los mordiscos, de la sinfonía de gemidos y suspiros que flotaba en la habitación, estaba tan excitada que, cuando él la acompañó en sus embestidas, perdió todo el control que había ganado y estalló a su alrededor, como pompas contra el techo de la habitación, descontroladas, llenándolo todo de color.

Sus ojos del color del cielo se zambulleron en la mirada del escocés, impregnada de deseo. Verla de ese modo, confiada y liberada, con las mejillas teñidas de rubor, era lo más hermoso que había contemplado nunca. No tardó en seguirla, provocando que una tormenta de emociones explotase dentro de ella, que se dejó caer exhausta sobre el pecho agitado de Evan.

Él continuó acariciándola con ternura, mientras ella recuperaba el aliento. La intimidad que habían compartido había sido reparadora para ella. Una tirita para su alma, que temblaba de emoción por verse sacudida de nuevo. Se sintió vulnerable a la conexión que había entre ellos, entre sus almas, unidas por el roce de la piel y el ritmo acompasado de sus latidos, pero siguió abrazándolo con fuerza.

No habían dicho nada, no era necesario. Ambos habían escuchado todo lo que no se había pronunciado.

Lis se despertó al notar movimiento debajo de su cuerpo. Evan dormía plácidamente y se quedó mirándolo, embebiéndose de cada detalle. La noche había sido mágica, él había sido mágico. Acarició el pecho desnudo del escocés y se tumbó de nuevo sobre él.

—Buenos días —dijo él con una sonrisa perezosa.

—Buenos días.

—Hmm... Estás desnuda —observó él, recorriéndola con la mirada.

—Supongo que ya no me disgusta tanto... —Rio ella mientras lo besaba.

Apoyó la cabeza en el hombro de Evan y alzó la cabeza para mirarlo a la cara. Estaba incluso más guapo que la noche anterior con el *kilt*. El destello en los ojos verdes, el sonrojo de su rostro, la piel suave y resplandeciente, el cabello oscuro revuelto cayéndole sobre la frente y una media sonrisa arrebatadora.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó, recordando su problema de insomnio.

—Demasiado bien —reconoció él—. Pero tú no has tenido pesadillas, quizá deberías haber venido a mi habitación antes, habríamos resuelto muchos problemas.

Le besó la punta de la nariz mientras le acariciaba el cabello, desparramado sobre el colchón. Ella rio y se incorporó sobre un codo.

—Sigues siendo un arrogante.

—Eso nunca va a cambiar, Elizabeth —repuso él con su característica sonrisa torcida—. ¿Cómo te sientes?

Lis percibió el temblor en la voz de Evan y pudo ver el temor en su postura tensa. Se estiró para poner su rostro sobre el suyo y contestó:

—No lo sé... Mejor de lo que imaginaba —confesó—. No sabría explicarlo con palabras, pero es como si al fin pudiese respirar.

Evan la abrazó y no dijo nada más durante un rato, hasta que ella se levantó, se hizo una coleta y caminó hasta el baño para abrir el grifo de la ducha.

—¿Vienes? —le preguntó desde la puerta.

Como respuesta, él se levantó corriendo, la cogió en brazos y cerró la puerta del baño detrás de ellos, dispuesto a contemplar la belleza de Lis bajo una cascada de agua caliente antes de que ella desapareciese ante sus ojos.

Estaban desayunando en el jardín cuando salió Isobel y se sentó con ellos.

—Anoche os largasteis.

—Buenos días a ti también, hermanita.

—Sí, sí, buenos días. Anoche desaparecisteis —repitió, mientras untaba de mantequilla la tostada—. A mí me parece bien, al menos no fue en el pasillo.

—¡Isobel!

Ella se encogió de hombros y siguió con su tarea. Lis se sonrojó, pero una risita escapó de entre sus dientes. No podía ocultar que se encontraba feliz, no por el hecho de haber estado con Evan, más por ella misma y porque él no la veía como a una muchacha rota, sino como a la mujer fuerte que era. Y así se lo hacía creer a ella.

De todos modos, Isobel había estado esperándolo. Cuando estaban comprando vestidos y se probó el azul, lo primero que dijo fue: «Estás arrebatadora. A Evan le va a encantar». Sacudió la cabeza y sonrió mientras Evan y su hermana discutían. Meg había salido a desayunar y se había sentado en el regazo de su tío, mientras devoraba un plato con tortitas.

—Bueno, ¿cuándo salimos para Gealach?

—Después de comer.

—Tú te quedas, ¿no, Lis? —preguntó Isobel.

—Sí. El viernes ya me vine con la maleta y todas mis cosas.

Evan dejó de comer. Lis comprendió que él no había caído en que ella se quedaba, pero era cierto que ya había terminado el trabajo en Gealach y debía examinar las obras que quedaban en la casa de tía Gwen. Buscó su mirada y le ofreció una disculpa reflejada en los ojos grises. Ella creyó vislumbrar un atisbo de diversión en los suyos, pero lo dejó pasar y siguió desayunando.

—¿Cuándo vuelas a España?

—No lo sé, no he sacado el billete, porque no estaba segura de cuánto tiempo iba llevarme el trabajo.

—¿Podrías quedarte unos días? Me gustaría llevarte a recorrer las Tierras Altas.

—Evan, eso sería estupendo —dijo, aunque dudaba de que fuera la mejor decisión. A pesar de habérselo planteado ella también unos días antes, ya no estaba tan segura.

—Claro que sí. Haremos que merezca la pena —la animó él, con el color de las copas de los árboles reflejado en las pupilas.

Ella compuso una sonrisa reconfortante y asintió; tal vez no hubiese ningún problema en disfrutar unos días más con él. No podía estar tan mal permitirse alargar un poquito más lo que fuese que había nacido entre ellos.

—Volveré a recogerte el sábado, ¿crees que habrás acabado el trabajo para entonces? —preguntó ilusionado.

—Eso creo...

Evan sonrió y la abrazó, besándole la frente para ir descendiendo hasta depositar un suave beso sobre los labios de la mujer.

—Tengo que volver ya —comunicó con la frente pegada a la de ella.

Ella asintió, deseando que se quedase más tiempo, una hora, un día, toda la semana, toda la vida. Pero sabía que no podía ser. Lo entretuvo con abrazos y caricias, rendida a la tentación que suponían sus besos, pero que se fuese era inevitable. A las ocho de la tarde, lo vio abandonar la propiedad en coche.

Estuvo toda la semana trabajando sin descanso, con el propósito de tenerlo todo listo para cuando Evan llegase el fin de semana. La mañana del reencuentro, Lis bajó a desayunar en pijama, agotada por la intensa noche encerrada en el estudio con las obras de arte.

—Buenos días, Elizabeth —la saludó tía Gwen una vez se había bebido medio café.

—Buenos días.

—Pareces cansada, ¿no duermes bien? —preguntó la anciana con preocupación.

—He estado trabajando —explicó Lis mientras bostezaba.

No quedaba café, por lo que se sirvió un vaso de zumo de naranja y devoró con avidez varios bollos de mantequilla. Tía Gwen parecía disfrutar viéndola comer, pues no dejaba de sonreírle sin razón.

—Hoy terminaré el informe final. Es una gran colección, quizá no sea muy valiosa a nivel económico, pero es preciosa y con alta carga sentimental. Puede sentirse orgullosa.

—Lo estoy —aseguró tía Gwen—. Hay pinturas excepcionales entre las obras de la colección, me alegra que hayas podido apreciarlas. ¿Qué tal tu estancia en Escocia?

—Intensa —suspiró Lis— pero maravillosa. Jamás habría esperado llevarme tantas cosas.

Y era cierto. Cuando había aterrizado, más de un mes atrás, nunca imaginó que ese viaje le iba a dar tanto, profesional y personalmente.

Gwen le dedicó una mirada elocuente, puesto que ambas sabían que había disfrutado de algo más que del paisaje escocés. Incómoda, Lis se levantó para sacar un tarro de galletas de la alacena y volvió a sentarse.

—¿Vas a quedarte? —preguntó la mujer sin rodeos.

—No lo sé. No creo que sea... adecuado.

—Te has ganado la oportunidad de descubrirlo.

Lis negó con la cabeza y se metió una galleta en la boca, paladeando el chocolate y saboreándola satisfecha. Tía Gwen no podía entenderlo, pero ella sabía qué iba a pasar si se quedaba, y no era una perspectiva muy atrayente. Pasaría unos días con Evan y volvería a España, tenía que entregar el informe a David y tenía un viaje planeado con Amy para principios de septiembre. Además, no quería promesas, las promesas rompían corazones y le había costado mucho proteger el suyo para perderlo de nuevo.

—Es demasiado arriesgado.

—Ay, niña, una vida sin sobresaltos ni riesgos no merece la pena ser vivida. Para poder ganar, primero hay que apostar.

—Hace mucho que dejé de querer ganar —suspiró resignada y abandonó la galleta en el plato.

—Pero aún te hace ilusión la posibilidad de hacerlo —le dijo la mujer con la sabiduría reflejada en las arruguitas de los ojos y el brillo cálido en la mirada—. Nunca pierdas la esperanza, cielo.

Era cierto que todavía conservaba una grieta de esperanza, que anhelaba poder confiar en Evan y poder arriesgarlo todo. Pero era demasiado peligroso. No podía volver a perder. Otra vez no.

Entró en su habitación y se tiró sobre la cama, con las dudas bullendo en su cabeza. Ya no tenía fuerzas para seguir negándose que sentía algo más por Evan que atracción. Se pasaba las semanas esperando que llegasen los viernes para volver a verlo, buscaba la sonrisa torcida del escocés en una habitación llena de gente, quería contarle cosas que nunca había querido decir a nadie. Se había permitido gozar de la efímera sensación de seguridad que le daba, pero no podía refugiarse en él para siempre. No era justo para él. No podía quererlo.

Se dio la vuelta en el colchón y clavó la mirada en el techo. Con un suspiro, reconoció que sentía la necesidad de saberlo todo sobre Evan, de ser ella quien derribase los muros de los que le había hablado Cait. El hormigueo que notaba en el pecho cada vez que él sonreía no le había pasado antes, y eso la aterraba, porque implicaba mucho más de lo que estaba dispuesta a darle.

Sin embargo, era cierto que le apetecía muchísimo estar unos días con él por las Highlands, rastrear en el paisaje un verde que se acercase al tono de sus ojos, con los que parecía ver dentro de ella. Por otro lado, dar alas a los sentimientos que florecían en su alma era un peligro, se le agolpaban en la garganta, triturando la escasa sensatez que conservaba respecto a él.

Era posible que Gwen tuviese razón y se mereciese la oportunidad de averiguarlo, que Nick y Amy la matasen al volver sin haberse arriesgado, pero ella no era capaz de manejar las emociones, no quería ver el dolor en Evan, no quería sufrir otra vez. El miedo se sobrepuso a todas las emociones y la empujó a tomar una decisión irracional. Una que no tendría vuelta atrás, la que implicaba las consecuencias que creía menos dolorosas.

No podía quedarse.

No podía hacerlo si quería seguir conservando el juicio. Quedarse significaría aceptar todas esas emociones, dejarse enredar por ellas y enamorarse de Evan hasta lo más profundo de su alma. Si es que no lo había hecho ya.

Tenía que irse. Y tenía que ser ahora que estaba a tiempo, antes de que todo fuese más difícil. Recogió las pocas cosas que había sacado de la maleta esa semana y la cerró con fuerza.

Estaba huyendo y era consciente. Se arrepentía incluso antes de salir corriendo. Sabía que Evan no se merecía lo que estaba a punto de hacer, pero

no estaba preparada para el amor, no después de estar tantos años rechazándolo. Se dijo que era lo mejor, que estaba a tiempo de evitar el peligro y el sufrimiento, de volver a sentirse abandonada. Porque él la dejaría cuando descubriese todo el dolor que vivía en su alma y la carcomía, porque él no necesitaba ser testigo de eso. Decía que la esperaría, pero al final se cansaría y se iría.

Echó un último vistazo por la habitación y lamentó irse sin el broche, pero seguía sin haber señales de él, y Lis no podía esperar. Evan llegaría en cuestión de horas y no se sentía capaz de enfrentarse a él, pues sabía que acabaría quedándose, y entonces sí sería demasiado doloroso.

Cogió papel y escribió una nota de despedida, pero, más que decir adiós, lo único que fue capaz de escribir fue «lo siento». Con lágrimas empañándole la vista, dejó la nota sobre la cama y salió de la habitación.

No sabía si su corazón se recuperaría de ese golpe, pero estaba convencida de que, si se quedaba, acabaría destrozado sin posibilidad de poder repararlo.

—¿Te marchas? —la sobresaltó tía Gwen al pie de la escalera.

Incapaz de pronunciar una palabra, asintió con las mejillas húmedas por las lágrimas. No quería hablar, solo quería irse y volver a levantar las defensas que hasta ese momento le habían funcionado bien.

—Espero que sepas lo que haces.

Eso fue todo lo que dijo Gwen antes de darle la espalda y desaparecer por el pasillo que conducía a la cocina. Lis se preguntó si realmente sabía lo que hacía.

Cuando salió de la casa, se encontró un coche y a un chico esperándola. Gwen debía de haber pedido que alguien la llevase al aeropuerto. No tenía billete de vuelta, ni siquiera sabía si habría un avión a España ese día, pero ya pensaría qué hacer cuando se bajase del coche.

Había aterrizado en Edimburgo rebosante de ilusión por la oportunidad que se le presentaba en el trabajo y regresaba a casa ahogada en lágrimas y con la duda encogiéndole el corazón, estrujándose en un abrazo fuerte y firme. Hasta este parecía saber que estaba cometiendo el mayor error de su vida. Pensó en bajarse, en volver y disculparse con Evan, pero el rugido del motor al encenderse tomó la decisión por ella.

Quizá era lo mejor.

Aterrizó en Madrid a las once de la noche y cogió un taxi. Cuando entró en su casa, Víctor la sorprendió en pijama y con una sartén en la mano.

—¡Joder, qué susto!

—¡Susto el que me has dado tú! —gritó Víctor en susurros, para no despertar a Amy.

Dejó la sartén en la encimera y acudió a abrazar a Lis. En los brazos de Víctor, ella insistió en que no se había equivocado, en que eso no dolía. Al menos, no tanto. Se separó de ella y se fijó en el rastro que las lágrimas habían dejado en la cara de la mujer.

—¿Qué ha pasado?

—¿Podemos hablarlo mañana? —preguntó Lis entre sollozos.

—Podemos hablarlo cuando quieras, pero vas a contarme qué ha pasado esta vez. No vas a volver a hacerme la de hace dos años.

Ella sacudió la cabeza y le aseguró que hablarían al día siguiente. Estaba agotada y no quería despertar a Amy. Se metió en el cuarto y se tumbó en la cama, demasiado cansada incluso para seguir llorando. Víctor entró poco después con un vaso de leche caliente y le deseó buenas noches mientras le besaba la cabeza con dulzura.

Esa noche volvió a tener pesadillas.

Se despertó dolorida y cansada. Los rayos de sol incidían sobre su rostro, haciéndole cosquillas en la nariz. Miró a su alrededor, y la realidad cayó sobre ella como un mazo. Lo había hecho, había huido sin dar explicaciones, dejando atrás al que, posiblemente, fuese el mejor hombre que conocería jamás.

Todo su cuerpo se lo gritaba, incluso su corazón parecía ser más inteligente que ella, pues de forma inconsciente había dormido en el lado izquierdo de la cama y no en el centro, como solía hacer, como si hubiese estado esperando que él llegase y se acostase junto a ella.

Sacudió la cabeza para deshacerse de esa imagen y se levantó. Las voces que le llegaban desde el salón le recordaban que aún tenía una conversación pendiente con su familia. Distinguía los gritos de Amy insistiendo en entrar en la habitación, despertarla a empujones y obligarla a confesar, mientras que Nick y Víctor trataban de convencerla de no hacerlo.

No tuvieron éxito. El portazo resonó en la pared, y Amy se abalanzó sobre la cama para abrazarla.

—Menos mal que estás despierta, no iba a ser muy agradable si no lo estabas.

—Yo también me alegro de verte, Amy.

—Sí, todo eso está muy bien, ahora habla. ¿Qué coño haces aquí?

Nick y Víctor, cada uno apoyados en un lado de la puerta, esperaban una respuesta de su parte. Los vio tan preocupados, con el miedo pintado en la cara, miedo a que volviese a hundirse en el mismo pozo estrecho y profundo en el que había estado dos años, estrangulándose en la oscuridad, que se asustó y guardó silencio.

—Necesito una ducha.

—Te he traído café —dijo Nick ofreciéndole una taza humeante.

—¿De verdad te han dejado traerla a ti? —preguntó Lis con burla, tomándola de las manos de Nick y bebiendo un sorbo.

—Sí, ahora me ha dado por romper los platos, las tazas están a salvo —se enorgulleció él con una sonrisa brillante.

—Elizabeth Margaret Lara Brown, trágate ya el café y empieza a hablar —se impacientó su hermana.

Lis obedeció, porque sabía que, si no, Amy le volcaría el café encima sin contemplaciones y no la dejaría ducharse hasta que terminase de hablar. Se notaba la boca pastosa y los músculos agarrotados por el llanto y las pesadillas.

—Por favor, necesito ducharme —probó a repetir.

Amy pareció apiadarse del desastroso aspecto que Lis ofrecía y le permitió una ducha.

—Tienes cinco minutos. Estaremos en el salón —le concedió con el ceño fruncido y una expresión furibunda en la cara.

Se levantó de la cama corriendo, antes de que alguien cambiase de opinión, y se encerró en el baño con un portazo. Se metió bajo el agua caliente y notó como el cuerpo se le relajaba. Sin embargo, no mitigó en nada su dolor. Ella había dejado de llorar. Ya no le quedaban lágrimas, pero su corazón seguía lamentando la decisión precipitada que había tomado el día anterior.

Se envolvió en una toalla y salió de la ducha. Comprobó que todos habían salido de su habitación y se puso un chándal. No sabía por dónde iba a empezar a contar la historia, pero quizá era un buen momento para informar a su familia de lo que había sucedido dos años atrás.

Iba a ser una mañana estupenda.

Se armó de valor y se dirigió al salón, donde la estaban esperando. Nick tirado en el sillón, Víctor de pie —nunca se sentaba cuando estaba nervioso, recordó Lis con cariño— y Amy en el sofá, con un hueco vacío a su lado. Inspiró hondo y se colocó junto a su hermana.

—Hui.

Esas tres letras fueron suficientes para desatar el caos. Amy le recriminaba que se hubiese atrevido a irse sin dar explicaciones, Nick no paraba de preguntar por qué y Víctor tan solo la miraba desde la ventana, taladrándola con los ojos porque sabía muy bien lo que había hecho y sus motivos.

—Evan es... demasiado perfecto.

—Entonces, ¿cuál es el maldito problema? —preguntó Amy, ahora más calmada pero incapaz de permanecer callada.

—Yo. Yo soy el problema.

La confusión volvió a adueñarse de todos en el pequeño salón. Lis preveía que iba a ser un día larguísimo si iban a interrumpirla cada vez que decía algo. Suspiró y se dejó caer en el respaldo, pellizcándose el puente de la nariz en un intento por aliviar el tremendo dolor de cabeza que tenía.

—Lis... ¿qué pasó? —preguntó Nick.

—Que me acojoné. Toda la vida me han abandonado las personas, mi padre biológico sin conocerme, mamá al morir, incluso la pareja de canarios que tenía de niña se escaparon. Los tres sabéis que renuncié a todo amor que no fuese el vuestro.

Amy dejó de intentar hablar y la rodeó con el brazo, para recordarle que, por supuesto, ellos siempre iban a estar ahí. Lis se enjugó un par de lágrimas que le resbalaban por la mejilla y continuó antes de romperse:

—Estaba abierta a conocer gente, a tener amigos, pero no me permitía sentir por ellos nada más intenso que el cariño; el amor siempre ha sido demasiado... complicado. —Paró y tomó aire para decir lo que venía a continuación—. Hace... hace dos años, Raúl me dio la razón en todo. El amor dolía. Una tarde en que habíamos quedado, él me confesó que empezaba a creer que se había enamorado de mí. Yo le dije que no podía corresponderlo. Él... se enfadó, se enfadó muchísimo.

Tuvo que parar un momento para recuperarse, era la segunda vez que se exponía al suplicio de abrirse en canal y revelar lo que había pasado en menos de una semana... y dolía. Igual que un cuchillo clavado en el estómago. Nick había posado una mano sobre la pierna temblorosa de Lis, infundiéndole ánimos mientras Víctor se había sentado en el brazo del sofá y la abrazaba sin vacilaciones.

Respiró hondo y, sin retener el llanto, siguió hablando con voz entrecortada:

—Se enfadó y me pegó, me dijo que estaba equivocada e iba a demostrármelo, que nadie iba a quererme como él. Me lanzó sobre la cama y arremetió contra mí. Yo... yo intenté escapar, pero él no escuchaba mis gritos. Me... me forzó. En cuanto tuve la oportunidad, salí corriendo sin mirar atrás.

Para ese momento, Amy se había levantado del sofá y estaba gritando, desgarrada. Lis permaneció quieta en el sofá, rodeada con fuerza por los brazos de Nick, temblorosos a causa del llanto.

—¿Por qué no nos lo contaste? —preguntó Víctor mientras la abrazaba con fuerza y con los ojos húmedos. No parecía ofendido por que no se lo hubiera contado, tan solo desolado.

—Tenía miedo —sollozó Lis con la cara oculta entre las manos—. No quería volver a verlo nunca. No quería nada, en realidad. Fui a terapia, algo que me ayudó muchísimo, pero no me veía capaz de contároslo, de hablarlo con nadie que no fuese mi psicóloga. Fui una idiota, pero, en aquel momento, no supe hacer nada más.

—Pienso denunciarlo. Esto no va a quedar así —afirmó Amy encolerizada.

Lis se sentía arropada por ellos, se sentía en casa. Amy solo dejó de gritar cuando las lágrimas le taponaban la garganta, y ahora permanecía abrazada a sus piernas después de dejarse caer al suelo. Transcurrió tanto tiempo mientras lloraba en silencio que pensó que habían pasado horas.

—Lo siento tantísimo...

—Y yo. Ese día me reafirmé en que, si eso era el amor, yo no quería saber nada de él.

—¡Eso no es el amor! —exclamó Nick, furioso de nuevo.

—Claro que no —corroboró Víctor—. No te voy a engañar, cariño. El amor puede doler. Yo mismo sufro cada día la muerte de tu madre, pero créeme, jamás cambiaría un solo minuto de los que pasé con ella. Es cierto que todavía estoy recomponiéndome de su pérdida, pero lo hago con gusto, porque ella fue lo mejor que me pasó —se le rompió la voz y no pudo seguir hablando, pero Lis no necesitaba oír nada más. Sabía que el amor que Víctor y su madre tuvieron fue puro y real, llevado hasta el límite de la locura.

—El amor puede dar vértigo y hacerte sentir perdido, pero la mayor parte del tiempo es... extraordinario —dijo Nick con los ojos clavados en la mirada de Amy—. Lo sientes en el pellizco de anticipación en el estómago cuando la ves llegar, como cuando te aproximas a la bajada en una montaña rusa. Es lanzarse al mar sin saber nadar, con la esperanza de mantenerte a flote. Hasta que un día te rescata. Es incontrolable, es la experiencia más intensa, pero merece la pena.

Las pestañas de Amy se habían vuelto a humedecer, y Lis observó como abrazaba a Nick. Sentía que huyendo se había rendido y había perdido antes de empezar a jugar. Quizá todos estaban en lo cierto, tal vez era un riesgo que debía asumir.

—Lis, cielo. Por mucho que lo hayas querido evitar, creo que tu corazón no te ha hecho mucho caso y se ha enamorado de ese escocés —aventuró Amy—. Mamá querría que fueses feliz.

—Ella está orgullosa de ti —le aseguró Víctor—. Todos lo estamos.

Lis se incorporó y se lavó la cara en el fregadero. Se bebió media botella de agua y regresó al salón, donde todos la miraban. Tenían razón, había llegado el momento de ser valiente, pero necesitaba tiempo. Necesitaba prepararse para lo que estaba a punto de hacer, recomponer los pedacitos de su alma para poder ofrecérsela a Evan sin parar ni analizar las consecuencias. Sin miedo. Sin condiciones.

Él le dijo una vez que la esperaría, y ella tenía claro que volvería a él, solo que todavía no.

Lis estaba deshaciendo la maleta que se había llevado al viaje que había hecho con su hermana por Italia. En un primer momento, no pensaba irse, pero Amy había insistido en que, si lo que quería era poner sus pensamientos en orden, debía alejarse lo suficiente para tener perspectiva y saber lo que quería. Además, a Lis le apeteció pasar una semana con su hermana y reconstruir el lazo que se había deteriorado tras su aislamiento temporal. Y lo habían hecho, estaba más unida a ella ahora que nunca.

También había hablado con Pilar, su psicóloga, hasta acabar llorando por haberle dado a Raúl el poder de haberla hecho sentir indefensa y rota durante tanto tiempo. La terapia la había ayudado en muchas cosas, pero sobre todo en aprender a aceptarse a sí misma, con todo lo que eso conlleva. Ahora podía continuar. Ahora podía elegir. Evan podía haber sido el detonante, pero el proceso lo había iniciado ella, y era en ese momento cuando se sentía fuerte y capaz.

Amy y ella habían ido a comisaría y denunciado a Raúl; a pesar de haber pasado tanto tiempo, era un paso que Lis necesitaba dar.

Cada día había pensado en Evan. Ahora sus pesadillas narraban la posibilidad de que él no quisiera verla de nuevo, y lo entendería. Pero eso no hacía que doliera menos.

Estaba terminando de colocar la ropa en el armario cuando tocaron a la puerta de la habitación. Víctor apareció con una cajita de madera y una taza humeante que despedía un delicioso aroma a chocolate.

Lis tomó la taza y bebió, invitándolo a sentarse en la cama mientras apartaba un par de vaqueros.

—¿Qué es eso?

—Algo que tienes que saber antes de volver a Escocia.

Lis notó que a Víctor le costaba hablar y no era capaz de imaginar qué podía guardar la pequeña caja. Dejó la taza en la mesita y tomó las manos de Víctor entre las suyas. Él le acarició el tatuaje, resiguiendo el contorno y empezó a hablar.

—Antes de morir, Charlotte recibió la visita de tu abuelo. Llevaban más de diez años sin verse y para ella fue un alivio poder verlo antes de lo inevitable. Cuando tu madre se quedó embarazada, se lo dijo a tu padre, pero él, joven,

sin dinero y con problemas, sintió que la paternidad le venía grande y huyó.

»Tu madre, presa del dolor, volvió a su casa y tu abuelo la convenció de que lo mejor era iniciar una nueva vida lejos de todo. Él nunca había sido hombre de sentimientos, por lo que la montó en el primer avión que salía del aeropuerto, y tu madre aterrizó en España, embarazada, sola, sin saber español y con el corazón roto.

Hasta ahí, Lis ya conocía la historia. Nunca había querido saber nada más, pero comprendió que había llegado el momento de afrontar esa verdad. Otra más. Solo que ahora se sentía lo bastante fuerte para hacerle frente.

—Cuando tu abuelo vino a verla, le confesó que tu padre volvió por ella. Al día siguiente de aterrizar ella en España, tu padre fue a buscarla a su casa, pero se encontró que ya no estaba. Desesperado, se fue al aeropuerto con intención de encontrarla, pero no llegó a hacerlo. Un coche lo arrolló, sacándolo de la carretera y matándolo en el acto.

Lis soltó un chillido que sobresaltó a Víctor y dejó caer la caja de madera al suelo. Se agachó a recogerla y se la tendió a Lis, que la tomó con manos temblorosas. Se equivocó. No estaba lista para saber todo eso, no podía asumir que no las había abandonado y había regresado a por ellas. Nunca había sentido la necesidad de buscarlo, pero saber que estaba muerto le dolió más de lo que esperaba.

—Tu madre siempre pensó que os había dejado, pero estaba equivocada y no lo supo hasta dos días antes de morir. No tuvo tiempo ni fuerzas para explicártelo y me pidió que lo hiciese yo. Llevo años intentándolo, pero tú nunca preguntabas por él, y yo no me atrevía a sacar el tema. He sido un estúpido y lo lamento. Espero que puedas perdonarme.

—Víctor, no necesito abrir esta caja para saber que tú eres mi padre. — Aunque se sentía herida, no podía imaginar el peso que había soportado Víctor sabiéndolo. No podía guardarle rencor.

—Tú siempre has sido y serás mi hija, cielo.

La abrazó y salió de la habitación, dejándola con los recuerdos de su madre y la verdad de sus raíces. Insegura, Lis tamborileó con los dedos sobre la caja. Era cierto lo que había dicho a Víctor; para ella, él era su padre. Pero su madre quería que supiese la verdad y se lo debía a ella y a sí misma. Tras tantos años pensando que su padre nunca la había querido, ahora descubriría que estaba equivocada, que nada de lo que había pensado hasta ahora había sido cierto y ansiaba saberlo todo. Recomponer el puzle que formaba su vida y encajar todas las piezas, aunque fuese tarde.

Nerviosa, deslizó la tapa de la caja y la depositó a un lado, en lo alto del montón de camisetas. Con el corazón en un puño, echó un vistazo al interior. En ella no había muchas cosas, un par de entradas a un concierto, una carta y una foto.

Cogió la foto entre las manos y chilló. En ella aparecía una pareja sonriente. Su madre estaba radiante, preciosa con el cabello suelto y las mejillas sonrosadas por el viento. Se fijó en el hombre a su lado y su corazón se aceleró. Era más alto que Charlotte, de pelo oscuro y ojos claros, parecidos a los de Lis. Algo en su expresión le resultaba familiar, pero no supo identificarlo con seguridad.

Se fijó en el paisaje que enmarcaba a la pareja, y la foto se le resbaló entre los dedos. Detrás de ellos, se veían con claridad las ruinas con las que había estado soñando desde que había llegado a Escocia, las mismas en las que se había sentido como si volviese a casa. Ahora entendía por qué.

Todo ese tiempo, su madre había estado empujándola a descubrir la verdad. Sin embargo, el broche no aparecía en la foto, por lo que parecía que ese misterio no iba a poder resolverlo nunca.

Sacó la carta de la caja y la abrió, con el pulso temblándole.

Querida Elizabeth,

Siento tanto no haber podido contarte esto yo... Ayer, cuando vino tu abuelo, me confesó lo que pasó el día que me fui de Inglaterra. Andrew y yo teníamos dieciocho años cuando nos conocimos un verano que yo pasé en las Highlands. Él era inteligente y divertido, me hacía reír todo el tiempo. Me enamoré de él muy rápido, a pesar de todos los problemas que acarreaba. Solíamos pasar el tiempo en las ruinas de la antigua casa Donaldson, íbamos hasta ellas a caballo y pasábamos las horas allí, al aire libre. A veces leíamos, otras paseábamos por los alrededores, la mayoría, nos tumbábamos boca arriba y contemplábamos el cielo hasta que conocimos la mayoría de estrellas del firmamento.

Él fue quien me enseñó a amar el cielo.

Poco antes de volver a Inglaterra, supe que estaba embarazada. Una noche en que Andrew y yo estábamos en las ruinas, él me dijo que no necesitaba más tiempo para saber que yo era el amor de su vida, pero que aún no podía ofrecerme un hogar y una familia. Yo lo sabía, teníamos dieciocho años, pero eso no iba a cambiar que estuviese embarazada y que él debía saberlo.

Me entregó un broche precioso, de perlas y topacios, que había pertenecido a su familia durante generaciones. Ese instante fue el que aproveché para revelarles la buena noticia. No se la tomó como yo esperaba. Se puso histérico, sin parar de repetir que cómo iba él a tener un bebé, que eso no podía estar pasando. Me dijo que debía irme y olvidarme de él, darle a ese bebé la vida que él nunca iba a poder ofrecerle.

Destrozada, le lancé el broche que me había entregado, lleno de falsas promesas, y salí corriendo. Cuando llegué a casa, le conté a mi padre lo ocurrido y decidió que lo mejor era darle a Andrew lo que quería. Era un chico sin dinero, sin estudios y con un historial de problemas suficiente para que mi padre considerase que él no era digno de mí. Me montó en un avión con destino a España y llegué aquí.

Lo que no supe hasta ayer es que Andrew regresó. Nunca podré perdonarle a mi padre lo que hizo, que nunca me lo dijese. Que Andrew sufriese el accidente que acabó con su vida tan pronto, buscando algo que nunca debió perder. Yo habría vuelto y habríamos logrado salir delante de alguna forma; tu padre podía no tener estudios, pero era brillante y una buena persona. Estoy segura de que habría conseguido todo lo que se propusiese.

No te inquietes, no me arrepiento de la vida que construimos juntas en España ni de haber entregado mi corazón a Víctor, pero te cuento todo esto para que conozcas la verdad. Tu padre te quería y tienes derecho a saber quién fue. Andrew Cameron fue mi primer amor, no lo odies por un error que no cometió.

No tengo fuerzas para seguir escribiendo, Elizabeth, pero Víctor lo sabe todo, dónde está Andrew ahora, quién fue su familia, qué ocurrió... hazle a él todas las preguntas que necesites. Él te quiere tanto que te llevaría al fin del mundo con tal de verte feliz, dale la oportunidad de hacerlo.

*Siempre estaré orgullosa de ti,
Te quiero.*

Con las lágrimas corriéndole por las mejillas y un agudo dolor en el pecho, Lis dobló la carta y volvió a guardarla en la caja. Las piezas encajaban lentamente en el rompecabezas, ahora todo tenía algo más de sentido. La conexión con el broche, la atracción hacia las ruinas, los sueños y pesadillas.

Con muchas preguntas rompiéndole la cabeza, salió del dormitorio y recorrió la casa en busca de Víctor. Lo encontró sentado a la mesa del

comedor, inquieto, con un vaso de *whisky* en la mano, ante lo cual Lis enarcó una ceja interrogativa.

—Tu madre me aficionó al buen *whisky* escocés. —Se encogió de hombros y bebió un trago del licor.

—Víctor, yo... necesito saber, no entiendo nada.

—Lo sé. Cuando Charlotte murió, quedaste destrozada. Yo tenía que ser el fuerte y bien sabe el cielo que lo intenté, pero era tan difícil... Sabía que un día tendría que contártelo todo, pero fui postergándolo. Entraste en la facultad y estabas tan entusiasmada que decidí esperar a que acabases. —Cogió la mano de Lis, que se había sentado frente a él—. Ese mismo año llegó una carta. La remitente era Gwendolyn McLean. Había tardado más de veinte años en averiguar que, cuando Andrew murió, Charlotte estaba embarazada. Trató de encontrarla y la carta llegó aquí.

Lis empezaba a darse cuenta de por dónde iban las cosas y notaba la garganta reseca. Tragó saliva y esperó a que Víctor confirmase sus sospechas con el corazón encogido.

—Tardé meses en responder, pero, cuando lo hice, le conté la verdad. Le dije que Charlotte había fallecido hacía varios años y que eras una niña maravillosa. Le expliqué que tú aún no sabías nada acerca de tus orígenes y estuvo de acuerdo en esperar a que acabases la carrera. Seguimos escribiéndonos *emails* durante algunos años. Ella me hablaba de la familia de Andrew y yo le hablaba de ti. Cuando le comenté que estudiabas una carrera de artes, se le ocurrió la idea.

El pulso de Lis comenzó a latir desbocado. Comprendía lo que venía a continuación y no estaba preparada para saberlo, no podía escuchar que ella y Evan estaban emparentados de alguna forma. Una broma macabra del destino que, cuando por fin se enamorase, fuese imposible, y no debido a sus reticencias. Pero entonces no tenía sentido que Víctor la empujase a regresar con él, que la animase a vivir ese amor, ¿no? Con el único sonido de su respiración rompiendo el silencio, aguardó.

—Cuando David te contrató, le escribí a Gwen para informarla de dónde trabajabas. Contrató los servicios de la galería e insistió en que fueses tú quien viajase a Escocia a catalogar la colección, a pesar de no tener experiencia. David se mostró indeciso, pero acabó por acceder; te ibas a las *Highlands*. No te conté nada antes de irte porque sabíamos que entonces no ibas a estar cómoda, necesitabas adaptarte antes de soltar la bomba. Lo que ninguno de los dos imaginábamos es que encontrases el broche de los

Cameron en Edimburgo nada más aterrizar.

—¿Cómo sabes lo del broche? —preguntó Lis, segura de que no había hablado de él a su familia.

—Gwen me llamó muy enfadada. Pensaba que te lo había dado yo, pero le aclaré que Charlotte nunca lo tuvo. Cuando lo perdiste, casi le da un infarto. A mí no, yo sabía que acabarías encontrándolo, como haces siempre.

—Te equivocas. No lo he hecho. No sé dónde está.

Víctor sonrió y cogió la botella para rellenar su vaso y servirle a otro a Lis, que bebió un sorbo, con la vista clavada en el líquido del color del ámbar. De repente, se levantó y se acercó hasta la estantería. Temblando de anticipación, Lis extendió la mano y abrió el estuche que Víctor había depositado sobre la mesa. Ahí estaba, pero cómo había llegado hasta Madrid era algo que no podía comprender.

—¿Cómo?

—Evan estuvo aquí la semana pasada.

El corazón de Lis se detuvo. Evan había ido a buscarla y ella estaba en Italia. Si esperaba tener alguna posibilidad de que le perdonase haber salido corriendo, acababa de esfumarse. Abatida, bebió otro trago de *whisky* y tomó el broche. Ya no la asaltaban visiones, pero todavía notaba la extraña conexión.

—Víctor, ¿quiénes son la familia de Andrew? —preguntó con un deje nervioso en la voz. Sabía que el hombre de la foto, su padre, se asemejaba a alguien que conocía, estaba segura, pero no lograba esclarecer el vínculo. O se negaba a hacerlo por miedo.

—Tienes abuelos, Lis. Y un tío y primos.

Lis tragó el *whisky* con dificultad, notando el cálido descenso del licor por el esófago hasta asentarse y extender el calor por todo su cuerpo. Esa descripción no encajaba con los McLean, pero sí con...

—¿¡Colin y Rhona!?

Le temblaban las piernas, le sudaban las manos y le dolía cada respiración, esperando la confirmación de Víctor, pero no hacía falta. Ya lo sabía. Lo sentía en lo más hondo de su alma, la cercanía, la calidez, lo cómoda que la habían hecho sentir desde el principio, cuando ella no solía sentirse así con personas ajenas a su familia.

Su familia.

Ahora tenía más, aparte de Víctor, Amy y Nick. Fue a la habitación para recuperar la foto de sus padres de la caja y se dio cuenta; era a ellos a quien

tanto le recordaba la imagen del hombre.

No entendía cómo debía sentirse, ni siquiera se le ocurría qué decir. Su mente trabajaba a toda velocidad, ahora lo veía con claridad. La sonrisa de Rhona, tan parecida a la suya; el gesto de Colin de alzar las cejas; las arruguitas en las comisuras de Connor. Todo eso siempre estuvo ahí, y ahora era capaz de percibirlo.

Ellos llevaban en Gealach mucho tiempo, antes como servicio de la familia McLean, ahora como grandes amigos. Rhona y Colin habían perdido a un hijo, Andrew. Su padre.

—Debiste saberlo antes, Lis. Lo siento, de veras.

—Lo importante es que ahora lo sé. —Fue hacia él y lo abrazó con fuerza —. Evan... ¿Evan dijo algo más?

—Que te estaría esperando.

Una ancha sonrisa tomó forma en los labios de Lis, sustituyendo a las lágrimas. No todo había encajado ni su vida iba a ser un cuento de hadas, pero tenía una familia fabulosa en Escocia y un padre ejemplar en España. Por mucho que quisiera, no tenía nada que reprocharle. Seguía entre sus brazos cuando anunció:

—Haz las maletas, nos vamos a Escocia.

Lis lanzaba ropa al azar dentro de la pequeña maleta amarilla; agarró la bolsa de aseo que aún no había deshecho y la fotografía de sus padres. Deseó que no fuera tarde, que no la odiasen por desaparecer así, como había hecho su madre años atrás.

La aterrorizaba la posibilidad de que no quisieran saber nada de ella ahora que iban a descubrir quién era, porque Víctor le había asegurado que tía Gwen no lo había contado a nadie en la casa. Se tragó todos los miedos y cerró la maleta. Se lo debía a su madre, a Andrew, a su familia y a ella misma.

Además, tenía que hablar con Evan y no podía esperar más. Las reglas del juego habían cambiado, y necesitaba decírselo.

Sacaba la maleta al pasillo cuando aparecieron Amy y Nick por la puerta de la entrada. Traían comida india y una tarrina enorme de helado que Lis se habría zampado con gusto de haber tenido tiempo.

—Nos vamos a Escocia, ¿puedes comprar dos billetes para el próximo vuelo que salga a Edimburgo?

—¿Vamos?

—Víctor y yo —aclaró.

—¿Víctor?

No gastó el tiempo en palabras mientras rebuscaba en el bolso para sacar el broche. Tendió la carta de su madre en dirección a Amy, que la leyó con avidez para lanzarse a sus brazos cuando acabó de leer. Ambas lloraban, aunque ninguna podía distinguir por qué, ya que motivos no faltaban.

Se separaron cuando escucharon a Nick gritar que ya tenía los billetes, sin necesidad de saber nada más. Lis sonrió y besó a su hermana en la frente, mientras Nick salía de la habitación y recogía el papel del suelo para leerlo. Una sonrisa fue creciendo en su rostro conforme avanzaba en la lectura. Cuando terminó, abrazó a Lis, mostrándole con ese gesto más de lo que le podría haber dicho en palabras.

—Despegáis en hora y media —informó, revolviéndole el pelo con cariño.

—Gracias, Nick.

—Sé que todo esto te sobrepasa, pero no tengas miedo. Ya no, Lis.

Más insegura de lo que había creído que estaría y con el alma en vilo por la reacción que pudiera tener, empujó la puerta. Recorrió la estancia con la mirada, escudriñando cada rostro en busca de los ojos verdes que se habían instalado tras los suyos.

Empezaban a sudarle las manos porque no era capaz de encontrarlo, hasta que lo vio. Tras la barra, con una bandeja de copas que se balanceó en precario equilibrio cuando sus miradas chocaron. El asombro era evidente en la cara del escocés, que tuvo que soltar la bandeja antes de que cayesen todas las copas.

Parecía llenarlo todo con su presencia, había iluminado el salón con tan solo salir de la cocina, y no parecía ser consciente de ese hecho. Con paso trémulo, se acercó a él mientras temblaba como una hoja a punto de caer en otoño. Evan lucía despeinado y ojeroso, fruto de toda la noche sin dormir. O quizá más de una. Pensar que ella podía ser la causa de su insomnio le dolió, pero estaba ahí para tratar de recomponer lo que sea que hubiesen tenido antes de que ella fuese una estúpida y saliese corriendo.

Vio que no iba a ser él el que rompiese el silencio, y con razón. No había mucha gente en el restaurante en ese momento, pero suficiente para hacerla sentir avergonzada y romper el contacto visual con el escocés, que parecía haber perdido la capacidad de parpadear.

—Entiendo que no puedas perdonarme, pero lo siento. Fui una completa gilipollas y no supe valorarte, no te merecías que saliera corriendo y lo hice, pero no quería hacerte daño. Hacernos daño —rectificó atropelladamente.

A su alrededor, los camareros habían desaparecido todos dentro de la cocina, y tan solo quedaba una pareja en un rincón, que se miraban tan ensimismados que no prestaban atención a nada más.

Lis tomó aire y se enfrentó a la mirada del escocés. Suponía que hallaría rencor, dolor o indiferencia, pero ver brillar el amor en sus ojos la tomó por sorpresa. Dio un paso vacilante hasta quedar a escasos centímetros de Evan, que no se había movido.

—Al llegar a recogerte, tía Gwen me dijo que te habías ido. Conduje sin rumbo fijo varias horas, tratando de entender por qué. Cuando me quise dar cuenta, estaba en Edimburgo, con mi madre.

Lis sintió como un golpe esas palabras. Su madre, la única mujer a la que había entregado su corazón de niño y a la que había acudido buscando refugio cuando Lis lo hirió con su partida.

—Evan, lo siento tanto...

—Estuve en España.

—Lo sé.

Lis dio un paso adelante y colocó las palmas de las manos sobre el pecho agitado del escocés, percibiendo cada latido de su corazón. Evan calló y miró hacia abajo.

—Evan, durante años he pensado que el amor no era para mí, rehuía de él y de los peligros que entrañaba. Hasta que llegaste tú y lo pusiste todo del revés. Tú con tu media sonrisa y los ojos verdes más profundos, intensos y cálidos que había visto nunca. Con toda esa fachada de falsa arrogancia y la capacidad de hacerme reír. Eras todo lo que no necesitaba. Me vi enredada en una maraña de emociones que no comprendía, que no quería sentir. No sé cuándo ocurrió, pero me di cuenta de que estaba enamorada de ti en el momento en que mi corazón se partía al pensar en despedirme. Aunque en ese momento no lo acepté, tampoco pude quedarme.

Él la miraba desconcertado, le parecía irreal que ella lo amase. Quizá, dentro de la lógica, se había ido por eso mismo. Evan ya había descubierto cuán vulnerable podía hacerte sentir el amor y lo difícil que podía ser asumir lo que implicaba.

—Nunca debí irme, pero postergar la despedida me pareció cruel e innecesario. Si me iba entonces, estaba a tiempo de reparar mi corazón; hacerlo después habría acabado con él —dijo de carrerilla, deseando con todas sus fuerzas que él la entendiese.

—Pero ¿por qué teníamos que despedirnos? —preguntó Evan.

—Porque no estaba preparada para asumir el riesgo y apostar todo. Y... porque tú no estás enamorado de mí —contestó ella.

Por toda respuesta, Evan sacó varios papeles del bolsillo trasero del vaquero y se los tendió a Lis. Esta los tomó y los leyó:

Elizabeth, una vez te dije que el amor estaba en todas partes, en el arte, en la comida... pero yo lo he encontrado en cada detalle tuyo, en el lunar que asoma tímidamente en tu labio cuando sonríes, en el sonido de tu respiración cuando me besas, en la comisura de tu boca. En la fuerza de tu espíritu y la valentía con que te arrojas a la vida.

Incrédula, cogió otro.

Elizabeth, yo también tengo miedo. Miedo al dolor, al sufrimiento, al olvido, a perderme. Pero te quiero. Te quiero con todas las consecuencias, con todos los peligros, con todos los riesgos, y no puedo, ni quiero, hacer nada por evitarlo. Salté al charco de cabeza y sin protección, porque hace tiempo que subí la apuesta y perdí esta partida.

Y otro.

Elizabeth, no voy a engañarte. A engañarnos más. Te quiero. A ti y tus alas rotas, a la mujer con el cielo en la mirada y la luna en las pupilas.

Había muchos más, pero Lis había leído suficiente para empezar a llorar y mirar a Evan con franqueza; no había trucos ahí, no había trampas. Recordó cuando le dijo que por ella esperaría una eternidad y mil años y, en ese instante, se dio cuenta de que era cierto. Pero no iba a hacer falta tanto tiempo.

Se lanzó a sus brazos y lo besó con todo lo que tenía, incluidos las dudas y miedos. Se abandonó a las caricias del escocés y dejó que le llegasen al alma, hasta incendiarla. Él la correspondió sin dudar, se perdió en los labios de Lis y la aferró con fuerza, temeroso de que volviera a evaporarse entre sus brazos.

—¿Es ahora cuando nos quitamos la ropa para jurarnos amor eterno? — preguntó Evan con la mano en la cinturilla del pantalón de ella.

—¡No! Estamos en mitad de tu restaurante —dijo entre risas, mientras el escocés le hacía cosquillas.

—Tú lo has dicho. Es mío. Puedo cerrarlo.

Ella rio contra sus labios y apoyó la frente en la de él. Estar con él le parecía ahora tan natural como respirar. Giró la cabeza y vio que la pareja junto a la ventana ahora sí los miraba. Cogió la mano del escocés y tiró de él hasta la calle, donde una copiosa lluvia los recibió.

Lo soltó y se alejó unos pasos, hasta quedar debajo del aguacero, con las mejillas sonrosadas y un brillo de ilusión en la mirada. Ofreció a Evan la palma abierta y se asustó de que él no quisiera tomarla. La dejó ahí, suspendida durante varios segundos, hasta que el calor de la mano de Evan la envolvió y la hizo girar sobre sí misma, hasta abrazarla contra su pecho y besarle la cabeza sin dejar de balancearse.

Estaban bailando bajo la lluvia.

Una hora después, Evan, Víctor y ella iban en un coche con dirección a Gealach. A pesar de que iba conduciendo, Evan no dejaba de mirarla, arrobado y agradecido de que ella estuviera ahí, con él, simplemente porque quería hacerlo. Porque así lo había decidido.

Mientras tanto, Lis no paraba de hablar, aterrorizada de nuevo. Esa vez por que el rechazo viniese de parte de la familia de Andrew. Se le hacía raro pensar en su padre, ponerle cara y saber que tenía una familia, después de tantos años.

Evan se quedó alucinado cuando Lis le contó todo lo que había descubierto, le mostró la foto y le habló del broche. Él sabía que Colin y Rhona habían perdido un hijo en un terrible accidente de coche, pero no había llegado a conocerlo nunca.

—Elizabeth, era tu destino llegar a la casa.

—No. Fueron Víctor y tu tía Gwen.

Le explicaron todo lo que había ocurrido en los últimos años, cómo ellos dos habían preparado todo para que Lis conociese a la familia de su padre, cómo iban a contárselo. Ahora que lo pensaba, Gwen había tenido un comportamiento muy extraño cuando le había preguntado por el broche y el retrato.

—Créeme, todos van a alegrarse muchísimo —le aseguró Evan, para tranquilizar el ánimo agitado de la muchacha.

—Eso espero... —murmuró Lis con voz entrecortada.

Un par de horas después, enfilaban el camino de entrada a la casa de los McLean. Lis sintió las dudas arraigarle en el pecho, quizá se había precipitado, a lo mejor no la aceptaban y preferían seguir como estaban. Una noticia así te cambia la vida de alguna forma. Con el estómago revuelto, se bajó del coche cuando Evan aparcó y tocó a la puerta principal.

Para asombro de Lis, fue tía Gwen quien abrió.

—Tú debes de ser Víctor —inquirió cuando vio al desconocido.

—Un placer conocerla, por fin, Gwendolyn.

—Llámame Gwen —dijo abrazándolo, para sorpresa de la pareja—. Pasad, iré a buscar a Colin.

A Lis le temblaban las piernas a causa de la expectación. No sabía si

Gwen ya les había contado la verdad o si la habían esperado. Eso la hizo detenerse, dubitativa.

—¿Cómo sabíais que veníamos?

—Víctor llamó —fue todo lo que dijo tía Gwen.

El aludido se rascó la nuca, azorado, y se disculpó con la mirada. Lis vio a tía Gwen entrar en el salón, seguida de Víctor. Evan permaneció junto a ella, que se había quedado paralizada.

—Todo va a ir bien.

Ella asintió como una autómatas y se llevó la mano al tatuaje de la muñeca. Necesitaba sentir a su madre con ella, de la forma que fuese. Evan le mantuvo la puerta abierta y, por fin, con una profunda inspiración, entró en el salón.

Varios pares de ojos la miraron sorprendidos. No los culpó por no esperar que regresara. Insegura, se acercó hasta la mesa y dejó en el centro el estuche del broche.

Isobel fue hasta ella y la abrazó con una disculpa pintada en la cara.

—Meg lo cogió. Lo vio brillar sobre tu escritorio y pensó que era un tesoro que debía ser escondido. Lo encontré la semana pasada y le pedí a Evan que te lo devolviera cuando fuese a España a buscarte. De veras que lo lamento.

Lis parpadeó, abrumada por el alivio de no haberlo perdido ella. Se reprendió por no haberse acordado del cajón secreto de Meg. Debió haber pensado en él cuando el broche desapareció. Vio que Isobel la miraba nerviosa y le sonrió, tranquilizadora. Daba igual dónde hubiese estado el broche, lo importante era que estaba ahí ahora.

Soltó la mano de Evan, que no sabía que había estado triturando con fuerza, y se sentó a la mesa. Abrió el estuche, dejándolo a la vista de todos.

—No me lo puedo creer —murmuró Colin, agarrando la mano a su mujer, que parecía estar a punto de desmayarse.

—¿Siempre ha estado aquí? —preguntó Rhona con voz trémula.

—No —habló Lis por fin—. No, yo... lo compré en Edimburgo cuando llegué a Escocia.

Rhona se había levantado y tomado el broche entre las manos, lo sostenía con cuidado, como si estuviera esperando que desapareciese frente a ella.

Lis no sabía cómo empezar a explicarse, por lo que echó mano al bolsillo y sacó la fotografía, tendiéndosela insegura. Rhona depositó la joya dentro del estuche, cogió la foto y ahogó un grito, rompiendo a llorar en el acto. Colin se levantó apresurado y agarró a su esposa tambaleante, que estaba a punto de

perder el equilibrio. La ayudó a sentarse y observó qué era lo que había causado tal turbación a Rhona.

—¿Cómo es posible? —preguntó aturdido, comparando la fotografía que tenía en la mano con la joven mujer que tenía delante, mordiéndose el labio por el miedo.

Connor, que no entendía nada, se levantó por fin y arrebató la fotografía a su padre.

—Son Andrew y... Charlotte —susurró.

—Ella... ella es mi madre.

—¿Cómo es posible? —repitió Colin con escepticismo.

—Mi madre estaba embarazada cuando se fue.

Los sollozos de Rhona se incrementaron, pero sacó fuerzas y se levantó para abrazar a Lis, llorando desconsolada.

—Debí darme cuenta —dijo entre lágrimas, tanteando el rostro de Lis y buscando los rasgos que la unían a Andrew.

Colin se acercó y la abrazó sin decir nada. Pasaron varios minutos así, hasta que Connor, que seguía observando la foto, preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Por qué nunca supimos que Charlotte estaba embarazada?

Rhona se limpió la cara y bebió agua para humedecerse la garganta.

—Andrew me dijo que había cometido un error terrible, pero que estaba dispuesto a enmendarlo. Me pidió dinero y salió en dirección a Inglaterra antes de que pudiese preguntar nada más. Lo único que supimos después es que un conductor borracho lo embistió, provocando su muerte en el acto. Si hubiese sabido que ella estaba embarazada... —se lamentó, empezando a gimotear otra vez.

Se instauró un tenso silencio solo roto por los sollozos de Rhona. Lis paseó la mirada de uno a otro y temió que fuesen a pedirle que se fuera. De repente, vio como una sonrisa se extendía por el amable rostro de Connor, mientras daba un paso hacia ella.

—Bienvenida a la familia.

Abrió los brazos y la recibió en ellos. Sin titubeos, sin desconfianza. Lis se refugió en el pecho de Connor agradecida. Escuchó que tía Gwen recuperaba la palabra y rompió el abrazo para girarse hacia ella.

—No hace mucho descubrí el hecho de que Charlotte se había ido embarazada. Sé que no era asunto mío, y que Andrew no era de mi familia, pero como si lo hubiera sido. Rhona, hemos sido amigas durante años, se me partió el alma cuando lo supe. Indagué hasta dar con ella en España, pero

Víctor, su marido, me dijo que había fallecido años atrás. Él y yo mantuvimos el contacto y no fue hasta hace unos meses que acordamos que era el momento de que la verdad viera la luz.

—Lleva aquí más de un mes, Gwendolyn. Ha habido más de una ocasión en la que has podido contárnoslo, ¿no crees? —inquirió Colin enojado.

—Creímos que Lis necesitaba algo de tiempo para adaptarse, para conoceros, quizá fue un error —reconoció la anciana.

—Nada de eso importa, Colin. Ella está aquí. Tenemos una nieta.

Al oír esa afirmación, rotunda y convencida en los labios de Rhona, Lis sintió aceptada y protegida. Nadie iba a rechazarla ni a abandonarla. Quién se lo iba a decir hacía un mes. Una vez se recuperó de la impresión y dejó de llorar, recordó un detalle del que aún no tenía una explicación. Dejó la estancia sin decir una palabra y cruzó la casa hasta la galería, cogió el retrato y lo llevó al salón.

—¿Quién es ella?

—Se llamaba Fiona. Estuvo sirviendo en esta casa durante muchísimos años para la familia McLean, pero ese retrato lo hizo Ellen Joanne, a quien la unía una profunda amistad. El broche lleva en mi familia desde hace más de doscientos años, se lo regaló la señora del clan McLean a una de mis antepasados en agradecimiento por salvarle la vida —informó Rhona.

Se detuvo y cogió el broche del estuche, para admirarlo, comprobando que era el mismo.

—Hubo una época turbia en que creímos que había desaparecido con la tragedia que quemó la casa de los Donaldson hasta los cimientos. La novia llevaba el broche cuando la ejecutaron, acusada de asesinar a la señora de la casa. La habían enterrado desnuda, por lo que nadie sabía qué había sido del broche hasta años después. Resultó que la hermana de la novia también trabajaba en la casa como ayudante de cocina y logró rescatar el broche, a pesar de no salvar a su hermana. Cuando nació su hija, le entregó la joya, recuperando así la tradición. Generación tras generación, el broche fue el legado al primer hijo. Andrew se lo entregó a tu madre, y pensamos que todo este tiempo lo había tenido ella. Pero veo que no fue así, debió de perderse la noche en que ella voló a España.

—Lo perdió en las ruinas Donaldson.

—Da igual dónde se perdiese, si ha aparecido.

Colin abrazaba a su esposa por detrás cuando ella concluyó la historia. Por fin, todo había encajado en la cabeza de Lis. Se giró, buscando a Evan con la

mirada, y se sintió reconfortada cuando él le sonrió, demostrándole que nunca tuvo nada que temer.

Rhona alzó la vista del broche y la clavó en Víctor.

—Gracias —le dijo de corazón.

Este asintió y sonrió, sonrojándose. Se sentía orgulloso de haber encontrado a la familia de Lis, de poder hacerla feliz. Supo que Charlotte, estuviese donde estuviese, lo habría querido así.

Las horas pasaron entre risas y llantos, contando viejas anécdotas, recuperando todo el tiempo que habían estado separados. Víctor relató historias de la infancia de Lis, mientras Rhona y Colin aportaban los recuerdos que tenían del verano que Charlotte pasó con ellos.

Fue una noche entrañable, en la que Lis vio unidas partes de su vida que nunca habría creído ver juntas. Una mezcla de sentimientos le bailaba en el pecho: alegría, amor, ilusión... Se sucedían uno tras otro cuando no estaba llorando de felicidad. Víctor se desenvolvía como uno más, totalmente integrado en la conversación, sin reproches ni rencor. Rhona y Colin se la quedaban mirando pasmados, esperando que alguien les dijese que todo era una broma. Ni en sus mejores sueños habrían esperado recuperar algo del hijo que perdieron, mucho menos una nieta. No podían sentirse más afortunados.

Las horas pasaron, y Rhona y Colin se acostaron por fin cuando las primeras luces se filtraban a través de las pesadas cortinas del salón, casi convencidos de que Lis no iba a desintegrarse con el sol y desaparecer para siempre. Lis iba a imitarlos y meterse en la cama cuando Evan la retuvo al pie de la escalera.

—¿Quieres ir a ver el amanecer?

Ella asintió y dejó que la guiase hasta los establos. Ya no le daba miedo como antes, como tantas otras cosas. Acarició a *Phartion* y montó casi con soltura. Casi. Cabalgaron en semioscuridad hasta la orilla del lago, donde desmontaron cuando el alba empezaba a despuntar en el horizonte del agua, bailando con las ondas.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, una vez estuvieron sentados en la orilla.

—Todavía no me lo creo —contestó maravillada.

Clavaron la vista en la centelleante esfera de luz que asomaba por el este, abrazados en silencio. Lis pensó en que su madre estaría satisfecha, pero no sorprendida. Para ella, todo estaba en las estrellas. Alzó la vista en dirección a los vestigios de luz que aún se adivinaban por encima de sus cabezas y

sonrió, sabiendo que ella los veía.

Pasados unos minutos, el sol ya había salido del todo y se reflejaba en el agua, llenándolo todo con su calidez, incluidos los rincones más oscuros del alma y la memoria de Lis, que ahora sentía más fuerte. Se incorporó y besó a Evan, que le rozaba el brazo despacio y con delicadeza. Si alguien le hubiera dicho antes del verano todo lo que iba a pasarle, se habría reído. Nunca habría podido imaginar que iba a estar viendo amanecer a la orilla de un lago, al que había llegado a caballo con un hombre extraordinario y que la amaba por lo que ella de verdad era. Un caos emocional, una mujer con todas sus imperfecciones y grietas que todavía trataba de recomponer.

—¿Recuerdas lo mucho que deseaba hacer el amor a la orilla de un lago?
—inquirió en tono sugerente, con la sonrisa pegada a la comisura de los labios entreabiertos del escocés, que la correspondió sin vacilar.

EPÍLOGO

Dos años después...

Lis se abrochó el abrigo hasta el último botón y se caló el gorro hasta las cejas. A pesar de llevar meses viviendo en Edimburgo, nunca iba a acostumbrarse al frío escocés. Nada más atravesar la puerta del Museo Nacional, corrió a los brazos de Evan, que la esperaba resguardado bajo una cornisa.

Lo besó como si llevase días sin verlo y no unas cuantas horas. Todavía sentía vértigo al asomarse al abismo de los ojos verdes de Evan y ver el amor brillar en ellos, pero estaba aprendiendo a no perder el equilibrio. Le mordió el labio inferior y gimió al sentir el jadeo enronquecido que escapó de la garganta de Evan.

—¿Ha habido suerte? —preguntó, una vez se separó de sus labios.

—Ha habido. Patrick y Blaire están celebrando el *Hogmanay* en Tailandia.

—¡Fabuloso!

Era el primer año nuevo que celebraba en Escocia, y no soportaba la idea de vivirlo sin la madre de Evan teniendo allí a toda su familia. Amy y Nick habían volado la semana anterior para pasar unas románticas navidades en Escocia, e incluso Víctor se había presentado por sorpresa en su apartamento hacía dos días. Sin duda, iban a ser unas fiestas extraordinarias.

Evan y ella paseaban de la mano por las concurridas calles de Edimburgo cuando Lis vio la puertecita azul. Seguía teniendo el mismo aspecto tentador, con el *highlander* de madera en la puerta.

—Ahí fue donde compré el broche —señaló Lis en un murmullo.

—¿Quieres entrar?

Por toda respuesta, Lis caminó hacia el local y se asomó por la ventana, los tapices de colores colgados entre estanterías abarrotadas de miniaturas parecían reconocerla. Exactamente como lo recordaba.

Antes de haberlo decidido, empujó la puerta y entró. La sensación que tuvo la primera vez la golpeó con fuerza, deteniendo el tiempo en ese instante. Le temblaron las rodillas al verse de nuevo envuelta por esa aura de magia y desconcierto.

—Es escalofriante, ¿no crees?

—¿Tú también lo notas? —le preguntó asombrada.

—Desde luego —afirmó el escocés con un estremecimiento.

Sin soltar la mano de Evan, recorrió con la mirada las estanterías, mostrándole algunos objetos que le llamaban la atención, pero que no despertaban nada en ella; al menos, nada similar a la conexión que había experimentado con el broche desde el primer minuto. Cuando iban a salir de la tienda, Lis percibió una figura a sus espaldas. Se giró, para toparse con los pequeños y enigmáticos ojillos de la anciana propietaria.

—Has vuelto.

Lis notó una sacudida en el pecho y asintió aturdida. Algo en ella había temido que la mujer no la recordase. Percibió el temblor que recorrió a Evan junto a ella, que le tensó todos los músculos. Lis le apretó la mano, no sabía si para infundirle valor a él o a ella misma.

—Sabía que lo harías —dijo con una sonrisa—. Veo que encontraste lo que buscabas —expresó, fijándose en Evan a su lado.

—¿Perdón?

—Cuando entraste aquí hace dos años, el brillo en tus ojos era de un gris oscuro y tormentoso, desencantado. Hoy resplandece, como el cielo en calma después de la tormenta.

—Gracias, supongo... pero no creo que él sea...

—Claro que no, niña —la cortó—. Tú eras tu propio *awen*, solo necesitabas que alguien te lo mostrase.

Lis vibró con las palabras de la anciana, como si bajo sus pies hubiese un terremoto y la tierra se abriese. Se recompuso y alzó la vista, pero la mujer había desaparecido. Con una extraña sensación en el pecho, se giró hacia Evan, que lucía la misma cara de confusión que ella.

Tiró de él hasta la puerta, y con una sensación extraña salieron a la calle, donde el cielo brillaba despejado por encima de sus cabezas.

AGRADECIMIENTOS

No me puedo creer que haya llegado a esta página. Cuando empecé a escribir la historia de Lis, no pensé que esto sería posible. «Gracias» se me queda corto para todos los que me habéis acompañado en el camino y habéis hecho realidad este sueño.

Gracias a mamá, por apoyarme y ser la primera lectora de toda esta locura. Sin ti, la tortilla de patatas habría sido un desastre. Y a papá, por preguntar a cada rato qué hacía con el ordenador y entender que lo que hacía era escribir (o corregir).

A mis abuelas, por inspirar parte de esta historia y ser las mujeres más fuertes que he conocido. Y a mi abuelo, porque, en algún sitio, espero que esté orgulloso.

A mi hermano, el segundo lector y el corrector más exigente del mundo. Gracias por salvar a Lis de la escena más ridícula en un caballo.

A Abril Camino, por tu inestimable ayuda y tus consejos. Esta historia sería muy diferente si no te hubiese encontrado.

A Érika Gael, porque aunque esta no es la novela que escribí durante el taller, muchas de las cosas que aprendí contigo sí están aquí reflejadas.

A mis compañeros del taller de escritura, por vuestro apoyo, los buenos ratos y la cantidad de cosas que me habéis enseñado. Y a Tania, la mejor capitana que podíamos tener en la aventura de escribir.

A Raquel, por leer estas más de 80.000 palabras por partes, conforme iba escribiendo los capítulos. Tu paciencia no tiene límites.

A Mari, gracias por creer en Lis y Evan más de lo que yo hacía.

A María, por reescribir la biografía de autora y querer colocar mi foto de portada.

A Laura y Teresa, por haber intentado que esta portada fuese lo más increíble posible, y a Alexia por conseguirlo.

A T., por todo. Por creer en mí y quedarte siempre. Esto es real gracias a ti.

¡Y a Sammy! Mi eterna compañera en las muchas horas de escritura.

Y mil gracias a ti, lectora, por darle una oportunidad a Lis y a Evan, por vivir su historia.

Si te ha gustado y quieres dejar un comentario en Amazon, Goodreads o difundirlo por redes, también te lo agradeceré muchísimo. Y si lo que

prefieres es decirme algo a mí acerca de esta novela o simplemente saludar, puedes encontrarme en Twitter como [@MoniicaLopez](#), en Instagram como [monica.lopp](#) o escribirme un correo a monica.lopez.a6@gmail.com.

Sobre la autora...

Nacida en 1994 en la ciudad de la Alhambra, Mónica López es una apasionada de la literatura desde su infancia, cuando comenzó a escribir sus primeras historias. Esta amante de la lectura, los viajes, el chocolate y los perros, presenta su primera novela *Con el cielo en la mirada*.

Puedes encontrarla perdida entre las estanterías de una librería o en Twitter ([@MoniicaLopez](#)) e Instagram ([monica.lopp](#)).